El crepúsculo nazarí

La apasionante historia de un joven morisco en los convulsos días del ocaso del reino nazarí de Granada.

EL AROMA del ARRAYÁN



Marceliano Galiano

«Hace unos años, al realizar las obras de reconstrucción de una casa en el barrio granadino del Albaycín, se encontraron emparedados en un muro 54 códices en lengua árabe y un manuscrito de papel grueso en cursiva arábigo-andalusí. Algunos fragmentos del manuscrito estaban seriamente dañados por la humedad y los insectos. Sometidos a un largo proceso de restauración, y una vez ordenados y catalogados, se pudo hacer la traducción del texto y la transcripción en este libro».

Con estas líneas comienza esta historia donde Said, un morisco granadino, narra en primera persona los acontecimientos de aquellos turbulentos años, a mitad del siglo XV, cuando el emirato hispano-árabe de al-Andalus se desliza inexorable hacia su final y en el trono del deslumbrante palacio de la Alhambra los sultanes se suceden víctimas de conjuras, traiciones y golpes de estado. A través de sus ojos, conoceremos cómo transcurría la vida cotidiana de los granadinos en los convulsos tiempos de la conquista por los Reyes Católicos. Hijo de un cristiano renegado y una musulmana, describe el lugar en el que creció, las costumbres familiares, el modo de vida árabe, su iniciación con las mujeres, su relación con el poderoso y culto abuelo que le inculca el amor a los libros, por los que pondrá en peligro su vida para salvarlos de la hoguera. Ya convertido en caballero de la Corte, toma parte en la defensa de las ciudades asediadas por los cristianos y tras perder la guerra sufre la ignominia del yugo opresor de los vencedores.

Lectulandia

Marceliano Galiano Rubio

El aroma del arrayán

ePub r1.0
Samarcanda 02.12.14

Marceliano Galiano Rubio, 2009

Editor digital: Samarcanda
ePub base r1.2

A mi mujer y a mis hijas Cristina y Patricia

...
el más tremendo infortunio ha azotado esta
tierra, que no tiene semejante en hermosura, y por
su maridaje con aquél, todo le ha nacido defectuoso
y corrupto. De todo esto ha sido causa la discordia
entre sus arraeces y grandes, entre adelantados y alcaides,
entre sus emires y visires; porque cada uno ha buscado
el poder para sí, arrimando el fuego a su alcorza...

«Poema anónimo andalusí»
Siglo XV

Agradecimientos

Deseo expresar mi gratitud a la Biblioteca Felix María Pareja Instituto Hispano Árabe de Cultura, que me permitió acceder a sus valiosas obras, donde hallé libros relativos a al-Andalus, procedentes de fuentes árabes.

Mi profundo agradecimiento a Fray Ignacio de Madrid O.S.H. Prior del Monasterio Jerónimo de Santa María del Parral de Segovia. Por su hospitalidad, poniendo a mi disposición la excelente biblioteca del Monasterio. Y por la información y conocimientos de los que me hizo partícipe, para acercarme a la admirable figura de Fray Hernando de Talavera.

También quiero dejar constancia de mi gratitud al Dr. Saif ben Abdennour, traductor de árabe, así como a Ahmed Hafed Loughreit, bibliotecario del Centro Cultural Islámico de Madrid, por su amabilidad, revelándome detalles, formas y costumbres de los musulmanes.

Cronología de los hechos históricos de esta novela

1430— Los Abencerrajes dan un golpe de estado contra el emir de Granada, Muhammad VIII, e imponen en el trono a Muhammad IX, llamado el Zurdo.

1431— Sube al trono Yusuf IV. El Zurdo se retira a Almería.

1432— El Zurdo entra en Granada a sangre y fuego. Hace ejecutar a Yusuf IV, e impone un reinado de terror.

1445— El Zurdo es destituido. Sube al trono Muhammad X, el Cojo. Los Abencerrajes huyen a Montefrío.

1447— Recupera el trono Muhammad IX, el Zurdo.

1453— Muere el Zurdo y le sucede Muhammad XI.

1454— El príncipe Saad es proclamado Emir en Archidona.

1455— Saad canjea a su hijo Yusuf por su primogénito Abu-l-Hasan, rehén de los cristianos.

1462— Nace Abu Abd Allah (Boabdil).

Batalla del Madroño.

Matanza de los Abencerrajes.

Pierde el trono Saad.

Los Abencerrajes erigen Emir a Yusuf V.

1463— Saad recupera el trono y Yusuf V y los Abencerrajes huyen a Íllora.

1464— Abu-l-Hasan derroca a su padre Saad.

Se firma una tregua con Castilla. (Enrique IV de Castilla y Abu-l-Hasan firmaron treguas durante su reinado, aunque no hay constatación histórica de que ambos lo hicieran personalmente, como se relata en esta novela).

1470— Abu-l-Hasan repudia a la sultana Fátima por la cristiana Isabel de Solis (Zoraya). Los Abencerrajes se vengan alzando como Emir a Abu Abd Allah al-Zagal en Malága. El hijo del Conde de Cabra desafía a duelo a don Alonso de Aguilar en Granada.

1473— Abu-l-Hasan reconquista la villa de Cardela.

1474— Muere el rey de Castilla, Enrique IV, el Impotente.

1475— Guerra civil en Castilla por la sucesión al trono, entre Isabel, hermana de don Enrique, y Juana (la Beltraneja), hija del rey.

1477— Abu-l-Hasan arrasa los campos de Antequera.

1478— 24 de marzo, Gran Parada militar en Granada. Inundación de la ciudad.

1481— En la noche del 26 al 27 de diciembre, Abu-l-Hasan conquista Zahara.

1482— 28 de febrero, toma de Alhama por Rodrigo Ponce de León. 6 de marzo, Abu-l-Hasan sitia Alhama.

20 de abril, segundo sitio de Alhama.

13 de julio, Alí al-Attar derrota a Fernando el Católico en el sitio de Loja.

1483— 21 de marzo, victoria de al-Zagal en la Axarquía. 21 de abril, derrota y prisión de Boabdil en Lucena.

1485— 22 de mayo rendición de Ronda.

1486— 29 de mayo toma de Loja por Fernando el Católico.

1487— 27 de abril, se rinde Vélez-Málaga.

18 de agosto, se entrega Málaga, después de un duro asedio.

1489— 22 de diciembre, cae Almería.

1490— Agosto, al-Zagal parte a África.

1492— 2 de enero, Boabdil entrega Granada a los Reyes Católicos.

1493— Octubre, Boabdil embarca en Adra rumbo a África.

1495— Los mudéjares son gravados con altos impuestos.

1497— El ayuntamiento de Granada redistribuye el espacio urbano, y los mudéjares son desalojados de la medina, para que sea poblada por cristianos.

1499— Julio, los Reyes Católicos visitan Granada.

Octubre, llega a Granada el cardenal Cisneros. Noviembre, Cisneros impone bautizos colectivos. Diciembre, sublevación del Albaycín.

1500— Rebelión en las Alpujarras.

Orden de conversión o expulsión de todos los musulmanes de Granada, y la transformación de las mezquitas en iglesias.

1501— 12 de octubre, decreto real para que sean quemados los libros en árabe de Granada.

Introducción

Hace unos años, al realizar las obras de reconstrucción de una casa en el barrio granadino del Albaycín, se encontraron emparedados en un muro, 54 códices en lengua árabe y un manuscrito de varios folios de papel grueso en cursiva arábigo-andalusí.

El manuscrito narra, en primera persona, las memorias de un morisco granadino: Said ibn Ibrahim al-Garnatí, que vivió los dramáticos últimos años de la dinastía Nasrí y la conquista del reino de Granada por los Reyes Católicos; así como la cruel persecución que sufrió la comunidad mudéjar.

Granada era el último reducto del Islam en Europa. Los musulmanes habían llegado, en el año 711, a la península Ibérica y permanecieron durante ocho siglos en España.

El 2 de enero de 1492, el Emir de Granada Abu Abd-Allah Muhammad ibn Alí (Boabdil) entregó la ciudad a los reyes Isabel y Fernando; poniendo fin al reinado hispano-árabe de al-Andalus. Algunos fragmentos del manuscrito, encontrado en el Albaycín, estaban seriamente dañados por la humedad y los insectos. Sometidos a un largo proceso de restauración, y una vez ordenados y catalogados, se pudo hacer la traducción íntegra del texto y la transcripción en este libro.

Preludio

¡En el nombre de Dios, el Clemente,
el Misericordioso, cuya ayuda imploro!
Granada, a 10 días del mes de Rabi al-Aqhir
del año 907 de la Hégira (año 1501 del calendario cristiano)

Así dice Said ibn Ibrahim al-Garnatí. ¡Dios le exculpe y le perdone!

Ahora que soy viejo, quisiera descargar mi memoria relatando los turbulentos acontecimientos de los que he sido testigo. Las arrugas de mi rostro, cual letras escritas sobre un viejo pergamino, dan testimonio de mi dilatada vida, y al cielo pongo por testigo de que todo lo aquí narrado es cierto.

Los hados unieron mi destino a quienes decidieron la suerte de mi pueblo, y el azar quiso que tomara parte en los sucesos que lo llevaron a la ruina. Mas no son mis espaldas las que deban cargar con el peso de la culpa.

Las luchas intestinas entre los linajes, la ambición desmesurada de los visires, y la falta de visión política de los emires consumaron la tragedia.

Al nacer, hace 67 años, en el barrio de la Alcazaba Vieja, según la sunna, fui circuncidado y mis padres me dieron el nombre de mi abuelo Said.

Por aquel entonces, *Madinat Garnata* ostentaba con orgullo el título que le otorgara en sus versos el gran Ibn al-Jatib: «Cabeza insigne del reino, vergel de flores, morada de reyes, escuela de guerreros y albergue de peregrinos».

Mas un infausto día, el segundo del Rabi al-Awwal del año 897 de la Hégira (2 de Enero de 1492 del calendario cristiano), los ejércitos de Castilla ocuparon la hermosa ciudad que me vio nacer y, desde entonces, el altivo pueblo andalusí, sufre bajo el yugo opresor de los Reyes Católicos el peso insoportable de la ignominia. En Granada ya no quedan lágrimas, para llorar tan amarga desdicha.

¡Al-Andalus!, sueño truncado por la fatalidad de un pueblo cuyo destino trágico estaba escrito en las estrellas. Corren malos tiempos para los seguidores del Profeta ¡Dios le bendiga y salve!; tiempos de tribulación, persecución y muerte. Los cristianos faltaron a su palabra empeñada en las Capitulaciones y, una vez que se apoderaron de nuestras tierras, las condiciones contenidas en el documento firmado por sus Soberanos, fueron como palabras lanzadas al viento.

Oprimidos y sojuzgados por las leyes de los vencedores, muchos granadinos vendieron cuanto poseían e iniciaron el amargo camino del destierro.

Otros, no queriendo abandonar lo que les pertenecía por herencia, y confiados en el buen trato que al principio recibieron del rey cristiano, optaron por quedarse. Mas poco tiempo después, éste incumplió sus promesas y el pueblo andalusí tuvo que afrontar penurias y humillaciones sin fin.

Los Reyes Católicos que juraron defender los derechos de los musulmanes bajo

su reinado, nos han despojado de nuestras tierras, nos han privado de nuestras creencias y costumbres, nos han arrebatado nuestras leyes, nos han quemado los libros, nos han impuesto pesados tributos sumiéndonos en la más completa miseria. Almalafas de lino, preciosos mantos de Ifriqiya, marlotas del Maghreb, túnicas de seda, brocado y pedrería vi con mis ojos vender en pública almoneda.

Las mujeres son obligadas a descubrir sus rostros a las miradas lascivas de los soldados, y nuestras casas tienen que permanecer abiertas para velar por el cumplimiento de las nuevas leyes. Nuestros templos han sido profanados. En las Capitulaciones, se reconocía el derecho de los musulmanes a seguir orando en sus mezquitas, mas la voz cálida del almuédano ya no llama a la oración y la cruz se alza en el alminar.

Incluso se nos ha vetado la visita a los baños por considerarlos casas de pecado y erradicar la costumbre a la que los musulmanes estamos tan apegados, y que los cristianos tienen por voluptuosa e inmoral.

El desdichado pueblo andalusí intentó combatir tanta afrenta con las armas, mas pagó cara su osadía. La insurrección fue enérgicamente aplastada y las atormentadas tierras de al-Andalus se empaparon con la sangre de sus hijos.

En estos disturbios encontró el cardenal Cisneros el pretexto que buscaba, para hacer firmar a los Reyes Católicos el decreto que tanto ambicionaba. Su largo brazo llegó a todas las ciudades del reino con una orden tajante y clara: «Conversión o Expulsión». Como un trueno resonó en las plazas y zocos de Granada la voz de los pregoneros: ¡Conversión o Expulsión! ¡Conversión o Expulsión! El eco de este grito perdurará en mis oídos mientras viva.

Los inquisidores someten a los conversos a humillantes pruebas públicas, forzándonos a beber vino, comer carne deanimales impuros o renegar del Islam. Hay que escoger entre el sacrilegio o emigrar a tierra extraña.

Viejo y sin recursos ¿dónde puedo ir? Abatido, me aferro a los recuerdos de una época gloriosa, en la que Granada brillaba como una esplendorosa perla de Oriente y los poetas esculpían sus poemas en los muros de *Madînat al-Hamrâ*.

Con los ojos anegados de lágrimas, contemplo como los palacios han perdido su esplendor, las aves anidan en sus salas y las fuentes lloran la ausencia de sus amos. En los jardines, seductores vergeles que adelantaban a los musulmanes las delicias del paraíso, pastan los caballos de los vencedores. Los estanques están agostados y los naranjos muestran sus secas raíces cual cadáveres insepultos. Las fragancias del azahar ya no perfuman nuestros patios. Y el hammâm languidece carcomido por la humedad, contaminado de los efluvios acres de unos soldados sucios e indolentes, que despreciando el deleite de los baños los utilizan como letrinas. Cuando camino por esta Granada sometida y conversa, trato de reconocer en las calles y plazuelas mis recuerdos, mas la ciudad semeja un sueño en el que todo parece irreal. Al pasar junto a las mezquitas, me pregunto dónde se habrá llevado el viento la llamada del almuédano, el aroma embriagador de las especias del zoco, las voces cantarinas de

los contadores de cuentos de Bab al-Ramla o los gritos excitados de los jinetes árabes en el campo de la al-Musara. Me obstino en la idea de que, tal vez, los muros de la Alhambra guarden la esencia de un tiempo ya perdido, al igual que el pebetero conserva la fragancia de la mirra.

Impulsado por el aguijón de la nostalgia, decido cometer una imprudencia propia de un alocado adolescente. Escoltado por adelfas y cipreses, he subido a la colina de la Sabiqa y he ido al encuentro de esta historia y sus personajes.

Caía ya la tarde, cuando llegué a las puertas del «Palacio Rojo». Los soldados, que montaban guardia, ignoraron mi presencia, tomándome por un viejo chiflado. En la luz incierta del crepúsculo, olfateé el viento y mis sentidos se llenaron con el aroma del arrayán. Con emoción contenida, he pisado las piedras centenarias y al tocar los muros del *al-Qasr*, vino a mí, con fuerza turbadora, la añoranza de la vieja memoria. Ebrio de felicidad, me he dejado envolver por el hechizo de la noche. De pronto, un destello de luna se escapó entre los celajes iluminando las sombras del palacio ultrajado. Entonces, oí voces y risas de fiesta. Una orquesta de músicos ciegos interpretaba una *muwashah* y las notas de aquella música, ya casi olvidada, traían olores de canela y albahaca mezclados con perfumes de Arabia.

El alba me sorprendió con las rodillas clavadas en la greda y el rostro cubierto de lágrimas. Besé la tierra mojada por el llanto y percibí el perfume del mirto y la fragancia del almizcle. Mas con la noche se fue la fantasía, y las primeras luces del día me devolvieronla realidad descarnada.

La fría brisa, que bajaba de la montaña, entumecía mis huesos. Con la ayuda de mi báculo conseguí ponerme en pie. Una bruma tornasolada cubría el bosque de la Sabiqa y, abajo, la ciudad aparecía iluminada por un sol incandescente.

¡Granada, nostalgia empapada de lágrimas y miel!

En vano esperé, en aquella mañana radiante, la llamada del almuédano. Desde el alminar de la Mezquita Mayor del Albaycín, coronado por una cruz, me llegó el sonido metálico de una campana. ¿Por qué, Dios mío, la muerte que siento próxima, no me ha visitado en esta noche mágica?

En la nebulosa de mis lejanos días de infancia, aparece nítida la imponente personalidad de mi abuelo Said el ulema. Su figura elegante, sentado sobre el almadraque verde, estudiando los gruesos tratados de derecho y teología, ha quedado indemne en mi memoria. Siempre vestía de blanco, y se cubría la cabeza con el *'immah* de los maestros coránicos. Tenía la voz clara y profunda como los predicadores de la Gran Mezquita. Y aquella voz grave, reprochando a mi madre el comportamiento de su marido, al que acusaba de beber la bebida prohibida por el Corán, aún parece resonar entre estas paredes.

Mi padre, un cristiano renegado, solía frecuentar la «Taberna del Rumi», un lugar de mala reputación, donde se reunían conversos de conveniencia y musulmanes poco piadosos.

Mi abuelo, temiendo que mi inocente espíritu se dejara influir por el poco edificante ejemplo de mi padre, y cayera en lo que él llamaba «el menosprecio a las obligaciones que Allah había impuesto»; con voz profunda y gesto severo me advertía:

—Escucha bien, Said, a toda costa, has de evitar desobedecer a Allah ¡loado sea!; porque serás aborrecido en la estimación de la gente y, lo más importante, serás aborrecido por Dios. Hay hombres que hacen oídos sordos a las palabras del Profeta y beben vino, que es la red de Satanás para llevarlos a la perdición y al fuego del infierno. Ya lo dijo nuestro profeta Muhammad ¡con él sea la paz! «En todo pueblo hay pecadores y entre éstos están los bebedores de vino. A los que beben vino en este mundo, se les privará de él en el otro; por el contrario, aquellos que se abstengan de la bebida, Allah les dará a beber el néctar del paraíso, aromatizado con almizcle».

—Y ¿cómo es el sabor del néctar del paraíso, abuelo?

—No hay nada comparable en este mundo, su sabor es embriagador y maravilloso, y sólo aquellos que se abstengan de las bebidas fermentadas, gozarán de los deleites del edén.

Entonces, hacía la firme promesa de no beber vino jamás. Mas yo me preguntaba, ¿por qué, si el vino era cosa del demonio, algunos hombres se mostraban tan inclinados a esta bebida? La respuesta la obtuve mucho tiempo después: el vino posee el hechizo de todo placer prohibido.

Mi abuelo Said era un musulmán piadoso e instruido, a quién tuve siempre un gran afecto. A él le debo mi afición a la escritura y mi amor a los libros; no en vano, él fue mi maestro y tutor durante gran parte de mi infancia; pues mi padre, perseguido por los esbirros del sanguinario sultán Muhammad el Zurdo, se vio obligado a huir de Granada durante mi niñez.

Mi progenitor había nacido en *Isbiliya* (Sevilla). Huérfano de padre y madre, huyó a los 17 años de la tiránica tutela de un pariente y, en el puerto, se enroló en una

galera genovesa que zarpaba rumbo a Italia. Frente a las costas de Orán, la nave fue abordada por piratas berberiscos que se apoderaron de sus ricas mercancías y arrojaron al mar a los hombres que, por su avanzada edad, consideraron inservibles. A los que sus vestidos delataban una condición noble, les hicieron prisioneros para pedir rescate. Los más jóvenes y fuertes, como era el caso de mi padre, fueron encadenados a los remos y sus espaldas quedaron marcadas por los látigos de los piratas para, más tarde, ser vendidos en el mercado de esclavos.

El noble visir Ridwan Venegas compró a mi padre en el puerto de *al-Mariyya* (Almería). El visir disponía de una inmensa fortuna. Era dueño de numerosas tierras, palacios, fincas de recreo y un gran número de siervos, eunucos, y doncellas, además de una escolta de hombres de armas. Sin embargo, no era engreído ni autoritario, poseía un carácter sencillo y afable, por lo que gozaba de la estima y el respeto de todos sus servidores.

Liberado del trato cruel que sufrió a manos de los despiadados piratas, mi padre se sintió afortunado sirviendo a la poderosa y rica familia de los Venegas, cuyo progenitor, don Pedro Venegas, de origen cristiano, había conseguido elevar su linaje hasta las capas más altas de la nobleza y unirse con lazos de sangre al sultán.

Se cuenta, que don Pedro fue raptado, cerca de *Qortuba* (Córdoba), cuando contaba ocho años de edad y llevado a la corte de Granada. La esposa de un noble se prendó de la belleza de aquel niño y lo adoptó como hijo. Criado y educado en el refinamiento y lujo de la corte Nasrí, su simpatía y encanto crecían con su cuerpo fuerte y saludable. Amigo y compañero de juegos del príncipe heredero, ayudó a éste en su lucha contra el usurpador Muhammad el Zurdo. Y cuando el príncipe, su amigo, recuperó el trono, le nombró *hayib* o gran visir y le concedió la mano de su bella hermana, la princesa Cetti Maryam.

Hace muchos años, cuando yo era niño, mi madre me contó una historia que ocurrió en Granada, el año de la gran sequía. Ella la tituló «El ulema y el converso». Y dice así:

«Cuentan los ancianos que aquél, fue el año más seco que se recuerda. Durante muchos meses no cayó una gota de agua del cielo. Los aljibes se secaron y la amenaza de la peste se cernía sobre la ciudad.

Cada mañana, al frente de una recua de acémilas cargadas de cántaros, Miguel, un esclavo cristiano que servía en la casa de la noble familia Venegas, una de las más ricas de Granada, se dirigía a Bab al-Sumays a sacar agua de la cueva de la al-Fawwara. Cierto día, al cruzar el puente de Ibn Rasiq, vio a dos mujeres que buscaban afanosamente algo en la orilla del río. Se trataba de una joven de porte elegante y su sirvienta. Ésta se dirigió al aguador implorando ayuda para encontrar una valiosa sortija, que su ama había perdido al pasar el puente. El anillo, arrastrado por la corriente, yacía en el fondo de una poza cubierta de lodo. Con el agua hasta la cintura, el esclavo logró extraer la joya del fango. La sirvienta le agradeció su noble gesto, mas el cristiano quedó turbado por el destello que se desprendió de la fugaz

mirada de la joven ama. En el fulgurante brillo de aquellos ojos, más que gratitud, había admiración o acaso algo que él no se atrevía a interpretar.

Desde entonces, todos los días, ambos inventaban un pretexto para acudir al puente de Ibn Rasiq.

Cortejados por el rumor de las aguas del Darro, los negros ojos de la joven musulmana se cruzaban con los azules del gallardo cristiano, y un chispazo mágico hacía saltar de felicidad el corazón de la muchacha, a la vez que el pobre esclavo se hundía en la tristeza y la desesperanza; consciente de que su humilde condición le impedía aspirar al apasionado deseo que aquellos bellos ojos sugerían. Pues aquella joven, cuyo padre era un ulema, pertenecía a una distinguida familia del barrio del Albaycín. ¿Cómo un esclavo podía aspirar a la mano de la hija de un doctor de la ley? Sin duda aquello era, además de una temeridad, un sueño imposible.

Mas el destino de ambos ya estaba escrito en las estrellas, y los genios se confabularon para favorecer los deseos de los jóvenes enamorados.

A mitad de aquel caluroso verano, el temible ejército del rey de Castilla cruzó la frontera e invadió los feraces campos de la Vega, devastando cuanto encontraba a su paso. Almunias y alquerías eran arrasadas a sangre y fuego. El sultán Muhammad IX, llamado el Zurdo, que había usurpado el trono, salió a su encuentro; mas fue derrotado y los cristianos llegaron hasta las mismas puertas de Granada, poniendo cerco a la ciudad.

La población se agitó presa del miedo. Los imanes decretaron tres días de ayuno. Las gentes oraban y sollozaban en las mezquitas, implorando a Allah no permitiese que la ciudad cayera en manos de los infieles. Tantas fueron las lágrimas vertidas, que el Todopoderoso se apiadó de su pueblo y obró un gran milagro. Una mañana, con las primeras luces del alba, los centinelas que vigilaban el campamento cristiano desde las almenas, no daban crédito a lo que estaban viendo: ¡Las tropas que cercaban la ciudad, se retiraban!

Los granadinos subieron a las murallas y, llenos de asombro, aún podían ver las espaldas de los últimos soldados que caminaban hacia la frontera. Sobre el campo, donde se había asentado el ejército enemigo, solo quedaban algunos pertrechos abandonados y las humeantes hogueras que los rumis encendían todas las noches. Allah ¡loado sea! había castigado a los infieles con la peste, obligándoles a levantar el cerco. Todos daban gracias al Altísimo por aquel prodigio. Aunque las brujas se atribuyeron el milagro por obra de sus conjuros.

Los imanes interpretaron lo acontecido, como un claro signo de Allah a favor del pueblo y en contra del sultán, que ilegítimamente ocupaba el trono; puesto que el Todopoderoso había permitido que el emir fuese derrotado por el mismo ejército que, ahora, se retiraba de las puertas de Granada.

Una multitud, guiada por los alfaquíes, se dirigió a la al-Hamrâ lanzando gritos contra el Zurdo. El sultán, protegido por su guardia de mercenarios, se encerró en el palacio.

Los linajes nobles del partido Legitimista, reunidos en Medina Lauxa (Loja), proclamaron «Emir de los Creyentes» al príncipe, por línea directa en la dinastía, Yusuf ibn al-Mawl.

Cuando la noticia de la proclamación del nuevo emir llegó a Granada, los imanes omitieron el nombre de Muhammad IX en la oración del viernes. Mas el Zurdo, confiado en la fuerza de su guardia palatina, se negó a abandonar el trono.

Castilla tomó partido por Yusuf que, al frente de un poderoso ejército proporcionado por el rey cristiano, marchó sobre Medina Garnata.

Muhammad el Zurdo huyó de la Alhambra, refugiándose en Almería donde se hizo fuerte. Y los granadinos recibieron con los brazos abiertos al príncipe Ibn al-Mawl.

El nuevo sultán, al contrario del Zurdo, era de carácter pacífico y bondadoso. Mostraba una apasionada afición por la astronomía y se rodeó de sabios versados en esta ciencia, con los que se pasaba las noches contemplando las estrellas y observando las bellas constelaciones que pueblan el firmamento. Mas con tantas noches en vela, el sultán se sentía cansado y adormecido durante las audiencias que concedía a los dignatarios extranjeros, y se decía que había dejado los asuntos de gobierno en manos de su visir, Ridwan Venegas, el tornadizo de origen cristiano.

Al poco tiempo del reinado de Yusuf, corrió un rumor que encolerizó a los alfaquíes. Al parecer, en pago a la ayuda que los cristianos prestaron al sultán, éste había firmado, en secreto, un oneroso tratado de treguas con el rey de Castilla, por el cual se comprometía a entregar veinte mil dinares de oro anuales y a liberar a todos los cautivos cristianos.

El rumor se confirmó cuando los cadíes tuvieron que redactar las actas de emancipación, dando testimonio de que los esclavos cristianos quedaban libres.

Los nobles se dividieron en facciones. Los partidarios del emir replicaban a los que le acusaban de ser demasiado complaciente con el rey cristiano, recordándoles que sin la ayuda de los castellanos, nunca se habría podido destronar al usurpador. Y esto tenía un precio que había que pagar.

El visir Venegas quiso dar ejemplo y decidió ser el primero en conceder la libertad a sus esclavos cristianos.

De esta manera, el joven Miguel fue liberado, mas siendo huérfano y seducido por el amor de la bella granadina, decidió no volver a tierra de cristianos, quedándose al servicio de su señor, Ridwan Venegas. Un gesto que el visir valoró y, más tarde, supo recompensar.

Libre de su condición de esclavo, el esforzado cristiano se aprestó con osadía y determinación a conseguir la mano de Ayxa, la hija del ulema.

Cada día, el puente de Ibn Rasiq era testigo mudo de los encuentros de Ayxa y Miguel. Allí, ambos se prometían amor eterno y urdían planes para huir juntos a un lugar donde nadie se opusiera a su felicidad.

Mas la indiscreción de una sirvienta, hizo llegar el rumor del idilio de Ayxa y el

rumi, hasta los oídos del ulema; quien montó en cólera y se recriminó el que los asuntos de la escuela coránica le tuvieran tan ocupado, para no darse cuenta de que Ayxa, ya estaba a punto de cumplir 14 años y era necesario buscarle un esposo.

El severo ulema ordenó que su hija fuese recluida en las habitaciones más recónditas de la casa.

La joven, sumida en una profunda melancolía, se negó a comer, y día y noche suspiraba afligida, añorando la mirada azul del apuesto cristiano. Éste, queriendo hacerse grato a los ojos del ulema, decidió ir a la mezquita para que un alfaquí le instruyera en el conocimiento del Corán y las enseñanzas del Profeta.

Miguel abrazó el Islam y tomó el nombre musulmán de Ibrahim. Mas no por ello consiguió ablandar el corazón del ulema. El padre de la muchacha se apresuró a concertar un matrimonio más ventajoso para su hija. Confiaba en que un hombre acaudalado que la colmara de regalos, haría que la joven pronto se olvidase del renegado.

Un día en el que Ibrahim rondaba la casa de su amada, una sirvienta le informó de que Ayxa se encontraba confinada por orden de su padre, y éste había iniciado los trámites para casarla con un hombre rico.

Desolado, Ibrahim confesó a un amigo su desdicha. Entonces, éste le aconsejó que visitara a un viejo ermitaño, que vivía en una cueva en la colina de los Almendros. Aquel anciano había obtenido el don de la sabiduría por medio de la meditación, la soledad y la penitencia, y a él acudían quiénes buscaban consejo o solución a problemas que parecían irresolubles.

Sin perder un instante, Ibrahim fue a visitar al *murabit*. Lo encontró sentado a la entrada de la cueva, con las manos abiertas hacia el cielo y los ojos cerrados. De su rostro arrugado y enjuto le colgaba una larga barba, muy blanca, que llegaba hasta el suelo. Como no quiso perturbar su meditación, el joven reprimió sus deseos y, en silencio, se sentó sobre una piedra frente al anciano. El tiempo pasaba y el eremita no daba muestras de querer hablar. De pronto, un cuervo comenzó a revolotear sobre sus cabezas y poco después, se posó sobre el hombro del ermitaño. El ave traía en el pico un racimo de uvas, que soltó en la mano del viejo. Éste abrió los ojos y dirigiéndose al joven le dijo:

—He aquí la criatura que me envía el cielo. Ella se ocupa de mi alimento y me transmite la sabiduría que el Altísimo otorgó al rey Salomón ¡sobre él sea la paz! Y ahora, cuéntame lo que te aflige y, si Dios quiere, trataré de ayudarte.

Mientras el anciano comía las uvas, Ibrahim le contó su historia. Y al terminar, le preguntó qué podía hacer para conseguir que el ulema le concediera la mano de su hija.

El ermitaño emitió un extraño sonido y el cuervo lanzó un prolongado graznido.

Ibrahim observaba asombrado a aquel enigmático hombre que parecía hablar con el pájaro, y esperó expectante su respuesta. El anciano relajó el rostro y, con una amplia sonrisa que dejaba al descubierto sus desnudas encías, contestó:

—Tu pregunta, muchacho, tiene una fácil respuesta. La llave del problema se encuentra en tu propia casa. Es cierto que el ulema es un hombre influyente y terco, mas tú sirves a un señor infinitamente más poderoso. Gánate su confianza y háblale con el corazón. Él te ayudará a doblegar la voluntad del padre de la muchacha que amas.

Y ahora, vete. ¡Que la paz sea contigo!

Sentado en la gran sala de su palacio, el visir Ridwan Venegas, con gesto inquieto, leía un documento que le acababa de entregar un mayordomo. En un rincón de la estancia, su fiel criado Ibrahim esparcía granos de incienso sobre la piedra de alumbre que ardía en un brasero, esperando el momento oportuno para hablar a su señor. Mas el ministro, absorto en la lectura del informe, no se percataba de la presencia del sirviente.

El visir se mostraba preocupado. Por aquellos días, en Granada reinaba una tensa calma que presagiaba el comienzo de una revuelta. Los alfaquíes ya no escondían su enojo con el sultán, por lo que ellos consideraban un humillante tratado de treguas; y en las mezquitas se empezaba a criticar veladamente al emir, al que acusaban de títere de Castilla.

El peligro de la sedición acechaba al emirato. Venegas tenía información de que el poderoso e influyente clan de los Banu al-Sarraj (Abencerrajes), fieles al Zurdo, conspiraba contra Yusuf. El sultán había convocado a todos sus consejeros a una reunión de urgencia en el Mexuar, con el fin de discutir si se pedía o no, más ayuda al rey de Castilla; pues Muhammad el Zurdo desde Almería, con un ejército de mercenarios espléndidamente pagados con el tesoro que se había llevado de la Alhambra, constituía una seria amenaza. Sin embargo, los alfaquíes eran contrarios a cualquier socorro que viniera de los infieles. Y de los hermanos musulmanes de África no cabía esperar auxilio alguno, pues los sultanes de Fez y Tremecén apoyaban al Zurdo.

Cuando por fin, Ridwan Venegas salió de su ensimismamiento y fijó su mirada en el sirviente, éste se arrodilló y le pidió permiso para hablar.

El visir hizo un leve signo afirmativo con la cabeza. El pobre criado, sin levantar los ojos del suelo, no sabía cómo empezar.

—Vamos, habla sin temor —le animó el amo.

Con voz trémula, mas de forma tan vehemente que parecía irle en ello la vida, el criado se dirigió a su señor con estas palabras:

—¡Mi amo y señor!, os ruego seáis indulgente y disculpéis mi atrevimiento. Estoy aquí para implorar vuestra ayuda en un asunto que, desde hace un tiempo, no me deja vivir. Veréis, el destino ha querido que me enamore perdidamente de una muchacha que, para mi desgracia, es hija de un ulema del barrio del Albaycín. Ella me ama y me ha jurado su amor, mas me veo rechazado por el orgulloso ulema a causa de mi pobre condición. Como bien sabéis, os he guardado fidelidad hasta el punto de renunciar a mi tierra para estar a vuestro servicio y siempre he cumplido, a

satisfacción de vuestra familia con el trabajo que se me ha encomendado; soy un hombre íntegro, mas tan pobre que nunca dispondré de una dote para encontrar una esposa. El noble y generoso corazón del visir se volvió sensible a aquella súplica y, queriendo recompensar la lealtad de su fiel sirviente, decidió tomar cartas en el asunto y ayudarle.

A una señal del visir, apareció un *katib* provisto de cálamo y papel que se acercó a su señor. Tras una breve conversación con éste, el secretario se puso a escribir lo que le dictaba el amo y después se dirigió al criado, que esperaba impaciente junto a la puerta, y leyó lo dispuesto por el visir:

—Es deseo de Sidi Ridwan, ¡qué Allah colme de bendiciones!, en consideración a la lealtad y fidelidad mostrada por su buen sirviente Ibrahim *al-Isbily* «el Sevillano», nombrarle palafrenero a sueldo con vivienda en usufructo y rentas correspondientes a esta condición. Así mismo, Sidi Ridwan accede a interceder, como tutor del pretendiente, ante el padre de la muchacha, para que éste dé su consentimiento a la unión en matrimonio de su hija con su fiel servidor Ibrahim.

El pobre criado, presa de una alegría desbordante, se arrojó a los pies del visir exclamando:

—¡Gracias mi señor cuyo corazón Allah ha ennoblecido! ¡Que Allah, loado sea, os recompense aumentando vuestra grandeza! Ajeno a cuanto sucedía en el palacio de los Venegas, el ulema Said hacía gestiones para encontrar un candidato rico y honorable a la mano de su hija.

Una mañana, el trote de un caballo resonó en el empedrado de una callejuela del barrio del Albaycín. Seguido de una legión de chiquillos, el corcel, montado por un caballero de elegante atuendo y tocado con un turbante azul, se detuvo ante la casa del ulema. Por su larga capa carmesí, todos supieron que se trataba de un emisario de la Corte. Los vecinos se agolparon a la entrada de la casa, llenos de curiosidad. El jinete era portador de una carta con el sello del visir.

El ulema tomó la misiva, rompió el sello e intrigado comenzó a leer. Cuando hubo terminado, no sabía si enfurecerse o sentirse halagado. Con el rostro resignado, despidió al emisario rogándole le dejase tres días para reflexionar la respuesta.

Fue un intento baldío para demorar una decisión que, de antemano, ya estaba tomada. No había que ser muy sagaz para darse cuenta que, bajo el suave enunciado de aquella cortés petición de mano, se ocultaba una orden inapelable. Además, el visir se mostraba generoso con la dote y aportaba una cantidad que al padre de la novia le era difícil rechazar: trescientos *dirhems* de los de a diez. Transcurridas tres semanas desde la visita del emisario de la Corte al ulema, el flamante palafrenero del visir, fue llamado a presencia del *qatib* para hacerle entrega del contrato de esponsales. Pocos días después, se celebró la boda. Mas apenas, los jóvenes enamorados habían comenzado a disfrutar de su felicidad, una cruenta revuelta reventó en Granada con la virulencia de un volcán. Todo comenzó cuando, ante la amenaza latente de un ataque del Zurdo, el sultán decidió pedir ayuda al rey de

Castilla, y éste envió dos mil lanceros.

Las tropas de Muhammad el Zurdo, que vigilaban la frontera, descubrieron la columna de socorro cristiana que se dirigía a *Medina Garnata*. Los cristianos, que esperaban ser recibidos como amigos, fueron sorprendidos por las huestes del Zurdo en una emboscada y los dos mil lanceros murieron degollados. Antes de que la noticia de la matanza de los cristianos llegara a la Corte, el Zurdo, con la ayuda de los Abencerrajes, entró en Granada a sangre y fuego. En la Alhambra, hizo ejecutar a Yusuf, y el horror y la muerte se apoderaron de la ciudad. Los mercenarios, siempre impacientes por entregarse al saqueo, recorrían las calles ávidos de botín, pasando a cuchillo a los seguidores del emir depuesto. Ibrahim y Ayxa unieron su destino a la familia Venegas, y, escaparon milagrosamente a la muerte, huyendo de Granada. El rey de Castilla dio asilo y protección a los partidarios de Yusuf. Y el sanguinario Muhammad el Zurdo y su temible visir Yusuf ibn al-Sarraj, sedientos de venganza, impusieron la tiranía y el terror en todo el reino.

Escondidos en los inhóspitos parajes de Sierra Ilbira, los jóvenes esposos sufrieron duros años de destierro. Durante el largo exilio, nacieron dos niñas; una murió al poco tiempo de nacer y a la otra, Layla, el frío de las montañas le llenó los oídos de úlceras y pus, privándole de la facultad de oír y hablar.

Cuando Ayxa cumplía el quinto mes de su tercer embarazo, llegó la noticia del derrocamiento del tirano Muhammad el Zurdo.

—¡Allah es Grande! —exclamó la joven embarazada sin poder contener las lágrimas y, plena de alegría, comenzó los preparativos para el regreso tanto tiempo deseado.

Ayxa instó a su esposo a abandonar aquellas tierras a toda prisa, pues no quería que su próximo hijo naciera en las montañas que tanto sufrimiento les habían causado.

El joven matrimonio se unió a la caravana de cuántos sufrieron el destierro y, alborozados, iniciaron el camino del retorno a sus hogares cantando y tocando panderos y dulzainas.

Al divisar las murallas de *Medina Garnata*, un grito de júbilo salió de todas las gargantas.

Ayxa sintió a la criatura, que llevaba en el vientre, dar tantos brincos que temió ponerse de parto. Recostada sobre el tronco de un granado, se tomó un respiro e intentó calmarse. En su ayuda acudió Nusaybah, una vieja curandera. La anciana puso sus manos sobre el abdomen de la embarazada y, poco a poco, Ayxa recobró la calma. Nusaybah, que decía tener dotes de adivinadora, vaticinó que en aquel vientre había un hermoso niño varón, que nacería dentro de cuatro meses bajo la poderosa influencia de Tauro y la benéfica protección de las Pléyades, por lo que gozaría de una larga y venturosa vida».

Mis padres vivían en una humilde casa de paredes de adobe encalado en el barrio de la *Qasba al-Qadima* (Alcazaba Vieja), sobre la colina donde se alza el Rabad al-Bayyazín. Se accede a ella a través de una empinada cuesta escalonada de tierra pisada. Tras la puerta de tablas tachonada de clavos, un pequeño zaguán conduce a la cocina caldeada por el acogedor fuego del hogar. Una celosía da acceso a la alcoba. El lecho donde dormían mis padres estaba separado del nuestro por una pesada cortina que preservaba su intimidad.

En esta casa, que pertenecía al poderoso visir Ridwan Venegas y que mi padre tenía en usufructo, vine al mundo cuando los árboles retoñan y las brisas cálidas del sur suben desde la Vega inundando la colina, de aromas de azahar, albahaca y yerbabuena. Sobre la vivienda se yergue el aljarafe, mi lugar favorito, al que se llega por una escalera de desgastados peldaños. Allí encuentro la soledad y el sosiego que mi espíritu reservado necesita, contemplando el tupido bosque que trepa desde el río por la colina de la Sabiqa hasta abrazar los torreones de la «Medina Roja». Y donde, en las ardientes noches del estío, me dejo vencer por el sueño observando el fugaz destello de las estrellas errantes.

Tres días después de mi nacimiento, nacía el segundo hijo varón de nuestro amo Sidi Ridwan, a quien impusieron este mismo nombre. Ambos fuimos circuncidados por el mismo *tahhar* (retajador), y mis padres fueron invitados al *i'dar* o fiesta de Circuncisión que Sidi Ridwan Venegas celebró en su palacio. Aquella sangre que derramamos juntos tal vez unió nuestro destino, pues nuestras vidas corrieron parejas durante muchos años.

Los días transcurrían apacibles en nuestro hogar. Mi madre se sentía feliz viendo como su hijo crecía fuerte y sano; y mi padre se mostraba orgulloso de que su esposa, de nuevo, estuviera encinta. Sin embargo, *Medina Garnata* se hallaba lejos de recobrar la estabilidad política y la Corte era un vivero de intrigas y conspiraciones. Los nobles del partido Legitimista, entre los que se encontraba Sidi Ridwan, habían recuperado gran parte del poder que perdieron durante el reinado de Muhammad el Zurdo; mas sus adversarios, los Banu al-Sarraj (Abencerrajes), eran los auténticos dueños de Granada.

En el trono se sentaba un emir tullido de carácter altanero y libertino, al que el pueblo conoce con el nombre de Muhammad alAhnaf (el Cojo).

La arrogancia con que gobierna Muhammad el Cojo, así como su vida licenciosa y su desmedida afición al vino, le enajenaron el afecto de sus vasallos y atrajo sobre sí el odio de los alfaquíes. Lo que aprovecharon los Banu al-Sarraj para dar un golpe de estado y poner en el trono a un príncipe, más dócil y útil a sus ambiciones políticas, que vivía refugiado en la Corte de Castilla, llamado Yusuf ibn Ahmed. Mas éste apenas tuvo tiempo de ocupar la Alhambra. Los Legitimistas reaccionaron con

diligencia contra un príncipe educado en Castilla, se decía de él que hablaba mejor el castellano que el árabe, y con el beneplácito de los alfaquíes y gran parte de la nobleza y el ejército, que prefiere a un sultán depravado a un emir cristianizado, reponen en el trono a Muhammad el Cojo.

Una noche, a la edad de tres años, desperté con mis gritos a mi madre, devorado por el dolor y la fiebre. Mi padre salió en busca de un *tabîb*, mas lo único que consiguió traer a aquellas horas, fue a la vieja curandera Nusaybah.

La vieja, después de examinarme detenidamente, sentenció: «Este niño está aojado». Y, sin perder un instante, realizó sahumerios por toda la casa. A continuación, mezclando su propia saliva con grasa de carnero, compuso un ungüento que me extendió por todo el cuerpo, mientras recriminaba a mi madre el no haber tomado las medidas necesarias contra el Mal de Ojo.

—Debes ocultar al niño de las miradas de las mujeres cuyos hijos estén enfermos, y también de aquellas en periodo de menstruación. Cuando a la mujer le viene el flujo —declaró la curandera—, su mirada se torna maligna y está cargada de ponzoña como la del basilisco.

—¿Y qué es el basilisco? —preguntó mi madre intrigada.

—¡El basilisco! —exclamó la vieja dibujando signos cabalísticos en el aire—. Es un monstruo cuya mirada es capaz de provocar la muerte. Nace de la cópula de un gallo y una serpiente. Todos los malos humores, acumulados en el intestino de ésta, forman un huevo venenoso donde se engendra un monstruoso lagarto con una cresta sobre la cabeza que mata con la vista.

Siguiendo las instrucciones de la curandera, rodearon mi cuna con un círculo de sal, colocaron bajo la almohada varios pelos de gato negro y, al cuello, me colgaron una pequeña bolsa de cuero que contenía hojas de muérdago.

Los conjuros y brebajes de raíces extrañas que me administraba Nusaybah, no remediaban el mal que me aquejaba y una prominente inflamación del vientre se extendió a los testículos. Cierta noche, golpearon en la puerta de nuestra casa de forma apremiante. Mi madre, alarmada, se apresuró a abrir. Varios sirvientes de Sidi Ridwan preguntaban por mi padre. Aquella noche, él no estaba en casa y mi madre no conocía su paradero. Alguien gritó desde una ventana: «¡Buscadlo en la Taberna del Rumi!». Antes de abandonar nuestra casa, aquellos hombres nos dejaron el mensaje del que eran portadores: El temible Muhammad el Zurdo, enemigo mortal de los Venegas, había dado un nuevo golpe de mano y se había hecho con el poder. Teníamos que huir de Granada. Mi madre, aturdida, recorría la casa recogiendo algunos enseres, ante los atónitos ojos de mi hermana Layla que, aislada por su sordera, no comprendía nada de aquel tumulto.

Con mi hermano Ahmed de pocos meses en brazos de Layla y yo enfermo, transportado por mi madre, abandonamos nuestro hogar en mitad de la noche, y nos refugiamos en la casa de mi abuelo Said.

Hay veces que, para llegar a la dicha, Allah, ¡loado sea!, nos lleva por el camino

de la adversidad. Y aquella noche amarga fue, sin embargo, mi salvación; pues mi abuelo a la vista del progresivo mal, me hizo visitar por un hombre sabio que impartía sus enseñanzas de medicina en el Maristán y gozaba de gran prestigio en la Madrasa, donde era considerado un erudito de las teorías del sabio Abu Baqr al-Razí y del príncipe de los médicos Abd Allah ibn Sina (Avicena).

El médico palpó mi vientre y pidió examinar mi orina. Entonces, se percataron de que, desde hacía algún tiempo, no había manchado los pañales. El *hakím* preparó un bebedizo de ajo y raíz de lirio. Tras ingerir la infusión, las vías urinarias se dilataron y comencé a expulsar el mal, al tiempo que mi estado en general mejoraba; recuperando la salud en pocos días.

Todos celebraron mi rápida curación, mas en medio de aquella alegría, el rostro de mi madre permanecía velado por la zozobra que pesaba en su corazón por la suerte que pudiese haber corrido mi padre. Desde aquella noche, en que huimos de nuestra casa, solo teníamos noticias contradictorias sobre su paradero. Había quien aseguraba haberlo visto huir junto con los hombres de Ridwan Venegas, mas también se decía, que su cadáver yacía entre los cuerpos que, los esbirros del Zurdo, habían pasado a cuchillo. Nada atormenta más que la incertidumbre sobre la suerte adversa de un ser querido, y mi madre rogaba todos los días al Todopoderoso para que mi padre apareciese vivo.

Los primeros años de mi niñez, los juegos y peleas con mi hermano Ahmed se desarrollaron en la casa de mi abuelo Said, que era espaciosa y de dos plantas. Las habitaciones giraban en torno a un patio sombreado por una vieja parra de retorcido tronco y arrullado por el rumor del agua, que corría entre los parterres de rosales, violetas, arrayanes y siemprevivas que circundaban la pequeña alberca que ocupaba el centro del jardín, en el que transcurría gran parte de la vida familiar. Arrimado a la espalda de la vivienda, había un huerto, protegido por un muro de adobe con una desvencijada puerta al exterior. El huerto poseía un aljibe del que extraíamos el agua para regar los árboles frutales, las plantas aromáticas y la hiedra que, desde los arriates, trepaba por los rojizos muros de barro. Mi afición por la aventura, hacía de mí un niño travieso e inquieto por el que mi abuelo sentía una cierta predilección. El severo ulema, que tanto temor infundía a los demás, era conmigo cariñoso e indulgente y, más de una vez, sus largos brazos se interpusieron para impedir que mi madre me propinase una buena paliza como justo castigo a mis fechorías. Apretado contra el pecho de mi abuelo me sentía a salvo. Acurrucado en su regazo, sintiendo el cosquilleo de su sedosa barba sobre mi rostro, permanecía inmóvil el tiempo necesario hasta que mi madre se calmaba. El recuerdo de aquellos años de mi infancia, viene impregnado con la fragancia silvestre de los densos bosques de la Vega, donde mi abuelo poseía un frondoso marjal en el que disfruté de aventuras inolvidables junto a mi amigo Qasim, el hijo del herrador de la Alcazaba. En aquel lugar, los sonidos eran distintos a los de la medina: el rumor de los manantiales, el croar de las ranas, el murmullo de las ramas de las oscuras choperas mecidas por la

refrescante brisa del río.

La Vega era para nosotros un bosque mágico lleno de silencios y ruidos misteriosos producidos por genios y seres fantásticos, que se ocultaban en la tupida vegetación de aquel vergel, mezcla inextricable de acequias y huertos, agua y lujuriosa vegetación; rebosante de verdor, fértil hasta la exuberancia, con frutos colgando voluptuosamente de las ramas entrelazadas de los frondosos árboles, donde cientos de pájaros multicolores saludaban al sol con sus trinos ensordecedores. Aquel lugar fascinante, constituía una fuente inagotable de diversión y aventuras.

Mas al llegar el verano, aquel paraíso era profanado por las hordas rumis que irrumpían en nuestros territorios talando árboles, quemando los campos, sembrando el terror y la muerte. Con la llegada del estío, las atalayas se poblaban de vigías que oteaban el horizonte para alertar a la población de los ataques de los infieles. Aquellos guerreros salvajes me provocaban miedo y a la vez curiosidad. Mi abuelo me prevenía contra ellos y me prohibía abandonar el recinto amurallado de la medina.

«Los fieros soldados cristianos —me advertía— entran por sorpresa en la Vega como un torbellino arrastrado por el mismo Iblis, matando campesinos, raptando niños, dejando tras sí un reguero de sangre y destrucción».

Ante el ataque de los cristianos, las gentes del campo se sentían indefensas y se veían obligadas a abandonar sus tierras de labor, para buscar refugio en las fortalezas que tenían más próximas. Granada se llenaba de campesinos que vagaban taciturnos por los zocos, vivaqueando bajo las estrellas.

Recuerdo como un momento trascendental de mi infancia, el día en el que mi abuelo me anunció que ya era demasiado grande para ir con mi madre al baño de las mujeres, y que, a partir de ese día, iría con él al *hammâm* de los hombres. Eso significaba que se me admitía en el mundo exclusivo de los adultos. Una oleada de vanidad inundó mi corazón y mis ojos brillaron de orgullo. Aunque mi abuelo me advirtió: «Para ser considerado un hombre, tendrás que comportarte como tal. No podrás corretear o gritar en los baños. Y en la sala de Reposo, tendrás que permanecer callado escuchando con respeto a los mayores».

El *hammâm* era un lugar relajado y tranquilo donde se comentaban las noticias y rumores que corrían por la ciudad. Allí, escuchaba a los ancianos lamentarse de la catastrófica situación y abandono en que se encontraba el reino. Estos hombres de buen juicio eran presa del desánimo y a veces de la furia al contemplar cómo los nobles, enredados en las intrigas palaciegas y ocupados en la tarea de destronar o restaurar emires, se habían olvidado de la *yihâd*, permitiendo las continuas incursiones de los cristianos, quemando las cosechas y robando el ganado de los indefensos campesinos.

Durante el tiempo que las puertas de la medina permanecían cerradas, a causa de los asaltos de los rumis, Qasim y yo buscábamos diversión y aventuras sumergiéndonos en el bullicio del Zuq al-Masyid. El zoco era un espectáculo de colores, sonidos, voces, aromas y toda suerte de gentes: mercaderes, mendigos,

farsantes, curanderos y brujas.

Con gran habilidad, nos deslizábamos entre los comerciantes que, abstraídos en el regateo, no reparaban en la presencia de dos ladronzuelos que merodeaban entre los tenderetes con la aviesa intención de hacer desaparecer cuanto se ponía a su alcance. Teníamos predilección por el puesto de Abu Umar, un hombre gordo como un sapo, que, hundido en un mullido almohadón, dormitaba rodeado de sabrosos pasteles de piñones y hojaldre con pasas. Ni tan siquiera el zumbido de las moscas revoloteando sobre los dulces, le sacaba del sopor. El aroma de la miel y la canela que desprendía el tenderete de Abu Umar, era una tentación imposible de resistir. ¡Que Allah Misericordioso se apiade de nosotros!

Cargados con el preciado botín, desaparecíamos en el laberinto de callejas del barrio de los Tintoreros donde, encaramados sobre el cobertizo de alguno de los callejones ciegos que abundaban en el pintoresco *Rabad al-Sabbagîn*, saboreábamos con fruición las golosinas que habíamos hurtado. Desde el cobertizo, camuflados entre la abigarrada maraña de colores, que formaban las madejas que se secaban al sol, observábamos a los sudorosos tintoreros lavar la lana en la azacaya, entre el hirviente vapor que emanaba de las pozas donde se diluían los tintes.

Parte del botín, lo guardábamos para nuestro amigo Alí que, impaciente, nos esperaba cada tarde al pie de las murallas de Habùs ibn Maqsan, junto a su rebaño de cabras. Cansado de la soledad del campo, Alí nos recibía con el rostro encendido por una amplia sonrisa, mostrando su desaliñada dentadura y agitando en la mano alguna torcaz, víctima de sus certeros disparos de honda. Alí, el cabrero, era un año mayor que nosotros, aunque Qasim y yo le superábamos en estatura. La viveza de sus ojos delataba la astucia adquirida en una infancia llena de privaciones y miseria. Su pobre madre, viuda, no tenía más sustento que lo que Alí ganaba como pastor. Mas aquel niño de cuerpo pequeño y frágil, perdido en las montañas con un rebaño de cabras montaraces, acechado por mil peligros, obtuvo la protección de Allah que le dotó de una gran sabiduría, revelándole los misterios de la naturaleza. Alí era capaz de predecir las tormentas, la lluvia y las grandes sequías. Su vista prodigiosa distinguía claramente las huellas del lobo, el zorro o el jabalí sobre un terreno pedregoso; intuía la presencia del escorpión bajo la piedra del camino; su oído captaba el silencioso reptar de la culebra tras el matorral y sabía interpretar los diferentes cantos de los pájaros.

Alí soñaba, cuando fuera mayor, con alistarse en la tropa de un joven caudillo beréber, famoso por su valor temerario y cuyas hazañas bélicas eran cantadas en coplas de ciegos, llamado: Ahmed al-Zegrí. A menudo, Alí evocaba con entusiasmo el pasado grandioso de al-Andalus y mostraba con vehemencia sus enormes deseos de combatir, algún día, bajo el mando del victorioso guerrero beréber.

El viernes era el día elegido por mi abuelo para instruirme en las enseñanzas del Corán y los hadices del Profeta. Desde muy temprano, la gente bullía por las calles, y yo me despertaba con el eco de las voces monocordes de los buhoneros pregonando

sus mercaderías por las callejas del barrio de los Halconeros. Mi madre me vestía con ropa limpia y me cubría la cabeza con la *shâshiya* (casquete de fieltro) antes de subir a la biblioteca, donde mi abuelo, sentado sobre un almadraque verde, me esperaba para recitar los versículos del Libro Revelado. Comenzábamos con la fatihâ, la primera de las 114 suras, y me hacía rememorar los 99 nombres de Allah, que todo musulmán debe saber de memoria, mientras mis dedos se habituaban al suave tacto de las cuentas del *tasbih*.

Al medio día, desde los alminares, las voces de los almuédanos, llamando a la *Salât al-Yumu'a* (Oración del Viernes), cruzaban el cielo de Granada de Norte a Sur, de Oriente a Poniente.

—¡Allah es Grande! ¡No hay más Dios que Allah y Muhammad es su Mensajero! ¡Venid a la salvación! ¡Venid a orar! —sonaba la voz poderosa del *mu'adhdin*.

Y mi abuelo y yo musitábamos al unísono:

—No hay fuerza ni poder si no en Allah el Excelso y Grande. Agarrados de la mano, ambos bajábamos por las torcidas callejuelas del Albaycín para dirigirnos a la Gran Mezquita, en pleno corazón de la medina, donde mi abuelo solía ir a orar los viernes para escuchar el sermón del imán. El resto de los días lo hacía en la Mezquita Mayor del Albaycín, más pequeña pero incomparablemente más bella.

Junto a la puerta donde los fieles se despojan de su calzado, solía encontrarse un hombre solitario, llamado Muwaffaq. Aquel desdichado padecía de flatulencias y cada vez que se inclinaba para orar, no podía evitar la expulsión de aires fétidos, por lo que todos se apartaban de él. A causa de su incontinencia, fue obligado a orar en un lugar apartado del recinto sagrado. Al verlo, yo no podía contener la risa y comentaba:

—Mira abuelo, ahí está Muwaffaq el pedorro.

Y mi abuelo, esforzándose por mantener el rostro grave, me reprendía:

—¡Said, por Dios! No debemos mofarnos de los defectos de los demás. Ese hombre tiene que soportar una desagradable carga y merece nuestra conmiseración.

Muwaffaq, absorto en sus pensamientos y con el rostro oculto bajo el capuchón de su chilaba, ignoraba los cuchicheos maliciosos y las burlas de los más desaprensivos.

Siempre que penetraba en el interior de la Gran Mezquita, quedaba sobrecogido por el recogimiento de los fieles que llenaban aquel templo austero y a la vez grandioso, con sus once naves separadas por columnas de mármol, cuyos capiteles sostenían los arcos que sustentaban la techumbre de la que colgaban bellísimas lámparas de aceite. Antes de situarnos frente a la alquibla, mi abuelo me advertía: «Ahora tu actitud debe ser de humildad, devoción y concentración. Vas a hablar a Allah ¡loado sea! y él te escucha. Si tu oración no es sincera, no tendrá valor alguno».

Después del sermón, todos los fieles nos alineábamos hombro con hombro y comenzaba la plegaria. En el templo resonaba la voz profunda del imán: *«Allahu aqbar»*. Y todos, con las manos abiertas hacia el cielo, repetíamos la invocación

divina. A continuación recitábamos la primera sura: *«Bizmil-lah rahman irrahim...»* Al término de la plegaria del Duhr (Medio Día), abandonábamos el templo y la medina recobraba el vigor festivo. Las plazas se llenaban de curiosos que se amontonaban alrededor de los titiriteros y domesticadores de monos. Los narradores de cuentos gesticulaban en medio de un corro de oyentes que, sentados con las piernas cruzadas sobre el suelo, escuchaban extasiados historias milenarias.

En las suntuosas tiendas de la *al-Qaysaryya*, la gente expresaba su admiración con aspavientos contemplando el esplendor y el lujo de las mercancías traídas de Oriente o permanecía absorta observando las ricas telas de terciopelo, seda, brocado y algodón que se exponían en aquellos lujosos establecimientos. De allí partía la calle de *al-Saqqâtîn*, donde los ropavejeros surtían a las clases más modestas; esta calle llegaba hasta la popular plaza Bab al-Ramla, que algunos escriben «Bib al-Ramla» llevados por el modo de hablar andalusí.

Del otro lado de la plaza, en la Puerta del Caballo, frente a las murallas, llegaba el sonido peculiar de los martillos de los orfebres torneando el metal, hasta darle la forma deseada. Ciñendo parte de los muros de la mezquita, se encontraban los despachos de los escribanos de cartas y documentos, así como las boticas de los herbolarios y perfumistas. Estos curiosos personajes, sentados en sus reducidos habitáculos, cuya puerta se abría hacia el exterior formando un techo que sostenían con herrajes a fin de proteger al cliente de la lluvia o el sol, ejercían de curanderos y boticarios vendiendo pócimas, electuarios y jarabes a gran número de personas que acudían a consultarles sus dolencias. Junto a ellos se instalaban los especieros, siempre rodeados de sus canastos de alheña, clavo y cominos, cilantro, tomillo, canela o almoraduj.

Acosados por los vendedores de gusanos de seda y rodeados de burros cargados de pesados fardos, cruzábamos la plaza de la alhóndiga de Zayda, en la que se alzan las ostentosas mansiones de los mercaderes genoveses y la casa del *Qadí al-Yama'a* o juez supremo de la medina y nos dirigíamos al zoco de los panaderos, atraídos por los cálidos efluvios de pan recién horneado que desprendían las tahonas, donde mi abuelo me compraba el exquisito *zabazín*, un pastel de harina de avellanas y miel, que yo devoraba con deleite.

Una mañana de otoño, regresaba del zoco *al-Haamîz* con mi madre, cuando vimos un tumulto de gente que, a toda prisa, se dirigía hacia el palacio del sultán. A la cabeza del grupo iba el *Qadí al-Yama'a* y varios alfaquíes.

A mi madre le dio un vuelco el corazón pensando que tal vez se había producido un nuevo golpe de estado. Apresuramos el paso y al llegar a casa, mi abuelo Said y mi tío Yamal comentaban la noticia que corría por toda Granada: el sultán Muhammad IX el Zurdo había muerto. Muchos recibieron la noticia de la muerte repentina del sultán con alivio, otros sospechaban que el Zurdo había sido asesinado y su muerte provocaría una nueva guerra civil.

Por fortuna, esta vez, sobre la intriga política prevaleció el acuerdo entre las

distintas facciones y, una vez que Muhammad IX fue enterrado en la Rauda del palacio, se proclamó emir a su yerno Muhammad al-Zaqir.

El nuevo sultán era un joven superficial que solo se interesaba por las fiestas, los banquetes y los vestidos lujosos. Cualquiera que supiera satisfacer todos estos deseos, podía manejarlo a su antojo. El débil carácter del sultán puso el estado al borde de la anarquía y, tras un año de intrigas y luchas entre los linajes, el reinado de al-Zaqir se hacía insostenible.

A la muerte del Zurdo, volvieron al poder los Legitimistas, mas los Venegas seguían en el exilio, con lo que permanecía la incertidumbre sobre el destino de mi padre.

El décimo día del mes de *Zu-l-Hiyya* en el que se celebra la id alAdha o fiesta del Sacrificio, a la hora de comer, mi abuelo se presentó en casa con un misterioso huésped que, al parecer, conocía el paradero de mi padre.

Era un hombre de unos cuarenta años, alto y nervudo. Su rostro tenía un color aceitunado en el que sobresalían unos labios gruesos que soportaban unos inmensos bigotes. Caminaba muy erguido, lo que le daba un aire envarado y engreído. Se hacía pasar por un próspero comerciante de lana, y el buen paño de su yubba así lo atestiguaba. En realidad, era un espía al servicio de Ridwan Venegas.

Nos acomodamos en el patio junto a la alberca. Como era costumbre en ese día, mi abuelo había matado un cordero y nos reunimos toda la familia para celebrar la fiesta en que se conmemora el sacrificio de Abraham. Al convite, habían venido mi tío-abuelo Ahmed y sus hijos Hamza y Abd-l-Azîz, así como mi tío Yamal y mis tías Fatiha, Salima y Jamila con sus hijos. Mi abuela Amina, desde hacía algún tiempo, permanecía en su lecho aquejada de unas fiebres tercianas que se fueron agravando y que poco tiempo después la llevarían a la tumba.

Los hombres, se sentaron en torno al caldero que contenía un exquisito asado de cordero, mas todos permanecimos pendientes de nuestro huésped cuando tomó la palabra:

—Durante el tiempo que Sidi Ridwan ha estado ausente de Medina Garnata —dijo el espía con voz pausada—, el visir me ha confiado importantes misiones no exentas de peligros. Mil veces he arriesgado mi vida, y con la ayuda de Allah, el Omnipotente, he logrado burlar a las patrullas cristianas que acechan emboscadas en los territorios fronterizos. En mi condición de emisario y hombre de confianza del visir, se me han encomendado difíciles misiones diplomáticas y estoy en posesión de valiosos secretos, y hoy os voy a revelar uno —todos los ojos se clavaron en el desconocido, que continuó—. Se acerca el día en que un emir, legitimado por todos los linajes del reino, suba al trono y acabe con las intrigas y las luchas intestinas, que tanto nos debilitan y perjudican frente a nuestros enemigos.

Yo me había acurrucado a los pies de mi abuelo y escuchaba con suma atención las palabras, un tanto petulantes, de aquel desconocido que, tras un largo silencio, prosiguió su relato:

—Si Dios quiere, mañana al amanecer parto hacia *Medina Aryiduna* (Archidona), donde me aguarda mi señor Ridwan, y por Allah que puedo considerarme un hombre afortunado, pues he cumplido con acierto la misión encomendada y soy portador de buenas noticias, por lo que seré recompensado. Habéis de saber —dijo bajando la voz — que el reinado de Muhammad al-Zaqir tiene los días contados. Cuando llegue la Luna Nueva, en la Alhambra habrá un nuevo sultán.

Hizo una pausa para sorber parsimonioso un poco de agua de azahar, mientras todas las miradas, cargadas de interrogantes, se clavaban en su rostro, en medio de un gran silencio. Acuciado por nuestra curiosidad continuó:

—Sidi Ridwan se encuentra en *Aryiduna* reunido con los jefes de los clanes y estirpes nobles, con objeto de proclamar a un nuevo emir.

—¿Y, entre esos nobles se encuentran los Banu al-Sarraj? —inquirió mi abuelo un tanto incrédulo.

—También ellos —afirmó el misterioso personaje—, rinden pleitesía a un príncipe cuya sabiduría y prudencia han hecho posible la reconciliación de todos los bandos, obteniendo la adhesión de los linajes que hasta ahora se declaraban enemigos.

—¿Y se conoce ya el nombre de ese nuevo emir? —quiso saber mi tío Yamal.

El espía recorrió con la mirada a los comensales y, en un tono enfático, declaró:

—Puesto que en *Aryiduna* ya no es ningún secreto, os puedo desvelar su nombre: Se trata del príncipe Abu Nasr Saad ibn Alí, biznieto del gran Muhammad V, en cuyo reinado, floreciente y próspero, Granada alcanzó su máximo esplendor. Al príncipe Saad ya se le denomina «el Pacificador»; pues demás de apaciguar la actitud hostil que existía entre los nobles, cuenta con el apoyo y la amistad del rey de *Qashtalla* (Castilla), por lo que la paz con los cristianos está garantizada.

Mi madre, desde una ventana del patio, de forma discreta, permanecía muy atenta a cuanto decía nuestro huésped. Mi abuelo, consciente de la ansiedad de mi madre, preguntó al desconocido qué podía decirnos a cerca del paradero de su yerno.

—En cuanto al esposo de tu hija, tengo buenas noticias —respondió el espía—. Se encuentra bien de salud y cuenta con la estima de nuestro amo Sidi Ridwan, que como ya dije se halla en *Medina Aryiduna*. Y está próximo el día de su regreso junto a nuestro amo y señor ¡que Dios guarde!

—¡Que Allah, loado sea, te proteja donde quiera que vayas! —exclamó mi abuelo mostrándole su agradecimiento por tan gratas noticias.

Alegres y esperanzados, dimos buena cuenta del asado y, terminado el banquete, despedimos al emisario deseándole toda clase de venturas. Mi abuelo le obsequió con una alcofa llena de vituallas para el camino. Y mi madre me dio un cuarto de dirham para que se lo entregara a Abd-l-Maliq, el ciego que pedía limosna en la puerta de la mezquita de los Penitentes.

Aquella noche apenas pude conciliar el sueño. Presentía próxima la llegada de mi padre, al que no conocía. Con desesperación me empeñaba en traer a mi mente unos

rasgos que habían desaparecido de mi memoria. Mi madre me hablaba de él con frecuencia, describiéndole como un hombre alegre de rostro agraciado; y sobre todo me hablaba con pasión de sus maravillosos ojos azules que, al parecer, yo había heredado. «¡Igualitos, igualitos que los de tu padre!» exclamaba cada noche antes de que me los cerrara el sueño. A pesar de sus esfuerzos, su figura permanecía envuelta en una niebla que yo era incapaz de penetrar.

Abandonado a su suerte por los nobles que le sostenían en el poder y desconfiando de los que, hasta entonces, habían sido sus hombres de confianza, el sultán Muhammad al-Zaqir vivía aterrorizado por la predicción de un astrólogo que le anunció su muerte la noche de Luna Nueva, si permanecía en la Alhambra; donde, oculto en las densas sombras del novilunio, se escondía su asesino. El día antes de que se produjese la conjunción, Muhammad al-Zaqir abandonó el palacio y se trasladó a Almería; estableciendo su Corte, en esta ciudad en la que contaba con fieles servidores y se sentía más seguro. Libre de aquel emir indigno, Granada se dispuso a recibir al príncipe Saad.

El gran día amaneció luminoso, con un sol brillante sobre un cielo azul metálico. Tapices y flores adornaban las principales calles de la ciudad. *Medina Garnata* se había engalanado para aclamar al Emir de los Creyentes: Abu Nasr Saad ibn Alí el Pacificador. En casa de mi abuelo reinaba una desacostumbrada actividad. Desde muy temprano, tanto mi madre como Yawhara, la concubina, no paraban ni un instante para que todo estuviera a punto para el gran recibimiento. Jadiya, la vieja sirvienta, vigilaba las ollas junto al fuego.

Si para los granadinos, la llegada del nuevo emir, era motivo de júbilo, para nosotros la alegría era doble por el ansiado regreso de mi padre.

Aquella mañana, fui en busca de mi amigo Qasim, pues sufría tal estado de excitación, que me sentía incapaz de soportarlo en soledad. Juntos recorrimos las calles, perfumadas de romero y jazmín, por donde pasaría el cortejo. En la puerta de al-Hadîd nos encontramos con Zayd, el hijo del criador de palomas mensajeras que, cargado con un saco de grano, se dirigía al palomar de su padre en la plaza al-Mansûr.

—Si me ayudáis a llevar el saco, podéis subir conmigo, y os mostraré los nidos de las palomas mensajeras —nos propuso Zayd.

—Yo estoy esperando a mi padre, que viene en la comitiva del emir —dije adoptando un aire altivo.

—Desde el palomar, podemos ver pasar a la comitiva cuando entre por Bab Ilbira —repuso Zayd.

Qasim y yo aceptamos la propuesta y cargamos con el saco. En la puerta esperaba el padre de Zayd y mi amigo le pidió permiso para subir hasta la algorfa, donde se encontraba el palomar. Después de hacernos prometer que seríamos silenciosos para no perturbar a las aves, nos permitió acceder al altillo.

En la angosta escalera, nos cruzamos con la figura siniestra de la vieja Muneesa

que bajaba lentamente con un cesto colgado del brazo. Nos miró de soslayo y su fría mirada me produjo un escalofrío en la espalda.

—¿Qué hace aquí la bruja Muneesa? —preguntó Qasim con un hilo de voz.

—Suele venir algunos días a recoger estiércol de paloma con lo que realiza sahumerios a las mujeres de parto. Y también, se lleva los pichones muertos que caen de los nidos, para hacer con sus vísceras ungüentos y bebedizos —contestó Zayd sin inmutarse. Una vez repuestos del susto que supuso encontrarnos con la bruja de la que se decía tenía tratos con Iblis, jefe de todos los demonios, llegamos al palomar donde todo eran zureos y revolotear de palomas de todas clases. Nos llamó la atención una pareja que se cortejaba en el alféizar de la ventana. Eran de una blancura inmaculada, tenían las patas cubiertas de plumas y un penacho en la cabeza. Zayd las conocía a todas por sus nombres y sabía las características de cada especie:

—Esas blancas con zaragüelles —dijo señalando a la pareja de la ventana— son las tripolinas, su carne da fuerza a los enfermos. Los machos torcaces se encuentran en las jaulas más altas; están encerrados porque son silvestres y si se escapan no regresan nunca más. Al perder la libertad, lanzan gritos lastimeros llamando a las hembras, entonces los apareamos con las alepinas y, del cruce, nace un pichón de carne tan sabrosa que se sirve en los banquetes del sultán.

—¿Y dónde están las mensajeras? —pregunté intrigado.

—Son aquellas que anidan en el alcahaz —respondió Zayd, mostrándonos una enorme jaula—. Estas palomas son tan veloces y resistentes, que pueden volar ciento cincuenta leguas en un día. Cuando portan un mensaje, jamás confunden el camino, llegando siempre a su destino por muy lejos que se encuentren de él. Las que más alto vuelan son aquellas grises de collar negro; se acercan tanto al sol que, a veces, se queman las alas.

El sonido rotundo de unos tambores interrumpió las explicaciones de Zayd. Nos abalanzamos sobre la ventana y observamos cómo en la Puerta de las Banderas se izaban los estandartes rojos de los Alhamar. Era la señal de la llegada del emir. Poco después, un contingente de jinetes entraba a galope por Bab Ilbira. La gente corrió en desbandada para no ser pisoteada por los caballos. Los jinetes empuñaban largos bastones, que empleaban con gran destreza para golpear a los que se interponían en su camino. A continuación los atabaleros, con atronadores redobles de tambor, marcaban el paso de los infantes portando ballestas y aljabas repletas de dardos. El griterío de la gente, que abarrotaba la calle, nos anunció la presencia del sultán. Precedido de jinetes beréberes, avanzó a paso rápido un grupo de nobles sobre corceles ricamente enjaezados, entre los que se encontraba el emir, escoltado de una guardia de guzât (voluntarios de la fe). Cerraba la comitiva, un escuadrón de lanceros zanatas. Mis ojos recorrían ávidos el paso de los soldados en un intento desesperado por reconocer a mi padre entre ellos, mas el paso de la tropa fue demasiado fugaz. Desde mi posición, un tanto alejada, sólo acerté a distinguir al que yo creí era el emir, y que confundí con un noble cuya armadura y casco dorado sobresalían entre los

demás. Se trataba en realidad del engreído jefe de los Abencerrajes, Abu Abd-l-Allah al-Sarraj, conocido por su altanería y presunción.

Una vez que pasó el cortejo, la muchedumbre volvió a ocupar la calle y lentamente retornó a sus ocupaciones.

Yo me sentía desilusionado y concebí la idea de que mi padre no había regresado.

Triste y cabizbajo oía cómo Qasim y Zayd discutían, con ardor, sobre la tropa del sultán.

—Los de la capa negra y la cota de malla son beréberes de Sinhaya —afirmó Zayd.

Qasim le replicó:

—No tienes ni idea. Esos son *al-guzât* (voluntarios de la fe), proceden de Tremecén —y añadió—: en la herrería, he oído contar que son magníficos lanzadores de cuchillos y, en el campo de batalla, vigilan a los rezagados con sus puñales siempre prestos para lanzarlos contra los desertores.

Intrigado que me mantuviese tan callado, Qasim me preguntó:

—Said, ¿te has fijado en los caballos de los zanatas?

—No —respondí lacónico.

—Mi padre dice que descienden de los pura sangre que trajo Tariq ibn Ziyâd cuando desembarcó en *al-Yazira* (Algeciras). Mas, ¿qué te ocurre? —volvió a interrogar Qasim al percibir mi actitud taciturna.

—Mi padre no ha venido —afirmé apenado.

—No tienes que perder la esperanza. El que no lo hayas visto no significa que no haya venido. Desde aquí es muy difícil distinguir los rostros de todos los hombres que formaban la comitiva —repuso Qasim buscando una explicación.

De regreso, en la casa de mi abuelo nadie compartía mi desasosiego. Las mujeres elaboraban un exquisito pastel de higo y dátiles para celebrar la llegada de mi padre, y habían adornado la sala con flores para agasajar al recién llegado.

Mi abuelo me aseguró que, una vez finalizase en el palacio del sultán, la ceremonia de recepción de los nobles, mi padre vendría a reunirse con nosotros. Sus palabras me tranquilizaron mas no aplacaron mi impaciencia. Subí a la algorfa y, con la vista fija en las torres de la Alhambra, decidí vigilar el palacio.

La espera comenzaba a hacerse insoportable y el desasosiego hacía presa en mi ánimo. De pronto, divisé a un grupo de soldados que cruzaba la puerta del Halcón. Una vez que pasaron el arco que separa la Alcazaba Vieja del Barrio de los Halconeros, un hombre se separó del grupo y se dirigió a la casa de mi abuelo. No era muy alto, caminaba de forma airosa y destacaba su abundante cabellera rizada, que con la luz del atardecer adquiría un tono dorado.

Corrí escaleras abajo. Y, al salir a la calle, vi a mi padre rodeado de vecinos que le saludaban con palabras aduladoras y gestos de admiración, que a mí me llenaban de orgullo.

Mi madre y mi hermana Layla esperaban en el zaguán devoradas por la

impaciencia. En el umbral de su casa, mi abuelo y mi padre se fundieron en un abrazo, olvidando sus viejas rencillas. En tanto que mi hermano Ahmed y yo, arrimados al quicio de la puerta, contemplábamos la escena con un nudo en la garganta. Cuando el rostro sonriente de mi padre se dirigió hacia nosotros, corrimos mudos por la emoción a sus brazos y él nos estrechó contra su pecho susurrándonos tiernas palabras por lo mucho que nos había echado de menos. Aferrados a su cuello y asidos por sus fuertes brazos, penetramos en la casa, donde mi madre y mi hermana lloraban de alegría.

Ver a mis padres unidos me produjo un gozo infinito, y su imagen quedó indeleble en mi memoria. En sus miradas se reflejaba el cariño y la alegría del reencuentro de dos enamorados, largo tiempo maltratados por el destino.

—Vuestra ausencia —musitó mi padre emocionado— ha sido para mí un auténtico suplicio.

Los ojos de mi madre, como tantas veces durante el tiempo que él estuvo ausente, estaban enturbiados por las lágrimas que, silenciosamente, resbalaban por sus mejillas; mas esta vez desprendían un fulgor radiante.

A la hora de sentarnos a la mesa, se entabló una reñida competición entre mi hermano y yo por colocarnos junto a mi padre. Ambos permanecíamos pegados a él, a pesar de las recriminaciones de mi madre para que le dejásemos comer tranquilo. Mas él se mostraba dichoso rodeado de su familia.

Desde el momento en que vi a mi padre, me había llamado la atención la daga que colgaba de su cinturón. Al sentarme sobre sus rodillas, mi mano tropezó con el puñal y no pude reprimir mi curiosidad.

- *Abu*, ¿puedo verlo?

—Sí, mas ten cuidado, Said —me advirtió mi padre. La vaina estaba bellamente labrada de arabescos. Empuñé la daga con decisión y con un pequeño tirón, la hoja se deslizó de la funda, mostrando el frío brillo del acero. Mi padre se apresuró a envainar el arma.

—¿Son como éste, los cuchillos que lanzan los *guzât*? —le pregunté, acordándome de las palabras de Qasim.

—No, esta daga es curva y la hoja es demasiado fina. Los lanzadores de cuchillos utilizan puñales de hoja recta y gruesa, de modo que al lanzarlos equilibren el peso de la empuñadura. En el transcurso de la comida, mi abuelo se mostró interesado por saber cómo el nuevo sultán había logrado acabar con las disputas de unos nobles que, durante tantos años, se tenían por enemigos irreconciliables.

Entonces, mi padre nos desveló, lo que muchos granadinos aún no sabían.

La concordia entre los linajes y la adhesión de los nobles al emir, solo eran aparentes. Todo estaba sustentado por intereses económicos y políticos. El sultán, para contentar a todos, hubo de ceder poder repartiendo prebendas entre los nobles. Y con el fin de ganarse la confianza del poderoso partido Abencerraje, nombró visir al jefe del clan: Abu Abd-l-Allh al-Sarraj. Lo que provocó el descontento de los

Legitimistas. Por otra parte, la paz con Castilla no era gratuita. El emir había firmado un pacto de vasallaje con el rey cristiano y como garantía de los compromisos adquiridos con los rumis, su hijo primogénito, el príncipe Abu-l-Hasan, había quedado en *Sequbia* (Segovia) en condición de rehén. La decepción se reflejó en el rostro de mi abuelo y la preocupación empañó la alegría de todos nosotros.

Poco tiempo después del regreso de mi padre, nos mudamos a nuestra antigua casa del barrio de la Alcazaba Vieja. Durante todo el día, nuestro progenitor servía en el palacio del poderoso señor Ridwan Venegas y no regresaba hasta el anochecer. Mi hermano Ahmed y yo esperábamos con impaciencia aquel momento, para correr a su encuentro y sentarnos junto a él a la mesa y escuchar sus historias, mientras mi madre disponía las viandas para la cena.

Mi padre hablaba de un modo gracioso, mezclando palabras de castellano y árabe en una extraña aljamía. Ponía gran empeño en que aprendiéramos su lengua. Para ello, nos señalaba cuantos objetos nos rodeaban y nosotros, como si de un juego se tratara, teníamos que repetir el nombre con que se denominaban en castellano. En poco tiempo conseguimos entendernos con él en esta lengua y disfrutar de sus maravillosos relatos; pues era un gran narrador de cuentos. Nos contaba fábulas de animales, a los que imitaba a la perfección. Y nos narraba, una y mil veces, sus aventuras y desventuras con los piratas; mostrándonos, no sin cierto orgullo y ante nuestros atónitos ojos, las terribles cicatrices que los látigos de los corsarios habían dejado en sus espaldas. Mas eran las historias de lobos, genios y brujas las que nos hacían sentir el delicioso terror con el que tanto disfrutábamos. Se acercaba el día de mi séptimo cumpleaños. El invierno parecía tocar a su fin. Las cigüeñas habían regresado de África y los ancianos buscaban la sombra de los callejones, cuando una copiosa nevada sorprendió de noche a la ciudad que amaneció cubierta por un espeso manto blanco. Por la mañana, contemplé asombrado la capa, de una blancura inmaculada, que cubría los tejados de las casas y el empedrado de las calles.

Qasim, entusiasmado, vino a buscarme y salimos a disfrutar del extraordinario fenómeno con que nos había sorprendido la naturaleza.

El día era claro y se respiraba un aire limpio y frío que soplaba desde las cumbres del *Yebel Solayr*. Sin dejar de lanzarnos bolas de nieve, nos dirigimos a la plaza al-Bonud. Y allí encontramos a Alí que, a causa de la nevada, había dejado las cabras paciendo en el redil. Alí propuso construir un castillo de nieve. Nos pusimos manos a la obra y, de pronto, algo silbó sobre nuestras cabezas. Un grueso garrote cayó con enorme violencia sobre el montículo que habíamos formado, destruyendo nuestra incipiente construcción. Los tres miramos hacia el lugar de donde procedía el proyectil, y divisamos a un grupo de muchachos harapientos que se burlaba de nosotros con risotadas y gestos obscenos. Se trataba de Jalid al-Munfî y su banda de salteadores, que se dedicaban a saquear los huertos de las viudas y a sembrar el terror, con sus fechorías, entre los más desprotegidos.

—¡Aquí apesta a cabra y a cristiano! —gritó al-Munfî, entre las risas burlonas de sus compinches.

—Y la culpa es del cabrero y del hijo del rumi —añadió otro de la pandilla.

La respuesta de Alí no se hizo esperar. Sacudió su brazo como un látigo y una bola de nieve voló como una centella, estallando en la cabeza de uno de aquellos matones. Llenos de furia, los secuaces de al-Munfî, armados de palos y piedras, vinieron hacia nosotros. Corriendo como alma que lleva el diablo, huimos por las retorcidas callejuelas del barrio de Ajsâris. Mas el empedrado mojado me jugó una mala pasada, y un inoportuno resbalón me hizo dar con mis huesos sobre un viscoso barrizal. Antes de que pudiera ponerme en pie, observé aterrorizado cómo la banda de al-Munfî me rodeaba y su jefe, con una sonrisa siniestra, empuñando un tosco garrote se disponía a medirme las costillas. La paliza parecía irremediable cuando, desde un tejado, alguien lanzó una piedra. Jalid al-Munfî puso los ojos en blanco y se desplomó a mi lado. Debajo de su cabeza, comenzó a formarse una mancha de sangre. Sus seguidores, sorprendidos y asustados, intentaban reanimarle. Y entonces vi a Alí que, desde lo alto de un cobertizo, me hacía señas para que escapara. Lo que hice, aprovechando el desconcierto de mis perseguidores. La infalible puntería de Alí me salvó de aquella comprometida situación en la que bien pude perecer a manos de aquellos desalmados.

Cuando logré reunirme con mis amigos, aún no podía articular palabra atenazado por el miedo y la fatiga. Mi estado era lamentable: descalzo, con el rostro cubierto de lodo y las rodillas desolladas.

En la desesperada huida, había perdido los zapatos y mis ropas estaban irreconocibles. Si me presentaba de aquella guisa en mi casa, el castigo sería terrible. ¿Qué hacer? Al fin tomé una decisión. Como siempre que temía recibir un severo castigo de mi madre, pediría protección a mi abuelo.

Era la hora de la segunda oración cuando llegué a su casa. Con toda seguridad mi abuelo estaría en la mezquita. Llamé tímidamente a la puerta.

—¡Bendito sea el Profeta! —exclamó Yawhara al verme. Sin dejar de hacerme preguntas y reproches por mi deplorable estado, la joven concubina, que desde la muerte de mi abuela se ocupaba del gobierno de la casa, me hizo entrar y, sin prestar demasiada atención a mis explicaciones, me llevó hasta el fogón, llenó un caldero con agua caliente y comenzó a desnudarme. Yo puse cierta resistencia. Hacía más de un año que dejé de ir al hammâm con mi madre y, por tanto, ya me consideraba mayor para permitir que una mujer me viera desnudo. Mas Yawhara actuaba con tal energía y firmeza que hizo inútil mis esfuerzos por evitarlo. Me agarró por la cintura y me metió en el caldero con el agua hasta las rodillas. Rápidamente me senté, con el fin de ocultar en lo posible mis vergüenzas. En tanto que la joven lavaba mi ropa, yo la observaba sin mover un solo músculo. Nadie sabía a ciencia cierta la edad de Yawhara, pues ella misma desconocía la fecha de su nacimiento. Aparentaba unos catorce años, su piel era oscura y poseía un cuerpo bellamente proporcionado. Su rostro, de una cierta vulgaridad, poseía, sin embargo, el encanto de una sonrisa iluminada por unos dientes blancos como la nieve. Aquella muchacha me producía un desasosiego que nunca antes había sentido y cuanto más la miraba mi confusión iba

en aumento. Intenté aparentar naturalidad cuando, armada de un trozo de arpillera, comenzó a friccionarme el torso. Incidió con saña sobre el cuello y las orejas. El roce del tosco estropajo sobre mi piel, me producía un intenso dolor, mas mi orgullo era mayor y aguanté aquel suplicio sin quejarme. Para completar la tortura, Yawhara volcó sobre mi cabeza un barreño, y una abrupta catarata cayó sobre mí dejándome sin respiración. Al abrir los ojos, anegados de agua, vislumbré la blanca yubba de mi abuelo que, desde su imponente altura, me sonreía complacido. Saqué fuerzas de flaqueza y esbocé una tímida sonrisa.

Envuelto en un grueso hayq, mientras mis ropas se secaban, le conté a mi abuelo mi desafortunado encuentro con la banda de Jalid al-Munfî. Le hice ver el temible castigo que recibiría de mi madre, si se enteraba de lo ocurrido. Y le rogué me dejase pasar la noche en su casa.

Mis argumentos no resultaron convincentes y mi abuelo resolvió que, una vez estuvieran secos mis vestidos, debía regresar a mi casa antes de que mi madre se impacientase por mi tardanza. De nada sirvieron mis súplicas. Aquella vez, el ulema se mostró inflexible. Solo pude arrancarle una concesión: él me acompañaría y pediría clemencia a mi madre.

Comenzaba a anochecer, cuando nos pusimos en camino hacia mi ingrato destino. Antes de partir, mi abuelo envió a Yawhara a comprar unos *qurq* con suela de corcho al zapatero judío Eleazar. Mi corazón se llenó de gratitud, una vez más, hacia mi benefactor. Al llegar a mi casa, me oculté tras los pliegues del alquicel de mi abuelo, y cuando la vigilante mirada de mi madre me descubrió, corrí a refugiarme al dormitorio y me metí en la cama simulando que estaba enfermo.

Oí a mi abuelo dar alguna explicación. Poco después, sentí llegar a mi padre. Las voces se mezclaban y el muro me impedía oír su conversación, mas intuía que hablaban de mí. No logré enterarme, los párpados me pesaban y pronto me invadió un sueño profundo, contagiado por la acompasada respiración de mi hermano que dormía plácidamente a mi lado.

Al día siguiente, mi madre me despertó muy temprano.

—¡Vamos levántate ya tunante! Tu abuelo te está esperando para llevarte a la escuela.

Sus palabras me dejaron atónito. ¡La escuela! Se me hundió el mundo. En efecto, allí estaba mi abuelo a aquella hora insólita. De pronto comprendí de lo que trataron la noche anterior. La decisión había sido tomada y a mí solo me quedaba acatarla. Al salir de mi casa, tenía el ánimo gris como el cielo de aquella mañana que amenazaba lluvia. Mientras caminaba al lado de mi abuelo, sentí que había perdido mi libertad y ya nada sería igual.

- *Yad!* (abuelo) —exclamé en tono de súplica.

—¿Qué te ocurre Said?

- *Yad*, tú me has enseñado los *hadits* y a recitar las *suras*. ¿Para qué necesito ir a la escuela?

—Escucha Said. Pronto cumplirás siete años y es necesario que aprendas a escribir las palabras del Profeta ¡con él sea la paz! y a leer el Libro Santo. Para el creyente musulmán, el adquirir cultura, el saber, es la forma suprema de relación con Allah ¡loado sea! Esto será el primer paso, para que más tarde completes tus conocimientos en la Madrasa. Allí hay hombres muy sabios que te ayudarán a comprender los enigmas del mundo. Te revelarán las misteriosas leyes por las que se rigen los movimientos de las estrellas en el firmamento. La configuración de las tierras y los mares. La distribución de las razas y pueblos sobre la Tierra. El cálculo y composición de operaciones representadas por números. De esta manera te convertirás en un hombre docto y respetado. Yo escuchaba en silencio, abrumado por lo que se me venía encima, y habría dado la vida por escapar al irremediable destino al que parecía abocado.

Nos detuvimos ante un viejo portón pintado de verde. Desde dentro, nos llegaba la cantinela de unas voces infantiles recitando versículos del Corán. Tras la chirriante puerta, nos encontramos en una sala casi desnuda de muebles. El único adorno consistía en una tabla clavada sobre la pared del fondo, donde un calígrafo había plasmado una inscripción de rasgos bellísimos. Por primera vez lamenté no saber leer. Pasado algún tiempo, cuando pude llegar a entender aquellos caracteres, supe que se trataba de la copia de un manual de educación antiguo que decía así: *«Tu maestro es el engendrador de tu alma, al igual que tu padre es el engendrador de tu cuerpo*».

Sentados sobre una estera de esparto, una docena de niños sostenían sobre sus manos unas tablillas envejecidas por el uso. Balanceándose hacia delante y hacia atrás, recitaban al unísono las aleyas. Paseando por la sala y blandiendo en la mano una fina vara de fresno, el maestro escuchaba el sonsonete. Ante nuestra presencia hizo callar a los niños y saludó muy afectuosamente a mi abuelo. El profesor vestía una *yubba* de lana gris muy gastada. En su rostro alargado y rígido brotaba una espesa barba que le cubría el pecho; llamaban la atención sus ojos completamente bizcos y unos dientes caballunos y amarillentos.

Después de intercambiar unas palabras con mi abuelo, el maestro quiso hacer una demostración de su valía, exhibiendo los logros de sus alumnos. Llamó a un niño de pelo ensortijado y poniéndole delante un libro, le fue señalando con la vara los signos que el muchacho leía con fluidez. Sin haber cometido un solo error, le ordenó volver a su sitio, mientras sonreía a mi abuelo complacido y orgulloso. Con la vara señaló a un gordito de rostro asustado, a quien hizo venir hasta el atril. Con voz insegura el alumno comenzó a leer: *«Aleph, Ba, ta, Yim, hâ...*» Ante la siguiente letra quedó mudo, su frente se perló de sudor. El muchacho miró de soslayo y con evidente esfuerzo continuó. Mas esta vez erró y el hombre bizco le retorció la oreja. Cuando, por fin, trabajosamente terminó de leer, tenía el lóbulo tumefacto. El profesor comentó:

—Hace tan solo un día, no conocía una sola letra.

A continuación dirigió hacia mí su mirada extraviada y con la vara me asignó un sitio entre dos niños tocados con una *qûfiya* (gorro de lino). A modo de despedida, mi abuelo sacó de una bolsa unas monedas, que el maestro tomó ávidamente mientras comentaba:

—Confía en mí, haré de él un hombre letrado.

Después de que mi abuelo abandonó la escuela, el maestro me señaló con la vara y preguntó:

—¿Cómo te llamas?

Siempre que se dirigía a un alumno, lo hacía con la vara, pues sus ojos torcidos inducían a errores que se prestaban a la chanza, cosa que le enfurecía sobremanera.

—Said ibn Ibrahi —contesté con voz trémula.

—Si no estoy mal informado tu padre es converso.

—Sí —dije tímidamente.

—Se dice, sí *shayj* —me corrigió el maestro con tono severo. Ante mi silencio, el maestro insistió:

—Vamos, repítelo.

—Sí *shayj*.

—Bien. Aquí vamos a ocuparnos de asimilar los preceptos del Libro Revelado y las tradiciones del Profeta ¡sobre él sea la paz! El Corán es la palabra de Allah revelada, por su divina voluntad, al profeta Muhammad, y por tanto, el Libro Sagrado es el camino de la salvación, la verdad, la razón y la ley. Sus azoras han de recitarse con la máxima precisión y copiadas con la más bella caligrafía. No toleraré que las palabras, que un día fueron pronunciadas por el Profeta ¡la bendición de Allah descienda sobre él!, sean profanadas por vuestra torpe lengua. La lectura del *Qurân* ha de ser reposada, con espíritu de humildad y con el mismo fervor que si fuese la última oración de vuestra vida.

Realmente cuando aquel hombre recitaba los versículos del Corán, su voz y su rostro se transformaban. Aquellas palabras sonaban diferentes. Muchas de aquellas sentencias eran ininteligibles para nosotros, mas nos sentíamos atraídos por su singular belleza. Para aquel maestro severo e inflexible, la vara era su herramienta más convincente para enseñar, y se regía por la siguiente norma: «El palo agudiza el interés del alumno, por lo que no hay buena enseñanza sin castigo».

No soportaba la indolencia. Cuando interpretaba que nuestros errores eran producto de la desidia, montaba en cólera y dominado por una furia ciega, golpeaba cuanto estaba en su camino, sembrando el terror entre los alumnos. Con enorme pavor, sentíamos bufar la cimbreante vara por encima de nuestras cabezas, mientras una lluvia de golpes indiscriminados caía sobre nuestras costillas. Aún recuerdo el rostro descompuesto de Amín, el hijo de un mercader de alfombras, gimoteando por el dolor de los palos. Cuando el maestro se dirigía a él, Amín, paralizado por el miedo, era incapaz de pronunciar palabra alguna. En su rostro crispado, cubierto de lágrimas y mocos, se reflejaba el tremendo esfuerzo por vencer su tartamudez y

arrancar de sus labios las palabras enroscadas entre la lengua y el paladar. Entonces, todo su cuerpo temblaba y entre sus piernas fluía un incontenible chorro de orín.

El aprendizaje fue arduo y duro, mas he de reconocer, mal que me pese, su eficacia. En aquella escuela me convertí en un joven disciplinado y orgulloso de los conocimientos que, con tanto sacrificio, había adquirido. Leía con precisión y buena entonación las suras del Corán y memoricé los 6.626 versículos. Conocía todos los elementos de la gramática árabe y recitaba a los poetas granadinos Ibn al-Yayyab, Abu al-Baraqat o Ibn Huday, aunque mi favorito era un poeta de Almería llamado Abu Yafar ibn Jatima.

Fue por entonces, cuando el deseo carnal despertó en mí de forma impetuosa, como una tormenta de verano. De pronto, comencé a mirar a las mujeres de otra manera. Me complacía observarlas cuando el viento ajustaba sus vestidos, dejando adivinar sus formas. Su caminar erguido y sus ondulantes movimientos de caderas, me producían un placer hasta entonces en mí desconocido. A menudo, tenía sueños delirantes, poblados de huríes complacientes que me trasladaban a paraísos como los que describiera en sus versos Ibn Jatima:

«Cuando vayas a los tamarindos de Himá, detente a la derecha, junto al jardín virgen. Hay allí una mansión bellísima y deslumbradora. Los cielos de su grandeza se alzan sobre columnas, y el pájaro del amor desciende sobre sus balaustradas. Si deseas frutos de felicidad, abundancia de bienestar, agua que no se agote y toda clase de placeres, allí los hallarás en la medida que desees. Entre las cúpulas hay gacelas embellecidas por el rubor, que hacen detener las miradas entre la molicie de sus caderas y la sutileza de su cintura.»

Al revelarle a Qasim las excitantes sensaciones que me asaltaban, se dibujó en su rostro una sonrisa traviesa, y me confesó que él ya hacía tiempo que también experimentaba cosas semejantes. Y que cada vez que soñaba con mujeres descubría, al despertar, que había mojado la cama de un líquido blancuzco y pegajoso. El descubrimiento de aquél placer inédito, nos provocó una insaciable sed de curiosidad. Y la lectura de un libro fascinante, contribuyó a alimentar el ardor carnal que nos obsesionaba. Desde que había aprendido a leer, visitaba con asiduidad la biblioteca de mi abuelo y, bajo su atenta mirada, solía ojear sus libros. Eran, en su mayoría, tratados de Teología o Derecho y algunos de Poesía. Mas lo que me intrigaba era un baúl donde guardaba celosamente unos ejemplares que no me permitía leer.

Un día, me oculté en el huerto y esperé a que mi abuelo abandonase la casa para ir a la Madrasa. Entonces, subí corriendo la escalera que conducía a la biblioteca dispuesto a saciar mi curiosidad. Extraje la llave del baúl, oculta bajo el paño que cubría el último anaquel de la hornacina y abrí el arcón.

En el misterioso baúl había varios libros. Tomé uno al azar. Era un grueso volumen del filósofo y médico cordobés Abu-l-Walîd Muhammad ibn Rushd (Averroes). Llevaba como título: «*Tahâfut al-Tahâfut al-Falâsifa*» (Destrucción de la Destrucción de los Filósofos). En esta obra, Ibn Rusd critica el neoplatonismo de Ibn

Sina y defiende con ardor la filosofía panteista del ataque del teólogo al-Gazzâli. Un libro prohibido, que obligó a su autor a exiliarse en Marruecos acusado de heterodoxia. A pesar de su reputada posición social y su alto cargo de qadí supremo en Sevilla y médico del califa, tuvo que abandonar su tierra natal víctima de la intransigencia dogmática de los almohades. Como no estaba interesado en la polémica que enfrentaba a filósofos y teólogos, dejé el controvertido tratado y tomé otro ejemplar, cuyo lomo estaba bellamente labrado de estrellas doradas. Tenía un título sugestivo: «*Alf laylâ wa-laylâ*» (Las Mil y una Noches). Cuando abrí aquel libro, quedé preso de la magia de sus relatos: «*Se cuenta, pero Allah es más sabio, que en el transcurso de lo más antiguo del tiempo, y en una edad remota, hubo un rey sasánida que dominaba las islas de la India y China*...»

Me embriagué con la lectura de aquellas historias. Las había de todas clases: alegres, tristes, de aventuras, amor, brujería y lujuria. El libro contenía perversos relatos de homosexualidad y zoofilia, prohibidos por el Corán.

Decidí que debía hacer partícipe de aquel hallazgo a mi amigo Qasim, y cada día a la hora señalada, nos introducíamos discretamente en la biblioteca de mi abuelo.

Con voz queda, leía a mi amigo el contenido del libro y sus ojos brillaban de admiración al ver que yo era capaz de desentrañar el sentido de aquellos signos, para él desconocidos, que revelaban historias prodigiosas que nos trasladaban a las fabulosas ciudades de Bagdad, Basora, Damasco, El Cairo o Samarcanda. Hechizados por la magia de aquellos cuentos llenos de encanto y sensualidad, nuestras mentes se llenaron de fantasías inverosímiles que predisponían nuestro ánimo a emprender aventuras insospechadas.

Por aquél entonces, todos nuestros sueños inconfesables y el deseo carnal más ardiente, se concentraban en la hermosa y enigmática Ruth, la hija de un opulento judío, de la que se decía padecía un misterioso influjo maléfico, por el cual se entregaba a los hombres de manera insaciable. Lo cierto es que no encontramos a nadie que la hubiera visto. Ni nosotros llegamos a verla jamás. Mas corría un rumor, propagado por quienes presumían de haberla conocido, describiéndola de forma contradictoria. Se decía de ella que tenía la cabellera rubia y el cutis de nácar. Otros aseguraban que sus cabellos eran negros como la noche y que su piel aceitunada, brillaba como la luna. Había quien afirmaba que sus amplias caderas rebosaban sensualidad, ponderando la esbeltez de su cimbreante cintura. Y otros proclamaban, que era delgada y ágil como una gacela. Lo cual significaba que las habladurías sobre la enigmática judía, se basaban más en la fantasía que en la realidad.

Para nosotros, Ruth era la bella Sahrazad de «Las Mil y una Noche». Y, cada día, con el cerebro nublado por el deseo, cruzábamos el río y nos adentrábamos en el barrio judío con la vana ilusión de contemplar lo que nosotros teníamos por el umbral del paraíso.

Sentados ante la casa del acaudalado hebreo, pasábamos gran parte del día, con la vista puesta en los ajimeces, intuyendo tras las celosías la presencia de la mujer que

desataba nuestras pasiones. Mas la hermosa Ruth no se dejaba ver y, decepcionados, abandonábamos la judería cabizbajos y mohínos.

Al enterarse Alí del motivo de nuestro despecho se burló de nosotros, y nos hizo una proposición:

—Olvidad a la judía. Solo conozco un remedio para vuestras tribulaciones —Y señalando al rebaño exclamó—: ¡He ahí mi harén! Escoged una hembra y folgad cuanto os plazca, pues solo así lograréis tranquilizar lo que tanto desasosiego os produce entre las piernas.

—¿Con las cabras? —preguntamos al unísono.

Alí con sorna apostilló:

—Sí, con las cabras. Las cabras poseen una *faraj* (raja) cálida y unas hermosas ubres. ¿Qué más se puede pedir?

Quedamos un tanto perplejos por semejante insinuación. Tras un instante de indecisión, observé cómo Qasim, con paso decidido, se dirigía al rebaño con los ojos inflamados de lascivia. La actitud huidiza de los animales, hizo que mi amigo se agachara y comenzara a balar con el fin de atraerse su confianza. Yo fui tras él, imitando sus movimientos y balidos. Las cabras levantaban la cabeza vigilantes y recelosas ante el extraño comportamiento de dos zascandiles caminando a cuatro patas y emitiendo unos sonidos que más parecían lamentos de almas en pena. Mi amigo se decidió por una pelirroja que rumiaba junto a un zarzal. De un ágil salto intentó montarla, aferrándose a su fina cornamenta, mas el animal se puso de manos y lanzando un balido estridente, sacudió la cabeza y Qasim dio con su cuerpo en tierra. Yo me oculté tras unos matorrales y, sigilosamente, me fui acercando a una blanca con manchas de color canela y mirada lánguida. Esperé el momento en que parecía distraída, para lanzarme sobre ella, sujetándola por el cuello; pero a mi apasionado abrazo, respondió con patadas y cabezazos, dejándome en las piernas las señales de sus afiladas pezuñas.

Lejos de sentirnos frustrados, el fracasado intento exacerbó aún más el deseo y, con la firme intención de consumar la fechoría, corrimos cual chivos en celo, con el miembro enhiesto, tras las cabras.

Desde lo alto de una loma, Alí entre grandes voces y carcajadas recriminaba nuestra torpeza:

—¡Sois unos patanes! ¡ A las cabras hay que tratarlas con delicadeza! ¡Así solo conseguiréis enfurecerlas!

Cierto día, mi abuelo me mandó llamar. Como de costumbre, lo encontré sentado sobre el almadraque verde leyendo el Corán.

—La paz sea contigo, hijo mío —me saludó con una sonrisa en los labios. Su voz parecía cansada, había perdido su vigor característico—. Los informes de tu maestro son excelentes, ya tienes amplios conocimientos de escritura y recitación del Corán. Ahora quiero que emprendas unos estudios más convenientes. Para ello, deberás ir a la Madrasa. Allí has de aplicar tu inteligencia y esforzarte en aprender todas aquellas cosas que hacen a un hombre docto. Es mi deseo que, algún día, seas distinguido con el título de *alîm*.

Como ya hiciera en mi primer día de escuela, mi abuelo quiso acompañarme a la Madrasa. Se había puesto una *yubba* nueva y se cubrió la cabeza con un elegante *taylasân* cuyo extremo plegó sobre sus hombros. Cuando nos pusimos en camino, observé cuánto había envejecido. Tenía la mirada vidriosa, caminaba encorvado y su paso era un tanto vacilante. Por el contrario, yo era un muchacho fuerte y espigado que le igualaba en estatura y lucía con inmenso orgullo un incipiente bigote.

Al bajar por la cuesta de los Ermitaños, posó su mano sobre mi hombro haciéndome sentir el peso de sus años. Salimos por Bab al-Asad, cruzamos el barrio de los Zanatas y después de abrirnos paso entre los burros y acémilas que se apiñaban a las puertas de la alhóndiga Zayda, llegamos al Centro de Estudios Islámicos, frente a la Gran Mezquita.

La Madrasa era un edificio espléndido con un pórtico de mármol blanco, sobrio y elegante adornado con versos y loas a la ciencia. Un amplio vestíbulo conducía a un patio cercado de esbeltas columnas que sostenían arcadas de mocárabes. En el centro, había una fuente rodeada de naranjos. Junto a la puerta del oratorio, unos jóvenes, sentados en el suelo, prestaban toda su atención a un anciano de aspecto venerable. Agucé el oído y alcancé a oír las palabras del maestro: «*...cuando el sabio Ibn Sina (Avicena) afirma que todo cuanto nace, lleva en sí antes de su aparición la posibilidad material de existir, no entra en contradicción con el dogma coránico. Ya que, como todos sabéis, el Corán dice: Nada ha sido creado al azar...*» Mi abuelo me tiró de la manga para seguir nuestro camino. Cruzamos los bellos cenadores y llegamos a una escalera que daba acceso a una galería alta. En el rellano, mi abuelo se paró un instante acosado por la fatiga. Yo, con los ojos muy abiertos, miraba cuanto me rodeaba. Las paredes aparecían labradas de adornos vegetales engarzados en perfecta simetría con figuras geométricas. Sin poder reprimir mi curiosidad, deslicé las yemas de mis dedos sobre la delicada filigrana y los relieves de las inscripciones coránicas. Mi abuelo me animó a continuar. Había jóvenes por todas partes. En el piso superior, el ulema me llevó hasta una puerta de color ocre.

—Aquí se encuentra la sala de los calígrafos —dijo mientras empujaba el pomo.

Se trataba de una vasta estancia donde varios hombres, sentados frente a las ventanas, copiaban manuscritos importados de la escuela de Bagdad. Quedé extasiado viendo la facilidad y soltura con que los copistas manejaban el cálamo, reproduciendo con perfección matemática aquellos bellos caracteres. Ninguno de ellos levantó la mirada ante nuestra presencia, sus rostros permanecieron sumidos en su trabajo; su concentración era máxima. Según me susurró mi abuelo, una falta de atención o descuido podía causar un error que echaría a perder toda la obra. Una vez que abandonamos la sala, me anunció:

—Ahora voy a mostrarte la joya de esta Madrasa.

Le seguí intrigado por una galería que terminaba en una puerta de dos hojas por donde entraban y salían jóvenes estudiantes, bajo la atenta mirada de unos soldados que montaban guardia a la entrada. La sala era inmensa, bien iluminada y con las paredes cubiertas de anaqueles repletos de libros.

- *Al-Maktaba!* (la biblioteca) —exclamó mi abuelo enfático—. Aquí hay preciosos manuscritos de todos los órdenes, autógrafos y copias de ejemplares raros. Más de veinte mil volúmenes, entre ellos códices coránicos en letra cúfica. Maravillosos ejemplares adornados de hermosas viñetas coloreadas. Libros de cetrería, zoología y botánica, donde animales y plantas están representados de forma tan perfecta que parecen estar vivos. Hay tratados de medicina de Ibn Sina, Ibn Rushd, al-Zahrawi o Ibn al-Baytar, así como de los sabios griegos Hipócrates y Galeno; obras de Ptolomeo sobre geografía y astronomía; tratados de geometría de Euclides y Empédocles; y de física de Arquímedes, todos traducidos al árabe por los maestros políglotas de la «Casa de la Sabiduría» de Bagdad.

Los libros —me advirtió mi abuelo— están al servicio de los alumnos, mas para hacer uso de ellos han de pedirlos a los bibliotecarios que los custodian; éstos son los responsables de formar los índices y guardarlos en los anaqueles. Si alguien infringe la norma o intenta apoderarse indebidamente de algún ejemplar, una señal del bibliotecario hará que el infractor sea apresado por la guardia del zalmedina y severamente castigado.

Despacio, fuimos recorriendo las dependencias de la espaciosa tarbea, donde se acumulaban el conocimiento y la sabiduría ancestral que los eruditos nos habían legado.

Tras cruzar un arco sostenido por dos columnas de alabastro, llegamos a una estancia cuadrada, cuyo centro estaba presidido por una esfera armilar. De una de las paredes, colgaban unos objetos de metal dorado con las superficies decoradas de extraños signos. Me acerqué y observé intrigado los enigmáticos caracteres grabados sobre aquellas esferas planas. A mi espalda oí la voz de mi abuelo:

—Son astrolabios. Con ellos los astrónomos calculan la posición y movimientos de los astros, así como su altura por encima del horizonte. En esta sala, se encuentran libros muy antiguos de astronomía, como el «Tratado sobre el movimiento de las estrellas fijas» del gran Abu Ishaq al-Zarqâlî (Azarquiel), el astrónomo andalusí más

importante de todos los tiempos, quien estudió los movimientos del Sol, corrigiendo la teoría del astrónomo griego Ptolomeo, que defendía la idea de la inmovilidad del apogeo solar. Al-Zarqâlî residía en la ciudad de *Tulaytula* (Toledo), donde construyó, a orillas del río Tajo, dos gigantescos relojes de agua que fijaban las fases de la Luna y las horas diurnas y nocturnas.

No menos importante, es la copia, que aquí se conserva, del «Calendario de Qortuba» compuesto por el médico y astrónomo del califa al-Haqam II, Arib ibn Zayb que, estudiando la altura del sol, compuso el calendario por el que se rigieron las prácticas agrícolas y se fijaron las horas de la oración, determinadas por la duración del día y de la noche, la aurora o el crepúsculo en los territorios de al-Andalus.

También hay textos de astrología que, basándose en las conjunciones planetarias, predijeron muchos de los grandes acontecimientos históricos.

Yo seguía fascinado por las explicaciones de mi abuelo quién, antes de abandonar la biblioteca, me invitó a visitar una sala aneja, donde se guardaban las obras de los escritores granadinos.

—Esta parte de la biblioteca está reservada a los manuscritos de los hombres de letras más importantes de Granada. Sobre todos ellos destaca uno: Abu Abd-Allah Muhammad ibn al-Jatib alSamânî, historiador, poeta y médico. Por su elocuencia, recibió el título honorífico de *«Lisân al-Dín»* (Lengua de la Religión). Algunas de sus obras se perdieron cuando cayó en desgracia. Afortunadamente, conservamos las más importantes, entre ellas la historia de Granada y sus gentes, la famosa: *«Ihatha fi ta' rih Garnata»*. Sus tratados abarcan los campos más diversos como son la historia, la poesía, el derecho, la medicina o la mística. Esta última le acarrearía gran desgracia, le llevaría al destierro y a la muerte. Ibn al-Jatib (El hijo del predicador) nació en *Medina Lauxa* (Loja). Fue consejero y visir del culto emir Yusuf I, constructor de esta Madrasa, y más tarde del hijo de éste Muhammad V.

Este gran literato y hombre de estado poseía una finca, que todo el mundo conoce con el nombre de *«Aayn al-Damâa»* (La fuente de las lágrimas), donde se congregaban los poetas más brillantes de la época junto con los aristócratas más cultos y los miembros de las familias más ilustres de Granada, formando tertulias en las que, bajo los efectos alucinógenos del anacardo, las lenguas se desataban y se ponía a prueba la destreza verbal de los concurrentes con desafíos dialécticos mordaces, relatos subidos de tono, discursos satíricos y proverbios burlescos que hacían las delicias de los asistentes. En aquel lugar, el ingenio, la poesía y el talento literario brotaban como un torrente incontenible de sabiduría. Mas como todo gran hombre, Ibn al-Jatib fue víctima de la envidia, la injuria y la traición. Acusado de heterodoxia y herejía, por algunas de sus obras místicas de carácter sufí, fue perseguido y se vio obligado a huir a África. Sus enemigos no se contentaron con ello, y le persiguieron en el destierro hasta lograr su ejecución en una cárcel de Fez. Lo más triste fue que el principal acusador e inductor de su muerte, resultara ser su

amigo y discípulo Ibn Zamraq, el llamado poeta de la Alhambra, cuyas qasidas decoran las paredes y las fuentes del palacio del sultán, pues a pesar de ser hijo de un humilde herrero del Albaycín, Ibn Zamraq, ambicioso e inteligente, no tuvo escrúpulos en lanzar graves acusaciones contra Ibn al-Jatib y así alcanzar la cumbre del poder, que tanto ambicionaba, como visir del sultán Muhammad V. Mas, al igual que su maestro, el ambicioso visir acumuló demasiado poder y tuvo un final trágico: cuando subió al trono Muhammad VII cayó en desgracia y fue ejecutado junto con sus hijos.

Era la elocuencia, y no el castigo, el método con el que se estimulaba el estudio en la Madrasa, combinando la parte didáctica con relatos históricos, que avivaban la curiosidad y la atención del alumno. Mi maestro era un hombre estricto y severo, de pequeña estatura, rostro enjuto y ojos ardientes. A su sapiencia, unía un carácter de hierro. Se llamaba Abd-l-Qarim al-Maliqí, era hijo de conversos, mas su intransigencia y rigor en la aplicación de la shari'a, le hacían ser respetado e incluso temido. Siempre empezaba sus clases con sabios consejos en un intento por templar el ímpetu apasionado de nuestros jóvenes espíritus, a una edad en la que la sangre corre impetuosa, empujando con fuerza irresistible nuestro ánimo a las locas fantasías de la adolescencia.

—Concentrad vuestros pensamientos en el estudio y la oración —nos repetía una y otra vez—. Contened los bajos instintos y evitad que la mente se desvíe del camino del saber y el culto a Allah ¡ensalzado sea! No dejéis que el deleite efímero de la carne perturbe vuestros espíritus y eche a perder la obra de vuestra formación. La sensualidad es ciertamente un placer, mas a vuestra edad es como el vino, que ofusca la mente, anula la inteligencia y os hace esclavos del vicio. No ejercitéis de forma precoz vuestra virilidad, pues el abuso de los placeres carnales os puede llevar a cometer aberraciones indignas a los ojos de Allah ¡loado sea! Sin embargo, yo hacía oídos sordos a las sensatas palabras de mi maestro, y mi frágil voluntad siempre sucumbía a la seducción aberrante de las cabras de Alí. ¡Que Allah Clemente y Misericordioso se apiade de mí!

El sultán Abu Nasr Saad, «el Pacificador», había logrado una paz duradera con los cristianos y, aunque pagada a un alto precio, Granada gozaba de una desacostumbrada tranquilidad. Parte del pueblo, inducido por los alfaquíes, se quejaba de pagar un tributo demasiado alto por una tregua que no siempre era respetada por los cristianos; otros, por el contrario, agradecían aquel tiempo de sosiego que les permitía poder dedicarse a sus negocios y labranzas.

La división entre los granadinos también llegó a la Madrasa, donde los partidarios de la *yihâd* se enzarzaban en apasionadas discusiones contra los que defendían la convivencia y el entendimiento con los rumis.

Un día, los partidarios de la paz se atrevieron a preguntar al maestro:

—Maestro, si el Islam tiene el mismo tronco que las otras dos religiones monoteístas y todos creemos en que Dios es Uno, y sólo nos diferencia la forma de

dirigirnos a Él, ¿por qué hemos de hacer uso de las armas contra los cristianos? ¿Acaso no son ellos, como los judíos y nosotros los musulmanes gentes del Libro y creyentes del Dios Único?

Al-Malaqí taladró con la mirada al alumno que había formulado aquella pregunta, y con furor contenido contestó:

—Tanto los judíos como los cristianos son creyentes errados. Los judíos se atribuyen el ser el único pueblo escogido de Dios. Lo que vulnera la universalidad de Allah «Señor de los Mundos». Y los cristianos dicen adorar a un solo Dios, mas creen en tres dioses distintos. La Trinidad es un misterio que cualquier hombre razonable no puede entender. El cristianismo está lleno de misterios incomprensibles que deforman la vida del profeta Isa, ¡sobre él sea la paz! al que denominan: «Hijo de Dios» y veneran como tal, cuando Dios es único, incurriendo en el ultraje a la unidad de Allah y en la gran blasfemia de creer que Dios tuvo un hijo —a medida que hablaba se le encendía la mirada y su voz crecía en intensidad y fuerza—. Los cristianos llenan sus templos de estatuas a las que adoran, cometiendo idolatría. ¡Son los infieles cristianos quienes usan la intolerancia contra los que no profesan su religión! ¡Ellos desprecian a nuestro profeta Muhammad, ¡sobre él sea la paz! ¡Al que no reconocen como enviado de Dios! ¡Ellos atacan nuestros pueblos, talan nuestros bosques, arrasan nuestra tierra a sangre y fuego! ¡Son ellos los que, dominados por la codicia, anhelan expulsarnos de al-Andalus y apoderarse de nuestros bienes! Es por tanto legítimo que los soldados del Islam desenvainen sus espadas en defensa de su territorio y ataquen a un enemigo que pretende nuestra ruina y destrucción.

Sus palabras fueron coreadas con vítores y gritos de *yihâd, yihâd!!!* La división entre los granadinos comenzaba a tomar un mal cariz. Había alfaquíes que en la oración del viernes predicaban la guerra santa. Y a esto ayudaba, y no poco, las continuas cabalgadas que las huestes cristianas efectuaban en la Vega, pese al tratado de paz vigente. El poderoso clan de los Abencerrajes se declaró partidario de romper la tregua y reclamó los derechos dinásticos de la princesa Fâtîma, hija del fallecido Muhammad el Zurdo, de la que se decía que, en su palacio de *Dar al-Horra* en el Albaycín, se fraguaba una revuelta.

Por entonces, murió el rey de Castilla, don Juan, y le sucedió su hijo Enrique.

El nuevo rey de los cristianos, para congraciarse con su pueblo, declaró roto el armisticio con Granada y llamó a la guerra santa, iniciando una Cruzada contra los musulmanes.

Al frente de un formidable ejército, Enrique IV de Castilla cruzó la frontera talando y devastando la Vega. En una segunda incursión, se dirigió a Málaga. Saad salió a su encuentro con el propósito de parlamentar. Se encontraron en las márgenes del *guadi Talyira* (Guadalhorce), cerca de Álora. El emir se mostró dispuesto a pactar una nueva tregua y pidió al castellano la liberación de su hijo primogénito Abu-l-Hasan, que era rehén de los cristianos. El sultán deseaba casar a su heredero con la princesa Fâtîma, a fin de apaciguar a los levantiscos Abencerrajes, partidarios de la

estirpe del Zurdo.

Don Enrique accedió a liberar al príncipe heredero, mas en garantía de la nueva tregua, exigió la entrega del segundo hijo del emir, el infante Yusuf.

Una vez efectuado el canje, el rey castellano se retiró con su ejército, llevándose consigo al nuevo rehén y dejando a don Diego Fernández de Córdoba el encargo de negociar un nuevo tratado de paz.

La negociación resultó más dura de lo esperado. El emir estaba dispuesto a pagar el tributo acostumbrado de las treguas anteriores, mas los cristianos exigieron una suma exageradamente elevada. Saad adujo que la cantidad era impagable, y don Diego tuvo la osadía de proponer que una parte de la deuda se saldara mediante la entrega de varios castillos. El sultán tomó dicha proposición como una afrenta y suspendió la negociación. La consecuencia fue, que el príncipe Yusuf nunca más volvió a Granada y tiempo después, se dijo que había muerto víctima de una epidemia.

El depuesto Muhammad al-Zaqir vio en las dificultades por las que pasaba Saad, una ocasión para recuperar el trono y, al frente de una tropa de fieles, salió de Almería con la intención de atacar a su rival. Mas el príncipe Abu-l-Hasan lo derrotó en las estribaciones del *Yebel Solayr* (Sierra Nevada), lo capturó y exhibiéndole como trofeo de guerra, entró en Granada, y se lo entregó a su padre.

Como premio a tan brillante victoria, el sultán regaló a su hijo el precioso palacio al-Hijar, una quinta de recreo levantada sobre un maravilloso paraje que domina el hermoso valle del río Genil. El emir ordenó a los cadíes un dictamen jurídico sobre el prisionero. La mayoría dictaminó que conforme a la *shari'a* debía ser condenado a la pena capital, puesto que era evidente su intención de sembrar el desorden y la guerra entre los musulmanes, lo que beneficiaba a los enemigos del Islam.

Al amanecer, el verdugo de la Alhambra hizo rodar la cabeza de Muhammadal-Zaqir sobre las bruñidas losas de mármol de la sala de la Justicia.

¡Que Allah se apiade de él!

Cuando aquel caluroso día de comienzos del verano abandoné la Madrasa, no podía imaginar que mi vida iba a tomar un nuevo rumbo. Ajeno a los designios del destino, me encaminé a mi casa huyendo de los ardores de un sol inmisericorde. En el zaguán, mi madre salió a mi encuentro y me mostró una hoja manuscrita, que un secretario del cadí le había entregado para mí. El *qatib* se había limitado a dejar aquel escrito sin dar explicación alguna. Mi madre, que no sabía leer, me esperaba angustiada rogando a Dios que no fuera nada malo. Enseguida la tranquilicé: se trataba de un comunicado oficial del juez, en el que daba cuenta de la última voluntad de mi abuelo, recientemente fallecido, legándome todos sus libros.

El ulema había muerto, hacía algunas semanas, de forma repentina. Un viernes, después de orar en la Gran Mezquita, su fatigado corazón se paró súbitamente cuando ascendía por la cuesta de los Cordeleros y, como fulminado por un rayo, se desplomó sobre los peldaños de la empinada callejuela. ¡Que Allah lo tenga en el paraíso!

A pesar del viento abrasador que batía el barrio del Albaycín, tomé el documento del cadí y me dirigí a la casa de mi abuelo. Ansiaba poseer aquellos libros que sólo había podido leer de forma clandestina, y con los que tanto había disfrutado. Aún sostenía la aldaba en la mano, cuando me abrió la puerta Yawhara. Ambos nos miramos en silencio como si nos viéramos por primera vez. Estábamos a un paso de distancia el uno del otro. No era su atractiva figura lo que me fascinaba en aquel instante, en el que el tiempo pareció detenerse, sino la cautivadora expresión de su mirada. Aquellos ojos negros irradiaban una luz de la que quedé atrapado. Cautivo de aquella mirada no era capaz de articular palabra. No sabría decir cuánto tiempo transcurrió, tal vez un suspiro. Ella, advirtiendo mi turbación, bajó la vista. La irrupción de la vieja Jadiya preguntando el motivo de mi visita, rompió el hechizo.

—Vengo a por los libros —contesté a la vieja mostrando el documento, mientras Yawhara desaparecía discretamente tras una celosía.

—Sube arriba, ya sabes dónde están —rezongó la anciana. La biblioteca estaba situada en la planta alta de la casa, un lugar sobradamente conocido por mí. Se trataba de un habitáculo anexo a la alcoba.

El número de libros que poseía mi abuelo hacía imposible llevarlos de una sola vez. Esta circunstancia, me permitía volver en días sucesivos y contemplar de nuevo a la hermosa Yawhara. Al día siguiente, al tocar la puerta con el corazón en la garganta, no pude evitar un gesto de desilusión cuando, tras el postigo, apareció el rostro ajado de la vieja sirvienta. Aquel día no vi a Yawhara.

Y volví al día siguiente y al siguiente y al otro, mas Yawhara no se dejaba ver.

Cada día, esperaba hasta el anochecer sentado en el patio, con el anhelo de cruzar mi mirada con ella. Recitando al viento los sensuales versos del poeta mendigo Ibn Quzman. Envidiando a los rosales trepadores que, desde el arriate, se encaramaban

por la pared hasta el alféizar de su ventana.

Mientras tanto, en mi casa, los libros se iban acumulando, desparramados por todas partes, ocupando los pocos espacios libres de que disponíamos en nuestra reducida y humilde vivienda. Mi padre me amenazó con no dejarme entrar en casa, si no detenía aquella plaga de hojas y pergaminos que invadía todo el hogar. Por fortuna, mi madre, que sabía el aprecio que el ulema sentía por aquellos volúmenes, les buscó acomodo en un viejo baúl. Una tarde, cuando cruzaba el patio y me disponía a abandonar la casa de mi abuelo cargado con los últimos libros que quedaban en los anaqueles, me sentí observado. Alcé la vista y la descubrí mirándome fijamente desde la ventana. Era ella, con la misma mirada intensa y turbadora que me había cautivado el día que me abrió la puerta. Saqué fuerzas de flaqueza y temblado acerté a musitar su nombre: ¡Yawhara! Ella puso los dedos sobre sus labios indicándome silencio y con voz queda susurró: «Esta noche dejaré la puerta del huerto abierta».

Creí estar soñando. Asentí bajando los ojos, incapaz de sostener aquella mirada que me quemaba.

Pasé el resto de la tarde deseando ardientemente que llegase la noche, y dando gracias a Allah que ponía en mi camino aquella aventura maravillosa. Tal es el signo de la bondad y el poder de quien ha creado a la mujer, cuyo encanto y hechizo dan tanta felicidad al hombre.

Desde el aljarafe contemplé emocionado como el manto negro de la noche caía lentamente sobre la medina. El horizonte carmesí, que se prolongaba más allá de Bab Ilbira, se tornó violeta y pronto el cielo y la tierra se fueron fundiendo en la oscuridad infinita. Entonces, la brisa ingrávida del crepúsculo se llenó con el canto prolongado de los almuédanos. Bajo la cúpula inmensa, iluminada de estrellas, evoqué el arrebatador embrujo de unos ojos negros y la dulzura de un cuerpo femenino que me trastornaba como el vino.

Esperé a que todos durmieran, para deslizarme sigilosamente desde la azotea. Cuando me puse en camino, los latidos de mi corazón sonaban como los golpes de un tambor en el hondo silencio de la noche. Caminé como un ladrón, pegado a los muros de calles solitarias, burlando la luz insolente de la luna. Al llegar a la casa de mi abuelo, la puerta del huerto parecía cerrada, mas al impulso de mi mano, ésta se abrió con un chirrido delator. Al traspasar el umbral, todo era quietud bajo las sombras misteriosas de los árboles. Del silencio, surgió el susurro de las hojas movidas por la brisa y percibí un olor de esencia de violetas. La voz inconfundible de Yawhara me sonó tan cerca, que sentí su aliento: «No hagas ruido. La vieja tiene un sueño muy ligero». En medio de las tinieblas, la seguí guiado por su perfume. Nos dirigimos a la escalera, débilmente iluminada por el rayo de luna que entraba por el ventanuco. El aroma de almizcle que desprendía su cuerpo excitaba todos mis sentidos. Ella me precedía, subiendo los peldaños con agilidad felina. Me acerqué hasta rozar su ropa. Bajo la delgada túnica se adivinaban sus anchas caderas y el montículo de sus

hermosas nalgas aparecía altivo ante mis ávidos ojos. Me dejé vencer por el deseo y antes de culminar los últimos escalones, la tomé por la cintura. Los rizos de su pelo destilaban fragancia de mirra. Ella quedó inmóvil un instante. Después, hizo un amago para zafarse de mis brazos, mas yo la apreté contra mi cuerpo y besé su cuello de gacela. Busqué su boca y encontré sus labios ardiendo, mientras sus ojos brillaban de excitación. La rodeé con mis brazos y su vientre se pegó al mío. Temblando de emoción y deseo, exploré bajo sus ropas la carne palpitante. De un tirón liberé mi cuerpo febril de las vestiduras. Al penetrarla, lanzó un breve gemido. Trastornado de placer, cabalgué frenético con el cerebro a punto de estallar, hasta que un escalofrío me sacudió la espalda y las fuerzas abandonaron mi cuerpo en medio de un estertor animal. Yawhara me acarició con ternura y, agarrados de la mano, abandonamos la estrecha escalera y ella me condujo hasta su lecho. Allí, las caricias delicadas de sus manos y el ardiente perfume de su aliento desataron, de nuevo, la codicia apasionada del deseo. El elixir de sus besos lujuriosos, devolvió la energía y la altivez a mi miembro, que se levantó erecto como una espada. Yawhara tomó la iniciativa, se encaramó sobre mi vientre y lentamente se dejó penetrar. Mi absoluta falta de experiencia quedaba compensada por su audacia. Poniendo sus manos sobre mis hombros, moderaba mis torpes movimientos, mientras su cuerpo prodigioso imponía el ritmo adecuado.

Nunca olvidaré aquellas noches cálidas, cargadas de voluptuosidad y deseo insaciable. Enredado en su ensortijada cabellera azabache y embriagado por el dulce tacto de sus mullidas caderas. Antes de que rompiera el alba, con los sentidos embotados de placer e impregnado del cálido perfume de su cuerpo, abandonaba el lecho de mi amada. En aquella hora mágica, todo dormía y un halo de misterio envolvía la quietud de las estancias. Entonces se apoderaba de mí un pensamiento inquietante y, entre las sombras misteriosas de la noche, creía ver el espectro agraviado de mi abuelo. A modo de conjuro repetía una y otra vez: «Nada acontece sin la voluntad de Allah. Ni la hoja cae del árbol sin su consentimiento. Si esto me ocurre a mí, es por voluntad de Allah. ¡Ensalzado sea!».

Yawhara me hizo jurar que guardaría en secreto nuestra relación. Y aunque ardía en deseos de contarle todo a Qasim, mis visitas furtivas a Yawhara fueron un enigma oculto en el oscuro pozo de la noche, que jamás revelé, pues como dice el sabio proverbio: «Si quieres guardar un secreto no lo confíes a nadie, ya que quién lo revela lo está divulgando».

Mis encuentros clandestinos con la hermosa Yawhara eran un goce carnal que parecía no agotarse. La exhibición de su bello cuerpo desnudo ante mis ojos, era una continua invitación al placer. Ella fue mi guía y maestra en el camino iniciático de la sexualidad. Ella me enseñó a sosegar el deseo, a moderar el ímpetu desbocado, a beber con mesura el néctar de la felicidad, a paladear con calma el manjar del placer. Explorando los valles misteriosos de su cuerpo, aspirando el olor agridulce de su piel de seda, desvelé los secretos de su femineidad.

Mi pensamiento y mi voluntad le pertenecían. Mi entrega a aquella mujer era absoluta. Yawhara no era bella, mas el fuego de su mirada y las rotundas formas de su cuerpo la hacían irresistible. Había en ella algo de vulgar, que encendía la llama del deseo en cuanto la miraba. Mi obsesión por ella era tal, que cada mañana se me hacía insoportable y me sentía incapaz de aguantar hasta la noche. En uno de aquellos momentos de intimidad, donde la complicidad invita a la confidencia, Yawhara me contó la historia más triste que jamás había oído. Con la voz rota por la amargura, inició su relato:

«Detrás del maloliente barrio de los Curtidores, envuelto en el vapor cáustico que desprenden las hediondas pieles, hay un lugar que llaman el Desolladero, donde unos pobres desdichados viven oprimidos por la miseria, el infortunio y el terror. Allí, el aire está impregnado por el olor dulzón de la sangre y el vaho espeso de los orines de los animales sacrificados; las vísceras ensangrentadas y las verduras en descomposición que cubren las calles, atraen a cientos de ratas y a enjambres de moscas. Asesinos, ladrones y busconas imponen su ley, y ni los guardias del zalmedina osan penetrar en aquel lugar siniestro, donde los matones, verdaderos señores de aquel reino de la muerte, ejercen el terror sobre los más débiles que sufren golpes, insultos y vejaciones. Cuando cae el sol, actúan los violadores y los asesinos; y los gritos de sus víctimas rompen la noche con alaridos que erizan la piel. Al amanecer, los carneros desollados son llevados al zoco, mas los cadáveres de los hombres quedan tendidos sobre el suelo, en el mismo lugar donde fueron degollados, sin que nadie se atreva a tocarlos hasta que alguien no soporta el hedor y los cubren de tierra. Solamente el día que muera, conseguiré olvidarme de ese infierno en el que transcurrió mi desdichada niñez. Nunca conocí a mis padres. Solo guardo un débil recuerdo de mi hermano que me proporcionaba alimentos y me protegía del frío por las noches; hasta que un día desapareció y nunca más volví a verle. Agotada de llorar en soledad y acuciada por el hambre, me uní a la banda de los niños ladrones del taimado Ahmed al-Falaqí, un viejo bandido, que se servía de una pandilla de niños hambrientos que robaban para él a cambio de un techo y un mezquino potaje caliente. Vivíamos a salto de mata, huyendo de la guardia del gobernador. Lo peor era que, aquel viejo miserable no se contentaba con corromper nuestra alma, también mancillaba nuestro cuerpo. Sin hacer distinción entre varón o hembra, el lascivo alFalaqí disponía a su antojo de nuestra inocencia. Con infinita amargura y asco, teníamos que soportar los besos de aquella boca desdentada que apestaba a queso rancio, las caricias de unas manos sarmentosas y el contacto de un cuerpo huesudo con olor a letrina.

Una noche, sentí que me desangraba. No era la sangre que, cada mes, la naturaleza hace fluir del cuerpo de la mujer, se trataba de una enorme hemorragia con dolores insoportables. Mis gritos alertaron al viejo que, al ver el jergón empapado de sangre, llamó a una vieja buscona, compinche suya. Antes de perder el conocimiento, sentí cómo me sujetaban las piernas y arrancaban de mis entrañas un guiñapo

sanguinolento que arrojaron al vertedero. Creyéndome muerta, me abandonaron en un callejón solitario. Mas Allah todopoderoso me infundió fuerzas para seguir viviendo.

Al recobrar la consciencia, oí la algarabía del zoco, del que me llegaban olores de comida y especias. Y aunque me sentía tan débil que apenas podía ponerme en pie, el hambre, una vez más, me obligó a salir en busca de alimento. Con el cuerpo lacerado, caminé entre los figones donde las albóndigas de cordero, rebozadas de harina, flotaban en el humeante aceite. El aroma del jengibre, el azafrán y la canela despertaban mi apetito hasta marearme; si no comía algo me desmayaría. Ante un tenderete de buñuelos, no me pude contener y devoré una almojábana con la avidez de un animal hambriento. Probé a hurtar otra y fui descubierta por los hombres del almotacén. El miedo de caer en manos de los guardianes del mercado, me hizo correr como no creí que fuera capaz. En mi alocada huida, tropecé con una *yubba* blanca en cuyos pliegues quedé atrapada, como un pájaro en la red. Sentí una mano poderosa posarse sobre mi cabeza y, al alzar la vista, vi en los ojos del hombre que me miraba, una sonrisa cómplice. Oculta entre sus ropas pude burlar a mis perseguidores y, una vez que pasó el peligro, el hombre me dejó marchar. Mas en su mirada creí ver una pizca de compasión y, como quién persigue a un rayo de luz en medio de la oscuridad, seguí a aquel desconocido hasta su casa en el barrio del Albaycín.

Con el corazón oprimido por la tristeza, percibí que me encontraba, por primera vez, en un lugar digno al cual yo no pertenecía. Mi barrio era el de las alcahuetas, ladrones, matones y prostitutas. Con el firme propósito de dejarme morir de hambre, antes que volver al lugar maldito de donde salí, me senté junto a la puerta del desconocido, al que había seguido, y me quedé dormida.

Me despertó la voz profunda del hombre de la *yubba* blanca:

—¿Cómo te llamas?

—No tengo nombre —contesté algo aturdida.

Él me miró sorprendido, y yo añadí:

—Todos me llaman *aswad* (negra), y no tengo a donde ir.

—¿Quieres servir en mi casa?

Al oír aquellas palabras, me arrojé a sus pies y le prometí ser su esclava. Aquel hombre bondadoso me ayudó a levantarme. Con una ternura, que nunca antes había sentido, acarició mis sucios cabellos y mirándome a los ojos me dijo:

—Solo un necio podría despreciar una joya por ser negra. Y desde aquel día, él siempre me llamó Yawhara (joya). A partir de entonces, me convertí en la sierva fiel y en la concubina complaciente del hombre que me sacó del infierno. Mas mi vida en esta casa no ha sido fácil. Tuve que soportar los celos y el trato cruel de tu abuela. Una mujer enfermiza y de carácter amargado, que me odió hasta su muerte.

Tu abuelo era muy fogoso y un gran amante. Cada noche me llamaba a su lecho, desvelándome los secretos del placer sublime de los sentidos.

Fiel a mi promesa, me entregué a él en cuerpo y alma. Mas ahora que ha muerto,

¿qué va a ser de mi vida?».

La tristeza ensombreció su rostro y una lágrima rodó por su mejilla. Yo no encontré palabras para contestar a su pregunta. Y, conmovido, enjugué sus ojos con mis labios, paladeando el sabor salado de sus lágrimas.

Cierto día, al observar que mi madre se cubría con la almalafa y se disponía a salir a la calle, no pude evitar un gesto de extrañeza pues, desde hacía un tiempo, no se apartaba un instante del lecho donde yacía mi padre aquejado de unas terribles fiebres que le provocaban continuos vómitos. Después de dar instrucciones a mi hermana Layla para que se quedase al cuidado del enfermo, me pidió que le acompañase a la casa del abuelo Said. Durante el camino, me informó de la llegada de su hermano Abd Allah, a quién yo no conocía, aunque sí había oído hablar de él. La historia de mi tío Abd Allah, el aventurero, ocupaba un recuerdo privilegiado entre la familia y la había escuchado cientos de veces.

Se decía que, siendo un adolescente, abandonó sus estudios en la Madrasa para hacer la peregrinación a La Meca en compañía de un mercader de sedas, un gigante de tez oscura que, a lomos de un camello blanco, recorría las calles de Granada vendiendo fardos de seda y terciopelo que él decía traídos de Oriente. Aquel gigante, de impresionante aspecto, contaba historias fascinantes de mundos remotos poblados de gentes diversas y paisajes de ensueño que incitaron la pasión por los viajes al joven Abd Allah. Cuando pasó el tiempo y mi tío no regresó, la imaginación de algunos se encendió y divulgaron por el barrio que el estrafalario y gigantesco negro era, en realidad, un *Efrit* que mediante hechizos se lo había llevado para siempre.

Mas cierto día, después de muchos años, Abd Allah apareció convertido en un hombre inmensamente rico y la gente achacó su buena suerte al poder mágico de los genios.

Él, sin embargo, contaba que en sus viajes por el mundo, había adquirido conocimientos que le permitieron dominar el difícil arte del comercio. Cruzando selvas y desiertos aprendió lenguas extrañas y conoció parajes y gentes insólitas. Y Allah misericordioso le compensó de sus fatigas y calamidades, ayudándole a amasar una fortuna que amplió adquiriendo un barco con el que navegó hasta los remotos países de Oriente, incrementando sus negocios en el mercado de la seda y las especias. Había fijado su residencia en *Medina Malaqa* (Málaga), donde era considerado uno de los hombres más ricos de la ciudad.

La repentina muerte de mi abuelo le sorprendió en uno de sus viajes y, ahora, había venido a visitar la tumba de su padre y hacerse cargo de la parte de la herencia que le correspondía. Mi tío llegó como un príncipe, rodeado de criados armados de dagas, y veinte burros cargados de sedas, marfil y especias. Ante la casa de mi abuelo, se había congregado una multitud de curiosos, que observaba a los criados descargar las mercancías. Delante de la puerta, se pavoneaba un joven bellísimo de cuerpo esbelto y fino talle, que nos miró con arrogancia. Algún tiempo después, supe que se trataba del eunuco encargado de hacer más placenteros los viajes de mi tío, cuando éste se encontraba lejos de sus concubinas. Al pasar el umbral, nos cruzamos

con un negro de mirada huidiza que acarreaba agua desde el aljibe para abrevar a las caballerías. En el interior de la casa, sonaba la voz potente de mi tío, de un asombroso parecido con la de mi abuelo, dando órdenes a los criados, que apilaban, sobre la pared de la sala, fardos multicolores de seda y depositaban en el suelo arquillas de madera que destilaban aromas de canela, menta, clavo y nuez moscada. Al ver a mi madre, mi tío Abd Allah vino hacia nosotros con los brazos abiertos, mostrando una amplia sonrisa. Yo me sentí estrujado entre unos brazos vigorosos que me apretaban efusivamente. La indumentaria multicolor de tacto suave, así como los dedos profusamente anillados proclamaban su prosperidad. Mi tío poseía el porte arrogante y altivo de los triunfadores. De un cofre de cuero repujado con remaches plateados, sacó un chal de seda verde esmeralda con motivos vegetales bordados en finos hilos de oro, que entregó a mi madre. Él la llamaba «pequeña Ayxa» y ella sonreía complacida, mientras se cubría los hombros con el precioso regalo de su hermano.

Desde aquel día, mis visitas clandestinas a Yawhara quedaron interrumpidas. Mi tío había llenado la casa de criados y no faltaban fisgones que acudían a todas horas a husmear las exóticas mercaderías. Después de algunos días, cuantas veces intenté aproximarme a Yawhara para decirle cuanto la echaba de menos y lo mucho que la amaba, me lo impedía la presencia inoportuna de un sirviente o la disculpa por el ineludible deber de una tarea doméstica. Comencé a sospechar que todo aquello no era casual, pues sus ojos rehuían mis apasionadas miradas, y en su trato había una frialdad que me helaba el corazón.

Durante el tiempo que mi tío permaneció en Granada, la casa de mi abuelo se convirtió en un bazar por donde desfilaban gentes de toda condición. Mas era al atardecer, una vez que los criados encendían las lámparas de aceite y quemaban incienso y ámbar, cuando el patio se llenaba de vecinos curiosos, que acudían a saludar al rico comerciante y a oírle contar las aventuras de sus fabulosos viajes. Aquellos hombres, que nunca habían salido de su tierra, le escuchaban extasiados. Cada noche, con su poderosa voz, Abd Allah el aventurero, sentado sobre una preciosa alfombra de Ispahán, les relataba sus andanzas por el mundo:

—¡Amigos míos! Sabed que todo viaje que emprende el mercader, tiene el amargo comienzo del abandono de su hogar, sus mujeres, hijos y amigos. La fecha de partida está marcada, mas nunca sabrá la del regreso —con estas palabras comenzaba su relato, y una vez que captaba el interés de los presentes continuaba—: Durante mi vida he realizado muchos viajes, y cada uno de ellos ha constituido una aventura como la que ahora os voy a narrar:

Yo era aún muy joven y por aquel entonces vivía en la ciudad de Fez, madre de culturas milenarias, donde ejercía el oficio de ropavejero, un negocio que apenas me permitía mal vivir. Porque os he de confesar que, antes de conseguir este bienestar y desahogo del que ahora disfruto, he soportado desgracias y penalidades, mas también alegrías y recompensas. Todo por voluntad del destino, pues nada hay que pueda escapar a lo que está escrito. Una noche, en que el calor y las chinches no me dejaban

conciliar el sueño, salí de mi casa en busca de un poco de aire fresco. Después de deambular por las calles solitarias, llegué a una plazuela donde el rumor de una fuente invitaba al descanso; apenas me había sentado a disfrutar de la refrescante brisa, cuando llegó hasta mí la *jarcha* de un zéjel andalusí. El sonido de la música venía del interior de una rica mansión, cuya puerta de madera de cedro semejaba la de un palacio, con las ventanas protegidas por celosías de hierro forjado.

Atraído por aquellas notas, que sonaban en mis oídos como música celestial, me acerqué a la casa llevado por la profunda nostalgia de al-Andalus. De pronto, salió un criado, magníficamente vestido, al que pregunté a quién pertenecía aquel palacio. Y el sirviente, sorprendido de mi pregunta, me contestó cómo era posible que no supiera que allí vivía Yazid ibn Umar al-Rundí, uno de los hombres más ricos de Fez. En tono suplicante, le rogué que intercediese ante su amo para que me permitiese escuchar aquella melodía que llenaba mi corazón de añoranza.

No tuve que esperar mucho tiempo, poco después, regresó el mismo criado que me invitó a pasar, informándome de que su señor deseaba conocerme. Altamente sorprendido por tan inesperada invitación, seguí al criado a través de la casa que era hermosa, acogedora y señorial. En un jardín, iluminado por antorchas, se encontraba un gran número de señores, vistiendo lujosas túnicas, en torno a una mesa adornada de flores y repleta de exquisitas frutas y variados guisos.

Preciosas esclavas y solícitos siervos, servían a los comensales, mientras una banda de músicos acompañaba a una bella cantatriz, que interpretaba un zéjel del poeta andalusí Ibn Quzman. En un lugar de honor, presidía el banquete, un hombre de edad avanzada, de aspecto agradable y apariencia digna que, dirigiéndose a mí, me ofreció un sitio a su lado.

Aturdido por su magnanimidad y deslumbrado por el lujo y refinamiento de aquella fiesta, solo acerté a preguntar: «¡Señor, por Allah Todopoderoso!, ¿acaso estoy muerto y éste es el paraíso?». El dueño de la casa sonrió afablemente a mis palabras y me preguntó cómo me llamaba y de donde era. A lo que contesté que mi nombre era Abd Allah ibn Said, que procedía de al-Andalus y que había nacido en *Medina Garnata*, aunque ahora residía en Fez, donde me ganaba la vida como humilde ropavejero. Al oír mis palabras, su rostro se iluminó y dándome un abrazo me llamó hermano, pues él también era andalusí, de *Runda* (Ronda). Me hizo sentar a su derecha y me agasajó como huésped de honor. Terminado el banquete, el venerable al-Rundí tomó la palabra y me pidió que escuchase su historia pues, tal vez de ella, yo podía sacar provecho. Yazid al-Rundí tenía el hablar pausado y conservaba el inconfundible acento andalusí.

-Mi padre —dijo con voz armoniosa—, *era uno de los hombres más ricos de la bella ciudad de Runda. Cuando murió, yo era un joven alocado con la cabeza llena de pájaros. Con los cuantiosos bienes que heredé, decidí comprarme los más ricos vestidos y disfrutar de los placeres del mundo, realizando un gran viaje. Pues recordé*

el proverbio que dice: «La fortuna no sirve para nada, si no satisface las inclinaciones del corazón».

Embarqué rumbo a África y en la ciudad de Fez encontré cuanto había soñado: jóvenes con los que compartir mis locuras juveniles, lujosos palacios, grandes bazares donde comprar preciosos vestidos y joyas, lugares donde el placer de la comida se complementa con la grata compañía de bellas bailarinas llenas de gracia y sabiduría. Así pasé algún tiempo, en la creencia de que aquello perduraría eternamente. Mas en un tiempo, más corto del que imaginé, mis bienes se agotaron, mis amigos me abandonaron y mi situación de privilegio cambió cuando gasté todo cuanto poseía.

Porque, has de saber querido Abd Allah, que el hombre rico es como el árbol con frutos, los amigos permanecen a su alrededor mientras duran éstos. Cuando los frutos se acaban, se apartan de él y buscan otro.

Solo y arruinado, tuve que trabajar duramente como faquín para ganarme el sustento. Cierto día, solicitó mis servicios de mozo de cuerda, un mercader que se disponía a realizar un gran viaje. Durante tres días transporté pesados fardos desde el zoco hasta la casa del comerciante. Tan satisfecho quedó el mercader de mi trabajo, que me propuso ser su ayudante en el viaje. Como la paga era buena y el trato afable, acepté su oferta.

Aunque desconfiado y parco en palabras, mi amo me dio a conocer sus planes: partiríamos hacia el sur, con la intención de llegar hasta las fabulosas minas de oro del rey de Mali, en el gran desierto.

Un camellero de Wadi Dar'a nos vendió, a un buen precio, cinco camellos. Mi amo conocía la ruta mejor que un beduino, y rehusó contratar guías; se orientaba por las estrellas; caminábamos de noche y descansábamos durante el sofocante día.

El gran desierto de al-Sahrâ es tan extenso que parece no tener fin, los días van pasando y el horizonte de arena es infinito. Mi amo había previsto todo y los víveres no nos faltaban, cuando el agua comenzaba a escasear, topábamos con un pozo donde llenábamos los pellejos con agua fresca y limpiábamos nuestros polvorientos cuerpos.

Fue a los dos días de abandonar el último oasis, antes de llegar a la tierra de los negros, cuando los camellos comenzaron a comportarse de modo extraño, se mostraban nerviosos y lanzaban bramidos estridentes. Mi amo lo achacó a que una de las hembras estaba en celo. Con las primeras luces del día, como de costumbre, montamos la tienda y poco después dormíamos profundamente, rendidos por el cansancio. Entre sueños, oí relinchos de caballos y voces de gente. Al abrir los ojos, vi como mi amo luchaba con unos hombres que intentaban robar las mercancías. No pude ver más, pues recibí un fuerte golpe en la cabeza de la que comenzó a manar sangre y perdí el conocimiento. Cuando recobré la consciencia, observé con espanto que a mi lado yacía el cuerpo decapitado de mi amo y todos nuestros enseres, mercancías, víveres y camellos habían desaparecido. Salí de la tienda y encontré la

cabeza del mercader, que estaba siendo devorada por un enjambre de hormigas gigantes. Huí de allí despavorido y, con un pequeño odre de agua colgado a mi espalda, deambulé sin rumbo por aquel mar de arena.

Sin comida y con una exigua cantidad de líquido, presentí que mi fin estaba próximo. De rodillas, levanté los ojos al cielo implorando ayuda al Todopoderoso. Entonces, observé a unos grandes pájaros negros que volaban sobre una duna acechando una presa. Impulsado por el hambre, me dirigí al lugar dispuesto a disputar la comida a las alimañas. Mas, grande fue mi sorpresa, al ver que la víctima era un hombre que yacía inconsciente sobre la ardiente arena. Se trataba de un joven negro que, aunque desfigurado por las quemaduras del sol, aún vivía. Su lamentable estado movía a compasión y no tuve por menos que socorrerle, ya que su necesidad era mayor que la mía. Abrí sus labios resecos y ulcerados, y dejé caer algo del agua que yo atesoraba. El joven abrió los ojos y su mirada, llena de agradecimiento, me conmovió. Llegó la noche y temí que el muchacho podía morir de frío, pues todo su cuerpo comenzó a temblar. Le cubrí con parte de mis ropas y le di calor hasta el amanecer. Fue una noche espantosa en la que los chacales y las hienas no cesaron de aullar a nuestro alrededor.

Al llegar el nuevo día, el sol apareció oculto tras una densa cortina de arena. El cielo se tornó amarillento y comenzó a soplar un viento ardiente y devastador. Pensé que las fuerzas del infierno se habían desatado para aniquilarnos. Abrazado al joven y encomendando mi alma a Allah, sentí que la arena nos sepultaba, y un nuevo golpe de viento nos desenterraba, así varias veces hasta que todo cesó y se hizo el silencio. Como dos almas en pena, nos pusimos en pie y comenzamos a vagar por aquel infierno. Yo cargaba sobre mi espalda al joven negro, que arrastraba los pies incapaz de caminar. Sentí que quería hablarme, mas aquel desdichado tenía la lengua tan hinchada, que solo podía emitir débiles sonidos. Con un inmenso esfuerzo, me señaló el horizonte y, entre una nube de polvo rojo, distinguí la silueta irreal de unos jinetes. El miedo se apoderó de mí, al pensar que podía tratarse de los bandidos que asesinaron a mi pobre amo. De nuevo comencé a rezar, pidiendo perdón por mis pecados, que debían de ser muchos y grandes, ya que Allah me mandaba tan terribles castigos.

Pronto, nos vimos rodeados por unos jinetes que nos miraban con creciente curiosidad. Todos ellos eran negros, como el muchacho que permanecía agarrado a mi cuello y que parecía haber recuperado parte de sus fuerzas, agitando una mano con ostensibles muestras de llamar la atención. El que parecía el jefe, descabalgó y se acercó al joven. Éste le mostró un grueso anillo de plata, con un león grabado, que lucía en el dedo índice y el hombre se arrodilló ante él, le besó la mano y lanzó un grito, en una lengua que yo desconocía, y que fue coreado por el resto de los jinetes. Todos descendieron de sus caballos y nos rindieron pleitesía. Aturdido pregunté quiénes eran, mas nadie me entendía; por fin, uno de aquellos soldados se dirigió a mí en árabe y me contó, alborozado, cómo hacía varios días que buscaban

al joven príncipe Sonni Alí que, habiendo salido de caza, se había extraviado en el desierto siguiendo a una gacela. Su padre, el gran rey de los songays, envió varias patrullas en su busca, y ofreció, como recompensa, una bolsa de oro y diamantes a quién lo encontrase.

Los soldados traían las alforjas repletas de dátiles y las calabazas llenas de leche. Levantaron una tienda y, protegidos del sol inclemente, bebimos y comimos, y con ello volvió la alegría a nuestro corazón y la fuerza a nuestro cuerpo. Uno de los soldados roció al príncipe con agua de rosas y cubrió sus llagas con un bálsamo aromático. Al llegar la noche, encendieron un gran fuego y comenzaron a cantar y a bailar en torno a la hoguera. Cuando el joven príncipe recuperó el habla, me expresó su gratitud y sacándose el anillo del dedo, lo puso en el mío.

Apenas se hizo de día, nos pusimos en camino hacia Gao, la capital del reino songay. Cabalgando durante varias jornadas, llegamos a un valle que nos condujo al gran Río de los Negros (Niger), que ellos llaman Djoliba, en cuya margen se levanta Gao.

Cuando avistamos la ciudad, el sol se elevaba sobre un mar de arenas doradas. Extasiados, contemplamos cómo el fulgor tornasolado del alba transformaba las dunas de color leonado en montañas de cristal violeta. Un par de jinetes se adelantó para dar la buena nueva al rey que, impaciente, nos esperaba a las puertas de la ciudad con todo su séquito.

El recibimiento fue apoteósico. Una muchedumbre nos aclamaba luciendo sus mejores galas. Los hombres vestían amplias togas y se adornaban los brazos y el pecho con brazaletes y collares de plata y marfil. Las mujeres lucían altos tocados en la cabeza y mostraban el rostro pintado de vivos colores, de sus orejas colgaban preciosos zarcillos y primorosas gargantillas rodeaban sus cuellos.

Empezaba a despuntar el esplendor del que pronto sería el Gran Imperio Songay. La dinastía de los Sonni no solo se sacudió el yugo de los reyes de Mali, a quienes pagaban tributo, sino que les arrebataron gran parte de su territorio, convirtiéndose en dueños de un gran imperio.

El rey, un anciano de ensortijado pelo blanco, nos recibió sentado en un trono de ébano, envuelto en una piel de león. Tres eunucos, enarbolando quitasoles, le defendían de los ardores del sol. Después de postrarnos ante el rey, éste abrazó a su hijo y unos fornidos soldados mandinga elevaron sobre sus hombros al monarca, sentado en su trono, y nos dirigimos, por una amplia avenida, hacia el palacio. Detrás del rey, montando un brioso corcel, encabezaba la comitiva el príncipe y, por expreso deseo suyo, yo iba a su lado sobre un caballo que me había prestado un soldado.

La ciudad mostraba un aspecto sencillo, todas las casas eran de adobe, incluso el palacio y la Gran Mezquita estaban hechos con el barro arcilloso del río, mas en su interior, abundaban los objetos de oro y plata. El palacio contenía multitud de salas, todas ellas, adornadas de tapices de pelo de camello y los techos artesonados con

madera de cedro labrado y marfil.

En el salón del trono, ante los jefes de tribu, el príncipe relató a su padre cómo yo le había salvado la vida, y el rey me mostró su agradecimiento ofreciéndome su palacio como morada. Durante un tiempo, gocé de todos los favores y privilegios de un noble. Sin embargo, yo soñaba con volver a la tierra donde el agua fluye inagotable de las fuentes y el clima apacible hace crecer de la tierra fértil, toda clase de frutos en abundancia. Por lo que después de agradecerle al monarca su hospitalidad, le manifesté mi deseo de regresar a Fez ¡qué Allah guarde! El rey respetó mi decisión y me asignó una escolta de treinta soldados, suficientes para protegerme de los bandidos y no bastantes para causar alarma a los reyezuelos de los territorios por los que tendríamos que pasar. Antes de partir, el príncipe Sonni Alí me abrazó, me colmó de obsequios y me regaló su mejor caballo. Y llamando al capitán, que me daría escolta, le ordenó que me guardase como si de su persona se tratara.

Con la ayuda de Allah Todopoderoso, llegamos sanos y salvos a Fez, donde despedí a los soldados y me dirigí a la casa de mi amo, de la cual yo tenía una llave. Mas he aquí que, al vaciar las alforjas de mi caballo, apareció una orza llena de oro y piedras preciosas.

-¡Allah es Grande! exclamé a la vista de aquel tesoro.

A la luz de la lámpara, rubíes, esmeraldas y diamantes lanzaban deslumbrantes destellos rojos, verdes y blancos. Con sólo una de aquellas piedras, podría vivir un año entero, y había cientos. Dentro de la vasija, también encontré una carta del rey, en la que explicaba que todo aquello me pertenecía, y que de esta forma cumplía su promesa de recompensar a quién había salvado la vida de su hijo.

Después de dar gracias al Todopoderoso en la mezquita al-Qarawiyyin, distribuí en limosnas la décima parte de mis riquezas y el resto lo invertí en negocios que me han permitido llevar una vida acomodada y placentera.

¡Amigos! Aquella historia inflamó mi corazón con la pasión por la aventura.

Cuando le relaté al venerable jeque Muhammad al-Fasí, al que yo tenía por mi maestro y consejero, el encuentro con el rico alRundí, quejándome amargamente de mi suerte y mostrándole mi deseo de ir en busca de fortuna, me dijo mirándome fijamente a los ojos: «Veo que el afán por la riqueza se ha apoderado de tu mente y mis consejos no harán cambiar la decisión que te dicta el corazón. Mas has de saber, que la felicidad consiste en llevar una vida sencilla y virtuosa. Si algún día logras hacer tus sueños realidad y te conviertes en un hombre acaudalado, sé prudente, pues las riquezas ahuyentan la paz en el espíritu y llenan de codicia el alma».

Mi decisión era firme. Era joven y estaba convencido de que entre las mayores desdichas del hombre, está la pobreza ya que una vida miserable no merece la pena vivirla. Por lo que al día siguiente me levanté al amanecer y fui al zoco, donde trabé

amistad con unos mercaderes que discutían con ardor los planes de un viaje por la Ruta del Oro. Con los ojos encendidos, hablaban de la fabulosa «Tierra de los Negros», donde el sol es tan ardiente y tórrido que abrasa la piel de los hombres hasta oscurecerla como ala de cuervo, y calcina las piedras convirtiéndolas en oro. En esa tierra, el polvo amarillo es tan abundante que los nativos lo desprecian y cambian por especias de las que ellos carecen, como la sal, que los negros tienen por un manjar delicioso, que consumen con avidez derritiéndola en la boca, y por la que pagan su peso en oro.

Impresionado de lo que escuché, decidí vender cuanto tenía y unirme a los mercaderes en busca de la codiciada sustancia amarilla. Una vez fijado el día de partida, como era viernes, fuimos a orar a la gran mezquita al-Qarawiyyín y, después de la oración del medio día, abandonamos Fez, ¡qué Allah guarde!

Formábamos la expedición nueve mercaderes, veinticinco sirvientes y treinta burros. Al frente de la comitiva iba Mahmud alShadili, el más viejo y experimentado, que se hacía acompañar de seis criados. Yo era el más joven e inexperto y el menos acaudalado, por lo que no disponía de sirviente alguno.

El día era luminoso y, aunque el sol lanzaba rayos de fuego, una fresca brisa del norte lo hacía más llevadero. En el horizonte se recortaban las cumbres del Yebel Tgat. Una enorme banda de patos salvajes cruzó el cielo en dirección a unas lagunas de agua salada. Durante el camino, nos salían al encuentro los habitantes de las alquerías, la mayor parte de ellos eran pastores, que nos ofrecían leche y queso.

Después de dejar atrás una profunda garganta, seguimos por una vasta llanura donde la abundancia de prados cubiertos de flores silvestres, alegraban la vista.

Los poblados de estos territorios celebran mercados todos los días, lo que aprovechamos para vender o cambiar nuestras mercancías, aumentando las ganancias en cada transacción. Así continuamos nuestro viaje hasta llegar a la ciudad de Siyilmasa, puerta del desierto. Aunque antes, tuvimos que aventurarnos por los peligrosos senderos de la enorme cadena montañosa de Yebel Daran, donde la niebla impide ver el camino, el frío paraliza las piernas y los angostos desfiladeros encogen el corazón. Los moradores de estas montañas tienen el carácter rudo como su tierra, mas poseen un alma generosa y noble. Son hábiles curtidores y les compramos mantos de pelo de cabra y objetos de cuero cincelado.

En África abundan las montañas, entre las más altas del mundo, donde nacen caudalosos ríos que se pierden por selvas impenetrables, pobladas de bestias feroces y hombres salvajes y bárbaros que devoran a otros hombres. A más de sombríos bosques, hay terrenos muy perniciosos, ciénagas donde se ocultan horribles monstruos, llanuras pantanosas que dan origen a epidemias pestilentes. La vegetación es vigorosa y abundante con toda clase de frutas silvestres. Hay árboles que adquieren dimensiones extraordinarias, como el inmenso Baobab, de tronco tan extenso, que no pueden abarcar quince hombres. Mas sin duda, lo más extraordinario de África son sus legendarias minas de oro. Para llegar a ellas, hay que cruzar 500

leguas de arenas candentes que se mueven como las olas del mar.

A medida que avanzábamos hacia el sur, los caminos se tornaban más pedregosos y el aire más denso. Tras varias jornadas de duro caminar por parajes solitarios y abruptos, que servían de guarida a los bandidos, bordeamos un oscuro peñasco de basalto y, ante nuestros ojos, apareció una ciudad velada por la bruma que exhalaba el calor de la tierra. Entre la masa de casas de adobe y el verdor opaco de los huertos, emergía un esbelto alminar. Habíamos llegado a Siyilmasa, puerta del desierto y punto de partida de las caravanas que atraviesan la vasta aridez del Sahara. En esta ciudad, tendríamos que cambiar nuestras cabalgaduras por camellos, estos animales son más resistentes para soportar las inclemencias del desierto, aunque menos robustos que los asnos para la carga. Junto a las murallas, se extendía una mancha pardusca que, al aproximarnos, pudimos apreciar que se trataba de un inmenso rebaño de pacientes camellos sesteando bajo un sol inclemente. A las puertas de la ciudad, los camelleros nos ofrecían sus bestias de carga.

—Este *mehari* es el don más preciado que Allah ha dado al hombre —oí decir a un beduino de voz cantarina, mientras hacía doblar las rodillas a un camello de pelaje gris—. Su resistencia le hace indispensable en estos parajes, donde ningún otro animal sobreviviría. Su sangre ha servido para mitigar la sed de su amo y su fino olfato ventea a los ladrones —con una sonrisa pícara añadió—: Y en las solitarias y frías noches del desierto proporciona calor y placer.

Sentados sobre esteras de paja, tocados con sus grandes turbantes azules, los enigmáticos tuaregs conversaban en torno a un pequeño fuego saboreando un humeante extracto de menta. Ellos son los conductores de las caravanas. Expertos guías que conocen el desierto como la palma de su mano y poseen la llave de los secretos que, celosamente, guarda el Sahara.

El primer día de nuestra llegada a Siyilmasa, nos instalamos en un caravasar infestado de pulgas. Nuestra intención era unirnos a una de las grandes caravanas que realizan la Ruta del Oro, mas hacía tres semanas que había partido la última y nadie sabía cuándo saldría la próxima.

Los días pasaban bajo el insoportable sopor de un calor aplastante. Los mercaderes comenzaron a impacientarse y decidieron contratar un guía y partir cuanto antes. Encontrar un hombre íntegro y leal que nos guiara por aquellos parajes ignotos, no era cosa baladí, pues todos éramos conscientes de que en aquella tierra inhóspita, nuestro destino y nuestras vidas estarían en sus manos. Cierto día al atardecer, poco antes de la cena, Mahmud llegó acompañado de un hombre enjuto, de tez oscura y mirada profunda. Vestía una amplia *Yuba* azul y ceñía su cintura con una ancha tira de cuero de la que colgaba una magnífica *tabuqa* (espada). Se trataba de un tuareg que Mahmud nos presentó como un viejo amigo con el que había realizado otros viajes, y dueño de treinta camellos. Mahmud le consideraba un guía avezado que gozaba de su plena confianza. Se llamaba Ismail alGazal y aparentaba unos cuarenta años. Le pedimos que se uniera a compartir nuestra cena y, una vez

concluida ésta, el tuareg hizo un breve relato del viaje que había planeado. Tomaríamos un camino secreto, evitando la ruta que siguen las caravanas, con el fin de burlar el ataque de los bandidos. Nos proponía una ruta, algo más larga, aunque mucho más segura. Con su cayado trazó sobre el suelo una línea salpicada de círculos, representando los oasis donde nos proveeríamos de agua y alimentos. Nuestro viaje terminaba en los confines del desierto, en la misteriosa Tombuctú, la «Ciudad del Oro». Hasta allí llegan las caravanas cargadas de sal gema de Taghazay, higos de Qariwán, seda de Damasco, alfombras de Fez, incienso de Yemen y almizcle de Egipto. Estas mercancías se cambian por polvo de oro, plumas de avestruz, diamantes, marfil, malaquita o esclavos.

Al-Gazal hizo un amplio elogio de sus camellos, capaces de cargar quinientas libras cada uno. La marcha, si no había tormentas, sería de nueve a diez leguas por día; por lo que pidió una suma exorbitante. Esto desencadenó una larga discusión; hasta que conseguimos un precio razonable para nuestros bolsillos, cerrando el trato bien entrada la noche. Y, poco después, todos nos dispusimos a descansar. Al amanecer, teníamos que estar frescos para afrontar un arduo y peligroso viaje.

Creí haber dormido solo unos instantes, cuando sentí la mano de Mahmud sacudiéndome del profundo sueño. Salí al exterior y la fría brisa de la mañana me despejó la modorra. La medina ya hervía de actividad y entre las tenues sombras del amanecer, hileras de camellos, atados entre sí, abandonaban la ciudad.

- *Salam aleikúm!* —sonó a mi lado la voz de Ismail al-Gazal—. Sígueme, vamos a orar a un lugar donde contemplarás el poder grandioso de Allah.

Abriéndose paso entre el rebaño de camellos, que obstruían la puerta del zoco, el tuareg me condujo fuera de la ciudad. Ante nosotros apareció el inmenso desierto, silencioso, sereno, majestuoso. Desde el alminar nos llegó, como un eco, la voz del almuédano llamando a la oración del *fayr* (alba) y nosotros extendimos las alfombrillas en dirección a Oriente.

En aquel espacio grandioso y sobrecogedor, nuestras figuras aparecían diminutas e insignificantes bajo un cielo ámbar que parecía aplastarnos.

Al término de la oración, Ismail, postrado en tierra, recitó la siguiente plegaria: «¡Oh Creador del cielo y la tierra! ¡Oh Luz que guías a los fieles! Concédeme que tu llama me sirva para guiar a la caravana por el buen camino. Condúcenos hacia las buenas obras y permítenos llegar con bien al final de nuestro viaje». Cuando alcé mi frente al cielo, apareció ante mí una inmensa bola de fuego surcando el aire y derramando sobre la tierra rayos de luz deslumbradora. Todo anunciaba allí una fuerza superior. Aquel paraje indómito, se transformó en un lugar mágico donde los riscos lucían como el jaspe, las piedras adquirieron la tonalidad del mármol y los granos de arena brillaban como diamantes. Ismail extendió sus brazos ante mis ojos alucinados por aquella luz cegadora, gritando:

—¡Cierra los ojos, insensato! En el desierto se manifiesta, como en ningún otro lugar, el inmenso poder de Allah y aquellos que desafían su grandeza y no humillan

su mirada son castigados con la ceguera.

De regreso a la medina, el sol se elevaba sobre las murallas ahuyentando las sombras de las callejas. La algarabía en el zoco era ensordecedora, las voces de los hombres se mezclaban con los bramidos de los camellos. Avanzamos lentamente entre la abigarrada multitud, sorteando los excrementos de las bestias que defecaban a nuestro paso. Ismail saludó a cada uno de sus camellos con una palmada en el costillar, mientras inspeccionaba los amarres de la carga.

Después de un frugal desayuno de leche de camella y dátiles, todo parecía estar listo para iniciar el viaje. A la mirada inquisitiva del tuareg, Mahmud al-Shadili asintió con la cabeza e Ismail levantó su cayado y con un fuerte grito, dio la orden de partir. Yo caminaba a su lado agarrado al ronzal del camello-guía.

—¿Cuántos días necesitaremos para atravesar el desierto? —pregunté a Ismail.

—Si no hay contratiempos, lo haremos en cincuenta y cinco jornadas —respondió el tuareg sin apartar la vista del horizonte. Los primeros días, en la caravana, reinaba la alegría y la despreocupación. De cuando en cuando, alguien entonaba una canción que los demás jaleábamos. Los camellos caminaban a buen paso sobre la ardiente arena, mas poco a poco la dureza del camino hacía mella en nuestro ánimo. La quietud del desierto me abrumaba. Las noches seguían inmutables a los días. No había vegetación, ni ríos, ni pájaros; solo tierra inhóspita y vacía, que al ponerse el sol se tornaba oscura y misteriosa.

En aquel silencio profundo, escuché el lamento quedo del desierto; y en las noches de luna llena oí las risas burlonas de los Yinnis, mientras danzaban entre las alargadas sombras de las dunas.

—Mantente alejado de ellos —me advirtió Ismail—. Los genios hechizan a los hombres con alucinaciones en las que creen ver, tras las nubes de polvo, lagos de agua transparente. Estas visiones les perturban, hasta tal punto, que pierden el rumbo y terminan medio locos, perdidos en la inmensidad del desierto, víctimas de una muerte cruel.

Una mañana, me despertó el viento golpeando la tela de nuestra jaima. Salí fuera y, salvo una ligera brisa, todo era calma y sosiego. Todos dormían a excepción del tuareg, que andaba ocupado ordeñando a las camellas.

—Hoy no levantaremos el campamento —me dijo a modo de saludo.

Antes de que expresara mi sorpresa, Ismail extendió su dedo índice en dirección sureste. Entonces, observé atónito unas columnas de arena, tan espesas, que parecían un ejército en marcha.

—¿Qué es eso? —pregunté aterrorizado.

—Despierta a los demás, porque dentro de poco nos visitará el gran demonio: el viento Simún.

Todo el campamento contempló con horror, cómo las enormes columnas de polvo avanzaban amenazadoras hacia nosotros.

—Es inútil huir —dijo Ismail—. El caballo más veloz no igualaría la rapidez con

que se mueve ese viento. Cuando llegue aquí, cubríos el rostro y contened cuanto podáis la respiración a fin de evitar, en lo posible, que penetre en vuestro pecho el aliento pestífero del demonio.

Al mediodía, comenzó a soplar con fuerza el viento. Una nube de color ocre se acercó con increíble rapidez y cuando se situó sobre nosotros, se rompió produciendo un estruendo mayor que un trueno; un inmenso arenal se esparció por el aire y sentí fuego en el rostro. Todos quedamos llenos de horror y espanto. Aquel fenómeno me causó una impresión tan profunda, que jamás se borrará de mi mente.

El viento Simún aúlla como un lobo herido, provoca ceguera, asfixia y tapona los sentidos. Durante un tiempo interminable, nos mantuvimos tendidos sobre el suelo, con la boca cosida, hasta que el tuareg nos indicó que podíamos levantarnos. El viento había amainado, mas el aire era tan caliente y espeso que nos ahogaba.

Un desaliento general se apoderó de nosotros, al comprobar los estragos causados por la tormenta: habíamos perdido parte de las mercancías y casi todos los víveres. Nos mirábamos unos a otros, con los ojos enrojecidos y los rostros irreconocibles, en medio de un silencio cargado de melancolía. Solamente Ismail mantenía la moral alta, y la tempestad parecía no haberle afectado.

—Soy un *targui* y los hijos del desierto somos más fuertes que el Simún —proclamaba con orgullo.

Antes de reanudar la marcha, el tuareg sacó de las alforjas de su camello una alcarraza que contenía jarabe de azufaifa, que nos dio a beber, para humedecer nuestras resecas gargantas y aliviar la respiración que se hacía fatigosa a causa de la arena que habíamos ingerido.

No me detendré contando todas nuestras calamidades, ni la aridez de aquellos parajes, donde creímos morir de fatiga y miseria. El viento continuó soplando y las columnas de polvo no se apartaban de nuestra vista. El cielo permanecía oscuro, y la idea de que volviera el temible Simún, nos hacía estremecer. Mahmud y algunos sirvientes aspiraron aire venenoso y, desde entonces, padecieron un asma que les hizo el viaje aún más penoso. Después de varios días en los que comenzó a escasear el agua y tuvimos que sacrificar un camello para alimentarnos; pues solo nos quedaba un puñado de mijo mezclado con rechinante arena, acampamos junto a unos pozos, cuya agua Ismail nos prohibió beber por estar emponzoñada.

Ibn Hud, un mercader al que le faltaba un ojo, mostrando su odre vacío y visiblemente irritado, recriminó al tuareg el llevarnos por una ruta por la que no encontrábamos caravanas que nos pudiesen socorrer de la terrible sed que todos padecíamos. A la mañana siguiente, apenas iniciamos la marcha, observé que Ibn Hud descabalgaba para evacuar el vientre. Durante aquella jornada, lo tuvo que hacer varias veces. Al llegar la noche, estaba pálido como un cadáver y, al siguiente día, tenía los ojos hundidos y el rostro macilento. Me acerqué a él y le ayudé a subir al camello. Con un hilo de voz me confesó:

—Tenía mucha sed, no pude resistir la tentación, y bebí agua del pozo. Esta noche

he purgado sangre.

Ibn Hud se encontraba tan débil, que no podía desmontar para hacer sus necesidades y se ensuciaba sobre el camello. Pronto, la silla y el lomo del animal se cubrieron de una maloliente capa de excrementos sanguinolentos. Al atardecer, se desplomó. Creímos que estaba muerto, mas movía los párpados y exhaló un gemido. Su cuerpo y su aliento apestaban. Los criados le tendieron sobre unas parihuelas y dos días después, el desventurado Ibn Hud expiró. ¡Que Allah lo tenga en el paraíso!

Al fin, tras cinco jornadas en las que nos sentíamos desfallecer, divisamos en el horizonte, las inconfundibles siluetas de unas palmeras. Fue como encontrar una isla en medio de un mar tenebroso. El oasis semejaba un paraíso, con árboles cargados de frutos ofreciéndose al alcance de la mano y exhalando un aroma delicioso. Por todas partes, corrían arroyos de agua dulce donde nos zambullimos para calmar la sed y librarnos del sofocante calor. Las gentes de aquel lugar eran sencillas y hospitalarias. Y aunque hablaban *tifinagh* (un dialecto beréber), nos pudimos entender por medio de Ismail que hablaba esa lengua. Les compramos madera de áloe y pieles de antílope sahariano, muy apreciadas por su resistencia para elaborar broqueles.

Al llegar la noche, nos acostamos sobre la hierba bajo un inmenso palmeral. Nuestro guía, incansable, abrevaba y trababa a los camellos antes de retirarse a descansar. Y, como de costumbre, cuando todos dormían, se tendió a mi lado y deslizó sus manos bajo mi *yalabiyya*, consolándonos mutuamente de la ausencia de mujeres.

Aquella noche, le pregunté cuál era su secreto para soportar la dura vida del desierto. El tureg esbozó una sonrisa y me dijo:

—El secreto es un don que Allah concedió a mis antepasados por acceder a vivir en este paraje inhóspito. Nosotros, los tuaregs, hemos llenado de vida esta tierra yerma. Los cánticos de nuestras mujeres y las risas de nuestros niños han traído la alegría donde solo había silencio y muerte. Somos hijos del desierto, y éste es nuestro hogar. Para nosotros la arena es como el agua que brota de un manantial y las dunas son frondosos bosques que dan leche y miel.

Una vez recuperadas las fuerzas, cargamos las alforjas de víveres, llenamos de agua fresca los odres y partimos, no con poco pesar, de aquel paraíso.

Ismail avivó el paso de la caravana a fin de recuperar el tiempo perdido por la tormenta; hacíamos diez leguas por día. Pasamos de largo el oasis de Agir, convertido en guarida de bandidos, y después de veintidós días de marcha, llegamos a la terrible Taghazay. La blancura de los campos de sal, devolvía la luz del sol con tal fuerza, que quemaba las pupilas. En este horrible lugar, una sustancia salobre impregna el aire de un sabor acre que quema la garganta. Sus habitantes son unos seres desgraciados, embrutecidos por el trabajo y marchitos por el sofocante calor. Se trata de esclavos que extraen con sus manos la sal de las canteras. En aquella ciudad maldita, brotaron las primeras desavenencias entre nosotros. Los mercaderes se disputaban los trozos de sal, como si de piedras preciosas se tratara, acusándose de tasar en secreto el

precio de la mercancía. Después, surgió una agria disputa con Ismail, que se negaba a sobrecargar a sus camellos con más libras de las acordadas.

Yo solo abrigaba un deseo: abandonar cuanto antes aquel paraje desolador.

Cuando por fin nos pusimos en camino, en la caravana se rumiaba un cierto rencor y una gran desconfianza mutua. Ya nada fue igual. Taghazay nos marcó con su desdicha y atrajo, sobre nosotros, el infortunio. Durante días, caminamos en silencio y los rostros se tornaron hoscos.

Los beduinos de un aduar nos informaron de que en Tombuctú se había producido una sangrienta revuelta. La inquietud se abatió sobre todos nosotros.

Decidimos seguir adelante, confiando en que a nuestra llegada la ciudad ya habría recobrado la calma.

Tras varias jornadas, sin encontrar vestigio humano alguno, divisamos una fortaleza abandonada sobre la que volaban gran cantidad de buitres negros. Las torres, erizadas de palos, tenían un extraño aspecto. Ismail levantó su cayado y, señalando a la fortificación, exclamó:

—¡He ahí el *Qasr* de Abd-l-Aziz al-Muayyad! En dos días, habremos llegado a Tombuctú —Un grito de alegría salió de nuestras gargantas, y el júbilo aplacó la llama del resentimiento. El tuareg añadió—: Esta fortaleza fue construida para dar refugio a las caravanas, mas hace ya tiempo que sus ruinas se han convertido en morada de chacales y serpientes.

A medida que nos acercábamos al castillo, observamos cómo las aves se posaban sobre las almenas y sacaban los ojos a unas cabezas que aparecían ensartadas en unas puntiagudas lanzas. Quedamos paralizados por el horror ante aquella visión siniestra. Y, de pronto, un ejército de negros salió de la fortaleza gritando como demonios enfurecidos. Iban armados de grandes sables y lucían unos collares confeccionados con dientes humanos. Nos rodearon y, amenazándonos con sus afiladas armas, nos condujeron al castillo cuyas torres ofrecían un terrible aspecto, adornadas de cabezas humanas. En el interior de un patio, habían levantado un cadalso y a su alrededor, yacían decenas de cuerpos decapitados.

Nos despojaron de nuestras armas y nos pusieron grillos. Un intérprete comenzó a traducirnos el discurso, que el jefe de aquellos salvajes nos dirigía desde lo alto del patíbulo: «Se nos consideraba prisioneros de guerra, por intentar socorrer a los insurrectos que se habían hecho fuertes en el castillo, y cuya rebeldía habían pagado con su vida. Por lo que seríamos conducidos hasta Tombuctú donde el gobernador haría justicia».

Encadenados unos a otros, fuimos obligados a caminar a latigazos. Largo fue el camino y mucho el sufrimiento. Cuando el cansancio y la fiebre comenzaban a rendir mis fuerzas, apareció, sobre una inmensa llanura, la legendaria Tombuctú. La visión de la ciudad con la que tanto había soñado, me produjo un profundo abatimiento; pues nunca llegué a imaginar que mi encuentro con la «Ciudad del Oro», se produciría en tan penosas circunstancias.

Una calzada de arena endurecida conducía a la famosa urbe. A través de tortuosas calles sin empedrar, nos introdujeron en un pasadizo que llevaba a las mazmorras. Envueltos en la más profunda oscuridad, sin distinguir el día de la noche, perdí la noción del tiempo y a mis compañeros de viaje, que no volví a ver nunca más. Transcurrieron meses, años tal vez, hasta que, con motivo de la fiesta del *Mawlid al-Nabí*, día del nacimiento del Profeta, el gobernador concedió una amnistía. Mas el indulto no alcanzó al desdichado Ismail, que acusado de espía había sido ajusticiado. ¡Que Allah se apiade de él!

Medio ciego, hambriento y lleno de parásitos deambulé por estrechos callejones, evitando los rayos del sol que se clavaban en mis ojos como si fueran agujas.

En el populoso barrio de Sane-Gungu, tuve la dicha de encontrar a un anciano tuareg que me hospedó en su casa y, conmovido de mi aspecto miserable, me llevó a los baños donde me libraron de los parásitos, me perfumaron y me recortaron la barba y los cabellos.

Abu Bakr al-Sadiq era un venerable tuareg del que conservo un grato recuerdo. Tres veces había hecho el viaje a La Meca, hablaba varias lenguas y se expresaba en un árabe puro. Había perdido a todos sus hijos en la revuelta contra los songays, y él se libró de la muerte, debido a su avanzada edad.

Con voz vibrante, me hablaba de la grandeza y prosperidad que alcanzó Tombuctú bajo el dominio de sus antepasados, y las luchas que éstos tuvieron que librar con las tribus de los negros de Mali, cuyo rey Kankan Musa ocupó todo el territorio. En su juventud, Abu Bakr había tomado parte en la batalla triunfal que permitió a los tuaregs, después de muchos años, reconquistar Tombuctú, mas entonces, surgieron las hordas guerreras songays que se apoderaron de la ciudad, robaron sus tesoros e hicieron esclavos a sus habitantes. La crueldad que el rey de los songays empleó contra los tuaregs, propició una revuelta que se saldó con una gran matanza.

Por aquellos días, en Tombuctú reinaba el desorden y el terror. Los nuevos amos de la ciudad se divertían cortando las cabezas de quienes ellos, caprichosamente, consideraban contrarios a su causa. El venerable al-Sadiq me aconsejó abandonar la ciudad cuanto antes, pues el gobernador era un hombre de carácter veleidoso y tornadizo, que en cualquier momento podía revocar la orden de indulto, y la casa de un tuareg no era un lugar seguro. Cuando le pregunté a Abu Bakr cómo podía salir de allí, me dijo:

—¿De dónde eres? Tienes un extraño acento.

—Nací en Granada, en las lejanas tierras de al-Andalus.

—¡Al —Andalus! —exclamó con admiración—. La tierra al otro lado del mar de los rumis. El gran viajero Ibn Battutah la describió como el país de las cumbres blancas, de aguas heladas y cristalinas, de frondosos jardines donde florecen los granados y los naranjos; afirmando que no había visto nada igual sobre la Tierra. En Bagdad conocí a un médico andalusí, ¡Allah recompense su sabiduría!, que me curó

de unas cuartanas, con unas hiervas que crecen en las montañas de al-Andalus. Mas me preguntabas cómo salir de aquí. No es fácil. A través del desierto es imposible, ya que el gobernador no permite la salida de las caravanas. El único camino sería el río. Los mercaderes de esclavos navegan río abajo, para conseguir su mercancía y venderla a los grandes barcos que atracan en la costa. Debo advertirte de los peligros que entraña este viaje. Muchachos como tú, son muy apreciados en los mercados de esclavos.

—Me temo que no dispongo de otra alternativa —repuse un tanto resignado.

El anciano me miró entristecido.

Al día siguiente, antes de partir, Abu Bakr me regaló un tahalí que contenía un viejo Corán.

—Mis ojos están tan cansados, que ya no pueden leer las hermosas azoras —me dijo mientras me colgaba el tahalí del hombro—. Este Corán ha sido el talismán que me ha acompañado en todos mis viajes, y a ti te dará suerte. ¡Que Allah te proteja! Agradecido, le besé las manos y me encaminé hacia el río. Los barqueros del *Djoliba* son gente sencilla poco dados a la aventura. Se ganan la vida cruzando el río en sus almadías, transportando a los mercaderes y al ganado; mas les aterra internarse por las caudalosas aguas del río, que transcurren por rápidos muy peligrosos. Aquel día, la fortuna se puso de mi parte y descubrí una falúa a punto de zarpar río abajo. La embarcación pertenecía a un beréber de mirada torva que me exigió una fortuna por embarcarme. Le ofrecí, cuánto tenía, veinte *dirhams* que guardaba en una pequeña bolsa de paño cosida a mi cinturón. El beréber miró con desprecio las monedas y me espetó:

—Eso no es suficiente ni para transportar una cabra —Su aviesa mirada se posó en mi amuleto, una mancilla de tejón engastada en plata. Sin pronunciar una palabra, se lo entregué—. Puedes embarcar —me ordenó con voz áspera—, mas tendrás que ir en el redil de las cabras.

Tras varios días de navegación tranquila, el río se fue estrechando y la corriente se hizo más impetuosa. Las turbulentas aguas rebullían entre peñascos, formando remolinos. Se rompieron algunos remos, y el ritmo se desajustó. El beréber gritaba a los remeros toda clase de improperios, amenazándoles con tirarlos al río si dejaban de remar. Los hombres encorvaron la espalda remando con fuerza sobre las espumosas aguas. La embarcación se balanceaba hacia todos los lados. La confusión y el terror se apoderaron de nosotros. Poco a poco, logramos superar el peligro y llegamos a un lugar donde la furia del río se calmó y la falúa se deslizó rauda entre una extensa arboleda, poblada de una muchedumbre de pájaros, que cubría ambas orillas.

Cuando el sol comenzó a declinar, los remeros alcanzaron el litoral, pues no era prudente aventurarse de noche por aquellas peligrosas corrientes, donde abundaban los remolinos, y enormes lagartos acechaban ocultos en las negras aguas del río. Al pisar tierra firme, nos sentimos cautivados por la grandiosidad misteriosa de la selva. La noche cayó repentina, y el bosque pareció despertar: gruñidos, pasos sigilosos,

gritos estridentes llegaban del interior de la compacta maleza. Detrás de los matorrales, nos vigilaban varios pares de ojos fosforescentes. A fin de disipar las tinieblas que nos rodeaban, encendimos un gran fuego que atrajo a un enjambre de voraces mosquitos. El beréber puso a dos de sus hombres de guardia y los demás, tras cubrirnos desde la cabeza a los pies, nos dispusimos a pasar la noche con los furiosos insectos zumbando a nuestro alrededor.

No os diré cuanto dormí, lo cierto es que al despertar, la falúa había desaparecido. Sorprendido en extremo, me levanté y miré por todas partes, mas no encontré al beréber ni a ninguno de sus criados. Me subí a un árbol y, en la distancia, vislumbré a la embarcación, cuando se perdía entre la vegetación.

Ya os podéis imaginar las tristes reflexiones, que mi apurada situación me sugirió. Lancé gritos de rabia, me golpeé la cabeza, me arrojé al suelo y así permanecí largo rato sumido en la más completa confusión. Me reproché, mil veces, haber emprendido aquel viaje, y lamenté no haber escuchado las sensatas palabras del jeque al-Fasí. La búsqueda de la riqueza, me había llevado al infortunio.

Me resigné a la voluntad de Allah y caminé al azar por la orilla del río hasta una planicie, donde descubrí unas raíces con que alimentarme. Cerca de allí, hallé un manantial de agua. Decidí quedarme en aquel lugar y, encaramado a un árbol, pasar la noche. Creo innecesario decir, que esta vez no pegué un ojo.

Cuando la gran lámpara iluminó el bosque, la pradera se llenó de toda clase de animales, algunos de una extraña apariencia. Entre ellos pude ver al legendario unicornio. Se trata de una bestia temible, más robusto que un caballo, y con un cuerno en la frente que mide cerca de un codo de largo.

Al contemplar a aquellas criaturas paciendo mansamente, me sentí como nuestro padre Adán en el paraíso.

Andaba yo en estos pensamientos, cuando llegaron hasta mí los ladridos lejanos de una jauría de perros. Donde hay perros hay amo, me dije y, de inmediato, encaminé mis pasos hacia el lugar del que procedían los ladridos; entre temeroso y alegre, pues no sabía si iba al encuentro de mi pérdida o mi salvación. Caminando bajo una densa arboleda, poblada de monos que chillaban irritados por mi presencia, llegué hasta una charca en la que un enorme búfalo, acorralado por una jauría de perros y una docena de negros armados de azagayas, se defendía lanzando temibles cornadas contra sus perseguidores. Una lluvia de dardos le atravesó el cuerpo y el animal se derrumbó. Yo contemplaba todo aquello oculto detrás de un matorral. Los negros descuartizaron al búfalo y, cargados con el botín, abandonaron el lugar cantando y riendo. Decidí seguirlos hasta un poblado de chozas, donde fueron recibidos, con gran alboroto, por las mujeres y un ejército de niños. En el centro del poblado, los hombres hicieron un fuego en el que asaron la carne del búfalo. Aunque yo me mantenía oculto, los perros descubrieron mi presencia, obligándome a salir de mi escondrijo.

Entre curiosos y sorprendidos, aquella gente me acogió de forma amistosa,

haciéndome mil preguntas que yo no entendía. Les hice comprender que estaba hambriento y, al percatarse de mi necesidad, me ofrecieron un gran trozo de carne asada y un cuenco de mijo sazonado con aceite de coco. Observado atentamente por todos los habitantes del poblado, devoré con avidez la comida y antes de que terminase, entre las risas de las mujeres y los gestos de alegría de los hombres, pusieron ante mí otro trozo de carne, más grande que el anterior.

De pronto, me asaltó un pensamiento inquietante, que acabó con mi apetito. Había oído historias terribles de los negros, y sospeché que, tal vez, se proponían engordarme para comerme. Pronto me cercioré de que mis sospechas eran infundadas. Aquellas gentes se mostraban amistosas y hospitalarias y, queriendo instruirme en sus costumbres, yo les interrogaba a cerca de cuanto me parecía digno de mi interés. De esta forma aprendí su lengua y pude satisfacer mi curiosidad.

Entre sus costumbres, había una que me causaba gran escándalo y sonrojo: Tienen en gran estima a los perros, considerándolos los animales más útiles de la creación. Su admiración por ellos es tal, que llegan a imitarlos en su forma de copular, realizando tal menester, sin ningún pudor, allá donde les viene en gana; en la creencia de que el hijo, así engendrado, adquirirá el instinto, la agilidad y la valentía de estos canes, que no temen enfrentarse a las fieras del bosque.

Los hombres de esta tribu poseen anchos hombros y el rostro expresivo. Se visten con pieles de animales y adornan sus piernas con anillos de hierro. Su piel es negra como ala de cuervo. Son cazadores resistentes que, con ayuda de sus perros, persiguen incansables a la pieza hasta rendirla por fatiga.

Las mujeres muestran los pechos y las piernas desnudas y sus ojos son grandes y muy bellos.

Un día, me mandó llamar el jefe de la tribu y me pidió que le relatase mi aventura. Así lo hice, siendo escuchado con gran atención. Al concluir, me dijo: «Tu historia es sorprendente y es menester que se la cuentes a nuestro rey». Le contesté estar dispuesto a hacer lo que me pedía y al día siguiente, abandonamos el poblado de los «hombres perro», que es como ellos mismos se denominan, y emprendimos el camino hacia el valle, donde residía el rey.

Por cuantas aldeas pasábamos, mi figura despertaba el interés de sus habitantes. Mi barba les impresionaba y el olor de mi piel les desagradaba. Muchos aldeanos se unieron a nuestra comitiva, acompañándonos hasta la residencia del jefe de todos ellos, situada a la orilla de un hermoso río, que llaman Becha-Kum, que quiere decir río de leche, por la rica calidad de su agua. El rey poseía grandes rebaños de vacas y su familia se componía de veinte mujeres y treinta y cinco hijos.

Los guardias reales, armados de largas lanzas y el rostro marcado con cicatrices rituales, me condujeron hasta un gran patio cercado de empalizadas, donde el rey celebraba las audiencias. Después de una larga espera, bajo un sol abrasador, apareció un negro deformado por una enorme joroba sobre la que cargaba un sillón de ébano, que colocó bajo una enorme acacia. Poco después, llegó el rey acompañado de sus

consejeros y algunos de sus hijos. Cuando tomó asiento, el jorobado se tendió en el suelo y el rey puso sus pies sobre la chepa. De esta manera, el monarca se protegía del mal de ojo.

El rey, de unos treinta años, tenía la piel algo más clara que los de su raza, debido a que su madre era blanca. Vestía una túnica verde bordada de pájaros rojos, y se cubría con un bonete de piel de leopardo adornado con plumas de pavo real.

Dos guardias me tomaron por los brazos y me acercaron a tres pasos de la silla. Yo me incliné en una profunda reverencia y el rey, cuyo nombre era Kutha, me preguntó quién era y cuál era el motivo de encontrarme en sus tierras. Nada le oculté, siguiendo fielmente el mismo relato que acabáis de escuchar y añadiendo al final estas palabras: «Señor, mi persona está al servicio de vuestra majestad y podéis disponer de ella como cosa propia». El monarca se mostró complacido de mi relato y manifestó un gran interés por el lugar de donde procedía. Le dije que había nacido en un país remoto, en los confines de la tierra, llamado alAndalus. El rey quedó pensativo y tras consultar con un consejero, me hizo una pregunta sorprendente:

—¿Tienes tú el libro?

Quedé perplejo unos instantes, sin comprender el sentido de la pregunta; hasta que recordé que en el tahalí guardaba el Corán del venerable al-Sadiq.

—Majestad —dije mostrándole el libro—, esto es cuanto poseo, un objeto que bajo su aparente sencillez, esconde algo tan valioso como un tesoro, pues contiene las revelaciones que Dios hizo a un hombre santo.

El rey, después de observar con gran curiosidad el Corán, ya que nunca había visto un libro, pues son gentes que no conocen la escritura, me dijo:

—Hace tiempo que esperaba la llegada del «Enviado» anunciado por mi madre, la reina, que tenía poderes de adivinación. Cuando era niño, ella me contó que había tenido un sueño, el mismo día de mi nacimiento, en el que vio cómo, entre todos sus hijos, yo era el elegido para convertirme en un gran rey, temido por mis enemigos y amado por mi pueblo. Para ello, contaría con la ayuda de un hombre, procedente de tierras remotas, que me enseñaría, a través del «Libro», el camino para obtener el favor de un Dios poderoso e invencible. Así pues, se bienvenido extranjero. Yo le respondí, haciendo votos por su prosperidad y la de su pueblo, y alabando su magnanimidad.

El rey me nombró su consejero y me concedió el derecho de acceso diario a su presencia. Me regaló una joven concubina, muy hermosa y gorda como todas las de su harén. Pues el monarca admiraba la gordura de sus mujeres, y a sus ojos no había mujer más bella que aquella cuya redondez de formas excedía a las demás.

Todos los cortesanos me trataban con esmerada cortesía, a sabiendas de que podía exponer al rey cualquier queja sobre su comportamiento.

El rey Kutha se mostraba fascinado por la figura del Profeta; manifestando gran interés por conocer todos los detalles de su vida. Y, un día, me hizo saber su firme deseo de abrazar el Islam y realizar la peregrinación a La Meca.

Fui designado por el soberano para organizar el viaje a los Santos Lugares, con plenos poderes y rango de visir.

Mas la historia de este viaje fabuloso, os la contaré en otra ocasión. Se ha hecho tarde y es hora de que volváis a vuestras casas. Mañana, al amanecer, debo partir hacia *Medina Malaqa* donde mis negocios reclaman mi presencia.

Esperé a que todos salieran, para despedirme de mi tío. Al día siguiente, por fin, podría ver a solas a Yawhara, pensé alborozado. Mi tío me abrazó efusivamente y, como regalo de despedida, me dio un dinar de plata. En ese momento, de forma fugaz, la vi a «ella» cruzar la estancia. Vestía un precioso manto de muselina. ¿Un regalo de Abd Allah el aventurero, tal vez? El relámpago de una sospecha cruzó mi mente. Recordé cómo mi tío, en cierta ocasión, había expresado su predilección por las concubinas negras. El demonio de los celos me estuvo torturando toda la noche.

Al día siguiente, me fui al *hammâm*; con el dinar me hice perfumar con las esencias más caras y, acicalado como un novio, me dirigí a la casa de mi abuelo.

Con el pulso acelerado, golpeé suavemente la aldaba, mas solo percibí silencio. Aporreé la puerta, los golpes resonaron en el interior sin obtener respuesta. Un vecino ocioso, que escuchó mis obstinadas llamadas, me informó de que mis tíos habían decidido vender la casa y Abd Allah abandonó la ciudad, al rayar el alba, llevándose con él a Jawhara y a la anciana Jadiya.

Desconcertado, me apoyé sobre la puerta con el cerebro perturbado por los más diversos pensamientos. Un vendaval de furia y celos sacudía mi cuerpo ante la idea, insoportable, de imaginar a Yawhara en brazos de otro. ¡Mal haya el corazón que sufre por un amor traicionado! Juré no volver a pasar cerca de aquella casa, donde se conservaban indemnes las huellas de mi felicidad robada.

Me puse a caminar sin rumbo. Los niños rehuían mi mirada demente. Los mendigos y buhoneros, que jalonaban las calles, pasaban ante mi vista como seres inanimados. La voz desgarrada de un viejo aguador, me volvió a la realidad. Decidí buscar sosiego en la Mezquita Mayor del Albaycín. En la puerta, un anciano, con las cuencas de los ojos vacías, me pidió una limosna.

—Mi bolsa está tan vacía como mi corazón —le dije al mendigo.

—Sin embargo tu perfume es caro. ¿Acaso eres un príncipe destronado? —insistió el ciego reteniéndome por el brazo.

—En cierto modo sí —contesté con amargura.

—Por el tono de tu voz deduzco que eres muy joven y tu espíritu sufre de melancolía. Seguramente te crees el hombre más desdichado de la tierra; mas como verás mi desgracia es aún mayor que la tuya. Háblame de tu pena, descarga tus sentimientos y te sentirás más aliviado.

Después que le hube contado al anciano el motivo de mi despecho, me palpó el rostro y me dijo:

—Eres aún más joven de lo que creía. Lo malo del adolescente es que, cuando pierde la luz esplendorosa del amor, imagina que no volverá a encontrarla jamás. Es

cierto que si el amor se rompe es como el cántaro, que una vez roto no tiene arreglo. Mas el amor, como el destino de los hombres, está escrito en las estrellas. Sé paciente ante la adversidad, pues quien no conoce el infortunio no apreciará la felicidad. Debes ser indulgente con la muchacha y perdonar su deslealtad; algún día comprenderás que, muchas veces, el amor se tiene que hacer vasallo de la conveniencia. Pensé que tal vez el viejo tenía razón, mas en ese instante un manto negro cubría de oscuridad mi vida, y a mi mente vino una *qasida* del poeta cordobés Ibn Zaydûn:

Alejados uno del otro, mis costados están secos
de pasión por ti, y en cambio no cesan mis lágrimas.
Al perderte, mis días han cambiado y se han
tornado negros, cuando contigo hasta las noches eran blancas.
Diríase que no hemos pasado juntos la noche,
sin más testigo que nuestra propia unión, mientras
nuestra buena estrella hacía bajar los ojos de nuestros censores.
Fuimos dos secretos en el corazón de las tinieblas,
hasta que la lengua de la aurora estaba a punto de denunciarnos.

La grave dolencia de mi padre, se manifestó en forma de bubas en el cuello y las axilas. Un *tabíb* sajó los tumores, con lo que experimentó una ligera mejoría, mas la fiebre persistía y aquella larga enfermedad trajo consigo la penuria económica a mi casa.

Mi padre me hizo saber que, como hijo mayor, tendría que hacer frente a la difícil situación por la que atravesaba la familia. Yo me mostré dispuesto a afrontar tal responsabilidad y le comuniqué mi deseo de alistarme como soldado. Sugerí hacerlo en la tropa de Ahmed al-Zegrí. Según mi amigo Alí, los soldados del famoso caudillo, eran los mejor pagados de Granada. Mas mi padre pensó en algo menos arriesgado y decidió que debía entrar al servicio de Sidi Ridwuan Venegas; a quien visitaríamos, una vez terminaran los festejos de la boda del príncipe heredero Abu-l-Hasan con la princesa Fâtîma. Sin embargo, mi sueño era ganar fama y fortuna como soldado.

A lomos de un viejo asno, con la palidez de la muerte reflejada en el rostro, mi padre se dirigió a la finca que los Venegas poseían en la loma de la Higuera. Yo caminaba a su lado cuidando que, su debilitado cuerpo, se mantuviese firme sobre el animal. El anciano visir Ridwan Venegas había dejado los asuntos de la corte en manos de su hijo Abu-l-Qasim, y cada vez pasaba más tiempo disfrutando de la tranquila vida campestre; gozando del juego del ajedrez y la caza con halcón.

La casa de campo estaba rodeada de frondosos huertos que el visir había hecho plantar de almendros, cerezos, naranjos y limoneros.

Un mayordomo nos condujo a través de vastas estancias, adornadas de ricos tapices, hasta un patio donde susurraba una fuente. A los pies de un naranjo, habían dispuesto un *tayfur* (mesa baja) con bandejas de plata conteniendo dátiles y racimos de uvas, y jícaras de menta. Tras la mesa, reclinado sobre almohadones de brocado, un anciano de aspecto grato y digno nos animó a acercarnos. Mi padre realizó una profunda reverencia y yo, azarado y torpe, intenté imitarle. Estábamos ante el poderoso visir Ridwan Venegas.

El noble anciano se interesó por el mal que aquejaba a mi padre y, al verlo tan frágil, le instó a sentarse, preguntándole el motivo de nuestra visita. Me sorprendió que el visir hablara a mi padre en castellano. Después, comprobé que esta lengua era usada con asiduidad entre los miembros de la familia Venegas.

—Señor —dijo mi padre con voz débil—, éste es mi hijo Said. Y puesto que mi delicada salud no me permite seguir a vuestro servicio, os ruego que lo toméis a él en mi lugar y entre a formar parte de vuestra servidumbre.

—Y ¿qué sabe hacer el muchacho? —preguntó el anciano.

—Tiene conocimientos de matemáticas, y ha estudiado en la Madrasa —replicó mi padre con orgullo.

—Así que... en la Madrasa —murmuró el visir, fijando en mí su mirada.

—Así es, mi señor —confirmó mi padre.

—Bien, parece un joven despierto. Tal vez, pueda comenzar como aprendiz de mi escribano.

—¡Señor! —exclamé sin poder contenerme—. No he dejado la escuela para continuar con el cálamo en la mano. Mi deseo más ferviente es empuñar la espada y luchar por Granada —dije con determinación.

—¡Perdonadle, señor! —replicó mi padre alarmado por mi osadía—. Es muy joven y al parecer los estudios le han hecho insolente, mas es un buen muchacho. Sabe leer correctamente y posee una bella caligrafía.

El venerable anciano esbozó una sonrisa y, mirándome fijamente, sentenció:

—Si deseas luchar por Granada, lucharás. Quedas enrolado en mi mesnada, como escolta de mi hijo Ridwan. Vivimos tiempos difíciles y no sobran voluntarios en esta larga guerra.

A continuación, llamó a un mayordomo para que hiciera cumplir sus órdenes, y dirigiéndose a mi padre añadió:

—Ve a las caballerizas y dile al palafrenero mayor, que elija un caballo para el muchacho.

—Gracias, mi señor. ¡Que Allah os recompense con su dilatada protección! —asintió mi padre, inclinándose hasta casi tocar el suelo.

El mayordomo nos llevó a un patio trasero, donde unos soldados holgazaneaban junto a una alberca. Allí, fui presentado al que sería mi maestro: Rashid ibn Talib, un corpulento rifeño de fuerza hercúlea y corazón noble, ayudante de campo y responsable de la seguridad del hijo menor del visir. Desde ese momento, estaría a sus órdenes en las tareas de vigilancia y defensa de nuestro amo. Para ello, tendría que aprender equitación y a manejar con destreza la espada y la lanza.

Rashid nos acompañó a las caballerizas. Quedé deslumbrado ante la inmensa manada de corceles de todas clases, que se agitaban nerviosos en el establo. Un palafrenero examinó a varios animales y se decidió por un fornido pelirrojo, de largas crines y robustas patas.

—Para un principiante, es lo mejor que tengo —dijo el caballerizo, mostrándome el rocín—. Tiene buena alzada, es resistente y su tranco lateral suaviza el cabalgar cuando galopa.

Aquella «alhaja» era, en realidad, un penco resabiado y montaraz que me causó no pocos sinsabores, y al que nunca logré domeñar. Por su condición de castrado le llamé *Jasiyn* (Eunuco).

Solo disponía de dos días, antes de presentarme con mi cabalgadura en la Plaza de Armas del Alcázar, para iniciar mi aprendizaje. En ese tiempo, Rashid me enseñó a utilizar con suavidad la almohaza y a susurrar palabras cariñosas al terco equino, a fin de ganarme cuanto antes su confianza. También me instruyó en el arte de montar a la jineta, con el estribo corto, a la manera que lo hacen los caballeros árabes; a empuñar

la espada con firmeza y a moverla como una prolongación de mi brazo.

El sol asomaba tímidamente en el quebrado horizonte del bosque de la Sabiqa, cuando tomamos un amplio sendero, bordeado de altísimos cipreses, que conducía a los rojizos torreones que sobresalían entre la espesa vegetación. Cabalgando al lado de mi maestro, procuraba mantenerme, lo más erguido posible, sobre el inestable lomo de *Jasiyn*. Después de coronar una loma perfumada por el agreste olor del boj, quedé sobrecogido ante el imponente Alcázar. Era la primera vez que veía de cerca el palacio del sultán. Aquello, más que palacio, semejaba una ciudadela fortificada por imponentes murallas almenadas.

La fortaleza palatina era conocida con el nombre de *Medinat alHamrâ* (Medina Roja), porque tras el recinto de sus rojizas murallas se escondía una medina con su mezquita, mercados, talleres y lujosas residencias para los altos mandatarios de la Corte. El palacio era, en realidad, un conjunto de vastos edificios con suntuosas mansiones donde residía el emir y su familia, sus concubinas, esclavos y sirvientes; contenía, además, cámaras para los funcionarios así como cuarteles, depósitos de armas, caballerizas y mazmorras. Las salas se comunican entre sí, a través de deliciosos patios y jardines donde el agua transparente y vivaz saltaba sobre preciosas fuentes de mármol, esparciendo gotas de rocío que daban un agradable frescor a las estancias.

En la puerta de la ciudadela, Rashid mostró a un oficial de palacio un salvoconducto. Desmontamos, y unos mozos de cuadra se hicieron cargo de nuestras cabalgaduras. Los soldados que montaban guardia, se echaron a un lado para dar paso a Rashid, que me precedía; yo seguía los pasos del corpulento rifeño, ante cuya presencia se abrían las puertas como por arte de magia. Para llegar a la Plaza de Armas, era preciso cruzar varios pasadizos fuertemente vigilados. Mientras los cruzábamos, Rashid me iba indicando a lo que se destinaba cada edificio y me advirtió: «Pon atención en el recorrido, a partir de mañana tendrás que hacerlo tú solo».

Junto a las caballerizas y los almacenes, nos topamos con un amplio recinto destinado a los esclavos. Separado de éste por un estrecho callejón, había una almazara además de los talleres de los artesanos. Por un retorcido pasillo se llegaba a un patio donde se hallaba la sala de descanso de los oficiales, y frente a ella se encontraba el cuartel de los Renegados, la guardia palatina que, como era tradición en la dinastía Nasrí, velaban por la seguridad del sultán y gozaban de toda su confianza, pese a su condición de cristianos renegados.

La Plaza de Armas era un extenso patio rectangular, cuyo extremo norte estaba dominado por la Torre del Homenaje. Desde allí, el sultán solía contemplar los ejercicios de la tropa. El centro de la plaza, lo ocupaba un grupo de jóvenes alineados en formación de revista. Rashid me indicó un lugar de la fila, donde debía colocarme. Mi rostro casi imberbe y refinado, contrastaba con el tosco y rudo de los otros muchachos, en su mayoría campesinos curtidos por el sol. Habían sido seleccionados

en la última leva, por sus excelentes condiciones físicas, para la escuela militar palatina, donde serían adiestrados en la lucha, tiro de ballesta y equitación.

Cada mañana, los oficiales de la guardia real ejercían de maestros de los jóvenes aprendices. El adiestramiento se realizaba con bastones, a modo de espadas o lanzas. Con ardor juvenil, nos enfrentábamos a la pericia de nuestros maestros que, entre gritos de rabia y alaridos, nos hacían rodar por el suelo, con lo que no faltaban los esguinces ni las luxaciones. Eran ejercicios agotadores, muy eficaces para adquirir agilidad en los movimientos y elasticidad en los músculos.

Por la tarde, salíamos a campo abierto a ejercitar, sobre las monturas, lo aprendido por la mañana en la lucha cuerpo a cuerpo: lanzando y esquivando mandobles, galopando o saltando sobre zanjas y barrancos, simulando emboscadas. *Jasiyn* hacía gala de su intemperante carácter, desobedeciendo mis órdenes y huyendo de las refriegas. De nada servían mis gritos maldiciendo su estampa ni que le fustigara con rabia los ijares, su terquedad era indomable.

Los ejercicios de lanza se ejecutaban en la explanada de la alMusara. A galope furioso arremetíamos contra un estafermo que, impasible, nos esperaba con los brazos abiertos. Si el golpe de lanza no era certero, el muñeco giraba sobre un gozne y los sacos de arena, que colgaban de sus brazos, golpeaban en las costillas o la cabeza del atacante, haciéndole rodar por el suelo, entre la mofa y las risotadas de los compañeros.

Antes de la cuarta oración, devolvíamos los caballos a los establos y aprendíamos a bruñir las armas que, una vez pasara el periodo de adiestramiento, serían nuestras.

El *arif*, con un gesto enérgico, me entregó la espada y yo percibí un hondo sentimiento de orgullo. Aquella sencilla ceremonia significaba que se me reconocía como caballero y miembro de la guardia de la Corte.

Al ceñir el arma a mi cintura, apoyé la mano sobre la empuñadura y sentí que había alcanzado lo más alto. Sin poder contener la curiosidad, me acerqué al borde de la alberca y vi reflejada en el agua la figura de un apuesto guerrero. A mis diecisiete años, era un joven esbelto de anchos hombros y cuerpo de regulares proporciones. De mi rostro, había desaparecido la redondez propia de la niñez y se alargaba en una mandíbula enérgica, cubierta de una incipiente barba. De pronto, las aguas movedizas distorsionaron mi figura y en el espejo de cristal verde apareció, de forma fugaz, la faz cadavérica de mi padre. La visión me sobrecogió y tuve un mal presagio.

Cuando al caer la tarde, me dirigí a mi casa, a unos pasos de la puerta, llegaron hasta mí los gritos desgarrados de las plañideras. Un vecino salió a mi encuentro y me dio la noticia del fallecimiento de mi padre.

La primera vez que vi a mi joven amo, Ridwan Venegas, fue con motivo de una cacería a la que había sido invitado por el príncipe heredero, y yo fui designado por Rashid para darle escolta. Poco antes del amanecer, teníamos las cabalgaduras ensilladas y prestas para partir hacia el palacio de los Alijares, residencia del príncipe. Ridwan Venegas, seguido por Rashid, como una sombra, inició la marcha montando una yegua parda, de cabeza pequeña y hermosa grupa.

Aunque de mi misma edad, pues nacimos con apenas unos días de diferencia, mi señor parecía más joven. Su rostro aniñado traslucía un candor infantil que demandaba protección. Y su cuerpo orondo proclamaba una crianza en la abundancia y la molicie. La mañana era fresca bajo la niebla que subía del río. Gradualmente, la luz opaca del sol de invierno se abrió paso entre los sutiles velos que cubrían el cielo. Al coronar el cerro de los Alijares, la abundancia de luz celeste iluminó, a nuestros pies, el valle del Genil, donde jirones de niebla se enredaban en las choperas.

El palacio *al-Hijar* se me antojó de una belleza irreal; envuelto en una ligera capa de escarcha, semejaba un castillo encantado. Se dice, que en sus suntuosas salas el príncipe Abu-l-Hasan y sus amigos se solazan con bacanales, donde el vino y el hachís arrastran a orgías desenfrenadas.

La residencia del príncipe se alza en mitad de un jardín paradisiaco: gamos, pavos reales, y animales exóticos traídos de países remotos retozaban entre sauces, cedros y cipreses. Transparentes estanques, repletos de peces multicolores, reflejan la singular belleza que los circunda. Un camino, entreverado de sotos, conducía al bosque donde el sultán tenía su reserva de caza. En la explanada, delante del palacio, los jóvenes nobles, amigos del príncipe, departen animadamente. Abu-l-Qasim Venegas, hermano de mi señor, lanzaba grandes risotadas que surgían de su corpachón recio y poderoso;

su cuñado, el príncipe Yahya ibn Salim al-Nayyar se muestra sonriente a su lado, luciendo orgulloso su barba rojiza, herencia de su bisabuelo Muhammad el Bermejo, y no teñida de alheña como creen algunos. También se encuentra Ibrahim ibn al-As'ar del partido Abencerraje, así como su compinche Faray ibn Qumasa. Todos bromean entre sí y parecen gozar de muy buen humor, tal vez por efecto del delicioso *zebibi*, el licor de pasas que beben para combatir el frío de la mañana. Ridwuan Venegas se une al grupo, mientras Rashid y yo permanecemos a una prudente distancia junto a otros escoltas y a los monteros de rehala.

Poco después, precedido de un mayordomo, y un séquito de lacayos, apareció Abu-l-Hasan. El príncipe heredero supera en estatura a todos los presentes. Su semblante risueño no oculta la dureza de un rostro de altos pómulos, suavizado por una barba negra extremadamente cuidada. Pese a su juventud, su personalidad es avasalladora, la mirada emana poder y sus ardientes pupilas infunden temor.

Tanto los jóvenes nobles, como los sirvientes nos inclinamos en una profunda reverencia.

Antes de iniciar la montería, reponemos fuerzas con unas pechugas de capón, sazonadas con ajo y cilantro, que nos sirven unos criados en bandejas de plata.

A una señal del príncipe, un montero hace sonar la trompa, y al toque lúgubre de la cuerna se produce la estampida de los caballos que irrumpe como un trueno en el sosegado bosque. Los monteros sueltan la traílla y los galgos se disparan en medio de una algarabía de gritos y relinchos.

Inmerso en aquel tumulto, me siento desorientado. Intento no perder de vista la maciza figura de Rashid, que me precede. *Jasiyn* obedece mis órdenes y galopa dócil en la alocada carrera. El terreno desigual oculta hoyos que ponen en peligro la estabilidad de las cabalgaduras y las ramas de las encinas y los castaños, cual brazos de estafermo, amenazan con descabalgarnos. Las voces excitadas de los ojeadores anunciaron el rastro de una pieza. Los jinetes enfilaron un sendero que conducía a una cañada. Veo cómo, delante de mí, el caballo de Rashid salta un obstáculo y, enseguida, aparece un enorme tronco cruzado en el camino. *Jasiyn* rehusa el salto, se detiene en seco y me arroja de la silla. Sentí el choque violento de mi cabeza contra la corteza áspera y rugosa del árbol caído. El golpe me dejó conmocionado. El brazo izquierdo había quedado aprisionado entre mi cuerpo y el madero. Cuando intento moverlo, me produce tal daño, que no puedo reprimir un grito de dolor. Rashid acudió presto en mi ayuda.

—¡Mi brazo, no puedo moverlo! —le grité dolorido. El rifeño consiguió liberar el miembro completamente torcido y, sirviéndose de mi turbante, confeccionó un cabestrillo.

—Para ti ha terminado la montería. Me temo que el brazo está roto —comentó mientras me ayudaba a levantarme. Triste y taciturno abandoné la cacería. En mi primera misión había fracasado. Temí que Rashid no volviera a confiar en mí. El viaje de regreso fue un suplicio. Cada movimiento de mi montura, me producía un

dolor insoportable.

Tras doblar un recodo del camino, me encontré con un hombre que caminaba con un hatillo de hierbas sobre la espalda. Al observar la expresión de dolor en mi rostro, me preguntó si estaba herido. Le dije que me había caído del caballo, y él me pidió que desmontara y le dejase examinar el brazo.

No hablaba bien el árabe, era de mediana edad, tenía los ojos pardos y la barba rala. Vestía su cuerpo magro y menudo con un raído kaftán, y la cabeza envuelta en un descolorido turbante negro.

—Soy médico —me dijo con su extraño acento.

Me palpó el brazo y al instante percibí, que las manos de aquel hombre poseían un don especial. Las yemas de sus dedos transmitían una cálida fuerza.

Hizo que me tendiese sobre el suelo. Me agarró el antebrazo y, de un giro certero, me encajó el hueso. Después del tremendo dolor, sentí un gran alivio. Cuando me vio más calmado, recogió algunas ramas y entablilló la extremidad dañada. Con una amplia sonrisa, me indicó que ya podía continuar mi camino. Yo no sabía cómo pagar a aquel hombre su buena acción.

—No te preocupes —me dijo—. Con tu gratitud me siento pagado, pues yo soy deudor de las gentes que me han acogido en esta bendita tierra. Dentro de unos días, ven a verme, a fin de verificar la evolución de la fractura. Pregunta en el Barrio Judío por Samuel ibn Yehudah de Córdoba.

Con estas palabras se alejó por un camino de cabras que se perdía tras una loma.

Cuando pregunté en el *Rabad al-Yahud* por el médico de Córdoba, me indicaron el final de una calle que terminaba en un descampado donde jugaban unos niños. Uno de ellos me llevó hasta una humilde casa de barro con el techo de carrizo.

El judío me recibió afablemente y, enseguida, se interesó por el estado de mi brazo. Al dejarlo al descubierto, la inflamación había bajado y la mejoría era evidente. Tomó unas tablillas para fijar la fractura, me aplicó un nuevo vendaje y me advirtió que debía tener paciencia ya que la recuperación sería lenta.

Le entregué un par de palomas y un pastel de almendras, que mi madre había elaborado para él.

El médico me agradeció el presente mas solo aceptó el dulce. Las aves se las dio a su criado, un muchacho tullido que soplaba el fuego, donde una poción de hierbas cocía a borbotones.

—No como carne —dijo disculpándose—. Solo me alimento de verduras y de las jugosas raíces que encuentro en el campo. En la penumbra de la estancia, el fuego de la chimenea alargaba la sombra, algo encorvada, del judío hasta el techo. Sobre una de las paredes, se alineaban unos toscos tablones sosteniendo algunos libros y muchos tarros conteniendo aceites vegetales y ungüentos de diferentes colores. Por todo mobiliario, junto a un ventanuco, tenía una gran mesa sobre la que había toda clase de objetos extraños.

Al observar el médico, el interés que mostraba por aquellos artilugios, para mí

desconocidos, creyó oportuno darme una explicación.

—Estos objetos son las herramientas de las que nos servimos los médicos para curar ciertas dolencias: cauterios, embudos, alambiques, escalpelos, cánulas, forceps, espéculos. Las curaciones, por sorprendentes que parezcan, no son nunca producto de la magia, ni esos instrumentos son mágicos. Todos los conocimientos que he adquirido para curar las enfermedades de los hombres, están basados en libros escritos por sabios, cuya ciencia les ha sido revelada por Dios. No hay que olvidar que, como decía el sabio andalusí Ibn Zuhr, «el médico receta, mas solo Allah ¡loado sea! cura». A pesar de haber dedicado toda mi vida a librar a los hombres de las garras de la enfermedad y la muerte, he sido perseguido e injuriado en mi tierra natal, Córdoba, donde gozaba de prestigio y reputación.

—Y, ¿cuál ha sido la causa de la persecución? —pregunté intrigado.

—La envidia y el odio a los de mi raza —contestó el judío con un rictus de amargura en su rostro—. El dedo acusador de los jueces cristianos me señaló como embaucador, obrador de hechizos y sanador de enfermedades por artes diabólicas. Mis esfuerzos por demostrar la base científica de mis conocimientos, resultaron baldíos; pues la verdadera causa de mis detractores era apoderarse de todos mis bienes. Con lágrimas en los ojos he abandonado la tierra de mis padres, mi casa y mi familia, huyendo de los fanáticos rumis que pretendían acabar con mi vida.

—Y siendo un hombre reputado, ¿no hubo nadie que impidiera tal injusticia?

—Por desgracia, la historia de los judíos en el reino de Castilla está escrita con sangre. Pues sufrimos el desprecio de los nobles, que tienen que mendigarnos el oro para financiar sus guerras; somos odiados por los pobres que ansían nuestras riquezas; aborrecidos por los intransigentes religiosos que nos culpan de la muerte de su Dios y calumniados por los ignorantes que envidian nuestros conocimientos. Desde hace muchos años somos vejados, perseguidos y asesinados sin piedad. Hay lugares en Castilla donde los judíos son obligados a llevar el aljaraz. Y cualquier motivo es bueno para acusarnos de crímenes y sacrilegios que no hemos cometido. La noticia de la muerte de un rey, la derrota de los ejércitos cristianos o la sequía de los campos son pretextos suficientes para que los cristianos tomen las armas contra los indefensos judíos y los asesinen, arrebatándoles sus posesiones, pues no hay matanza que no vaya acompañada del correspondiente saqueo.

Durante mi convalecencia, visitaba con asiduidad al médico judío, incrementando mi amistad y admiración por aquel hombre sabio. La reputación de Samuel ibn Yehudah fue en aumento, y cada vez que iba a verle, encontraba una multitud esperando a su puerta, en busca de remedio para sus dolencias: ancianos de tez amarilla y mirada mortecina, niños atacados de sarna, hombres cubiertos de llagas, mujeres encorvadas por, quién sabe qué, dolor interno. Nunca aceptó pago alguno por las atenciones que me prodigó, y cuando recobré la fuerza y la movilidad de mi brazo, me prometí a mí mismo recompensar de alguna manera su desinteresada buena obra.

La ocasión se me presentó poco tiempo después.

Como cada año al comenzar el estío, se reanudaron las hostilidades en la frontera. El príncipe Abu-l-Hasan ansioso de pelea y con la ilusión de ganar gloria caballeresca, reunió un escogido ejército de buenos jinetes y se dirigió a la frontera de Jaén. Su lugarteniente era el mayor de los Venegas, Abu-l-Qasim. Arrasando cuanto encontraban a su paso, se apoderaron de varios castillos y a punto estuvieron de entrar en Jaén, cuyo arrabal incendiaron, sembrando el pánico entre sus habitantes. El príncipe regresó a Granada cargado de un inmenso botín, aunque con muchos de sus hombres heridos, entre ellos su lugarteniente. En la conquista del castillo de Solera, Abu-l-Qasim había recibido un flechazo en la pierna. Yo me encontraba en casa de los Venegas, cuando le trajeron herido entre varios soldados. Le tendieron en su lecho, donde permanecía con los ojos cerrados y el rostro de cera, hasta que llegó un haqím, y varias sirvientas portando vendas y jofainas rodearon al doliente. La herida, un palmo por debajo de la rodilla, aparecía horriblemente desgarrada. Quien quiera que hubiese extraído la flecha no era precisamente un experto.

Los soldados me contaron que, al ser herido, Abu-l-Qasim ordenó que le arrancaran la saeta allí mismo, permaneciendo montado en su caballo hasta que el castillo fue tomado. El médico lavó la herida, la cubrió con un emplasto de hierbas y la vendó.

En días consecutivos, el haqím le visitaba sin conseguir que mejorara. A pesar de sus elaborados remedios, la herida no cerraba. El hijo del visir comenzó a temer que podía quedar tullido. Sus ataques de furia eran terribles. Fue entonces, cuando le hablé a Rashid del prodigioso médico judío que me había curado el brazo. Mi maestro se lo hizo llegar al anciano visir, quien ordenó se hiciese venir de inmediato al judío. Se me encargó que fuese a buscarlo y así lo hice, acompañando al médico de Córdoba hasta el lecho del enfermo.

Cuando Samuel ibn Yehudah retiró los vendajes de la pierna, ésta presentaba un color amoratado y la inflamación se extendía del tobillo a la rodilla. Samuel olió la herida, de un aspecto horrible. Sin dudarlo extrajo de una bolsa de cuero unas pinzas y varios estiletes, y me ordenó que los metiera en un brasero hasta ponerlos al rojo. Hizo dormir al herido con opio y le amarró con correas los brazos y las piernas.

Mientras cortaba la carne tumefacta me comentó:

—A pesar del mal aspecto de la herida, creo que hemos llegado a tiempo. Si la putrefacción hubiese alcanzado a la médula, moriría sin remedio.

Yo contemplaba aterrado, cómo el afilado estilete se abría paso en la carne púrpura. La flecha había astillado la tibia y el médico extraía con las pinzas las esquirlas clavadas en le hendidura. Utilizando hierros candentes cauterizó la herida y en pocos días Sidi Abu-l-Qasim estaba curado, si bien la pierna quedó marcada con una profunda cicatriz.

Samuel ibn Yehudah fue designado *al-hakím* de la familia Venegas, con casa y sueldo fijo.

Mi deuda quedaba saldada.

Desde que en Castilla reinaba Enrique IV, había cambiado la estrategia de la guerra. Contra la voluntad de sus nobles, que preferían la guerra de desgaste, con escaramuzas fronterizas que les proporcionaban un suculento botín; el monarca castellano decidió formar un gran ejército y efectuar incursiones en territorio musulmán. Así, entró en la Axarquía, taló la Hoya de Málaga y después se dirigió a Granada devastando la Vega. Lo que obligó al sultán a aceptar treguas, pagando parias.

El príncipe heredero, Abu-l-Hasan, se mostraba indignado con la política pacifista de su padre y alardeaba de que, cuando él ocupara el trono, Granada no pagaría más tributos a Castilla. Presumía ante sus amigos de haber saqueado la frontera de Jaén, mientras su padre firmaba treguas pagando las ya clásicas 12.000 doblas y liberando a 600 cautivos.

Como quiera que siempre hay aduladores deseosos de medrar divulgando confidencias, las aceradas críticas del príncipe llegaron a oídos del sultán, quien ordenó al heredero presentase ante él.

Reunido en el Mexuar con el consejo de ancianos de los linajes nobles, el emir recriminó a su hijo su egoísmo y presunción al querer ganar prestigio y fama personal, a costa de gastar hombres y energías en cabalgadas inútiles en la frontera, mientras el ejército cristiano atacaba el mismo corazón de Granada. Y le puso como ejemplo a su joven hermano Abu Abd Allah que, luchando bravamente, al frente de sus tropas, había conseguido detener el avance de los cristianos en la Vega. El emir prohibió a su hijo mayor abandonar Granada sin su permiso.

El príncipe jamás perdonaría a su padre aquella humillación, y en su ánimo quedó para siempre un amargo sentimiento de haber sido tratado injustamente.

En su incursión en la Vega, los cristianos habían quemado grandes extensiones de campos de cultivo, robado miles de cabezas de ganado y devastado huertas y alquerías. El invierno se presentaba sombrío con los graneros vacíos y gran escasez de animales. A esto, las fuerzas de la naturaleza se confabularon contra los granadinos y una lluvia espesa, que crepitaba día y noche sobre el empedrado de los callejones, inundó casas y tierras de labor. Las aguas del Darro subieron peligrosamente, cubriendo de limo la parte baja de la medina.

Las gentes miraban al cielo con temor y los astrólogos, coincidieron en anunciar que aquellas catástrofes se debían a la proximidad de una conjunción planetaria.

Los adivinos predijeron grandes calamidades, por tratarse de la conjunción más temible: cuando los planetas Marte, Júpiter y Saturno coinciden en el décimo cuarto grado de Acuario; entonces, la atmósfera se corrompe y enfermedades incurables atacan a hombres y animales.

Las lluvias constantes, echaron a perder los pocos sembrados que habían

escapado a la furia de las hordas cristianas. En aquella tierra anegada, las semillas se pudrieron y sobrevino una hambruna como hacía años no se recordaba. Los caminos se tornaron más peligrosos, los viajeros eran asaltados por bandas de forajidos desesperados. Miles de ratas hambrientas invadieron la ciudad y la población, mal alimentada, fue presa fácil de las enfermedades. Y, pronto, apareció la temible peste bubónica.

En las largas noches de aquel invierno, los lobos bajaron de la montaña y merodeaban por los cementerios, atraídos por el hedor de los cadáveres. En las plazas y zocos el iluminado Alí Macer, vestido de harapos, con el dedo índice señalando al cielo, pedía penitencia y oración para aplacar la ira divina: «Está escrito —clamaba ante la multitud que temblaba de frío y hambre—, Granada será castigada. Allah pide venganza por nuestros pecados. Solo el fuego podrá purificar esta ciudad corrompida». A fin de evitar el contagio, los Venegas se trasladaron a su finca de la loma de la Higuera, mas para el anciano visir fue demasiado tarde, la epidemia ya había inoculado el ponzoñoso mal en su cuerpo y los esfuerzos de Ibn Yehudah por salvarle la vida resultaron inútiles.

La familia Venegas y todos sus servidores lloramos la muerte del venerable patriarca, tan querido por todos. Fue enterrado con honores de Gran Visir, y al funeral acudieron los principales miembros de la nobleza, encabezados por el príncipe Yahya alNayyar.

La peste trataba por igual a nobles y plebeyos. Nadie estaba a salvo de su influjo maléfico.

Coincidiendo con las predicciones de los astrólogos, en el cielo se produjeron fenómenos inexplicables que llenaron de pavor y zozobra a la población. Durante varias noches consecutivas apareció, sobre las torres de la Alhambra, un cometa horrible. Semejaba una cabeza humana de cuya boca salían lenguas de fuego. Al amanecer desaparecía y la nieve del monte Solayr se tornaba roja.

Yusuf al-Baljí era el astrólogo más reputado de Granada, sus predicciones siempre se cumplían, y el sultán lo mandó llamar a su presencia para que le revelase el significado de aquellos prodigios. Al-Baljí le dijo a Saad, que el cometa representaba a la bestia de la conjura con sus lenguas de fuego acechando su Palacio. La nieve roja significaba la sangre que costaría matar al monstruo, y le hizo una advertencia: debería guardarse cuando, al final del año, la Luna Llena entrara en la constelación de Virgo.

La noche en la que se produjo la temida conjunción planetaria, Azrael, el ángel de la muerte, desplegó sus alas negras y su sombra, cual densa niebla, se posó sobre la ciudad. Las gentes se encerraron en sus casas, perfumaron sus ropas y quemaron maderas olorosas para combatir la corrupción del aire. Una oscuridad asfixiante oprimía a la ciudad y en medio del silencio sobrecogedor que envolvía a la medina, se oyeron unos alaridos que parecían salir del infierno. Los más escépticos creyeron que se trataba de aullidos de lobos, mas la mayoría los identificó con la escalofriante

llamada del Ángel de la Muerte. Atenazados por el miedo, nadie pudo conciliar el sueño oyendo el sonido lúgubre de la trompeta de Azrael.

Cuando la noche, al fin, plegó su manto de negra bruma y los primeros rayos del alba despertaron a la ciudad de su mal sueño, los granadinos descubrieron la tragedia. Algunos de sus vecinos colgaban de las ramas de los árboles de sus huertos y otros desaparecieron durante la noche y, después de varios días, el olor putrefacto que desprendían los aljibes, delató que se habían arrojado a los pozos. Nadie supo el motivo de estas muertes. ¿Se habían vuelto locos y se suicidaron? Jamás se llegó a descubrir. Tras el crudo invierno, llegó la primavera llenando el campo de flores y alegrando con su luz y su calor los corazones. Una mañana, los pregoneros de la Corte anunciaron que la princesa Fâtîma había dado a luz un niño.

Después de tantas desgracias, el pueblo celebró con regocijo la noticia del nacimiento del primer hijo varón del príncipe Abu-lHasan. Mas la alegría duró poco, pues se consideró de mal agüero que, el mismo día y a la misma hora del nacimiento del príncipe, la mujer de un sahumador del barrio del Albycín, diera a luz una criatura muerta con dos cabezas, hermafrodita y con los pies en forma de pezuña. Esto último ponía de manifiesto que aquel niño era un *Efrit*.

Conmocionado por este suceso, Abu-l-Hasan ordenó a los más prestigiosos sabios versados en astrología confeccionar la carta astral de su hijo. Éstos vaticinaron al infante una larga vida exenta de enfermedades, un carácter afable y comunicativo, poco dado a la ira y proclive a la benevolencia e investido de una intuitiva sapiencia para gobernar. Los astrólogos ocultaron los aspectos negativos; mas poco tiempo después se supo que la posición de los astros indicaba claramente que su reinado sería muy desgraciado y que, aquel niño, sería el último emir de la dinastía Nasrí. La predicción secreta de los adivinos corrió imparable de boca en boca, de casa en casa por toda la ciudad. El incierto destino del pequeño príncipe causó preocupación y temor entre la gente sencilla que, presintiendo el negro signo de los al-Ahmar, comenzaron a denominar al recién nacido: *al-Zuguybi* (el Desdichado). Al pequeño infante se le impuso el nombre del Profeta: Muhammad, añadiéndole la «kunya» Abu Abd Allah, con lo cual su nombre era idéntico al de su tío, al que se le conocía con el apelativo de *al-Zagal* (el Valiente).

Con motivo del nacimiento de su nieto, el sultán levantó el arresto que pesaba sobre su hijo Abu-l-Hasan y le autorizó a efectuar una incursión en tierra de cristianos; con el encargo de conseguir un buen botín de cereales y ganado que paliase la escasez de alimentos que padecía Granada.

Se había elegido un momento propicio. Los espías del sultán informaron de que el rey de Castilla estaba retirando tropas de la frontera granadina para entrar en guerra contra Aragón. Al frente de doscientos hombres de a caballo y ochenta bestias de carga, el príncipe Abu-l-Hasan salió en busca de un triunfo que le resarciera de los amargos días de su humillante arresto. Abu-l-Qasim Venegas quiso mostrar su afecto al príncipe, al que le unía una gran amistad, aportando a la expedición treinta jinetes

de su mesnada, entre los que yo me encontraba, a las órdenes de su hermano Ridwan.

Informados de que la frontera sevillana era la más desprotegida, nos dirigimos a las feraces tierras de *Istabba* (Estepa). A las puertas de *Medina Aryiduna* (Archidona), salió a recibirnos su alcaide Ibn Ibrahim, quien rindió pleitesía al príncipe y nos agasajó con toda clase de atenciones.

El caíd de Archidona ofreció a Abu-l-Hasan un contingente de cien jinetes, al mando de los cuales puso a un joven capitán llamado Ahmed al-Haizar.

Camino de la frontera, cruzamos una extensa vega donde destacaba el sinuoso perfil de una inmensa roca en forma de cabeza humana, cuyo rostro miraba al cielo. Todos observamos llenos de curiosidad al extraño peñasco sin sospechar que, poco tiempo después, aquel paraje sería testigo del dramático y cruel final de Ahmed al-Haizar.

Según pudimos saber, la hija del alcaide de Archidona estaba locamente enamorada del apuesto Ahmed, mas el taimado alcaide, le puso al frente de la tropa con la aviesa intención de que no volviese con vida. Para ello, sobornó a un ballestero a fin de que le diese muerte en la primera escaramuza; ya que había prometido su hija al riquísimo alcaide de Alhama.

Como quiera que el tal ballestero era un lenguaraz fanfarrón, una noche, trastornado por el cannabis, se fue de la lengua y el siniestro plan llegó a oídos del príncipe, quien mandó ejecutar al felón. El joven Ahmed volvió sano y salvo a Archidona, mas la joven enamorada, que conocía las intenciones de su padre, huyó con su amado hacia Antequera. El implacable alcaide los persiguió hasta darles alcance en las márgenes del *guadi al-Talyra* (Guadalhorce). Acosados y sin esperanza, los dos jóvenes se encaramaron al enorme peñasco, se fundieron en un tierno abrazo y juntos se lanzaron al abismo, ante los atónitos ojos de sus perseguidores. El desdichado padre volvió a Archidona sumido en la aflicción. Y los cuerpos de los jóvenes fueron enterrados al pie de la roca, a la que, desde entonces, se le denomina con el nombre de «Peña de los Enamorados». Mas continuemos con el relato de nuestra incursión en territorio cristiano.

Después de una larga cabalgada entre frondosos olivares, acampamos junto al río Yeguas. La tarde era calurosa y busqué la sombra de un olivo para descansar de la agotadora marcha, donde un grupo de soldados se divertía escuchando a un veterano nâzir contar sus aventuras amorosas. El suboficial, al que todos llamaban *al-Deb* (el Lobo), tenía la nariz aplastada por un golpe de almádena que le daba un aspecto brutal; desde su oreja anillada, le cruzaba el rostro una enorme cicatriz; y su sonrisa sardónica mostraba unos dientes afilados como los de un lobo. Un joven soldado le preguntó:

—¿*Nâzir*, cómo son las *rumiyyas* en la cama?

—¡Muchacho! Las cristianas tienen la piel blanca como la leche, sus labios son dulces como las cerezas y sus pechos saben a miel. ¡Un verdadero manjar para disfrutar después de una batalla! Tú mismo lo comprobarás cuando crucemos esas

montañas —dijo señalando la oscura silueta de la Sierra de los Caballos. Aquella noche, fuimos muchos los que soñamos con los dulces labios y los pechos de miel de las *rumiyyas*.

Al día siguiente, sin encontrar resistencia, penetramos en territorio enemigo. Efectuando cabalgadas rápidas sobre las desprevenidas aldeas diseminadas en una fértil vega, arrasamos campos, saqueamos graneros, secuestramos mujeres y asaltamos alquerías que nos proporcionaron un enorme botín en aceite, grano y ganado. Mas aquel reguero de fuego y destrucción que dejábamos a nuestro paso, estaba lejos de producirme el entusiasmo que veía en aquel ejército entregado al pillaje. Siempre consideré una villanía saquear y quemar las casas de los indefensos campesinos. A pesar de la orden de entregar cuanto se consiguiera en el botín, observaba cómo muchos soldados ocultaban, bajo sus ropas, alhajas y monedas de oro. La tropa podía tomar a las mujeres; solo se respetaban a las de condición noble, para pedir rescate o ser destinadas al harén del sultán.

La primera escaramuza, en la que encontramos una fuerte resistencia, tuvo lugar en un arrabal de Estepa, defendido por 150 lanceros que lucharon bravamente, dando muerte a treinta de los nuestros; mas pronto tuvieron que sucumbir ante nuestra superioridad numérica. La represalia fue terrible, no hicimos prisioneros, las casas fueron reducidas a cenizas y de las ramas de los árboles colgaron los cuerpos mutilados de los lanceros, cuyas cabezas y atributos masculinos adornaban los arzones de muchos de nuestros jinetes.

Entre espesas nubes de humo negro, me encontré con el temible *al-Deib*, quien me ordenó que le siguiera hasta una casa que aún no había sido pasto del fuego.

—En esa casa —me dijo con su sonrisa lobuna— he visto refugiarse a dos «palomitas».

La vivienda había sido saqueada y parecía deshabitada. El nâzir me señaló una escalera que terminaba en un pajar. Presa de un extraño frenesí, *al-Dib* subió al granero y comenzó a apartar los haces de mies, que se amontonaban bajo un cobertizo, hasta que aparecieron las cabezas de dos muchachas que nos miraban con los ojos desorbitados por el terror. Parecían hermanas y no tendrían más de trece años. «El Lobo» agarró por los cabellos a la que parecía mayor y la hizo salir del escondite, mostrando un robusto cuerpo de campesina. Ambos rodaron por el suelo y aunque él logró colocarse encima, la muchacha era fuerte y se defendía con arañazos y mordiscos, hasta que el *nâzir* extrajo la daga de su cinturón y la introdujo bajo las ropas de la joven. Al sentir el frío acero en su piel, la muchacha se quedó rígida. La afilada cuchilla desgarró la saya y dejó al descubierto la blancura inmaculada del cuerpo palpitante de la doncella. La punta del cuchillo bordeó unos pechos breves que culminaban en unos pezones rosados, encrespados hacia el cielo. Lentamente, el acero bajó por el ondulado vientre y se enterró entre los muslos, obligando a la muchacha a abrir las piernas.

El *nâzir* comenzó a agitarse violentamente sobre el cuerpo inerte de la

adolescente. Aquello era tan vil, como alancear a una gacela muerta. Incapaz de seguir contemplando aquel acto infame, me dirigí a la puerta. En ese instante, oí a mis espaldas un grito desgarrador. Entonces, observé horrorizado cómo del costado de la joven brotaba un inmenso chorro de sangre, al tiempo que el desalmado *al-Deib* resoplaba sobre el cuerpo moribundo de su víctima. El canalla la había acuchillado mientras la gozaba. Una vez que hubo satisfecho sus instintos salvajes, limpió el arma en las ropas de la cristiana y con el rostro congestionado y los ojos inyectados en sangre me dijo:

—Muchacho, nunca dejes a tus espaldas a un enemigo vivo, aunque sea una mujer. Cuando termines con la otra mátala. Quedé atónito al ver a aquel suboficial comportarse como un vulgar asesino. ¿Acaso había olvidado que el Corán prohíbe matar a las mujeres? En la guerra, los hombres se vuelven locos y su crueldad supera a la de las fieras.

Me acerqué a la otra muchacha que permanecía acurrucada en su escondrijo sollozando, con el rostro oculto entre las manos. Me incliné sobre ella y le acaricié los cabellos con la intención de calmarla, pues temblaba de pies a cabeza. El amuleto que colgaba de mi cuello rozó su frente y ella alzó los ojos suplicantes. Unos ojos castaños enormes de cierva asustada.

—No temas —le dije en castellano—. No te haré daño, ni permitiré que nadie te lo haga.

La besé en la frente y me quedé montando guardia a la entrada de la casa.

Cargados con un rico botín en oro y plata, paños, sedas, grano y numerosas cabezas de ganado, el príncipe tomó la prudente decisión de regresar a Granada, pues los guías observaron movimientos de tropas cerca de Osuna. Al parecer, la noticia de nuestras correrías había cundido con rapidez por los términos de Arcos, Marchena y Écija y los cristianos se estaban agrupando en aquella ciudad.

Sobrecargados con un pesado botín, nuestra marcha era lenta e irregular. Poco después de haber iniciado la retirada, observamos la presencia de unos jinetes que nos seguían sigilosamente. Su número no nos inquietaba, mas nos preguntábamos qué pretendían.

Comenzaba a inclinarse el sol, cuando vadeamos, de nuevo, el río Yeguas. Con la intención de pasar la noche, acampamos al pie de un cerro en cuya cima se alzaba la solitaria silueta de un madroño, junto a una vieja atalaya donde se apostaron los centinelas. Abul-Hasan ordenó que una patrulla explorara los alrededores y averiguara quiénes eran aquellos jinetes que nos seguían. El sol se ocultaba lentamente tras la sierra de los Caballos, cuando los centinelas, desde el cerro del Madroño, nos alertaron de un gran número de hombres a caballo y a pie que nos cerraba el camino de retirada. No parecía que el ataque fuese inminente, habían acampado detrás del cerro y todo apuntaba a que esperarían al día siguiente.

Comencé a imaginar cómo aquel dulce paisaje, pronto se tornaría en un horrible campo de batalla. Las lomas aparecían moteadas de madroños en flor y las manchas

rojas de las amapolas salpicando un campo pletórico de intensas tonalidades verdes hacía presagiar, si Allah no lo remediaba, la sangre que se derramaría sobre aquella bellísima campiña.

Al caer la noche sobre el campamento, sonó la espléndida voz del negro Ibn Labib llamando a la oración. Después, algunos hombres separaron los terneros que fueron sacrificados para la cena. Apenas habíamos empezado a saborear la exquisita carne de los becerros, cuando las inquietantes noticias que trajeron los exploradores, nos quitaron el apetito. No nos íbamos a enfrentar a una pandilla de campesinos mal organizados. Al mando de la misteriosa hueste que nos seguía, iba un jinete de pesada armadura, que uno de los guías, un cristiano renegado, reconoció como el temible hijo del conde de Arcos, Rodrigo Ponce de León. Y no estaba solo, a su tropa se había unido un numeroso contingente de infantes y caballeros a las órdenes de Luis de Pernia, alcaide de Osuna.

El miedo me atenazaba las tripas y en la boca sentía un sabor amargo. Me aterraba imaginar que podía morir y que mi cuerpo, pudriéndose en el campo, fuese devorado por los perros. Después de la cena, el príncipe se reunió con sus hombres de confianza a deliberar la estrategia a seguir. La noche era negra, sin luna, y algunos oficiales propusieron al príncipe aprovechar la oscuridad para escapar del cerco a través de la sierra. Mas para eso sería necesario desprendernos del ganado y parte de la carga que nos impedía movernos con rapidez. Abu-l-Hasan rechazó el plan, pues no quería regresar a Granada huyendo del enemigo y con un pobre botín.

Yo contemplaba taciturno la profunda negrura del campo sin horizonte de la que surgían los murmullos de los soldados, el tintineo de las escudillas, el susurro de una oración. Junto a mí, un soldado veterano, de barba entrecana, sacó el Corán de un precioso tahalí de cuero repujado y, a la luz de una fogata, comenzó a leer. A fin de templar mis nervios, decidí pasear y me mezclé con la tropa. Algunos soldados sentados en corros charlaban y reían despreocupados, otros permanecían pensativos junto a sus armas. Un grupo de jóvenes escuchaba las «proezas» de *al-Deib*; el *nazir* me hizo señas para que me acercase, yo seguí mi camino. Las hogueras se iban apagando y los hombres se rendían al sueño. Cuando regresé a mi sitio, el soldado de barba entrecana había terminado la lectura del Corán y miraba embelesado el firmamento. El cielo, tachonado de estrellas, mostraba una belleza deslumbrante. El viejo soldado, al percatarse de mi desvelo, me preguntó:

—¿Tienes miedo?

—Es la primera vez que entro en combate. Temo morir lejos de mi familia.

—La muerte llega cuando tiene que llegar. Allah dirige el trayecto de todos los dardos. Nuestro destino está prescrito y nadie morirá en ningún otro lugar ni hora que no sea la fijada por Allah ¡honrado y ensalzado sea!

Con la voz serena de aquel hombre de fe, resonando en mis oídos, me quedé dormido contemplando las estrellas que adornan las puertas del paraíso.

Me despertó el estrépito de unos soldados que acarreaban piedras para construir

un parapeto. En medio de la oscuridad distinguí la corpulenta silueta de Rashid, su poderosa figura y su aplomo me infundían confianza.

En la oración del alba, imploramos al Todopoderoso protección y valor.

Dando escolta a nuestro amo, Sidi Ridwan, nos dirigimos a la tienda del príncipe, rodeada de soldados que montaban guardia en torno a un fuego. Rashid y yo nos unimos a ellos. Instantes después apareció el príncipe cubierto de una brillante armadura. Los tímidos rayos de la aurora prendían en los eslabones de su cota de malla, lanzando suaves destellos. Ante la mirada inquieta de cuantos le rodeaban, Abu-l-Hasan mantenía el rostro sereno, aunque pensativo.

Desde el cerro del Madroño, los centinelas vigilaban los movimientos del campamento cristiano. Todo parecía tranquilo. El príncipe rodeado de varios oficiales subió a la atalaya y vio a sus enemigos. Todos bajaron espantados de su número. Un capitán comentó:

—Durante la noche han recibido refuerzos. Parecen gente del Conde de Cabra.

—¿Por qué no atacan? —preguntó Ridwan Venegas. Rashid le anunció:

—Son tantos que no precisan el ataque por sorpresa. Lo harán cuando ellos lo juzguen conveniente, tal vez esperen a que el sol esté lo suficientemente alto para que no deslumbre.

—¡Estaremos preparados! —exclamó un joven oficial, desenvainando su espada.

Un *arif* acompañado de un campesino irrumpió en el séquito e inclinándose ante el príncipe manifestó:

—Señor, este pastor afirma conocer un camino secreto por el que podríamos burlar el cerco.

Abu-l-Hasan echó un vistazo a su alrededor esperando una respuesta de sus hombres de confianza.

Un veterano general tomó la palabra:

—Cuando la paloma logra escapar de las garras del azor, es éste el humillado y aquella la victoriosa. Si me permitís un consejo, alteza, esperar aquí nos perjudica y enfrentarnos a un enemigo tan poderoso no nos favorece, por tanto, huir no sería, en este caso, un acto de cobardía sino de astucia.

Las palabras del *arraez* quedaron en el aire en medio de un silencio denso, que fue roto por las voces de los centinelas: «¡Nos atacan! ¡Nos atacan!»

Todos corrimos a ocupar el puesto que en el plan de defensa nos habían asignado. Subí a mi caballo y me agrupé en torno a mi señor, junto a Rashid, siempre a su izquierda, al lado del broquel, a fin de evitar el choque de nuestras armas.

La voz valerosa del príncipe resonó en el campo:

—¡Soldados! Hoy tenemos la difícil tarea de enfrentarnos a un enemigo más numeroso que nosotros. A su fuerza hemos de oponernos con astucia y bravura, y si Dios quiere, venceremos. ¡Que Allah nos proteja! *Allahu aqbar!*

- *Allahu aqbar!* —gritamos con todas nuestras fuerzas. Los cristianos se acercaban galopando con las lanzas en ristre. Cuando estuvieron tan cerca, que

podíamos distinguir sus rostros, los arqueros les lanzaron una andanada de saetas. Gran número de atacantes rodó por el suelo, otros avanzaron a galope hasta chocar con nuestras lanzas en un alboroto ensordecedor. De pronto, me vi encerrado en un infierno de sangre y muerte. Rodeado de un ruido espantoso. Los cascos de los caballos golpeaban el suelo, haciendo temblar la tierra. Los hombres que caían eran pisoteados como uvas. Gruñidos, relinchos, gritos, maldiciones y alaridos lo llenaban todo.

En medio de la carnicería, observé a un joven guerrero cristiano que, ciego de ira, remataba sin piedad a uno de los nuestros. El mancebo, imberbe y de cuerpo robusto, tenía rojo y rizado el cabello y el rostro hoyoso. En su brazo izquierdo sostenía una rodela en cuyo centro lucía un león. Se trataba de Rodrigo Ponce de León que con grandes gritos clamaba venganza por la muerte de su hermano.

El destello de una espada cruzó mi vista como un relámpago. La hoja desnuda avanzaba en línea recta hacia mi pecho. La figura de un hombre sobre un caballo enloquecido arremetía contra mí. Un giro instintivo de mi cintura esquivó el golpe y el escalofriante acero pasó rozando mi hombro. La inercia del golpe fallido echó al jinete hacia delante y la delgada hoja de mi espada se hundió en la garganta de mi enemigo que, antes de desplomarse, lanzó un grito horrible mientras intentaba taponar con una mano la herida, de la que brotaba un torrente de sangre.

Envalentonado, cargué con violencia contra un grupo de cristianos que habían cercado a mi señor. Logré dar una estocada en la cadera a un corpulento jinete que enarbolaba una enorme espada con ambas manos, al sentirse herido, quiso lanzarse sobre mí, mas el soldado de barba entrecana le envistió con su lanza, por un costado y lo derribó. Con una sonrisa de triunfo en su rostro me gritó: «¡Aún no ha llegado tu hora!» . Al tiempo que izando el brazo me mostró el Corán.

El combate se recrudeció, los aceros chocaban furiosos y de las bocas de los combatientes salían gritos desesperados y maldiciones, mientras la tierra se cubría de sangre. Mi señor Ridwuan Venegas, sobre su imponente caballo de guerra, luchaba con furor suicida. A su lado, Rashid peleaba como un tigre derribando a derecha e izquierda a cuantos le acosaban. Los heridos se multiplicaban y nuestros hombres caían uno tras otro. Sentí un mazazo en la cabeza, la vista se me nubló y caí del caballo. Entre una gran polvareda, que me asfixiaba, vi a *Jasiyn* pataleando con los intestinos fuera. Aturdido, noté que la sangre corría por mi frente y me cubría un ojo. En medio de aquel fragor intenso, me puse a buscar mi espada a cuatro patas; mas entonces, un brazo poderoso me levantó del suelo y me ayudó a encaramarme a la grupa de su montura. Percibí el olor del sudor del jinete que me izaba, mas no podía ver su rostro.

—¡Vamos, agárrate bien a mí! —gritó el caballero.

Entonces, reconocí a mi salvador.

—¡Rashid, que Allah te bendiga! —exclamé agradecido aferrándome al fornido rifeño.

Galopando a brida suelta, Rashid se dirigió hacia un bosque de encinas por el que huían en retirada los hombres del príncipe. Un grupo de jinetes cristianos se cruzó en nuestro camino para impedir la huida. Bramando como un toro, Rashid descargó un mandoble sobre el que parecía el jefe, partiéndole el cráneo. Amedrentados ante aquella fuerza salvaje, los cristianos volvieron grupas y se alejaron.

Asido al cuerpo de Rashid, apoyando mi dolorida cabeza contra su espalda, iniciamos una cabalgada frenética a través de un bosque sombrío, oyendo los estremecedores graznidos de los cuervos, que acudían al festín.

Una vez que nos adentramos en territorio granadino, los supervivientes del desastre, nos fuimos reagrupando cerca de una alquería. Todos presentábamos un estado lastimoso. Algunos mostraban cortes en el rostro y profundas heridas en su cuerpo, y eran muchos a los que les faltaba una oreja, un brazo o los dientes. Observé la mano del príncipe teñida de rojo. Bajo la desgarrada cota de malla que cubría su brazo izquierdo, corría un hilo de sangre que goteaba entre sus dedos. Los hospitalarios habitantes de la alquería acudieron solícitos con zaques de agua con la que lavar nuestras heridas y apagar la sed atroz que nos abrasaba la garganta. La cabeza me dolía como si un ejército de demonios pataleara mi cerebro; al palparme el rostro, percibí que lo tenía cubierto de sangre reseca. Siguiendo nuestro rastro, llegaron varios caballos sin jinete. Rashid me señaló un negro peceño de ojos brillantes.

—Ese caballo es el de mi amigo Amin ibn Masud, murió a mi lado atravesado por una lanza. Puedes quedarte con él. Es un caballo noble que ha tenido una buena doma.

Me acerqué al animal que me miró fijamente. Le tranquilicé susurrándole palabras cariñosas, mientras le acariciaba las crines. Al examinarle los ijares, reparé en algo que colgaba del arzón. Con gran pesar, reconocí el precioso tahalí del soldado de barba entrecana. Antes de que abandonásemos la alquería, la noticia de nuestra derrota ya corría por toda Granada. Aquel fracaso perjudicaba al príncipe sobre manera, minaba su prestigio militar y le hacía perder influencia en una corte donde se alimentaba una seria rivalidad con su hermano *al-Zagal*. Mas lo peor de aquel año aciago, aún estaba por llegar.

Hacía ya algún tiempo que el sultán sospechaba de las arterías y extraños tratos en que andaban los Abencerrajes con el rey de Castilla cuando, a través del alcaide de *yebel Tariq* (Gibraltar), los Banu al-Sarraj consiguieron que el monarca castellano recibiera a una embajada del sultán meriní de Fez que le invitó a cazar leones en África. Aquella extraña amistad entre los ambiciosos Abencerrajes y el rey de Castilla no podía traer nada bueno. Poco tiempo después de que el rey cristiano cruzara el Estrecho y visitara *Sebta* (Ceuta), el alcaide de Gibraltar se vendió a los cristianos y entregó la ciudad al duque de Medina Sidonia.

Cuando aún no se había repuesto el emir de la triste pérdida de *yebel Tariq*, llegó la noticia de la caída de *Medina Aryiduna* en manos de los caballeros de la Orden de

Calatrava. La pérdida de Archidona fue muy dolorosa para Saad, que sentía un cariño especial por la ciudad donde había sido proclamado emir. Un golpe demoledor que a los Abencerrajes produjo una satisfacción malsana, ya que por el modo en el que se habían desarrollado los acontecimientos, les proporcionaba la ocasión de erosionar el poder de un emir al que detestaban.

Los detalles de la muerte cruel de los moradores de Archidona, pasados a cuchillo sin piedad mujeres, ancianos y niños, así como el trágico final de su alcaide, despeñándose desde el castillo para no caer vivo en manos de los cristianos, fueron utilizados por los Banu al-Sarraj para excitar el furor de las masas contra el sultán. Al que acusaban de negligente, por no haber acudido en socorro de la importante plaza.

Los amotinados ocuparon las mezquitas y las turbas, clamando venganza, amenazaban con asaltar el palacio del sultán. La Guardia de los Renegados aplastó la insurrección, y la sangre de los insurgentes cubrió las calles de Granada.

A fin de llegar al fondo de la subversión, el sultán ordenó al *sahib al-Shurtâ* (jefe de la guardia palatina) la detención de los cabecillas del partido Abencerraje, verdaderos instigadores de la revuelta. Acusados de alta traición y mantener relación secreta con Castilla, los Abencerrajes fueron sometidos a tortura hasta que confesaron, ante el *Qadî al-Yama'a*, haber urdido una conjura encaminada a derrocar al emir. Esa misma noche, mientras una terrible tormenta se abatía sobre Granada, entre el estruendo de los truenos y el resplandor incendiario de los relámpagos, los dos miembros más prominentes del clan, uno de los cuales era el visir Abu Abd Allah ibn al-Sarraj, fueron degollados y sus cabezas expuestas en las torres de la Alhambra.

La muerte de los Abencerrajes causó una profunda impresión entre la población. Los granadinos temían que estas ejecuciones fomentarían el odio y la venganza de esa poderosa familia, como así ocurrió.

La violenta reacción de los ofendidos no se hizo esperar. Los Abencerrajes, congregados en Málaga, alzaron como emir a Yusuf ibn Ismail, un anciano que había ocupado el trono de forma fantasmagórica durante el turbulento reinado de Muhammad el Zurdo.

Los Abencerrajes consiguieron, inmediatamente, el apoyo de Castilla y el nuevo emir logró ocupar, con tropas cristianas, toda la zona occidental del emirato y poco tiempo después la misma Granada.

Saad perdía el trono, la noche en que la Luna Llena entró en la constelación de Virgo

El sultán Yusuf ibn Ismail firmó treguas con los rumis y se declaró vasallo del rey de Castilla. Viejo y enfermo, Yusuf dejó el gobierno en manos de los Abencerrajes, y éstos comenzaron a acariciar su sueño secreto: sentar en el trono de la Alhambra a un al-Sarraj.

Sin embargo, los granadinos no soportaban la presencia arrogante de los soldados cristianos en las calles de la medina, escoltando a las numerosas embajadas de Castilla, que eran recibidas con gran boato por el anciano sultán.

Los Abencerrajes, que habían levantado al pueblo contra Saad acusándole de ser demasiado indulgente con los enemigos del Islam, ahora confraternizaban con éstos y toleraban que, los mismos que habían pasado a cuchillo a los desdichados moradores de Archidona, se exhibieran altivos por las calles de Granada luciendo en sus pechos y estandartes la odiada cruz de Calatrava. Los alfaquíes se sintieron engañados y el pueblo comenzó a aborrecer a los ambiciosos Abencerrajes; esa familia que, pese a su origen humilde, descendientes de un sencillo talabartero, desprendía un orgullo de casta con el que despreciaban a todos aquellos que no servían a sus intereses.

Los granadinos echaban de menos al bondadoso Saad que, en poco tiempo, logró reclutar un ejército de voluntarios con el que recuperó el trono, expulsando de Granada al sultán títere y a los Abencerrajes. Éstos se hicieron fuertes en Ilyûra (Íllora). Allí prendieron de nuevo las ascuas de su resentimiento y comenzaron a tramar una nueva conspiración. Para ello se valieron de su aliada, la princesa Fâtîma.

El nuevo jefe del partido Abencerraje, Ibrahim ibn al-As'ar, por mediación de la princesa, logró entrevistarse en secreto con el príncipe heredero Abu-l-Hasan. Fâtîma convenció a su esposo de la conveniencia de aquella entrevista, de vital importancia, por las noticias que hasta ella habían llegado, a cerca de una conspiración contra él.

El astuto Abencerraje deslizó en los oídos del príncipe la falsedad de que su anciano padre, decepcionado por el descalabro que Abu-l-Hasan había sufrido en el cerro del Madroño y escandalizado por la vida disipada del primogénito, demasiado inclinado a las fiestas y a los placeres del harén, había decidido abdicar en favor de su segundo hijo, el austero, Abu Abd Allah Muhammad *al-Zagal*.

Ibn al-As'ar brindó a Abu-l-Hasan el apoyo de todo el clan para luchar por su causa.

Persuadido el príncipe heredero por el Abencerraje, de que su ascensión al trono corría peligro si no se actuaba pronto, una noche, acompañado de Ibn al-As'ar y un puñado de hombres fuertemente armados, se introdujo en las estancias privadas del sultán, con la complicidad de Rayham, jefe de los eunucos.

Una vez dentro del harén, el príncipe mandó llamar al *sahib al Shurtâ* y, cuando éste estuvo ante él, los hombres del príncipe lo apresaron, le pusieron un cuchillo en el cuello y le dieron a elegir entre perder la cabeza o prestar juramento de fidelidad al

nuevo emir. El jefe de la guardia palatina no dudó en la elección y juró fidelidad a Abu-l-Hasan. A fin de probar la veracidad del juramento, Ibn al-As'ar ordenó al jefe de la guardia arrestar al sultán. El todavía aterrorizado *sahib al-Shurtâ* convocó a los oficiales de la guardia y, al frente de ellos, se dirigió a los aposentos reales. En mitad de la noche, el anciano sultán fue sacado de su lecho y llevado al castillo de *Xalaubinya* (Salobreña).

A la mañana siguiente, los Abencerrajes habían tomado los puntos estratégicos de la ciudad y, en la Alhambra, proclamaron a Abu-l-Hasan emir de Granada.

Alguien alertó a *al-Zagal*, de que su hermano le había declarado proscrito por considerarle culpable de la conspiración para arrebatarle el derecho al trono. *Al-Zagal* logró huir de Granada y se refugió en *Qala'at Yahsob* (Alcalá la Real), donde recibió asilo del Conde de Cabra.

A pesar del éxito del golpe de estado, Abu-l-Hasan topó con el rechazo de los alfaquíes y ulemas que no estaban dispuestos a reconocerle como Emir de los Creyentes, mientras viviera su anciano padre. Y el ortodoxo imán de la Gran Mezquita, Abd Allah ibn Umar, en el sermón del viernes, se declaró leal vasallo del muy amado y venerable emir Abu Nasr Saad.

Cuando, apenas, un año más tarde murió el destronado sultán, su hijo, Abu-l-Hasan, ordenó que fuese enterrado en la Rauda de la Alhambra con honores regios; mas la sombra de la sospecha, sobre su repentina muerte, se extendió por toda Granada. Una vez concluidos los funerales de su padre, Abu-l-Hasan convocó a los grandes señores de todos los confines del emirato a *Madinat Garnata*, a fin de celebrar con gran pompa su ansiada coronación.

En el Mexuar, el emir se reunió con su visir Ibrahim ibn al-As'ar y los representantes de la nobleza para discutir que actitud tomar respecto al exiliado príncipe Abu Abd Allah *al-Zagal*. El jefe del partido Legitimista, Abu Said ibn al-Amin, era partidario de la reconciliación y de evitar más enfrentamientos entre hermanos. Por el contrario, el partido Abencerraje no lo creía conveniente y su jefe, Ibn al-As'ar, afirmaba que, en estos asuntos, la benevolencia era un error, pues cuando los miembros de una familia se disputan el poder, el parentesco sucumbe a la ambición y el cariño se torna en rencor.

Abu-l-Qasim Venegas, del partido Legitimista, le replicó que en una contienda, solamente el más fuerte posee el privilegio de practicar el perdón, que es, sin duda, el mejor remedio contra el resentimiento del débil, pues no hay que olvidar que el vejado nunca duerme y, siempre, mantiene afilada y presta la espada del desagravio. En vista de que los dos partidos se mantenían firmes en sus posiciones, el sultán le pidió al general Mansur al-Ghafir su opinión al respecto. Y el militar, con gesto preocupado, advirtió a la asamblea que la tregua con Castilla había concluido, y que los rumis podían utilizar al joven *al-Zagal* como un factor de discordia para dividir a los granadinos, lo que nos haría más vulnerables.

Después de oír a todos sus consejeros, Abu-l-Hasan se inclinó por el perdón y

ordenó redactar una carta ofreciendo a su hermano la reconciliación, invitándole a que se uniera a los festejos de la coronación.

Mi señor Abu-l-Qasim, como principal impulsor de la concordia entre los dos hermanos, se ofreció a ir hasta *Qala'at Yahsob* y entregar personalmente el mensaje a *al-Zagal*.

Venegas preparó con todo detalle la embajada que tendría por misión convencer al príncipe de su regreso a Granada. Había que elegir cuidadosamente a la tropa que daría escolta a la comitiva; convenía que estuviera compuesta por soldados disciplinados y de buena estampa, que causaran admiración en los dominios del Conde de Cabra. Y, al mando de ellos, debía ir un general que no levantara recelos en el príncipe.

Se optó por un contingente de treinta jinetes beréberes de la tribu zanata a las órdenes de un *arraez* de gran prestigio, Ibrahim *al Zanatí*, un guerrero místico, de costumbres ascéticas y vida espartana. Su rostro enjuto, su fría mirada, su nariz aguileña y su barba afilada confirmaban su carácter duro y enérgico. Un hombre de plena confianza de *al-Zagal*.

El noble Abu-l-Qasim Venegas, como portador de la carta del sultán, se hacía acompañar por una escolta de diez hombres, entre los que yo me encontraba, al mando del eficaz Rashid ibn Talib.

Un emisario se adelantó tres días a nuestra partida, con el fin de preparar el camino a la embajada y anunciar al príncipe la llegada de la comitiva.

Aún era noche cerrada cuando partimos con dirección a la frontera de Jaén. Pronto, el sol iluminó un campo de olivos plateados que resplandecían sobre las lomas, y el camino discurría entre suaves colinas y tierras labradas de viñedos donde unos campesinos nos miraban con recelo. Para aquellos hombres sencillos, cuyo trabajo tenaz y paciente hacía fructificar la tierra, la visión de los grandes señores, cabalgando sobre corceles ricamente enjaezados y rodeados de soldados ávidos de rapiña, siempre les amedrentaba. La vida les había enseñado que del poderoso no podían esperar nada bueno; todo les pertenecía: tierras, casas y hasta sus hijos que, apenas eran hombres, se los llevaban a la guerra y muchos no volvían jamás y los que regresaban lo hacían lisiados o mutilados. Por si esto era poco, el humilde campesino, con demasiada frecuencia, tenía que echar mano del menguado aceite de sus odres, del pan de su artesa, incluso de las exiguas monedas de su cofre para pagar los elevados impuestos que le exigía su señor. Y si a un noble le sorprendía la noche y decidía pernoctar en la alquería, el campesino tenía que dormir en el suelo para cederle el jergón a su aristocrático huésped.

En el lejano horizonte se recortaba la silueta azul de las sierras que delimitaban la frontera, cuando el sol llegó al cenit y comenzó a arrojar fuego sobre nuestras cabezas. El aire quemaba y no se movía ni una brizna de viento. Ibrahim *al-Zanatí* consultó con Abu-l-Qasim Venegas y decidieron acampar en un sombreado valle, al que se asomaba la fortificada villa de *al-Muqlín* (Moclín). Rodeada de sierras y

esparcida sobre la escarpada ladera de un cerro, se asentaba esta estratégica plaza, protegida por formidables murallas y al amparo de su poderosa Alcazaba.

Nos disponíamos a acampar, cuando un alguacil bajó del cerro, donde se encontraba el castillo, rogando a Sidi Abu-l-Qasim Venegas aceptase la invitación del caíd a visitar la fortaleza. Mi señor aceptó de buen grado y al punto nos dirigimos a la ciudadela, donde fuimos recibidos por un ejército de criados, que se hizo cargo de nuestras cabalgaduras y nos ofrecieron agua fresca y comida.

El caíd era un hombre gordo de unos sesenta años, de mirada astuta y barriga prominente. Para nuestra sorpresa, estaba al tanto del objetivo de la embajada y propuso a mi señor esperar allí a *al Zagal*, pues una partida de sus hombres ya se encontraba en Alcalá la Real para escoltar al príncipe en su camino de regreso a Granada.

Al parecer, las noticias corrían raudas y aquel viejo zorro cuando supo que el sultán había decidido rehabilitar al príncipe proscrito, se apresuró a informar a *al-Zagal* ofreciéndole su adhesión y hospitalidad.

A mi señor Venegas no le agradó el descarado oportunismo del caíd, por lo que le agradeció su invitación y accedió a pasar allí la noche, mas le indicó que, a la mañana siguiente, partiríamos hacia *Qala'at Yahsob*, pues era portador de una carta del emir que debía entregar cuanto antes al príncipe.

El caíd insistió en que, al día siguiente, estaba previsto que *al Zagal* llegase a *al-Muqlín*, donde sería agasajado como huésped de honor en el castillo.

Mi señor, sorprendido, no daba crédito. El caíd, entonces, ordenó llamar al mensajero que nos había precedido y, en efecto, éste confirmó las palabras del caíd y nos aseguró que el príncipe Abu Abd Allah ya había abandonado *Qala'at Yhasob* y se encontraba de camino a *al-Muqlín*.

Al día siguiente y a lo largo de la mañana, se fue congregando a las puertas de la ciudad una muchedumbre que contemplaba con admiración a los treinta guerreros zanatas que esperaban la llegada del príncipe, en perfecta formación.

Algunos curiosos se apiñaban junto a la muralla, buscando la sombra que les protegiera del ardiente sol, mientras comentaban la magnífica alineación de corceles y jinetes montando a la jineta sobre sillas con perilla y borrén elevados, de brillantes corazas y amplias capas carmesí extendidas sobre las grupas de sus espléndidas monturas. Ibrahim *al-Zanatí* vigilaba atentamente a sus hombres. Éstos, cual estatuas ecuestres, sin mover un solo músculo, aguardaban impasibles bajo los rayos incandescentes que caían del cielo.

Los chiquillos reptaban entre las piernas de los adultos para colocarse en primera fila, y ver de cerca a ese príncipe que todos llaman: «El Valiente».

Un anciano pasó junto a mí y oí como le decía a su nieto señalando a los zanatas: «Son guerreros africanos, que vinieron del Mabreb a luchar contra los infieles». El anciano leyó al niño la divisa de la dinastía Nasrí que, en letras doradas, adornaba el banderín que portaba un *nazir*: *«Wa-lâ galiba illâ-Llah*» (Sólo Dios es vencedor).

Los niños contemplaban extasiados a aquellos guerreros de mirada fiera, tocados de blancos turbantes que portan enormes lanzas y empuñan adargas de piel de onagro.

Cerca del mediodía, desde las atalayas que vigilan la frontera, el humo de las almenaras anunció la llegada del príncipe. Las miradas se dirigieron expectantes al valle y, al poco tiempo, vimos cómo un bizarro jinete, acompañado de un pequeño grupo de lanceros, tomaba el camino que conducía a *al-Muqlín*.

Al-Zagal venía escoltado por una docena de hombres de armas del caíd. Antes de que el príncipe culminase la empinada cuesta que da acceso a la ciudad, mi señor Abu-l-Qasim Venegas, salió, a pie, al encuentro del príncipe, a quién besó la mano. *Al-Zagal*, montado sobre un soberbio alazán, se inclinó para recibir la carta del sultán, su hermano, de manos del noble Venegas. El caíd, encabezando una comitiva de notables, le entregó al príncipe las llaves de la ciudad y un esclavo negro le ofreció un aguamanil con esencia de azahar.

De la garganta de Ibrahim *al-Zanatí* salió una orden atronadora, y sus hombres se colocaron en formación de revista.

Erguido sobre su montura, de paso elástico y elegante, *al-Zagal* inició la marcha seguida por las miradas atónitas de la multitud. El perfil aguileño del príncipe va pasando lentamente delante de los soldados, que contienen la respiración al sentir la penetrante mirada que emana de una faz de rasgos duros, aunque dotados de una extraña belleza. Aquel rostro de águila posee una expresión salvaje imposible de olvidar. Viste una sencilla túnica listada y, a la espalda, ciñe una espada en bandolera. Al rebasar al último soldado de la formación, se oyó la voz del almuédano llamando a la oración del *Duhr* (Medio Día) y el príncipe expresó su deseo de orar en la mezquita.

Cuando entramos en la ciudad, nos recibió una multitud lanzando vítores al príncipe. Telas multicolores colgaban del alféizar de las ventanas. Tras las celosías, se adivinaban sombras femeninas observando discretamente a la comitiva que, a duras penas, se abrió paso por las estrechas callejuelas.

En el umbral de la mezquita, el príncipe fue recibido por el imán, un anciano de largas barbas y la frente encallecida por las postraciones de la oración. Tras las abluciones preceptivas, descalzo y con la mirada baja, *al-Zagal* se dirigió lentamente hasta el mihrab. El templo es pequeño y muchos fieles tienen que seguir la oración desde el exterior. Siguiendo el ritual, los torsos se inclinaron formando un mosaico variopinto de túnicas.

Desde la mezquita, nos trasladamos al castillo donde el caíd agasajó al príncipe con un magnífico banquete. Concluido éste, el príncipe mostró su deseo de continuar su camino y los habitantes de *al-Muqlín* nos despidieron aclamando a *al-Zagal* hasta las puertas de la medina, donde, el griterío de un montón de chiquillos y los lamentos de un buen número de lisiados y mendigos que pedían caridad con las manos extendidas, nos acompañó un trecho fuera de la ciudad, hasta que mi señor Venegas

les lanzó unas monedas, y aquellos desdichados quedaron atrás disputándose el dinero.

Cabalgando sobre un páramo reseco, la tarde transcurría lenta y pesada. El sol se fue transformando en una bola roja que pendulaba sobre las colinas. Una banda de grullas cruzó el cielo hacia Oriente. Comenzaba a caer la noche, cuando los caballos, barruntando la cercanía de la ciudad, avivaron el trote. Al coronar una loma, bajo un cielo amarillento, descubrimos entre los tules grises del anochecer los torreones de las murallas de la «Medina Roja» enredada en una vegetación esmeralda.

A menos de un cuarto de legua de la ciudad, el camino se iba ensanchando en una avenida empedrada y, a nuestra derecha, dejamos la cerca torreada que protege el cementerio de Sahal ibn Maliq.

Al cruzar *Bab Ilbira*, nuestros oídos se llenaron con el ruido de la medina. El aire vibraba de voces, sonidos metálicos, fragancias de comida y especias. De los figones salían humaredas que esparcían el olor denso del aceite mezclado con grasa de carnero. En los zocos, los clientes discutían acaloradamente el precio de la mercancía, en medio de una algarabía donde era imposible entenderse.

Entre el tintineo de los buriles de los grabadores, los golpes contundentes de los caldereros y los gritos de los pregoneros, la comitiva pasó sin que la población apenas nos prestara atención, harto acostumbrada a la incesante procesión de altos dignatarios que, por aquellos días, se dirigían a la Alhambra.

La presencia de *al-Zagal* en la Corte, no por anunciada dejó de causar revuelo. Algunos veían en él un peligro inquietante para la estabilidad del emirato. Era, decían, como meter una antorcha en un pajar. Otros bendecían su presencia, pues le consideraban un caudillo valeroso, que llegaba en un momento crucial, para ponerse al frente de un gran ejército capaz de enfrentarse a los cristianos.

El prestigio del que gozaba *al-Zagal* entre la tropa, preocupaba en grado sumo a la princesa Fâtîma. Sabía que su cuñado no solo poseía valor sino también una inmensa ambición. Ello, la llevó a aconsejar a su esposo que se deshiciera de él. «Viene con ansia de venganza —le dijo al Sultán—. He visto el rencor en sus ojos. Te cree culpable de la muerte de tu padre y nunca te perdonará que te hicieras con el poder. Mientras tu hermano esté en Granada, será como dormir con un escorpión bajo la almohada».

Para no contrariar a la sultana, siempre apoyada por el poderoso clan Abencerraje, Abu-l-Hasan tomó la decisión de alejar a *al Zagal* de la Corte y le nombró gobernador de Málaga.

Bajo los arcos de herradura de las puertas de *Medina Malaqa*, *al-Mariyya*, *Lauxa*, *Guad al-Axat*, *Bastha*, *Runda* o *al-Monaqqab*, salieron en dirección a *Medinat Garnata*: alcaides, gobernadores, embajadores y adelantados, convocados al juramento y coronación del nuevo emir.

Era tal el número de dignatarios y nobles invitados a la ceremonia, que solo se les permitió la compañía de dos ayudantes. Yo tuve la fortuna, junto a mi maestro Rashid, de asistir a tan importante acontecimiento como escolta de mi señor Sidi Ridwan Venegas.

En busca de las migajas del festín, también llegó a Granada una plaga de mendigos, mutilados, sarnosos, ciegos, jorobados y contrahechos. Las calles y zocos de la medina estaban infestadas de pordioseros pregonando a voz en grito sus dolencias, acosando a los transeúntes con sus lamentos y mostrando sus horribles llagas, muchas de ellas fingidas.

Varios días antes de la fiesta de la proclamación oficial, toda la ciudad y en especial la ciudadela de la Alhambra se engalanaron para acoger a los invitados con una recepción solemne de gran esplendor.

El día de la coronación, todos los asistentes fueron convocados en el Salón del Trono. Al contemplar aquella Sala magnífica, quedé sobrecogido por la majestuosidad y lujo del lugar: los zócalos de cerámica multicolor, las yeserías policromadas, los bellos epígrafes de leyendas coránicas sobre los muros, la imponente techumbre representando los siete Cielos del Paraíso con el trono de Allah en el octavo, y sustentado por los Cuatro Árboles de la Vida; hacían que el visitante se sintiese conmovido y anonadado ante tanta fastuosidad y belleza.

Al fondo de la Sala, sobre un estrado, aparecía, vacío, el trono de madera de cedro con incrustaciones de nácar y marfil. A la derecha del estrado, el príncipe Abu Abd Allah Muhammad, de cuatro años, cuidado por un viejo eunuco, permanecía sentado sobre un almadraque de seda. El infante, un tanto desconcertado, mira con curiosidad cuanto le rodea, soportando con seriedad impropia de su edad la larga ceremonia. Su madre, Fâtîma la *Horra*, tras las celosías del corredor superior, observa con ojos escrutadores cuanto acontece en el Salón del Trono. Se siente muy satisfecha, todo transcurre según sus planes y para colmo, hace apenas dos meses, ha dado al sultán un nuevo hijo varón al que han impuesto el nombre de Yusuf, en memoria de su tío, muerto en tierra de cristianos. Al lado izquierdo del trono, esperan, en pie, los familiares del emir. Ocupando un lugar destacado su hermano, el príncipe Abu Abd Allah Muhammad *al-Zagal* y su primo, el príncipe Yahaya ibn Salim al-Nayyar.

A ambos lados de la Sala, se congregaron los invitados de honor: a la derecha, los altos cargos del gobierno y la nobleza, el Visir, el Qadí al-Yama'a, el Zalmedina y los walíes, jeques, jurisconsultos y alfaquíes. A la izquierda: los jerarcas militares de los

diferentes cuerpos del ejército regular, según sus categorías, los representantes de las cabilas beréberes y los altos funcionarios palatinos, encabezados por el corpulento Rayham, jefe de los eunucos, con su cabeza rapada y su ancho cuello de toro ceñido de cadenas de plata; junto a él, el judío Ishaq Hamon, médico personal del emir; les seguían el *Katib al-Rasaid* (secretario de la correspondencia real), el *Sahib al-Jâzin* (tesorero real), el *Katib al-Ziman* (administrador de rentas fiscales).

A la hora estipulada, un chambelán entró en el Salón del Trono anunciando la llegada inminente del emir.

Rodeado de altos dignatarios hizo su aparición solemne Abu-lHasan. Todos los allí presentes inclinamos la cabeza. Cuando levanté mi vista, el sultán estaba sentado, muy erguido, sobre el trono. Viste a la manera de los califas de *Qurtuba*: túnica blanca ribeteada de borlas doradas y capa negra recamada con hilos de plata; sobre la cabeza, un turbante blanco de brocado. Al parecer, Abu-l-Hasan pretende reverdecer los laureles de la época gloriosa de los *Umayya*. Valor no le falta y el pueblo y la nobleza, después de mucho tiempo, están unidos a su emir. Nadie quiere oír las voces de algunos santones, pájaros de mal agüero, que predicen un reinado desgraciado y el hundimiento del reino.

En medio de un gran silencio, el imán de la Gran Mezquita, Abd Allah ibn Umar, avanzó hasta el trono y tomó la palabra: «En el nombre de Allah, el Todopoderoso, el Clemente, el Misericordioso.

Gobernar, ¡oh Emir de los Creyentes!, precisa de una gran habilidad y una perspicacia absoluta, ya que el buen gobierno constituye el fundamento de la civilización y el camino que conduce a Allah, ¡ensalzado sea! Hoy, más que nunca, necesitamos un príncipe que sea valeroso, justo y equitativo. Que mantenga firme las fronteras, que aparte al inicuo del vejado, que haga justicia al débil frente al fuerte, que castigue al violento y al perverso. Nuestra religión es un tesoro y el emir es su guardián, para ello él debe dar ejemplo y el pueblo le obedecerá, pues es sabido que el emir que sigue fielmente las instrucciones del Corán, obliga a sus súbditos a cumplir lo prescrito. Al tomar el poder no olvidéis, ¡oh Emir de los Creyentes!, que adquirís, también, una gran responsabilidad.

Sabemos, ¡oh Gran Señor!, que poseéis las virtudes de la sabiduría y la justicia; por lo que os pedimos que aquél que se aparte de lo que el cálamo ha puesto por escrito en el Libro Sagrado, sea castigado según la *Shari'a*.

Que Allah, ¡honrado y ensalzado sea!, os guarde y bendiga vuestro gobierno».

A continuación, el Qadí al-Yama'a procedió a la proclamación del emir.

Abu Yazid ibn Azraq era de pequeña estatura, mas poseía una voz profunda y clara: «En el nombre de Allah, el Clemente, el Misericordioso y de su profeta Muhammad ¡sobre él sea la paz! Os proclamo Príncipe de los Musulmanes y Siervo de Allah, a vos Abu-l-Hasan Alí *«al-Galib bil-Lah*» (el Victorioso por Dios), señor nuestro, muy noble y excelso, el único esclarecido y aplicado, luchador heroico y animoso, glorioso y virtuoso, el puro y protector, justo magnánimo, generoso y sabio,

hijo de nuestro señor el Emir de los Creyentes, el piadoso Abu Nasar Saad, hijo de Alí, hijo de Yusuf, hijo Muhammad al-Galib bil-Lah, hijo de Yusuf al-Hachach, hijo de Ismail, hijo de Abu Said, hijo de Yusuf, hijo de Muhammad Nasr al-Hazrayyî, llamado al-Ahamar (el Rojo), descendiente de Saad ibn Ubaid compañero del Profeta».

Después, el Qadí, dirigiéndose a cuantos llenaban la Sala, con voz poderosa exclamó:

—¡Que Allah, honrado y ensalzado sea, llene de esplendor el mandato del Emir de los Creyentes, Abu-l-Hasan Alí, el Victorioso por Dios, alargue su vida y perpetúe su reinado! Y todos respondimos:

—¡Hágase la voluntad de Allah, el Todopoderoso!

Uno a uno, los nobles besaron las manos del emir, postrándose ante él y pronunciando la tradicional fórmula del juramento: «Alabo pensando en ti Allah, único Dios, y juro sumisión y obediencia a mi Soberano según la norma de la *Sunna*».

Terminada la jura, el emir se dispuso a recibir a las distintas embajadas que venían de países remotos, cargadas de presentes. A los pies del trono se fueron acumulando: vasos de oro llenos de perlas; arquillas de madera noble de las que emanaban esencias de nardo, ámbar y algalia; botes de marfil con bisagras de plata conteniendo incienso y mirra; preciosos cofres revestidos de púrpura y forrados de raso repletos de piedras preciosas, esmeraldas y rubíes; estuches de plata con peines de oro y pinceles para aplicar colirio; azafates forrados de damasco dentro de los cuales había polvo antisudor y almáciga; animales exóticos; pájaros parlantes; espadas y dagas de bruñido acero en vainas de oro cubiertas de pedrería.

La ceremonia se alargó, pues los embajadores formulaban largos discursos, muchos de ellos en lenguas extrañas que los intérpretes tenían que traducir.

Finalizada la recepción, el sultán abandonó el Salón seguido de los nobles, y salió a la Puerta de los Aljibes para ser aclamado por la multitud que llenaba la explanada de la al-Musara. Bajo los preciosos almocábares policromados sustentados por el bosque de columnas de mármol y alabastro, que circundan el Patio de los Leones, se alinearon los comensales, invitados al banquete, sentados sobre cojines de seda de brillantes colores, en torno a las mesas cubiertas con manteles de lino y adornadas con fuentes de plata repletas de variadas frutas. A medida que caía la tarde, los retazos incandescentes del ocaso teñían las columnas de rojo corinto. Braseros, estratégicamente dispuestos, exhalaban intensos aromas de ámbar y mirra, tan penetrantes que embriagaban los sentidos. Los esclavos comenzaron a encender las lámparas y el patio se llenó de una agradable luz ambarina, producida por cientos de cirios sostenidos por candelabros de plata. Las llamas ondulantes de las antorchas y su reflejo sobre las bruñidas columnas, creaban un juego de luces y sombras absolutamente mágico.

Los turbantes de brocado de los walíes, los mantos de pedrería de los nobles, los

collares de esmeraldas y zafiros de los jefes de los linajes despedían destellos de inenarrable color y belleza. Sentados ante la mesa, todos ellos se mantenían muy derechos esperando la señal del sultán. Delante de cada comensal, colocaron un aguamanil de plata con agua de rosas. Rashid y yo nos situamos detrás del asiento designado a nuestro señor. Abu-l-Hasan, con el mentón elevado y la expresión altiva, recorrió con la mirada a los invitados. Allí está la flor y nata del reino. En su rostro hay un gesto de satisfacción y orgullo, sintiendo la agradable sensación del poder por el que tanto ha luchado. Por fin, ha sido reconocido Emir de los Creyentes y Sultán de Granada.

Con voz poderosa, el sultán exclamó: «*Bismil-lah!*». Los invitados repetimos la invocación y una pléyade de sirvientes entró en la Sala portando fuentes de loza vidriada con reflejos metálicos, conteniendo los más variados y exquisitos manjares que yo jamás haya visto: arroz condimentado con azafrán, clavo y uvas pasas; pichones rellenos de ciruelas; alondras en salsa de puerro; liebres aderezadas con cominos, vinagre y cebollas; trozos de cordero cocidos al fuego lento en salsa de almendras y nueces. Mientras se saborean las deliciosas viandas, la orquesta de músicos ciegos del harén nos alegra los oídos con una música envolvente. Después vendrían los poetas, y al final del banquete las bailarinas, pues la vista que goza contemplando los suculentos manjares de la mesa, no debe distraerse en el cuerpo sensual de las danzarinas. Todo a su tiempo.

Frente a nosotros, el príncipe Abu Abd Allah *al-Zagal* charla animadamente con el Conde de Cabra, que encabeza la embajada de Castilla, don Diego Fernández de Córdoba es de trato afable y mantiene unas excelentes relaciones con el emir, del que se considera amigo. A su lado, hermético mas con los oídos alerta, se encuentra el preboste Spínola, representando al poderoso clan de los genoveses; ataviado como un pavo real, envuelto en un fino manto índigo de brocado; haciendo gala de su opulencia, consciente de su influencia y poder. Spínola es un hombre rico y poderoso que posee una alhóndiga y un palacio en el centro de la medina. Es dueño de una flota de barcos que fondean en el puerto de Málaga y muchos de los avales que se guardan en la tesorería real llevan su firma. Los genoveses son magníficos comerciantes y banqueros, proveedores de fondos, a los que el emir tiene que recurrir en numerosas ocasiones, y ejercen de intermediarios en el rescate de cautivos. Sus barcos surcan los mares cargados de algodón, plomo, cobre, alumbre, nuez de agalla para tintes, especias y perlas de Oriente. De Flandes traen paños de lino; lingotes de hierro de Aquitania y lienzos de Bretaña. Mientras de Granada exportan almendras de la Vega, seda de la Axarquía, higos, azúcar y uvas de Málaga y mármol de Almería.

Los sirvientes servían discretamente, a espaldas de los alfaquíes, vino de Vélez camuflado con zumo de granada y albaricoque. El dulce sonido de las flautas parecía serpentear entre las columnas adormeciendo los sentidos. Súbitamente, la orquesta calló y un laúd comenzó a sonar en solitario. Una voz femenina entonó una qasida de Ibn Zaydûn. Aquella voz melodiosa y cálida me llegó hasta el corazón y un deseo

ardiente e inexplicable me sacudió de la cabeza a los pies. Los altos turbantes de los invitados me reducían el campo de visión a una pequeña rendija por donde, sólo, podía distinguir parte del hiyab que cubría la cabeza de la cantatriz, ceñida por una cinta de colores entrelazados. Cuando la joven terminó su canción y, tras una graciosa reverencia, abandonó la Sala, yo quedé abatido por una repentina melancolía, que intenté remediar con vino, ¡que Allah se apiade de mí! Con los platos dulces llegaron los poetas. Entre los aromas de vainilla, almizcle y canela, resonaron en la bóveda las rimas de empalagosos panegíricos. En un extremo de la mesa, observé al eunuco Rayham engullendo, con incontenible avidez, pasteles de almendra; mientras con la mirada devoraba a un joven trovador. El corpulento jefe de los eunucos parecía gozar de un apetito insaciable y así lo proclamaba su gran barriga y su enorme trasero, desbordando el almohadón donde se sentaba. Aquel personaje taimado y cruel, odiado y temido en el harén, se tornaba dulce y zalamero ante la sultana, a quién ofrecía sus servicios de soplón. El sultán le había confirmado en su puesto como *Fatâ al-Qebir*, por considerarle fiel a su causa y riguroso en su trabajo ya que, gracias a su celo, la indolencia de los eunucos y las malas maneras habían sido erradicadas en el harén.

Los músicos empezaron a interpretar una rítmica melodía para dar paso a las bailarinas, que entraron siguiendo el compás con el tintineo de unos diminutos cascabeles que colgaban alrededor de sus tobillos. Iban descalzas con los pies pintados de alheña. A través de los finos zaragüelles, se adivinaba la tersa piel en movimiento. Las muchachas adornaban sus frentes con colgantes dorados y en sus brazos brillaban ajorcas de plata. El reflejo de los zarcillos iluminaba la piel opalina de sus rostros, cubiertos por velos transparentes. Pronto se aceleró el ritmo de la música y las bailarinas comenzaron a danzar con voluptuosidad y gracia infinita.

Yo me esforzaba por mantener los ojos bien abiertos, mas el vino llenaba mi cabeza de brumas, los ojos se me adormecían y mi vista y oídos percibían colores y sonidos cada vez más tenues y distantes. Mi cuerpo comenzó a flotar y las bailarinas se fueron borrando en la lejanía, mientras yo volaba ingrávido por un cielo de estrellas parpadeantes.

Alguien arrojó sobre mi rostro el contenido de un aguamanil, y un enérgico manotazo de Rashid me hizo poner los pies en el suelo y volver a la realidad. Al abrir los ojos, la fiesta había concluido y los invitados comenzaban a abandonar la Sala.

La buena estrella de Abu-l-Hasan brilló con inusitada intensidad, durante los primeros años de su reinado. Granada tenía un emir aguerrido y enérgico que deseaba revivir los años gloriosos del Islam andalusí, que reorganizó su ejército, reforzó la defensa de las fronteras, frenando las incursiones de los cristianos, lo que permitió el impulso de la producción agrícola, el comercio, la artesanía y el negocio de la seda.

Por el contrario, Castilla se encontraba sumida en la anarquía. Hasta Granada habían llegado los ecos del descontento de algunos nobles con su rey, don Enrique, al que tenían por débil y afeminado. Éste, temeroso de la alta aristocracia, se rodeó de advenedizos, a los que encumbró a lo más alto, para escarnio de los nobles de sangre. A esto, se añadió un escándalo que desencadenó la guerra entre la nobleza: La reina había dado a luz una niña cuyo padre, se rumoreaba, no era el rey, sino uno de aquellos advenedizos, convertido en favorito del monarca.

Abu-l-Hasan se aprovecha de la debilidad de su enemigo y organiza algaradas, escala castillos y arrasa los campos. Se ve obligado a subir los impuestos para mantener un poderoso ejército en pie de guerra, mas las tropas granadinas, bien abastecidas y con su emir a la cabeza, saquean las ricas tierras de Murcia y Jaén sin que Castilla, inmersa en luchas internas, sepa reaccionar. Algunos nobles cristianos intentan oponer resistencia, mas enredados en las discordias sólo son capaces de realizar aisladas cabalgadas. El Conde de Cabra se mantiene al margen de la contienda y sus territorios son respetados por un pacto de aliado que mantiene con el emir.

Después de cada incursión en territorio enemigo, Abu-l-Hasan hacía desfilar a sus tropas, en una brillante parada militar, exhibiendo el botín conseguido ante la población de Granada, que le aclamaba entusiasmada.

Fue por aquel tiempo, cuando los granadinos fuimos testigos de un suceso que ponía de manifiesto la disensión entre los nobles castellanos.

El hijo del Conde de Cabra, enemistado con el poderoso señor don Alonso de Aguilar, le retó por cartel de desafío a singular combate y duelo en campo abierto. El de Cabra pidió al emir campo neutral en Granada, y éste se lo otorgó gustoso. Abu-l-Hasan, entendido como pocos en asuntos de honor y muy versado en las reglas de caballería, dispuso en su palacio ricos alojamientos para los contendientes. Así mismo, nombró jueces y designó como trujamán al escribano Mansur de León, un cristiano renegado, quien debería consignar la relación verídica de los lances.

Don Diego Fernández de Córdoba emplazó a don Alonso de Aguilar señalándole lugar, día y hora del reto, y acudiendo a continuación con lujosa comitiva a Granada.

Llegado el día crítico, la explanada de la al-Musara se llenó de un gran número de granadinos, ansiosos por contemplar cómo aquellos cristianos solventaban sus rencillas en el campo del honor. Sobre un estrado, el emir y los nobles presidían el

acto. Éstos se hallaban divididos y se cruzaban apuestas por uno u otro contendiente.

A la hora prevista, apareció don Diego armado con todas las piezas, montando un precioso alazán. Con gentil apostura y graciosos escarceos de su corcel, paseó el palenque sin que apareciese el de Aguilar. Entonces ordenó a un faraute que llamase a grandes voces a su contrincante y, aunque esto se repitió durante un buen rato, no hubo respuesta de su competidor. Así transcurrió la mañana, mientras cundía la desilusión entre todos nosotros, al ver cómo se frustraba lo que prometía ser un torneo interesante. Mas don Diego no quiso marchar sin ridiculizar a su enemigo y antes de abandonar el recinto, hizo que un escudero atase una tabla, en la que habían pintado el rostro de don Alonso, a la cola de su caballo; picó espuelas y a galope tendido arrastró la efigie hasta hacerla astillas. Este gesto no gustó a algunos nobles, partidarios de don Alonso. Y entonces un sobrino del visir, no pudiendo aguantar el ultraje al ausente, empuñó sus armas y montando un brioso corcel saltó al palenque y plantó cara al cristiano. La audacia del impulsivo joven causó sorpresa y expectación. Entre murmullos, los nobles opinaban de modo diverso, la plebe gritaba y los jueces no sabían a qué atenerse en un caso tan imprevisto.

Don Diego, en el centro de la explanada, ajustó su adarga al pecho y el acicate a punto.

Entre el público había diversidad de pareceres, el desorden crecía y el sultán daba muestras de estar encolerizado. Abu-l-Hasan ordenó a un alguacil poner orden. Pronto saltó al campo un heraldo tocando una trompeta, con lo que consiguió acallar el griterío. Restablecido el orden, el sultán mando ejecutar a espada a aquel majadero que había causado semejante tumulto, irrumpiendo sin permiso en un acto presidido por el emir e infringiendo las leyes de caballería.

Apenas el alguacil terminó de publicar el atroz decreto, don Diego desmontó de su caballo, se acercó al estrado donde se encontraba el sultán, hincó una rodilla en tierra y suplicó al emir el perdón del joven caballero. El sultán no pudo por menos que aplacar su ira y otorgar la merced que le imploraba su noble huésped. Dado por terminado el duelo, el escribano Mansur extendió diligencia del acto y puso el proceso en manos de los jueces, quienes pronunciaron sentencia, declarando, según derecho de armas, vencedor a don Diego Fernández de Córdoba y vencido a don Alonso de Aguilar.

Una maravillosa tarde de primavera, mi señor Ridwan Venegas asistía a una reunión de nobles en el Mexuar y yo le aguardaba, para acompañarle a su regreso a casa, contemplando la puesta del sol desde el adarve de la maciza torre *al-Qamaryya*. La tarde era serena y cálida. Enormes bandas de golondrinas sobrevolaban los tejados de las mezquitas, bajo un cielo anaranjado. Las laderas de las colinas aparecían ribeteadas de flores silvestres. Y desde los cármenes del Albaycín soplaba una brisa perfumada de jazmín. De pronto, el bullicio de una fiesta, el sonido de cánticos y música me llegó desde el hermoso Patio de la Alberca.

Me habían contado que a veces, al atardecer, el sultán, rodeado de una pequeña corte de músicos, poetas y cantatrices, se solía sentar con sus concubinas en torno al estanque de dicho patio, a escuchar a los poetas y a solazarse con las dulces melodías que disipaban las inquietudes que pudieran embargar su ánimo. Creí soñar, cuando oí las notas de un laúd y la voz cálida e inconfundible de la muchacha que me hizo vibrar de emoción, en el banquete del sultán. Atraído por una fuerza irresistible, me aproximé a la muralla más próxima al patio, donde podía escuchar sin llamar la atención de los centinelas. No transcurrió ni un instante, cuando a mis espaldas sonó una voz estridente:

—¡Tú no perteneces a la guardia del sultán! ¿Qué haces aquí? Al volver mi vista, me encontré con un rostro andrógino y unos ojos pintados de kohl que me miraban con severidad. El extraño personaje lucía un extravagante turbante escarlata adornado con una pluma de pavo real, y de su elegante vestimenta se desprendía un penetrante perfume de néctar de limón. Pensé que podía tratarse de un alto funcionario de la Corte. Sus rasgos asexuados, delataban su condición de castrado.

—Sólo pretendo escuchar esa voz deliciosa, que me llena el corazón de emociones y sentimientos que no sé explicar con palabras —dije en tono de súplica.

Mis palabras parecieron sorprenderle, cambió el gesto y en voz baja me susurró:

—No te delataré. Yafar no es un soplón, mas si estás interesado en esa muchacha, sígueme y trataremos el asunto en un lugar más discreto. Con pasos mesurados se dirigió a un rincón y abrió una trampilla. A través de un pasadizo, descendimos por una estrecha escalera hasta un ventanuco, por el que se alcanzaba a ver una tercera parte del Patio de la Alberca. Sobre las aguas verdes del estanque, se reflejaban las siluetas de las concubinas y el ramaje de los arrayanes, que lo circundaban.

Después de buscar el ángulo más favorable, logre atisbar la blanca mano que acariciaba el laúd. Los dedos tañían las cuerdas con maestría y la voz acompasada entonaba una canción dedicada al sultán:

...el amor es un jeroglífico, que solo es capaz de descifrar aquél que ama.

El remedio para la melancolía no se encuentra en los libros de medicina,

sino en la compañía de la amante que cura las heridas del corazón con el

bálsamo delicioso de sus caricias.

Busca en el amor apasionado, el remedio a las preocupaciones.
Recréate contemplando el cuerpo voluptuoso de tus mujeres,
las pupilas ardientes de tus esclavas,
la piel luminosa y perfumada de tus concubinas.
Si los problemas abruman tu corazón y el sueño se ha alejado de tus ojos,
besa los labios carnosos de tu favorita
que embriagan como el vino y son dulces como la miel.
El rostro de tus mujeres es bello como la Luna
y la juventud de tus esclavas resplandece como el Sol.
Aprovecha los momentos propicios
y goza del placer que ellas te brindan...

Embrujado, no podía apartar los ojos de aquella visión. ¿Quién era ella? De pronto, se inclinó sobre el laúd y vi parte de su rostro, moreno, muy joven, casi de niña, mas pleno de una femineidad floreciente. Mi corazón se puso a latir con fuerza, y entonces supe que la amaría hasta el fin de mis días. Mas ¡ay!, una barrera infranqueable me separaba de ella. Apesadumbrado, me propuse, al menos, conocer su nombre para grabarlo a fuego en mi corazón.

—¿Quién es esa muchacha, cuya voz envidiarían los ángeles? —pregunté a Yafar, que ya comenzaba a impacientarse.

—Es Maryam la *Qayna*. ¿Pareces muy interesado por esa cantatriz?

—Daría cuanto tengo por una mirada suya.

—Cuando se está dispuesto a darlo todo, no hay nada que no se pueda conseguir.

—No soy un hombre rico, mas por esa esclava sería capaz de empeñar mi vida. ¿Podrías, al menos, arreglarme un encuentro con ella?

El eunuco permaneció durante un rato pensativo, y al fin contestó:

—Yo soy el responsable de la seguridad de las siervas del sultán; lo que me pides entraña un enorme riesgo para mí.

—Lo sé, mas tú eres mi única esperanza. Si lo consiguieras, toda mi vida rezaré para que Allah aumente tu premio en el Paraíso.

—Además de eso, te costará un buen puñado de dinares.

—Dime el precio.

—No te prometo nada. Tendrás que tener paciencia. Confío en que seas prudente y domines el ímpetu de tu deseo. Si esto llega a oídos de Rayham, me hará azotar hasta la muerte. Dentro de siete días, poco antes de que se ponga el sol, nos veremos en la Puerta de los Naranjos. Para entonces, tendrás listos cincuenta dinares.

—¡Eso es una fortuna! —exclamé con desesperación.

—Mi vida vale más —sentenció el eunuco dando por terminada la conversación.

Yafar me llevó hasta un patio repleto de naranjos, señalándome el lugar y la hora de nuestra cita; después desapareció tras unas enormes puertas de madera de cedro, donde dos gigantescos negros, armados de formidables alfanjes, montaban guardia.

Las puertas estaban bellamente labradas con estrellas de ocho puntas e incrustaciones de nácar, a través de ellas, se llegaba al harén. El misterio de aquel lugar prohibido, me producía una emoción excitante, mezcla de temor y curiosidad.

Amedrentado por la actitud amenazante de los guardias, me alejé de aquel lugar, aunque con un sentimiento claro de que mi vida no tenía sentido, si no conseguía a aquella muchacha. Al día siguiente, como cada Jueves, el sultán, asistido por el *Qadí al-Yama'a* y algunos miembros de su familia, celebraba audiencia pública en *Bab al-Schari'a* (Puerta de la Ley).

La sesión comenzaba siempre dándose lectura a unos versículos del Corán.

Situado bajo una inscripción, grabada sobre el muro que decía: *«No temas pedir justicia, porque aquí la hallarás»*, un mayordomo anunciaba las audiencias por riguroso orden de petición. Se trataba de una ceremonia sencilla, en la que el emir conocía de primera mano los problemas de su pueblo e impartía justicia. Mas aquel día ocurrió algo inesperado. Apenas el mayordomo había tomado las instancias para leerlas ante el emir, cuando una nube de polvo irrumpió en la explanada como un torbellino. Pasados los primeros momentos de confusión, descubrimos que se trataba del mítico caudillo Ahmed *al-Zegrí* y su horda de mercenarios, que llegaba cargado de un inmenso botín de oro y cautivos. Aquel día conseguí ver de cerca al temible guerrero cuyo solo nombre aterrorizaba a los cristianos. Nunca olvidaré la expresión salvaje de su mirada.

Montando un semental árabe, *al-Zegrí*, se dirigió hasta el dosel real. De un ágil salto descabalgó y se postró a los pies del sultán. Era de corta estatura mas de complexión fuerte. Él, como todos sus hombres, viste de negro y bajo su turbante escapan mechones de pelo en apretados rizos.

La tropa de *al-Zegrí* se nutre de mercenarios muy aguerridos, temidos por su extremada crueldad, en su mayoría, gomeres del Rif y beréberes de Sinhaya que se cubren el rostro con un velo que solo deja ver sus amenazantes ojos de fuego. También hay antiguos esclavos sudaneses, de enorme resistencia física. Y algunos cristianos renegados huidos de la ley, carne de patíbulo que luchan por afán de lucro, junto a jóvenes aventureros en busca de fama y fortuna. Todos ellos obedecen ciegamente a su caudillo, al que temen y admiran por su fiereza y valor temerario.

De Ahmed *al-Zegrí* se dice, que a veces sufre ataques de furia desatada, llegando a matar con sus propias manos a quien osa ofenderle. Mas a este hombre irascible y sanguinario, sus soldados le adoran, convive con ellos compartiendo rancho, bromas y penalidades. Dotado de un inmenso valor, siempre va a la cabeza de sus hombres, renunciando a cualquier privilegio. Astuto y desconfiado, se ha revelado como un magnífico estratega en las numerosas escaramuzas que ha librado en la frontera.

La hueste de *al-Zegrí* es una fuerza de choque en los territorios fronterizos, compuesta por hombres curtidos en mil batallas, jinetes intrépidos e implacables que, a su paso, dejan un rastro de cadáveres insepultos, casas destruidas y campos incendiados. Tanto él como sus hombres profesan una fidelidad absoluta al sultán. Y

al parecer, éste, les ha hecho venir a la Corte porque desea rodearse de un ejército fiel, una fuerza disuasiva contra el poder de la aristocracia militar de los ambiciosos Abencerrajes que, insaciables, reclaman más privilegios y poder.

El caudillo beréber trae un fabuloso botín, producto de sus correrías por tierras de Jaén; donde ha entrado a sangre y fuego, saqueando palacios, iglesias y conventos.

Ahmed *al-Zegrí* hizo desfilar a sus hombres, mostrando el botín de guerra: Bajo un sol rutilante, candelabros de plata, cruces de marfil, vasos, bandejas y cálices de oro con incrustaciones de perlas lanzaban destellos cegadores. Un auténtico tesoro que despertó la admiración de cuantos nos encontrábamos en la explanada. Atados al arzón de sus captores, pasaron ante nosotros varias decenas de prisioneros con la mirada absorta ante su incierto destino. Con sus ropas desgarradas y sus rostros demacrados y heridos mueven a compasión. Al observarlos, me recordaron las imágenes ensangrentadas que los cristianos veneran en sus iglesias. De pronto, un rumor corrió entre la muchedumbre al descubrir, entre los cautivos, la figura de una mujer que cabalgaba erguida sobre una mula. Se trataba de una joven envuelta en una rústica capa parda. Su porte altivo delataba su condición noble, y la seguridad que mostraba sobre la montura, hacía pensar que había practicado el arte de la equitación. Al pasar frente a mí, tan cerca que podía tocarla, descubrí a una joven de rasgos perfectos. Aquel bellísimo rostro se mostraba contraído por una mueca de tristeza, y sus enormes ojos rasgados estaban enrojecidos por el cansancio y el llanto amargo de la pérdida de la libertad.

Abu-l-Hasan contemplaba complacido el desfile, hasta que su mirada se desvió hacia la joven, que con gran dignidad cabalgaba en la retaguardia. Los ojos del emir se concentraron en la muchacha. Delante de él continuaban pasando los aguerridos jinetes, mas sus ojos no los veían. El emir solo mostraba interés por la cautiva. Cuando la tuvo ante sí, *al-Zegrí* se la ofreció como la joya más bella y delicada del botín. La joven levantó la vista y Abu-lHasan quedó fascinado por aquellos ojos color de miel que irradiaban cálido ámbar.

Terminada la parada, la tropa se dispersó y ya me disponía a volver a mi casa, cuando sentí una mano posarse sobre mi hombro. Giré la cabeza y me hallé ante un soldado de *al-Zegrí*, con el rostro cubierto y unos ojos pequeños y penetrantes como puñales escrutándome de arriba abajo. En aquella mirada creí entrever a alguien conocido. Agucé la vista y me sorprendí gritando: ¡Alí, amigo mío!

Alí se descubrió el rostro y su amplia sonrisa mostró la desastrosa dentadura de mi amigo de la infancia, con el que me fundí en un efusivo abrazo.

—Era mi sueño y lo logré —dijo inflamado de orgullo—. Y ahora dime ¿qué ha sido de Qasim? Y tú, ¿te has casado?

—Qasim ayuda a su padre en el herradero de la Alcazaba Vieja. En cuanto a mí, sirvo en la mesnada de los Venegas.

Alí con tono burlón insistió:

—No has contestado a mi pregunta. ¿Te has casado o sigues persiguiendo a las

cabras en las murallas de Habús ibn Maqsan? Ambos reímos recordando aquel episodio. Y ante la insistencia de mi amigo, decidí contarle la ardua tarea en que mi corazón andaba empeñado.

—Aún no me he casado, aunque sufro el tormento de un amor imposible. Es un deseo sin esperanza. Se trata de una muchacha tan inalcanzable como las estrellas.

Alí preguntó irónico:

—¿Acaso te has enamorado de una princesa?

—No, se trata de una cantatriz.

Mi amigo soltó una sonora carcajada.

—¡Escúchame Alí! —exclamé un tanto molesto—. Esa muchacha es intocable porque pertenece al sultán. A través de un eunuco he llegado a saber su nombre, se llama Maryam y es bella como la Luna.

Alí me tomó del brazo y antes de despedirse me dijo:

—Said, conozco la historia de tu familia, y parece que la historia se vuelve a repetir en cierta manera, como, cuando tu padre se enamoró de la hija del ulema. Ten confianza, tal vez encuentres una solución como él la encontró. Si Dios quiere.

- *Insh' Allah* —asentí resignado.

—Nos veremos pronto —dijo Alí mientras se alejaba—. *Al-Zegrí* ha sido nombrado *Sahib al-Surtâ* y, como jefe de la guardia palatina, su tropa será la encargada de velar por la seguridad del sultán y su familia. Desde hoy viviré en la Alhambra.

El mismo día que debía encontrarme con Yafar el eunuco, Alí vino a verme a mi casa. Traía el rostro radiante, consciente de que era portador de buenas noticias.

Apenas tomamos asiento sobre la pulcra estera de esparto, a la luz de la lámpara de aceite que mi madre había colocado en la hornacina, Alí comenzó a relatarme todo lo que había averiguado en el palacio del sultán a cerca de Maryam la *Qayna*: «Es hija de Abu Muhammad el ciego, que toca el laúd en la orquesta del harén. Maryam ha sido instruida por su padre en el arte de la música y además de tocar magistralmente el laúd, canta de forma admirable. Y ahora escúchame atentamente —continuó Alí sin poder contener su entusiasmo—. Maryam no es una esclava. Como músicos a sueldo al servicio del sultán, ella y su padre tienen la prerrogativa de entrar y salir del Palacio».

Mientras Alí me contaba la historia de Maryam, que yo escuchaba sin pestañear, mi hermana Layla colocó ante nosotros una bandeja con pan de higo y uvas pasas espolvoreadas de harina, y después se escabulló tras una cortina. Mi amigo continuó: «Cada tarde al anochecer, Maryam abandona la Alhambra y cruza el puente del Qadí guiando a su padre hasta su casa en el barrio de los Almorávides».

Las palabras de Alí iluminaron mi espíritu con la luz fulgurante de la esperanza.

—¿Es cierto lo que me cuentas? —musité embargado por la emoción.

—Tan cierto como la llama de la lámpara que nos alumbra —replicó categórico.

—He de confesarte, que intenté sobornar a un eunuco para seducirla, mas el muy

ladino me exigió una fortuna que yo no puedo pagar.

—Amigo mío, los eunucos son taimados y embusteros, gente de poco fiar. Maryam no está sometida a la vigilancia de los eunucos. Si a la caída del sol vas al puente del Qadí, verás con tus propios ojos lo que te he contado.

La conversación se alargó hasta el atardecer, evocando recuerdos que de la infancia pasaron a la juventud. Yo sentía curiosidad por saber cómo era el famoso Ahmed *al-Zegrí*. Y Alí, con el mismo entusiasmo y admiración con que lo hacía cuando era todavía un pobre cabrero, me habló del mítico caudillo:

—Ahmed *al-Zegrí* es un hombre que vive por y para la guerra. Como jefe de una tropa indomable, impone su ley con ejemplos de valor o castigos ejemplares. Puede disculpar un acto de indisciplina mas jamás perdona la falta de valentía. La cobardía se paga con la vida. Sabe que la guerra para sus hombres es un juego lucrativo. Y que los mercenarios siempre están prestos a cambiar de bandera por una mejor paga; por lo que cuando las arcas del sultán se agotan y la paga no llega, *al-Zegrí* nos estimula con la perspectiva de un suculento botín. Entonces la guerra se convierte en un asunto exclusivamente económico, donde no hay objetivos políticos ni tácticos, sino asegurar a la tropa el prometido botín. Amparados en la oscuridad de la noche, cruzamos la frontera y asaltamos las casas de los cristianos, que aterrorizados nos entregan cuanto poseen, dinero y joyas. Nos llevamos a las mujeres más jóvenes y saqueamos los tesoros de las iglesias. El botín se reparte equitativamente y *al-Zegrí* no tolera riñas ni disputas.

—Y, ¿cómo ha sido el venir a vivir a la Alhambra?

—Un día, llegó un emisario real y nos informó de que el emir nos había elegido para su guardia personal, lo cual nos llenó de orgullo y acordamos presentarnos ante él con un gran botín. Para ello, antes de dirigirnos a Granada, saqueamos algunos pueblos de la frontera de Jaén y en la fortaleza de Martos capturamos a la hija del alcaide. Esa muchacha es bella como una hurí y *al-Zegrí* la eligió como regalo personal al sultán. Dos oficiales se encargaron de su seguridad, respondiendo con su cabeza de que la joven fuera tratada con la máxima cortesía y el más exquisito cuidado. Todos permanecíamos pendientes de ella, prodigándole toda clase de atenciones. El *za'im* (jefe) consideró que estaba demasiado flaca y ordenó le fuera administrada doble ración de comida a fin aumentar su peso y la redondez de sus caderas, haciéndola más deseable a los ojos del sultán, a cuyo harén iba destinada. Como te dije, nuestra suerte ha cambiado, ahora servimos en la Corte, a las órdenes directas del emir, ¡Allah esté satisfecho de él!, y no nos faltará la paga, ni tendremos que vagar por los campos, durmiendo bajo las estrellas, soportando los calores del verano y los hielos del invierno.

El sol comenzaba a declinar, cuando despedí a Alí y yo me dirigí, con el ánimo entre ilusionado y expectante, hacia el *Qantara alQadí*, el puente más transitado de cuantos salvan el Darro. Entre el incesante tránsito escudriñé, hasta dolerme los ojos, buscando a una joven guiando a un ciego. Esperé infructuosamente y la luz del sol

comenzó a debilitarse adquiriendo un tono ceniciento, lo que aumentó mi desazón. La noche se echaba encima y estaba a punto de poner fin a mi espera, cuando descubrí a un anciano de blanca barba que caminaba junto a una joven. El viejo posaba su mano sobre el hombro de la muchacha, portando a su espalda un pequeño zurrón por el que sobresalía el mástil de un laúd.

Me propuse seguirlos. A un lado de la puerta de los Estereros, por la que se accede al barrio de los Almorávides, había un zoco con hombres sentados en cuclillas entre sus mercaderías. Un vendedor de esteras saludó al anciano y hablaron unos instantes. Al reanudar la marcha, atravesaron un pasadizo y continuaron por un tortuoso y oscuro callejón donde los perdí de vista.

Al día siguiente esperé pacientemente sobre el puente, hasta que el anciano ciego y la muchacha cruzaron el río. Esta vez los seguí de cerca. Al llegar al callejón oscuro, aceleré mis pasos para acortar la distancia y no perderlos de vista. El anciano se detuvo repentinamente y la muchacha se giró y me clavó sus ojos. Mis torpes movimientos por ocultarme, delataron aún más mi presencia. Mas como mi decisión era firme, esperé escondido hasta que reanudaron su camino y observé cómo se detenían ante una puerta pintada de azul, tras la que desaparecieron.

Siempre que mis obligaciones me lo permitían, al atardecer, me dirigía al puente y esperaba con ansiedad el momento mágico de ver a Maryam. Cierto día, al fin, logré que nuestras miradas se cruzaran y mi corazón saltó desbordado de alegría.

Mas entonces sobrevino el temido verano y con él la guerra. Abu-l-Hasan decidió realizar una incursión de castigo en la frontera, y al frente de una hueste de trescientas lanzas y mil peones, a la que nos unimos los hombres de Ridwan Venegas, asaltamos varios castillos y arrasamos la comarca de *Qayyata* (Quesada).

La campaña fue un éxito y volvimos a Granada con un gran botín. Poco después, los Venegas decidieron trasladarse a su casa solariega de Yegen a disfrutar de unas largas jornadas de caza en las Alapujarras.

Recuerdo cuán amargos fueron para mí, aquellos días lejos de Granada. Evocando en la distancia la imagen de una virgen que me había cautivado el corazón. Mi alma vibraba de sentimientos llenos de delicadeza y deseo, y mis labios pronunciaban su nombre sin cesar. Perdí el apetito y enfermé de nostalgia. Por las noches la fiebre me hacía delirar, mas yo rechazaba los remedios que me ofrecían, pues como dice el gran poeta Ibn Hazm: «El amor es una dolencia deliciosa y un mal apetecible, al extremo de que quien se ve libre de él, reniega de su salud y el que la padece no quiere sanar».

Cuando pasado el estío regresé a *Medinat Garnata,* me encontré que la ciudad era un hervidero de chismes y rumores. Se hablaba de una revuelta en el harén a causa de una *rumiyya*. Se comentaba que el sultán estaba hechizado y pretendía repudiar a la sultana Fâtîma la Horra, para casarse con una concubina cristiana. A la hora del crepúsculo acudí, temblando de emoción, al puente del Qadí. Esperé hasta agotar el día buscando una señal que me guiase hasta mi amada Maryam, mas cayó la noche y con ella la desesperanza. Mirando las oscuras aguas del Darro, me preguntaba que habría pasado. El delirio que produce la fiebre, da una idea de la agitación que hizo presa en mi ánimo. Temí perderla para siempre.

A lo largo de aquella noche, ni un solo instante pude sosegarme en mi lecho. Hasta mí llegaban los recónditos y misteriosos sonidos nocturnos. Cuando mis ojos fatigados percibieron el pálido resplandor del amanecer, me rendí al sueño.

Mi madre me despertó con gritos que ponían de manifiesto su preocupación: «¡Hijo despierta, despierta! ¡Dios mío, otra vez la guerra! ¡La guerra entre hermanos! ¡Allah nos castigará por esto!» Aturdido por la modorra pregunté:

—¿Qué ocurre *ummi* (madre)?

—Hijo mío, Fâtîma la Horra ha sido expulsada de la Alhambra. Hay tumultos en el Albycín. ¡Que Allah nos proteja! Pedí a mi madre una jofaina con agua para mojarme el rostro. Me vestí a toda prisa y me dirigí a la casa de mi amo. Las calles de la medina estaban desiertas. Por el contrario, en el palacio de los Venegas reinaba un gran bullicio: sirvientes corriendo de un lado para otro y soldados que entraban y salían con las armas prestas. En las caballerizas encontré a Rashid. Él me puso al corriente de lo que estaba aconteciendo. Según mi maestro, la sultana Fâtîma, cegada por los celos, había intentado envenenar a la favorita del sultán, por lo que éste ordenó que la *Sayyida* fuera apartada del harén y recluida en el palacio de Dar al-Horra. Partidarios de Fâtîma promovieron disturbios en el Albycín, mas las tropas del sultán atacaron con dureza a los insurgentes, dejando las calles del Barrio de los Halconeros sembradas de cadáveres.

Abu-l-Qasim Venegas se encontraba en la Alhambra reunido con el sultán. Su hermano Ridwan permanecía en la casa y se hacía informar de cuanto ocurría en Palacio por medio de correos. Todos los representantes de la nobleza se hallan congregados en el Mexuar. Pero había una ausencia que se hacía notar, nada menos que el visir Ibrahim ibn al-As'ar. Entre los reunidos cundía la preocupación y se preguntaban dónde podría estar el jefe de los Abencerrajes.

En la casa de los Venegas, las órdenes eran mantenerse alerta hasta que la situación estuviera bajo control. Rashid no se apartaba de nuestro amo a la espera de noticias.

Por el momento sólo cabía esperar. Recostado sobre unos haces de heno, me uní a

los palafreneros que se disponían a dar cuenta de una sabrosa harisa de garbanzos, ajo y aceitunas. El calor del establo, invitaba al sosiego y una vez que llenamos la panza, todos caímos en un profundo letargo.

Me desperté sacudido violentamente por Rashid reprochándome mi actitud negligente:

—¡Cómo puedes dormir cuando Granada está en pie de guerra! —y dirigiéndose a los adormilados palafreneros gritó—: ¡Y vosotros también arriba, partimos hacia Málaga!

—¿Qué... a Málaga? ¿Por qué a Málaga? —preguntaron atónitos los caballerizos.

—Os lo diré en pocas palabras. Acaba de llegar la noticia de que los Abencerrajes encabezados por el visir Ibrahim ibn al-As'ar se han sublevado en Málaga, por lo que ellos consideran un ultraje a la *Sayyida*, y han proclamado emir, al príncipe Abu Abd Allah *al Zagal*. El sultán ha nombrado como nuevo visir a nuestro señor Abu-l-Qasim, y éste ha dispuesto que su mesnada ocupe la vanguardia de la tropa que va a marchar sobre la ciudad rebelde. La noticia nos dejó mudos. Con los ojos abiertos por la sorpresa, algunos exclamaron: «¡Otra vez los malditos Hijos del Talabartero (Abencerrajes), que Allah los confunda!

Abu-l-Hasan, rodeado de su fiel guardia palatina bajo el mando del fiero Ahmed *al-Zegrí*, se puso al frente de un poderoso ejército que partió hacia Málaga, decidido a aplastar la rebelión que ya se había extendido a otras poblaciones de la costa. Los hermanos Venegas y sus hombres, como habían prometido, íbamos en un lugar destacado a la cabeza de las tropas del sultán. El camino, muy agreste, transcurría entre montañas y senderos donde el viento cortaba como una daga. Después de cabalgar por inhóspitos ventisqueros, alcanzamos el cálido valle del Vallis. No menos cálido fue el recibimiento que nos dispensaron sus habitantes, los pastores acompañaron nuestra marcha tocando el rabel, y a las puertas de la ciudad de *Vallis* (Velez-Málaga), sus gentes nos ofrecían naranjas y dátiles almibarados mientras vitoreaban al emir gritando: «¡Allah bendiga y alargue la vida de nuestro Señor Abu-l-Hasan el Victorioso!».

Desde lo alto del cerro donde se alza el castillo, avistamos el azulado mar. A unas siete leguas se levanta Medina Malaqa. Los que la conocen dicen de ella que sus inexpugnables murallas protegen una urbe opulenta y floreciente. Se dice que sobre los torreones de su imponente Alcazaba, florecen jardines colgantes. Y que frondosos sauces, palmeras y naranjos sombrean sus zocos y plazas. En las fértiles tierras, que la rodean, abundan los viñedos, los olivos y las higueras; y el lino, la seda y el algodón hacen fluir caudales de oro a la ciudad.

Abu-l-Qasim Venegas se brindó voluntario para ir a Málaga y tratar con *al-Zagal* la manera de evitar la confrontación entre los dos hermanos. El sultán estaba furioso y clamaba venganza, no quería tratos con los rebeldes, su deseo era aplastarlos como a viles gusanos. Venegas apeló a los lazos de sangre, no deseaba que el brillante reinado de Abu-l-Hasan se viera empañado por la indignidad de una guerra fratricida,

y que el cautiverio o la muerte del Príncipe Valiente pesara en la conciencia del emir y en el sentimiento del pueblo; suplicó al sultán por el perdón del príncipe, por cuanto tenía la sospecha, de que *al-Zagal* era víctima de las añagazas y arteras maquinaciones de los Abencerrajes. Abu-lQasim Venegas, se propuso mediar en el conflicto y se dirigió al emir con estas palabras:

—¡Señor!, con el debido respeto. Os ruego me deis licencia para solventar, de forma pacífica, este asunto con vuestro hermano. Soy consciente del peligro que entraña ir a Málaga, mas no hace al caso exponer mi vida si con ello se evita una guerra entre hermanos, que Granada no se puede permitir, con un enemigo tan poderoso acechando en la frontera.

Las sensatas palabras y la valerosa disposición de su visir, hicieron recapacitar al sultán, quién, sin embargo, se resistía a poner en peligro la vida de su hombre de confianza. Venegas insistía en qué, por la amistad que le unía a *al-Zagal*, solamente él tenía alguna posibilidad de hacer recapacitar al príncipe y conseguir su sumisión. Abu-l-Hasan accedió al fin, mas le puso una condición: solo dispondría de un día para hacer entrar en razón a su hermano; si al alba del segundo día no estaba de vuelta sano y salvo, el ejército del sultán entraría en Málaga a sangre y fuego. Abu-l-Qasim Venegas no perdió más tiempo y, haciéndose acompañar de tan solo dos jinetes de su escolta, partió raudo hacia *Medina Malaqa*.

La espera se hizo tensa, éramos muchos los que temíamos por la vida del visir. Desde las almenas del castillo, Ridwan Venegas, con el rostro preocupado, pasó el día oteando el camino por el que su hermano partió hacia Málaga. Al rayar el segundo día, no había noticias de Abu-l-Qasim.

El sol se levantaba cinco varas por encima del horizonte, cuando Abu-l-Hasan ordenó a sus generales ponerse en marcha hacia Málaga. Al medio día, nos acercábamos a la alquería de Bezmiliana (Rincón de la Victoria) y los adalides, que nos precedían, informaron de un grupo de hombres a caballo que, bordeando la costa, se dirigía hacia nosotros. Pronto los tuvimos a la vista. No eran más de veinte, y a la cabeza distinguimos la esbelta silueta de *al-Zagal* y a su lado la robusta envergadura de Abu-lQasim Venegas. El príncipe no portaba armadura ni casco de guerra. Una recia brisa, procedente del mar, agitaba sus cabellos sobre su rostro.

El semblante del emir se iba tornando severo y pálido, a medida que nos acercábamos a la comitiva de su hermano. En una llanura arenosa, éste ordenó parar a su séquito. En medio de un intenso silencio, en el que solo se escuchaba el piafar de los caballos y el aleteo de las banderas, *al-Zagal* se adelantó a sus caballeros. Separados por unos pocos pasos, los dos hermanos quedaron frente a frente con los rostros tensos e inmóviles. Cada uno parecía querer leer en la mirada del otro, las razones por las que se había llegado a aquella situación. Todos observábamos la escena con interés febril. Discurrió un tiempo que nos pareció una eternidad y entonces, los músculos rígidos del rostro de *al-Zagal* se aflojaron, su labio inferior comenzó a temblar; presa de una emoción incontenible bajó del caballo y con los ojos

inundados de lágrimas, se arrodilló ante su hermano, confesó su culpa, si bien hizo responsables a los Abencerrajes, y pidió clemencia. El emir se inclinó sobre su montura y tomando a su hermano de los hombros, en un gesto de magnanimidad lo perdonó, fundiéndose ambos en un cálido abrazo. La tropa sin poder contener la emoción prorrumpió en vítores.

Abu-l-Hasan agradeció públicamente el buen servicio prestado por su visir Abu-l-Qasim Venegas, y le recompensó otorgándole la alcaldía de Velez-Málaga. Ese mismo día, el sultán regresó a Granada, no quiso entrar en la ciudad sublevada ni tomar represalias contra sus habitantes; mas ordenó a Ahmed *al-Zegrí* y sus hombres castigar a los culpables. Los temibles Gomeres, siempre ávidos de pelea, penetraron en Málaga y allí se entregaron con saña a la búsqueda, por toda la ciudad, de los cabecillas de la sublevación, es decir los Abencerrajes y sus partidarios. La represión contra los miembros del linaje rebelde fue atroz. Hubo algunos que lograron huir, recibiendo asilo en tierra de cristianos, acogidos por las familias nobles de Aguilar y Medina Sidonia. El antiguo visir y cabecilla de la revuelta, Ibn al-As'ar y un buen número de sus seguidores, tras ver frustrada su tentativa de huir por mar, fueron alcanzados en la playa por los mercenarios de *al Zegrí* y pasados a cuchillo, excepto Ibn al-As'ar que, cargado de cadenas, fue conducido a Granada por una horda de guerreros embriagados de sangre y excitados por la matanza, que entraron en la capital lanzando gritos de victoria y exhibiendo sus lanzas adornadas con las cabezas de sus víctimas.

Al desdichado Ibrahim ibn al-As'ar lo llevaron a la Alhambra y el sultán lo puso en manos del verdugo.

La ejecución se llevó a cabo al día siguiente al amanecer, ante la nobleza que fue convocada a presenciar el ajusticiamiento. En la Sala de la Justicia, ocupando un lugar preeminente, a la derecha del sultán, se encontraba *al-Zagal*. La luz pálida del alba reverberaba por las arcadas, provocando un efecto espectral a la Sala. En la claridad lechosa de la mañana, las columnas de mármol blanco parecían desvanecerse en una neblina gélida que se reflejaba en la palidez de los rostros de los testigos.

Ibn al-As'ar fue obligado a arrodillarse ante el verdugo. El bruñido alfanje centelleó. Un corte limpio cercenó el cuello del que surgió, impetuoso, un chorro rojo que salpicó a su ejecutor. La cabeza del Abencerraje, con los ojos empañados por la muerte, rodó hasta los pies del sultán dejando tras sí un reguero de sangre sobre el blanco mármol del pavimento, mientras el cuerpo del reo permanecía arrodillado unos instantes antes de desplomarse definitivamente.

La rebelión se daba así por sofocada y el reino se dispuso a gozar de un tiempo de paz y sosiego.

Durante varias jornadas consecutivas, recorrí el solitario Barrio de los Almorávides. La casa de Maryam parecía deshabitada. Por fin, un día, vislumbré una señal de vida en un ventanuco, por el que se divisaba un atisbo de luz. Me acerqué y, tras la celosía, descubrí la silueta de una mujer que se recortaba en el fondo oscuro de

la habitación. Llevaba velo y se mantenía erguida con la mirada fija sobre mí. Se diría que me estaba esperando. Me quedé quieto. Temía que si me movía, ella desaparecería. Así permanecimos un tiempo que no puedo calcular. Traté de tranquilizarla con la mirada, cuando oí su voz queda:

—¿Qué quieres de mí? ¿Por qué me sigues?

No podía ver su rostro, mas en sus ojos había destellos de cristal que contenían una infinita tristeza.

—¿Maryam? —pregunté con la voz quebrada por la emoción.

—¿Cómo sabes mi nombre?

Me aproximé a la ventana y dejándome llevar por la pasión susurré:

—Hace tiempo que tu nombre lo llevo grabado a fuego en mi mente y en mi corazón. Te busco porque tu ausencia me hace vivir en el infierno. Hoy, al verte, tengo celos de mis ojos y mi pecho es una brasa. He venido a hablar con tu padre para pedir tu mano.

Maryam bajó la vista y las lágrimas humedecieron el velo.

—Mi padre ha muerto —dijo entre suspiros.

Mirándola a los ojos prometí no dejarla sola en su desgracia, llenar su vida, unirme a ella hasta la muerte.

Maryam callaba, mas en su mirada había tanta amargura y era tal mi turbación, que no encontraba las palabras para consolarla. Ante su silencio le pregunté si acaso estaba comprometida o si, tal vez, servir al sultán le impedía comprometerse.

Ella negó con la cabeza y con voz apenada me relató su desgracia:

—Ya no pertenezco al servicio del sultán. Al ser repudiada la *Sayyida*, fui despedida por Rayham, jefe de los eunucos. Desde entonces, mi padre y yo nos vimos condenados a la miseria y a implorar la caridad de la gente. Una humillación que la frágil salud de mi padre no soportó. ¡Allah se apiade de él! Ahora estoy bajo la tutela de mi tío Abu Yazid, el vendedor de esteras, quien me obliga a cantar en el zoco para atraer clientes a su negocio. Sus ojos humedecidos me conmovían.

—Te suplico que no llores. Hablaré con tu tío, pediré tu mano y te haré la mujer más dichosa del mundo —afirmé rotundo.

—Mi tío es un hombre sumamente codicioso y no dará el consentimiento, si no es a cambio de una buena dote.

—Con la ayuda de Allah el Todopoderoso, iré en busca del tesoro del rey Salomón, si es necesario, para complacer a tu tío y conseguir tu mano.

Aquellas palabras cargadas de ingenuidad y osadía obraron el milagro. Sus ojos, hasta entonces apagados, se iluminaron con una leve sonrisa. Y en ese momento, me sentí el hombre más dichoso de la tierra.

En el palacio de los Venegas se comentaba la llegada a la Alhambra de una embajada de Castilla, que tenía por objeto concertar un encuentro entre el rey cristiano y el emir.

Al parecer, al rey de Castilla le urgía la paz con Granada para emplear todas sus fuerzas en sofocar una rebelión de su nobleza. El sultán aceptó de buen grado el encuentro con el monarca cristiano y se mostró dispuesto a firmar una tregua entre iguales, sin pagar parias.

Don Enrique, rey de Castilla, había sentado sus reales en Sevilla, por lo que se acordó que el encuentro tuviera lugar en el valle del río Genil, en la frontera sevillana.

Abu-l-Hasan se vanagloriaba de que, después de mucho tiempo, Granada firmaría un armisticio sin tener que pagar tributo alguno; por lo que quiso presentarse ante el cristiano con gran pompa, escoltado por los aguerridos hombres de Ahmed *al-Zegri* y rodeado de la más alta nobleza: su primo el príncipe Yahya alNayyar, Sidi Ridwan Venegas y el jefe del partido Legitimista Abu Said ibn al-Amin. A su vez, todos estos grandes señores se hacían acompañar de sus escoltas y un buen número de sirvientes. Aunque el sultán entendía la lengua castellana, entre sus secretarios, incluyó al intérprete Mansur de León.

Antes de partir con la expedición, formando parte del séquito de Sidi Ridwan, encargué a mi hermano Ahmed visitar al tío de Maryam a fin de concertar el contrato de boda. Mi hermano se había casado con una rica viuda, mucho mayor que él, que le proporcionó cierta posición social. Ahmed, convertido en un acaudalado hombre de negocios, se prestó a ayudarme en la dote nupcial. El pueblo de Granada, siempre contento cuando se firmaba una tregua, nos dispensó una entusiasta despedida. A ambas orillas del río, se congregó una muchedumbre, que nos acompañó hasta las puertas de la medina, haciendo sonar panderos y tambores. Las banderas rojo-grana flameaban al viento en aquella mañana brumosa de otoño, cuando tomamos el camino de Loja. El suelo aparecía alfombrado de hojas secas y el aire soplaba cargado de humedad e impregnado del olor dulzón de los frutos sazonados. A nuestra derecha, se sucedían los picos grises de la sierra de Montefrío y frente a nosotros, pardos nubarrones asomaban amenazadores sobre montañas de granito.

El esplendor de la comitiva regia, ricamente enjaezada, despertaba la admiración de los habitantes de las poblaciones por donde pasábamos. Sobre todos, sobresalía la esbelta figura del emir, montando un soberbio caballo blanco, sobre una silla guarnecida de plata, vistiendo una marlota de Damasco y un albornoz de pelo de camello. A su derecha, cabalgaba el príncipe al-Nayyar y detrás los nobles y el séquito real. Los palafreneros, junto a los caballos de dobladura, cuidaban con esmero el regalo del sultán al rey de Castilla: dos sementales de sangre árabe enjaezados de

terciopelo carmesí, con arzón de plata y arneses ornados de pedrería.

Detrás de los últimos jinetes, nos seguía un tropel de buscavidas: birleros, pícaros, prostitutas, sanadores y cartománticos.

Habíamos dejado atrás las tierras de *Tayarat al-Yabat* (Tájar), cuando, poco antes de ponerse el sol, rodeada por una sierra de tierra caliza y protegida por una muralla circular, emergió *Medina Lauxa* (Loja), cuna del sabio, historiador y poeta Abu Abd Allah Muhammad ibn al-Jatib, tan admirado por mi abuelo. Ibn al-Jatib describió la tierra donde nació con estas palabras: «Es risueña y de aspecto fascinador, posee un río de copiosa corriente con frondosas arboledas agitadas por la brisa y encantadores jardines y fuentes. En esta tierra se encuentran cuantas delicias se pueden apetecer, caza abundante, viñedos cuyos racimos de uvas adornan cual collares de oro los cuellos de las vides y hermosas mujeres que curan los males del corazón. Tantos son sus encantos, que los ojos del enemigo la contemplan con codicia».

El alcaide de Loja, el noble Alí al-Attar, nos recibió a las puertas de la ciudad, ofreciéndonos su hospitalidad. El emir y los nobles se aposentaron en la Alcazaba y la tropa fue alojada en diferentes casas de la ciudad.

Aquella noche, durante el banquete que Alí al-Attar ofreció al sultán, se concertó el casamiento del príncipe heredero Abu Abd Allah Muhammad con la hija del alcaide, la bella Umm Faray (Moraima).

Al día siguiente, partimos de Loja siguiendo el curso del río en dirección a poniente. Poco después, sobrevino una tormenta que anegó el camino. Durante toda la jornada, cayó agua sin cesar y la tropa empapada y hambrienta no hallaba lugar de acomodo para acampar. Al final de la tarde, cesó la lluvia e hicimos alto a orillas de un arroyo; algunos soldados lograron encender hogueras con leña seca que encontraron en el bosque, en las que asaron las viandas y pudimos secar nuestras ropas.

El tercer día de marcha, amaneció soleado y bordeando el *guadi Xanili* (Genil) nos dirigimos a la frontera.

En una planicie en la que el valle del río se ensanchaba entre dos bancales, divisamos el campamento cristiano. Medio centenar de jinetes, con los pendones de Castilla tremolando al viento, salieron a nuestro encuentro. De entre ellos, un pequeño grupo de caballeros se aproximó lentamente a nosotros. Un hombre, que montaba a la jineta un caballo rojo y vestía una *yubba* magrebí, echó pie a tierra y dio la bienvenida al emir. Se trataba del Condestable de Castilla, don Miguel Lucas de Iranzo. Después de los saludos pertinentes, precedidos de los abanderados, nos dirigimos al campamento; allí los soldados cristianos habían formado dos hileras por donde pasamos hasta la tienda real. Al punto apareció, rodeado de nobles y vasallos, el rey de Castilla. Don Enrique era de elevada estatura y se movía con cierta torpeza. Abu-l-Hasan desmontó e hizo ademán de besarle la mano, mas el castellano no lo permitió y con los brazos abiertos acogió al emir en un efusivo abrazo. El rostro del monarca quedó frente a nosotros apoyado sobre el hombro del emir. El rey cristiano

era un hombre avejentado, al que se le adivinaba cierta apatía. De su ancho rostro colgaban, flácidas, las mejillas rosadas, y llamaba la atención su nariz aplastada. Bajo el sombrero de terciopelo verde le asomaban unos mechones de pelo rubio ceniciento. Sus ojos azules e inquietos escrutaban al sultán. Ambos debían de haber cambiado mucho desde que cazaran juntos en los bosques de Segovia, cuando el joven Abu-l-Hasan era rehén de los cristianos. Durante aquel tiempo, compartieron su gran afición por la caza, trabando una buena amistad. Don Enrique gustaba de los usos y costumbres árabes y en la Corte mantenía una guardia de mercenarios musulmanes, reclutados en Granada.

En la tienda del rey de Castilla, se celebró un banquete servido a los soberanos con boato y rigurosa etiqueta. Para el ágape, Abul-Hasan se cambió de vestimenta y lucía una túnica carmesí y una capa grana, cubriéndose con un turbante blanco. Por su parte don Enrique vestía un jubón acolchado de brocado cuyas mangas y cuello estaban ribeteadas de piel de marta cibelina, calzas de raso azul y un manto de terciopelo gris. Los nobles ejercían el ministerio áulico, ofreciendo los manjares a uno y otro soberano en fuentes de plata.

Concluido el banquete, se procedió a rubricar el tratado de paz que quedó redactado en estos términos:

«En el nombre de Dios, Clemente y Misericordioso. Sepan cuantos esta carta vieren y oyeren, que Nos, Abu-l-Hasan Alí ibn Saad, siervo de Allah, príncipe de los musulmanes y sultán de Granada, Málaga, Almería, Ronda, Loja, Guadix, Baza y todos sus términos, accedemos gustoso a concertar con Vos augusto soberano don Enrique IV Rey de Castilla, de León, Toledo, Galicia. Sevilla, Córdoba, Murcia, Jaén, del Algarbe, Señor de Vizcaya y la Molina, una paz basada en la sinceridad y en la lealtad, por dos años a partir de la fecha de este documento. En virtud del cual, haremos cesar los daños y correrías de que vuestras tierras y lugares pudieran ser objeto por parte de los nuestros, y no daremos ocasión ni permiso para que ningún vasallo nuestro los lleve a cabo, ni por tierra ni por mar.

Y Vos por vuestra parte, seréis igualmente fiel y leal, manteniendo una alianza de paz con Nos y haréis cesar los daños y depredaciones contra todos nuestros territorios y vasallos en la tierra y en el mar.

Accedemos, igualmente, a que vengan a nuestras tierras todos los que deseen comerciar en cualquier clase de mercancías. Se les permitirá exportar cuantos artículos deseen y obtendrán completa seguridad sus personas y sus bienes, sin más que satisfacer que los obligados derechos en las aduanas con arreglo a la costumbre.

Y así mismo, todos los mercaderes que desde nuestro país se dirijan al vuestro, gozarán de absoluta seguridad de sus personas y sus bienes; y les será permitido exportar de vuestro territorio toda clase de mercancías, sin añadir ningún nuevo impuesto a los ya establecidos.

Aquí terminan las condiciones y os damos nuestra promesa formal y firme de cumplirlas, siempre que Vos las cumpláis en la forma que se hace constar en este

documento. A Dios ponemos por testigo entre Nos y Vos; a Él que es el mejor testigo.

Y para que así conste, ponemos nuestra firma y sello, en testimonio de que suscribimos las condiciones en él contenidas.

Escrito el décimo cuarto día del mes de Du-l-hiyya del año ochocientos setenta y cinco de la Hégira».

La firma del tratado de paz se celebró con una fiesta, donde los miembros de ambos séquitos confraternizaron, y en un ambiente alegre y cordial, el rey cristiano tomó un laúd y haciendo gala de su magnífica voz, nos deleitó con varias canciones.

Para el día siguiente, se acordó organizar una montería. Al amanecer, todo estaba dispuesto y la jornada se mostraba propicia para una gran cacería. El cielo limpio de nubes, permitía que un sol radiante iluminase los infinitos colores del otoño. El verde intenso de los pinos armonizaba con el oro cárdeno de los robles y entre los ocres del hayedo sobresalía el amarillo intenso de los chopos.

Cabalgando sobre arrogantes palafrenes, musulmanes y cristianos compitieron en destreza persiguiendo y alanceando jabalíes, lobos y venados. Un enorme jabalí, acosado por varios jinetes, se metió en el río. Para evitar su huida un joven montero cristiano, aligerándose de sus vestiduras, se arrojo al agua tras él, mas el animal se revolvió atacando a su perseguidor. Abu-l-Hasan, al observar el peligro que corría el muchacho, se adentró en las turbulentas aguas con su caballo, hasta mojar los estribos, alcanzando a la fiera con su lanza y rematándola con su espada. La acción del sultán fue celebrada con vítores por todos los que presenciamos la escena.

Al atardecer, varias decenas de piezas cobradas yacían inertes sobre la pradera. Tan pronto como oscureció, grandes hachones ardiendo por todas partes, iluminaron a una horda de hombres cubiertos de sangre y vísceras que desollaban y descuartizaban a los animales para ser asados en las hogueras.

La noche era hermosa y apacible; en los dos bandos se comió hasta el vómito. Con la panza llena comenzaron los cánticos y los gritos acompañados del sonido metálico de escudillas y calderos que los soldados hacían chocar entre sí, armando un gran alboroto. Para amenizar la pesada digestión, entre la soldadesca se inició una reñida competición de eructos y flatulencias, a cuál más sonoras, entre risotadas y canciones obscenas.

El vino hizo presa en los cristianos que apenas podían caminar, haciéndolo muchos a cuatro patas mientras cantaban maliciosas coplas en las que se mofaban de su rey, comparando los poderosos atributos de los sementales árabes, que el emir le había regalado, con la escasa potencia viril de don Enrique.

Se produjeron reyertas en las que resultaron varios heridos. Y el banquete pudo terminar en una batalla campal, por causa de unos soldados borrachos que profirieron insultos contra el Profeta, ¡con él sea la paz!, y mezclaron en las escudillas de la tropa granadina carne de jabalí, animal impuro para los musulmanes. Para evitar un baño de sangre, tuvo que intervenir la guardia del rey y del emir a fin de restablecer el orden entre los dos bandos. Mi amigo Alí, que había actuado activamente en imponer

la paz entre los revoltosos, me propuso dar un paseo en aquella cálida noche de luna llena. Hacía ya algún tiempo que no nos veíamos y teníamos muchas cosas que contarnos. Caminando por la orilla del río, observamos cómo algunos hombres desaparecían entre los árboles acompañados de las prostitutas. De pronto, cuando todo parecía estar en calma, nos sorprendió un tumulto de soldados gritando en torno a un gigante que sostenía sobre sus hombros a un asno que lanzaba furiosos rebuznos. Aquel hombre colosal, mas parecía un oso, tanto las manazas como sus robustos brazos aparecían cubiertos de pelo. Su larga cabellera y la barba hirsuta ocultaban un rostro, donde destacaban dos ojos rojizos como candiles entre la espesa pelambrera. Aquella bestia humana amenazaba con lanzar el burro al río, mientras un pobre desgraciado le imploraba que no lo hiciera. La algarabía era infernal. El hombre que suplicaba lo hacía en árabe, mientras que los soldados y el gigante gritaban en castellano. Intenté mediar haciendo de trujamán mas nadie me escuchaba. Alí, mucho más resolutivo, se abrió paso entre los soldados y sacando la daga, se la puso al gigante en la barriga. La corta estatura de mi migo quedaba en evidencia al lado de aquella mole inmensa, mas la hoja desnuda de su cuchillo desprendía un brillo que helaba la sangre. Bajo la sombra del gigante, Alí se mantenía tenso, como un alacrán con el aguijón presto para clavárselo a su víctima. El vocerío cesó, sólo el burro continuaba rebuznando de forma atroz. Alí apretó la punta de la daga en el voluminoso vientre del gigantón y con el brazo libre le indicó que liberase al asno. El hercúleo cristiano depositó lentamente, casi con delicadeza, al pobre animal sobre el suelo. Al inclinarse, nos llegó su aliento que apestaba a vino agrio. Oprimiendo aún más el arma contra el vientre del rumi, Alí pidió al hombre que se lamentaba en árabe, que le explicase el motivo de aquel alboroto.

—¡Señor! Yo soy un humilde curandero de Zafarraya, que siguiendo a la comitiva del sultán, nuestro Señor, he llegado hasta aquí dispuesto a remediar los males del cuerpo y del espíritu de todo aquél que sea menester. Algunos de estos soldados me pidieron ayuda para curar a un hombre que había resultado herido en una reyerta; el pobre desgraciado sangraba abundantemente por el muslo y la hemorragia era tal, que amenazaba con llevarlo al otro mundo. Yo le apliqué uno de mis ungüentos mágicos, y en el acto cesó el flujo de sangre; entonces estos hombres se lanzaron sobre mí para arrebatarme mis pócimas mágicas. Intenté calmarlos diciéndoles que dispondrían de mis remedios si lo hacían de uno en uno, mas ellos no me entienden, pues yo no hablo su lengua. En cuanto a éste —dijo dirigiéndose al gigante—, me derribó del burro, me golpeó y de no haber sido por tu intervención, habría arrojado mi asno al río con todos mis pertrechos, por lo que te estoy infinitamente agradecido.

Sin abandonar la expresión tensa y vigilante, Alí se dirigió a los cristianos y me pidió que tradujese sus palabras: «Diles que el curandero les venderá, por el precio que él estipule, los remedios que necesiten, mas tendrán que ponerse en fila y por este orden serán atendidos». Al gigante le conminó a que desapareciese de allí, si no quería ver sus intestinos esparcidos en el río. Mientras yo traducía sus palabras, Alí

recorría los rostros de aquellos hombres con una mirada desafiante y feroz.

Los soldados hablaron entre sí y entre murmullos formaron una fila. El curandero sacó de las alforjas varios tarros y orzas de barro y nos propuso a Alí y a mí compartir las ganancias del negocio si permanecíamos junto a él, protegiéndole de aquellos bárbaros. Aceptamos su propuesta y con las armas prestas flanqueamos al de Zafarraya. Yo, además, hacía las veces de intérprete.

Poco a poco, se iban sumando hombres a la fila, ya que el sanador tenía remedios para toda clase de males: grasa de lagarto para el reúma, espliego y almácigo para fortalecer el estómago, palo de áloe para aligerar el vientre, grano de saúco contra las flemas, polvo de alumbre para cortar las sangrías, eméticos contra el veneno, saumerios de nardo silvestre y jengibre para combatir las jaquecas, carminativos de hinojo para expulsar gases, perfume de algalia extraído del ano de una gata en celo para estimular el apetito sexual.

A un amante despechado, le vendió una pócima infalible para conquistar a la mujer deseada. Se trataba de un hombre deforme, un tanto jorobado, de ojos saltones y una nariz descomunal adornada de una llamativa verruga pilosa. El curandero echó mano del afrodisiaco más potente del que disponía; sacó de una bolsa una cajita que contenía un electuario compuesto de semilla de juncia y sándacara, grasa de erizo y canela. El amante debería tomar el afrodisiaco en una noche de luna llena, metérselo en la boca mezclándolo con su saliva y después pegárselo al pene. Al amanecer, antes de la salida del sol, desprendería el ungüento del miembro y lo introduciría en el interior de un pastel de miel, que enviaría a su amada. Con el primer bocado, el efecto sería inmediato y la dama se le entregaría presa de una pasión desenfrenada. El narigudo pagó el elixir mágico con una medalla de plata. El curandero no se fiaba de la moneda de los cristianos y exigía el pago en especie, de esta manera su bolsa se fue llenando de anillos, cadenas de oro y plata, aljófares, brazaletes, colgantes, broches, amuletos y otras prendas de desigual valor.

Comenzaba a clarear cuando despachó al último cliente, entonces volcó la bolsa de cuero y dividió el contenido en tres montones, repartiéndonos en partes iguales las suculentas ganancias. En el camino de regreso, me sentía dichoso con mi bolsa repleta de abalorios. Ciertamente no era el tesoro del rey Salomón, ¡con él sea la paz!, mas confiaba en que contribuiría a aumentar la dote y a ablandar el duro corazón del tío de Maryam.

El tratado de paz, trajo consigo un tiempo de sosiego y prosperidad. Los brazos ocupados en sostener las armas, ahora se aplicaban en las útiles faenas de labrar la tierra y elaborar la más bella artesanía. El agua, hábilmente conducida por manos expertas, vivificaba las tierras abandonadas por el miedo y la guerra. Pronto los campos se cubrieron de doradas espigas y los huertos se perfumaron con el aroma del azahar y la albahaca. Los rebaños, aunque dispersados y diezmados, podían pastar plácidamente sobre los verdes prados. De los talleres de los artesanos salían zarcillos, cadenetas, bandejas de bronce y jarras de plata repujada; en los telares se confeccionaban preciosos tejidos de seda y brocado, alfombras de lana, y piezas de tela de lino y algodón para ser vendidos en las ferias y mercados de Castilla. Y los zocos de Granada se llenaron de mercaderes castellanos, que venían en busca de manufacturas de lujo para satisfacer los gustos más refinados.

Las discusiones preliminares acerca de la dote nupcial fueron largas y laboriosas. Abu Yazid se mostraba inflexible a la hora de rebajar sus pretensiones y acordar los plazos para pagar la dote. Cuando al fin se llegó a un acuerdo, mi madre consultó al *munayyím* (astrólogo) la fecha más propicia para la boda, y ésta fue fijada para el último Viernes del mes de *Rabi al-Awwal*, después de la oración del medio día.

Aquel día desde muy temprano, mi madre, ayudada de otras mujeres y parientes, comenzó a preparar el banquete. La casa fue adornada con flores y perfumada con aromas de rosa y jazmín. La sala, donde acudirían los invitados, se llenó de bandejas de dátiles, higos y dulces de almendra. En la cocina se preparaban las ollas con gallinas asadas aderezadas con especias.

Una vez transcurrida la oración del medio día, mi hermano Ahmed y Abu Yazid fueron en busca del cadí, que redactó el contrato matrimonial.

Yo esperaba en mi casa, ardiendo en deseos de ver a mi amada. Tras una espera interminable, al fin, oí el dulce lamento de la *nay* (flauta). El viejo que la tocaba, encabezaba el cortejo y parecía embriagado por el ritmo de la música; de su rostro enjuto colgaba una barba de chivo y se movía con pasos lentos y movimientos ondulantes entre un enjambre de niños. Detrás, a lomos de una burra blanca, cubierta de la cabeza a los pies por un amplio manto de tul malva, Maryam apareció majestuosa, rodeada de sus familiares y de jóvenes doncellas que, solícitas, caminaban a su lado pendientes de sus deseos. Mi madre la recibió en nuestra casa y la hizo pasar hasta la habitación de las mujeres. En mi entorno se fueron congregando los hombres, que no cesaban de felicitarme hasta que empezó el banquete; todos comían y bebían felices, mas yo apenas probaba bocado pese a que mis amigos Alí y Qasim, entre risas socarronas, me animaban a reponer fuerzas para cumplir con los deberes de un buen esposo. A través de la puerta entre abierta, oía las estrepitosas risas de las mujeres, provocadas por las historias subidas de tono que se cuentan entre

ellas sobre sus experiencias en las noches de boda. De pronto desde el exterior, nos llegaron los rotundos golpes de unos tambores que se acercaban a nuestra casa. El bullicio de la fiesta se tornó en silencio y en todos los rostros apareció un gesto sombrío al ver entrar por la puerta a los exorcistas. Eran cinco hombres vestidos de negro y tocados con voluminosos turbantes blancos. Aunque la presencia de estos personajes es común en las bodas, el misterioso fetichismo que desprenden infunden inquietud y temor a cuantos los contemplan.

Con las miradas un tanto amedrentadas, observamos los giros vertiginosos y los significativos signos exotéricos que realizaban aquellos hombres. Después que desfilaron por todas las habitaciones, conjurando el mal de ojo y ahuyentando a los yinnis que se esconden en las casas, el más anciano de ellos se colocó ante mí, elevó los brazos por encima de su cabeza y en el acto cesó el retumbar de los tambores; tanto él como sus compañeros se inclinaron en una profunda reverencia, dando por concluido el exorcismo. Yo les di unas monedas y mi hermana Leyla y otras mujeres les obsequiaron con una escudilla de comida.

Apenas los exorcistas abandonaron la casa, volvió el jolgorio y la algarabía. Algunos muchachos, tocando unos panderos, se arrancaron a bailar moviendo los brazos y las caderas de forma provocativa. Los cánticos y los bailes se alargaron hasta bien entrada la noche.

A la hora convenida, mi amigo Alí me dio un golpe en la espalda y con un guiño de complicidad lleno de picardía, me indicó que era el momento de reunirme con mi esposa.

Cuando entré en la alcoba, sumida en la penumbra, descubrí a Maryam, junto a la ventana, acompañada de dos muchachas que desaparecieron al verme entrar. Una luna en cuarto creciente colgaba sobre la medina y una claridad metálica se extendía sobre las colinas diluyéndose en el valle. Lentamente me acerqué a ella y retiré el *litham* (velo) de su rostro. Ella permanecía inmóvil con la mirada baja. Acaricié su pelo teñido de alheña. Mis manos buscaron las suyas y sentí el roce dulce de su piel. En la oscuridad, adivinaba su cuerpo menudo y joven. Y en el silencio escuché el susurro de su respiración acelerada. Cuando me aproximé a su boca temblorosa y besé sus labios húmedos, percibí en sus ojos el brillo del deseo. Abrazados nos tendimos sobre el lecho. La redondez tibia de sus formas, se recortaba en el haz de luz de la ventana. Su piel parecía diluirse al contacto de las yemas de mis dedos. Al descubrir sus pechos, exponiéndolos al fresco de la noche, los carnosos pezones se irguieron suculentos ante mi boca. Nos acariciamos con la emoción vibrante de la primera vez, sintiendo el escalofrío del deseo. Deslizándome por el húmedo valle del deleite, penetré el angosto umbral del jardín de las delicias. El líquido secreto inundaba nuestros cuerpos y los corazones latían vertiginosamente. Mis manos ávidas recorrieron su cuerpo estremecido y palpé entre los muslos el cálido y denso tacto de la sangre. La desfloración se había consumado en el arrebatador éxtasis del placer.

Al amanecer aún se escuchaban los cánticos, un tanto cansinos, de algunos

invitados que habían decidido permanecer toda la noche, para examinar la sábana y certificar la validez del matrimonio. Cada día, tras una jornada agotadora, aguardaba impaciente la conclusión de mi trabajo para acudir a mi casa y encontrarme con mi esposa. Entonces se iniciaban los momentos más felices para nosotros. Eran las gotas de miel que endulzaban nuestra vida. Recostado sobre un almohadón, contemplaba extasiado cómo Maryam se movía con gracia para que todo estuviera dispuesto para mi reposo. Al saberse observada, sonreía halagada y, con suma ternura, enjuagaba mis cansados pies con agua tibia, mientras susurraba una dulce *qasida*, llenando de alegría aquella habitación, donde cada rincón era testigo de las intensas caricias que nos prodigábamos. Colmados de deseo, nos amábamos apasionadamente.

A primera hora del día, cuando la deslumbrante luz de la mañana inundaba los patios, pugnando por penetrar en las alcobas a través de los ajimeces del harén, las concubinas se dirigían al *hammam*.

Perfumes de néctar de jazmín, nenúfar y azahar; esencias de la India y Arabia, conseguidas a través de los eunucos que se enriquecían con los caprichos de las más coquetas, se escapaban por las celosías y claraboyas de los baños, llenando el aire de exquisitas fragancias. En la Sala del Reposo, cremas, afeites y toda clase de ungüentos aromáticos eran aplicados por las esclavas sobre los cuerpos desnudos de las concubinas.

En las estancias más recónditas quedaban las menstruantes, lejos de la mirada del sultán, soportando con dudosa resignación el periodo impuro.

Con la elocuencia de Sahrazad, Maryam me narraba cómo transcurría la vida en las cámaras íntimas del palacio. Gracias a sus detalladas descripciones, mis ojos podían ver a través de los suyos lo que acontecía en las estancias prohibidas de la Alhambra. Privilegio del que un hombre no castrado jamás podría gozar, ya que si algún desdichado burlaba la vigilancia de los eunucos y se introducía en el gineceo, el castigo que recibía era peor que la muerte: al infractor se le arrancaban los ojos y le cortaban la lengua; lo primero como castigo a su profanación y lo segundo para que no pudiese contar lo que sus ojos habían visto.

Maryam me desveló que aquel lugar, que yo tenía por voluptuoso y paradisiaco, era en realidad un nido de intrigas, celos y mezquindades; donde todos buscaban la obtención de prebendas a costa del desprestigio de sus adversarios.

La rivalidad entre las concubinas por disputarse los favores del sultán y alcanzar el rango de *umm walad* (princesa madre) no tenía límites; la falta de escrúpulos por eclipsar a las competidoras les llevaba a la insidia, la calumnia e incluso el asesinato. Muchas de ellas eran portadoras de venenos, sortilegios o hechizos que provocaban desfallecimientos inesperados o enfermedades incurables a la rival.

Sobre todos estos altercados gravitaba con todo su peso, el inmenso poder de la *Sayyida*, a quién nada quedaba fuera de su control y para ello contaba con la ayuda de Rayham, el taimado jefe de los eunucos, que la servía con fidelidad perruna.

La *Sayyida*, Fâtîma bint Muhammad la Horra, era una mujer hermosa de piel morena, de amplias caderas y rostro anguloso y enérgico; la boca grande y carnosa se fruncía en un rictus altivo; el abundante kohl alrededor de sus ojos acentuaba la dureza de su mirada y el fuego de sus pupilas amedrentaba y fascinaba a la vez. La Horra intuyó pronto que la pasión que despertaba en el sultán la cautiva de Martos, representaba un peligro mayor que el acostumbrado arrebato pasajero, que su esposo solía mostrar por una concubina recién llegada al harén. Rayham le había informado de que la *rumiyya* gozaba de privilegios impropios de una vulgar concubina. Poseía

aposento privado y disponía de esclavas con dedicación exclusiva a su servicio, por órdenes directas del sultán. Los celos agriaron el carácter, ya de por sí fuerte y autoritario, de la Sayyida. Sus temidos ataques de ira se hicieron más frecuentes y terribles, sometiendo a castigos ejemplares a quien osaba contrariarla. Envuelta en velos de seda, dejando tras sí un intenso rastro de perfume de sándalo y al frente de una corte de siervas de probada lealtad, que la tenían informada de cuantos chismes corrían por el harén, Fâtîma la Horra recorría las estancias con paso enérgico, haciendo tintinear las numerosas pulseras de oro con que adornaba sus carnosos brazos, dando órdenes, hostigando a la servidumbre, buscando sorprender la negligencia de alguna esclava a la que hacía azotar sin piedad.

La cautiva cristiana se llamaba Isabel de Solís, mas el sultán eligió para ella el nombre de Zoraya. Se dice que, al verla por primera vez, Abu-l-Hasan exclamó: «¡Hoy mis ojos han visto al Lucero del Alba brillar en pleno día! Allah, ensalzado sea, ha querido que Zoraya, la estrella de la mañana, la más bella del firmamento, ilumine mi palacio».

Zoraya estaba rodeada de una servidumbre de doncellas y esclavas escogidas por el sultán, para que velaran por su seguridad y complacieran sus caprichos y deseos más ínfimos. Entre ellas, había varias cautivas cristianas que hablaban su lengua y que la acogieron con grandes muestras de cariño. Ellas se ocuparon de mostrarle las estancias reservadas del harén, divirtiéndose al oír pronunciar a Isabel los nombres árabes, que ellas ya dominaban. La magnificencia de la Alhambra impresionó sobremanera a la joven cristiana. El lujo de las estancias del palacio la hacían enmudecer de asombro. Sorprendida contemplaba cómo personajes, vestidos con fastuosos ropajes, se inclinaban en corteses reverencias a su paso. Tupidas alfombras de lana, con vistosos dibujos vegetales y geométricos en colores de indescriptible belleza, cubrían el pavimento de las salas. De los techos colgaban las yeserías de mocárabes goteando en forma de estalactitas doradas. Las paredes aparecían adornadas con versos de poetas andalusíes y preciosos bajorrelieves policromados. Y en los patios, el agua corría por canales de bruñido mármol, deslizándose por un bosque de columnas de alabastro, que desembocaban en bellísimas fuentes en forma de leones de cuyas fauces brotaba el líquido cristalino. Los jardines, rebosantes de flores y plantas aromáticas, estaban poblados de aves exóticas y, entre la maraña de rosales, arrayanes y mimosas, pájaros de plumaje multicolor cantaban en preciosas jaulas doradas.

El primer día de su estancia en Palacio, el dulce y melodioso sonido del laúd de Maryam fue el encargado de despertar a Zoraya del profundo sueño, propio de sus 16 años. La cautiva con los ojos aletargados se revolvió entre las sábanas y observó a través del transparente tul del baldaquino cómo varias esclavas, portando aguamaniles con agua de rosas, bandejas de frutas y pastelillos de queso y miel, irrumpían en su aposento y se postraban respetuosamente en torno a su cama. Un tanto desconcertada, la cristiana se sentó sobre el lecho cuando una doncella, de dulce

rostro y mirada inteligente, se acercó a ella y la saludo en su lengua con estas palabras: «Tened confianza, mi señora. Sé cuán extraño resultará para vos esta nueva vida, mas yo estoy aquí para servios. Mi nombre es Qatr al-Nadâ (Gota de Rocío) y he sido elegida por nuestro señor, el sultán ¡qué Allah guarde!, para cuidar de vos y ayudaos en todo lo que preciséis».

Al oír estas palabras, el recelo se borró de su mirada y Qatr alNadâ pasó a presentarle a las siervas que formarían su séquito: Jalwa, la encargada del vestuario; Dhabyah, maestra de ceremonias, experta en las costumbres y el protocolo de la Corte; Un'm, su nombre significa delicia, y haciendo honor a él, aquella muchacha deliciosa, de rostro alegre y ojos risueños, se encargaría de divertirla con juegos, acertijos e historias legendarias que sabía narrar de forma magistral; Hind, cuyas prodigiosas manos dominaban el arte del masaje y el maquillaje; Umara, la maestra de árabe; y Ladda, la joven negra que, como fiel guardián, permanecería a su lado día y noche pendiente de todos sus deseos y necesidades.

El día señalado para hacer su presentación ante el sultán, Zoraya, guiada por sus doncellas, fue conducida al *hammam*. En la sala templada, le ofrecieron dátiles y agua con esencia de menta. Cuando las esclavas comenzaron a desvestirla, la cristiana cerró los ojos y se dejó hacer. De los braseros, ascendía una sutil fragancia de benjuí. Y la luz danzarina de una lámpara apenas iluminaba la estancia donde unas esclavas medio desnudas tendieron a la *rumiyya* y la rociaron con agua tibia. Tres mujeres comenzaron a darle masajes hasta adormecerla en la grata penumbra de la sala, donde solo se oía el murmullo del agua y las dulces notas del laúd. En aquel estado de somnolencia, manos expertas llevaron a cabo la depilación completa de todo el cuerpo, incluido el pubis. A continuación, pasaron al cuarto del agua caliente. Densos velos de vapor envolvieron los cuerpos sudorosos de las esclavas. Rayos de luz tornasolada caían en cascada desde la cúpula, a través de las claraboyas en forma de estrellas. Cuidadosamente, Zoraya fue sumergida en una pila de mármol cubierta de pétalos de rosas. Al salir del baño, su belleza deslumbraba. El agua chorreaba sobre su piel de nácar. Los hombros, redondos y proporcionados, aparecían semicubiertos por una melena oscura con reflejos dorados, derramándose sobre la espalda hasta el angosto talle. Las caderas se enmarcaban en dos curvas de armoniosas proporciones. Las esclavas se apresuraron a cubrir su cuerpo con un grueso albornoz y la acompañaron hasta la Sala del Reposo donde la sentaron sobre una alcatifa de terciopelo.

Hind, la ungió con aceite de nenufar y algalia de la India, aromatizó sus cabellos con esencia de cardamomo, iluminó la piel con albayalde y coloreó levemente sus mejillas con arrebol. Los ojos los sombreó con carbón de mirto y le pintó en las manos y los pies los signos de la suerte con alheña.

Poco después, se presentó Jalwa seguida de varias sirvientas portando en sus brazos vestidos, joyas y aderezos para que la cristiana eligiera el que fuera de su agrado. Escogió una túnica de seda turquesa de amplias mangas, bordada en oro, con

botones de perlas. Y ciñó su talle con un ancho cinturón de pedrería. Al cuello se colgó una sarta de collares de coral y ámbar. Se calzó los pies con unos zapatos de tafilete bordados de tafetán verde. Sobre la cabeza, Hind le colocó un tocado compuesto de perlas y esmeraldas que cubría parte de la frente, y del que pendía una perla, en forma de lágrima, entre sus cejas. Cuando Qatr al-Nadâ le puso delante el espejo, la joven cristiana se vio tan bella que sus ojos se iluminaron con una sonrisa y en su rostro se disipó la tristeza de su cautiverio.

A continuación, Dhabyah le instruyó sobre las reglas que rigen el protocolo. Cuando, escoltada por los eunucos, se presentase ante el sultán, tendría que realizar las inclinaciones protocolarias, siempre con la mirada baja y una leve inclinación de cabeza para agradecer el regalo. El sultán solía ofrecer un presente a la concubina elegida y Umara le haría aprender las palabras árabes necesarias en esta clase de rituales.

Comenzó la ceremonia, y todo transcurría según lo previsto, cuando ocurrió algo inesperado. Apenas se habían cerrado las puertas de la sala, los eunucos salieron cuchicheando como viejas cotorras. Al parecer, el sultán había roto el protocolo y, sin esperar a que la concubina fuera presentada, Abu-l-Hasan se acercó a Zoraya y, en un gesto jamás visto, acarició la mejilla de la joven y poniéndole la mano bajo la barbilla la hizo mirarle a los ojos al tiempo que le musitaba palabras poéticas: «Cuando levantas la mirada —susurró el emir con ternura— las estrellas palidecen eclipsadas por el brillo de tus ojos y la nieve que corona las montañas envidian la blancura de tu piel. Los genios te han hecho tan bella, como los ángeles que acompañaron al Profeta en su místico viaje al paraíso».

El sultán ordenó a los eunucos que le dejasen a solas con la cautiva y mandó anular todas las audiencias hasta nueva orden. Después, ambos desaparecieron y no se les vio durante días. El visir andaba con el ceño fruncido, pues el emir se había despreocupado de los asuntos de gobierno y los documentos pendientes de firma se amontonaban en el Mexuar.

Un revuelo de comentarios y chismes penetró como una ráfaga de viento fresco en pleno estío en el mundo hermético del harén, y un susurro corrió de boca en boca por las estancias del palacio: «una bellísima cristiana había hechizado al sultán con sus encantos».

Al cabo de un tiempo, se les vio en el jardín del *al-Arif*.

Embelesados, ignorando al mundo, henchidos de felicidad, paseaban su dicha por el huerto de los naranjos, escuchando el murmullo del agua, perdiéndose en un denso jardín de helechos, adelfas y azaleas.

Se dice, que cada día el sultán regala a Zoraya una joya a cuál más bella, cubriendo sus brazos con ajorcas de oro y sus dedos con anillos de zafiros, rubíes y diamantes.

Cuando Rayham, tras una profunda reverencia, abandonó la sala privada de la *Sayyida*, las esclavas observaron amedrentadas cómo los ojos negros de la sultana

desbordaban una furia que las hizo temblar. Su voluminoso cuerpo, apoyado sobre los mullidos almadraques, se agitaba inquieto. Sus puños se aferraban a los almohadones en un intento por contener la ira. Las esclavas estaban pendientes de que no faltasen en la bandeja los pasteles de almendra, que a la *Sayyida* le gustaba comer sin parar cuando su carácter estaba contrariado. Con la mirada perdida y los dientes apretados mascullaba sus pensamientos: «Aquel desgobierno no se podía tolerar. Había intentado varias veces hablar con el emir, mas éste no la recibía; y ahora Rayham le traía una noticia inquietante: «Zoraya estaba encinta».

Y no era lo peor verse postergada por una concubina. Si el fruto bastardo de aquella cópula resultaba ser un varón, podrían peligrar los derechos al trono de su hijo. La dinastía Nasrí no podía verse adulterada por el hijo de una *rumiyya*. Había que impedirlo a toda costa. Cuando un sultán se volvía incompetente o idiota, no había más remedio qué, por el bien del país, apartarlo del poder. Sabía que para sus planes, podía contar con sus fieles Abencerrajes y con el visir Ibn al-As'ar; por el contrario, tenía en su contra a los Legitimistas y por tanto a los Venegas, esa familia de renegados que, practicando la adulación, se habían adueñado de la voluntad del emir. Y como antiguos cristianos, no verían con malos ojos que en el trono de Granada se sentara el hijo de la *rumiyya*».

En el entorno de Zoraya comenzaron a ocurrir cosas extrañas. Umara, la maestra de árabe, enfermó repentinamente de cuartanas. Una mañana, en la que Jalwa se disponía a ordenar el vestuario, descubrió horrorizada una víbora en el baúl que contenía los vestidos de Zoraya. Un tiempo después, Dhabyah, al pisar un peldaño en el que alguien dejó caer unas gotas de aceite, la hizo resbalar por una escalera, rompiéndose una pierna. Mas cierto día, Maryam fue testigo del acontecimiento que llenó de horror a todo el harén, y cuyas consecuencias hicieron tambalearse al emirato. Hacía varios días que Zoraya acusaba de forma intensa las molestias del embarazo. La comida le producía náuseas. Las esclavas se esmeraban en servirle los mejores manjares, mas su estómago lo rechazaba todo, incluso el agua de menta. Una tarde en qué, como de costumbre, había rehusado, sin probarlos, todos los platos, una esclava le ofreció una bandeja de buñuelos de hojaldre rellenos de vainilla y nueces, su pastel preferido. Zoraya agradeció el gesto con una sonrisa, mas con la mano hizo un movimiento de rechazo. La favorita del sultán había adelgazado y se encontraba un tanto deprimida. Un'm, la narradora de cuentos, pidió a Maryam que tocase algo alegre para levantar el ánimo de la Señora y Qatr al-Nadâ, en un intento de animarla a comer, tomó un buñuelo y saboreándolo con glotonería exclamó: «¡Señora, está delicioso!». Apenas terminó de decir estas palabras, todos observaron con horror cómo, en un gesto desesperado, abría la boca para expulsar el bocado. Su rostro se desfiguró en una mueca horrible y se tornó pálido, y después adquirió un tono cerúleo. Su cuerpo se dobló y quedó tendido en el suelo entre terribles espasmos. Qatr al-Nadâ murió al instante.

A continuación se desató un tremendo alboroto, gritos, voces, carreras de eunucos

y esclavas. Zoraya, muy pálida, fue sacada de la sala por los eunucos. Rayham, con voz estridente, comenzó a dar órdenes y a tomar decisiones para restaurar el orden. Arrestó a varias esclavas y las sometió a tortura.

Era evidente que el veneno iba destinado a Zoraya. Rayham era el máximo responsable de la seguridad del harén ante el emir y tendría que rendir cuentas de lo ocurrido descubriendo al culpable.

Todos los indicios apuntaban a la sultana, mas el jefe de los eunucos hizo todo lo posible para torcer la versión de los hechos a fin de salvar a la *Sayyida* y a sus cómplices, entre los que él se encontraba. Para ello era necesario deshacerse de los testigos. A Maryam se le retiró el salvoconducto que le permitía el acceso a Palacio y fue despedida. Rayham borró toda huella que pudiera involucrarle. Pero una esclava, que trabaja en las cocinas, se fue de la lengua más de lo conveniente. El astuto Rayham olió el peligro y para salvar su pellejo, traicionó a la *Sayyida* y se convirtió en el principal delator. El eunuco maniobró con habilidad y no sólo salvo el cuello, sino que salió reforzado, aumentando su influencia en la Corte. Mientras, en Granada se desataba una caza de hechiceras y envenenadoras. Las torturas surtieron efecto y las delaciones llenaron las mazmorras de sospechosos.

Fâtîma la Horra fue repudiada por el sultán y expulsada de la Alhambra, siendo recluida en el palacio de Dar al-Horra, en el barrio del Albaycín, donde los partidarios de la *Sayyida* se levantaron en armas.

Los Abencerrajes consideraron causa de guerra el ultraje que el sultán infirió a su legítima esposa, hija del gran Muhammad el Zurdo, y se declararon en rebeldía en *Medina Malaqa*, proclamando emir al hermano del sultán.

Las rebeliones del Albaycín y Málaga fueron ahogadas en un baño de sangre y el visir, que era el cabecilla, fue ejecutado; mas el escurridizo Rayham se ganó la voluntad del sultán y mantuvo su alto cargo de *Fatâ al-Qebir*.

Zoraya dio a luz un varón al que se le impuso el nombre de Saad. El pueblo acogió con frialdad la noticia, pues aunque Zoraya había renegado de su religión y abrazó el Islám, los granadinos la consideraban una extranjera, culpable de haber hechizado al sultán, creando la discordia y la división en la Corte.

La repudiada Fâtîma, recluida en su palacio de Dar al-Horra, rodeada de sus hijos y sus fieles vasallos, fomentaba con su desgracia la compasión del pueblo y calentaba los ánimos de sus partidarios.

En los baños y zocos de Granada no se hablaba de otra cosa: «El hijo de la *rumiyya* sería nombrado heredero al trono, en detrimento del príncipe Abu Abd Allah».

Al comentarlo en mi casa, mi madre, en tono fatalista, se lamentó:

—La Horra y sus partidarios no lo permitirán y volverá la guerra. ¡Que Allah nos ampare!

Maryam me miró de forma que, sin hablar, supe lo que sus ojos me decían. Sin duda envidiaba a Zoraya. Ella, también, querría darme un hijo, mas el tiempo pasaba y nuestra unión no daba fruto. Desde hacía algún tiempo, una sombra de tristeza y preocupación había velado su rostro. Impulsada por la inquietud y el desasosiego, consultó a astrólogos, visitó curanderos y brujas; probó bebedizos, ungüentos y sahumerios. En las noches de luna llena, se embadurnaba el vientre con un aceite que desprendía un fuerte olor resinoso. Y cada vez que teníamos unión carnal, una vez consumado el acto, se aplicaba entre las piernas un pesario de lana impregnado de un ungüento de nardo y almáciga con el fin de retener el semen.

Como quiera que ninguno de aquellos remedios surtían el efecto deseado, decidí visitar a mi amigo el médico judío, Samuel ibn Yehudah, y pedirle consejo sobre este asunto.

Lo encontré en el aposento que le había sido asignado, en el ala oriental del palacio de los Venegas. Sentado junto a un amplio ventanal, leía un tratado escrito en hebreo de Ibn Maymûm (Maimónides); estaba acompañado del joven lisiado que tenía por ayudante y que, apoyado sobre una mesa, maceraba en un cuenco unas aromáticas hojas de espliego.

Con una amplia sonrisa, Ibn Yehudah me señaló un cojín frente a él, invitándome a que tomara asiento. Su aspecto había mejorado sensiblemente, el raído kaftán había sido sustituido por una túnica de algodón y el viejo turbante por un bonete de terciopelo azul; aunque su cuerpo magro y su rostro enjuto proclamaban que seguía llevando una vida austera.

—Mi querido amigo, debes ser paciente —me indicó el médico judío, una vez que me hubo escuchado atentamente—. Hay veces que la unión carnal necesita un largo tiempo para que el acoplamiento sea el indicado para engendrar. Sé delicado y

cariñoso con tu esposa antes de tomarla. No actúes contra natura, ya sabes que Allah, ¡loado sea!, ha señalado una forma común a todos los hombres. Si obras de manera distinta, tu semilla caerá en campo baldío y por tanto no habrá fruto.

—Estimado *hakím*, aunque no me considero un experto, creo actuar de forma correcta en estos menesteres.

—¿Puedes ser un poco más explícito? —me pidió el médico.

—Verás —dije bajando la voz para que su ayudante no oyera los detalles de una conversación tan íntima—, siempre que mi esposa y yo nos tendemos sobre el lecho y juntamos nuestros cuerpos, pongo todo mi empeño en que la simiente se derrame en el receptáculo que Allah ha dispuesto en la mujer para engendrar hijos, entonces elevo una plegaria al Todopoderoso rogando que el acto sea fecundo. Luego, me separo de ella y realizo mis abluciones.

—Tu actuación, en principio, es correcta mas has de procurar mantenerte unido a tu esposa de modo que la eyaculación no se produzca a destiempo, impidiendo que el semen llegue al lugar adecuado. Debes tener en cuenta, que la mayoría de las mujeres precisan de más tiempo que el hombre para emitir su esperma; y esto puede ser causa de que no haya fecundación. El varón debe ser sumamente cuidadoso en esto y retardar la expulsión del humor fecundador, a fin de que la unión de los dos espermas asegure el embarazo.

Hizo una pausa para cerciorarse de que había entendido sus palabras. Yo asentí con la cabeza, aunque he de reconocer que no estaba muy seguro de ello, y el médico continuó:

—Aparte de lo que te acabo de explicar, existen diversas causas por las que ciertas mujeres no pueden concebir. Suelen ser estériles, aquellas que tienen menstruaciones escasas y retienen el flujo, obstruyendo las vías por donde fluye el semen del varón; esto les ocurre a las esclavas que realizan los trabajos más duros y sus periodos son infrecuentes. Las mujeres negras segregan poco flujo y necesitan varias cópulas para ser fecundadas. Por el contrario, las de piel blanca lechosa menstrúan abundantemente y son prolíficas. Las excesivamente gruesas tienen dificultad para engendrar, por tener obstruido el conducto a causa de la grasa. Mas las de complexión seca son estériles porque su vientre es yermo. Debo advertirte, que hay varones cuyo esperma es infecundo. Si el semen del esposo es débil o escaso, conviene que se abstenga durante un tiempo de cohabitar con su esposa, así el deseo carnal de ambos aumentará y el marido acumulará más cantidad de esperma. La melancolía, el insomnio o el hastío restan vigor al *qadhib* (pene) para realizar la coyunda; y hay casos, en los que una deformidad en los órganos reproductores del hombre hace imposible la cópula. En tal caso, solo queda confiar en Allah ¡ensalzado sea!

Después de oír al médico, quedé un tanto perplejo, nunca imaginé que existieran tantos impedimentos para engendrar un hijo.

Cuando Maryam me preguntó por el resultado de mi visita al *haqím*, solo pude

contestarle: «Todo está en manos del Todopoderoso. Tendremos hijos si Dios lo quiere».

Poco después, en mi cabeza comenzó a bullir un pensamiento que se fue afianzando día a día: tal vez era voluntad de Allah que tomara otra esposa.

Zubayda era una pobre viuda de 18 años que tenía dos hijos. Todos los días acudía al palacio de los Venegas mendigando algo de sustento para alimentar a sus pequeños. Los entristecidos ojos de aquella desdichada mujer joven me producían una profunda conmoción de afecto y ternura. Siempre que tenía ocasión, compartía con ella mi ración de comida. De esta manera, llegué a ganarme su confianza y a descubrir su carácter dócil y apacible. Si buscaba una esposa fértil, ¿por qué no ella? Puesto que tenía dos hijos, su fecundidad estaba garantizada. Convencido de que Allah ¡loado sea! había puesto a aquella mujer en mi camino, me dispuse a borrar de aquellos enormes ojos negros la tristeza y la desconfianza de quien ha sido golpeado por la adversidad y la miseria. Maryam guardó el amargo dolor que le produjo mi decisión en un profundo silencio, el brillo de sus ojos se apagó y su mirada esquiva estaba dominada por el recelo. La tranquilicé con la promesa de que no sería repudiada, mis sentimientos hacia ella no habían cambiado y mi deseo era que permaneciera a mi lado. Zubayda se entregó a mis brazos con la alegría y la avidez de quien se ha visto privado, durante largo tiempo, del goce carnal. Sus manos, aunque encallecidas por el trabajo, sabían acariciar con ternura y sus labios agrietados por el frío besaban con dulzura y pasión. Nuestros cuerpos se unían con frenesí, envueltos en tiernos abrazos que me colmaban de un gozo sereno y cálido. Transcurrió un año, y a pesar de nuestro empeño no se producía el deseado embarazo. Un día, Zubayda me reveló que había visto a Maryam aserrar cuernos de macho cabrío y quemar el serrín en la alcoba, y esto impedía que nuestra unión fuera fecunda. Hice cerrar la habitación y me guardé la llave. Cuando recriminé a Maryam su incorrecto proceder, ella me dijo que los sahumerios que realizaba eran por consejo de una bruja para librarme del mal de ojo, ya que la hechicera le había asegurado que yo no podía tener hijos debido a que, desde mi niñez, pesaba sobre mí un mal que me impedía procrear. Me mostré indignado por semejante patraña y la prohibí visitar a esa clase de gente que le llenaba la cabeza de necedades. Entonces, ella me propuso someternos los tres a la prueba del orín. Debíamos regar con nuestra orina tres tallos de ajedrea, a la puesta del sol. Al día siguiente el tallo que apareciese seco, señalaría quien era estéril.

Me negué en rotundo a aceptar su proposición, convencido de que se trataba de una superchería, mas la idea no se iba de mi mente y me intrigaba, cada vez más, cual podía ser el resultado de la prueba.

Cuando el sol comenzó a apagarse permitiendo que aparecieran las primeras estrellas, nos dirigimos al huerto de Ahmed alMalahí, donde crece la ajedrea, una hierva que los antiguos griegos tenían por afrodisiaca y era consumida por los sátiros. Derramamos nuestros respectivos orines sobre tres tallos. Maryam señaló el suyo con una piedra roja, Zubayda hizo lo propio con una piedra blanca y yo con una gris.

Al día siguiente, después de la primera oración, fuimos al huerto y cuál fue mi sorpresa al descubrir que el tallo de la piedra gris aparecía mustio y marchito, mientras que los otros se mostraban vivos y lozanos.

Maryam me miró a los ojos con una enigmática sonrisa y exclamó:

—¡Todo está en manos de Dios!

—¡Insh'Allah! —murmuré resignado.

Al concluir la tregua, los guerreros beréberes estaban ávidos de pelea. Aquellos hombres entregados al ejercicio de las armas contra el infiel, a duras penas soportaban el tiempo de armisticio que les privaba del deleite de cabalgar por los azarosos territorios de la frontera, donde ganaban fama y fortuna.

A petición de sus generales, Abu-l-Hasan destacó una fuerte columna de caballería, al mando de bizarros caudillos, para que realizaran una operación de castigo, en la comarca de la odiada Orden de Calatrava.

El Conde de Cabra, aliado del sultán, facilitó el paso de la tropa granadina por Alcaudete. Los jinetes africanos cayeron por sorpresa sobre las villas de Santiago y la Higuera, capturando un rico botín de acémilas y ganado. Entraron a sangre y fuego en los términos de Porcuna y Martos, saqueando iglesias y monasterios, apoderándose de gran cantidad de objetos religiosos de oro y plata. Victoriosos y altivos volvieron a Granada, exhibiendo como trofeo a más de cuatrocientos cautivos, ganado y recuaje, así como un rico tesoro en metales preciosos.

La respuesta de los cristianos no tardó en llegar. El aguerrido Rodrigo Ponce de León, al frente de su hueste, tomó por sorpresa la estratégica villa de Cardela.

En Granada causó gran conmoción la pérdida de aquella fortaleza, considerada la avanzada del reino, ante cuyas murallas siempre habían fracasado los innumerables intentos que los rumis hicieran por poseerla. Pronto se formó un numeroso contingente de voluntarios que, con más entusiasmo que orden, se apresuraron a partir alegremente a la reconquista de Cardela. La expedición fue un fracaso. Más de la mitad de los hombres perdió la vida a manos de los cristianos, quienes pusieron en fuga a los supervivientes, que regresaron a Granada llenos de vergüenza y oprobio.

Abu-l-Hasan prometió venganza y se aprestó de inmediato a reunir su tropa para recuperar Cardela.

Cuando al mando de su ejército, el sultán estuvo ante la ciudad, comprobó que los cristianos habían construido matacanes de madera en las almenas y reforzaron las murallas con grandes piedras y argamasa. Los defensores, bien abastecidos de víveres y municiones, se asomaban desafiantes por el torreón de la fortaleza, armados hasta los dientes. Sin arredrarse ante tales obstáculos, Abu-l-Hasan ordenó el asalto de la ciudadela. Las campanas, que los cristianos habían colgado en el alminar de la mezquita, tocaron a rebato y una nube de dardos, bolas de fuego y piedras cayó sobre los asaltantes. Para cubrir a éstos del fuego enemigo, nuestros arqueros tensaron con sus pies los formidables arcos de largo alcance lanzando, con gran destreza, una andanada de flechas incendiarias.

Ahmed *al-Zegri*, a la cabeza de sus gomeres, logró llegar hasta las puertas de la villa y las prendió fuego. Los temibles guerreros africanos rompieron las defensas y penetraron en la ciudadela, sembrando el pánico entre sus habitantes. En medio de

lamentos horrorosos y confuso griterío, algunos cristianos se arrojaban desde las almenas huyendo de los afilados aceros de los gomeres; otros se refugiaron en la fortaleza. Allí resistieron deforma heroica. Tras varios días de agotadora lucha, rodeados de enemigos y con su alcaide herido, los cristianos izaron la bandera de parlamento. Bernal Díaz, alcaide de la plaza, pidió se respetase la vida de sus soldados a cambio de la rendición. Abu-l-Hasan, magnánimo, aceptó el trato y dejó en libertad a aquellos hombres, que tan bravamente habían luchado.

El pendón de Granada volvía a ondear sobre los baluartes conquistados. La mezquita fue desposeída de todos los símbolos del culto cristiano, y el emir presidió en ella una oración de acción de gracias. Satisfecho, el sultán alzó sus reales y, cargado con las campanas de Cardela, entró triunfante en Granada.

Los éxitos militares se sucedían sin parar, Cieza, Villacarrillo, las tierras de Murcia, Jaén y la comarca de Antequera fueron testigos de las victoriosas cabalgadas de los jinetes granadinos. Abul-Hasan está en el cénit de su esplendor. Granada florece próspera. Las arcas del estado están repletas de los tesoros obtenidos en las conquistas. El espíritu del Islam se cumple. Los castillos se fortalecen y se amplían las fronteras. Después de mucho tiempo, un príncipe andalusí es temido y respetado por los reyes cristianos.

Abu-l-Hasan, altivo y orgulloso, quiso mostrar su poderío con una gran Parada militar en la explana de la al-Musara, como jamás se había visto. El sultán ordenó que siete mil jinetes y cincuenta mil infantes desfilaran, luciendo sus mejores galas, ante él y su pueblo así como de las representaciones extranjeras acreditadas en Granada.

Con aquella demostración de fuerza, el sultán pretendía infundir temor a sus enemigos y justificar ante sus súbditos los elevados impuestos que padecían.

Delante de *Bab al-Godor* se levantó un lujoso pabellón, desde el cual el emir y los nobles pudiesen presenciar el desfile. Convocados a participar en la Parada militar, llegaron los principales caballeros del reino con sus huestes, sobre corceles bellamente paramentados. Sobresalían por el lujo y esplendor de sus armas los señores de la comarca de Grazalema y la Axarquía, así como los de la Almijara y el valle del Almanzora luciendo bruñidas armaduras y primorosas espadas con pomos de marfil y esmaltes dorados e inscripciones coránicas gravadas sobre las afiladas hojas de doble filo, y portando bellas rodelas con incrustaciones de oro, plata y lapislázuli.

El décimo noveno día del mes de Zul-Hijja del año 882 de la Hégira (24 de marzo de 1478), amaneció bajo un cielo limpio y brillante. Era el principio de la primavera, mas el sol calentaba con la fuerza del estío. Desde muy temprano, los granadinos acudieron a la colina de la Sabiqa desde todos los puntos de la ciudad. Los más madrugadores se aseguraron un buen sitio junto a la explanada de la al-Musara. Provistos de vituallas, se aposentaron bajo los árboles y, a fin de hacer más llevadera la espera del comienzo del desfile, organizaron alegres zambras acompañándose de laudes, panderetas y caramillos. Poco a poco, los alrededores de la explanada se

vieron abarrotados de espectadores. Algunos muchachos se habían encaramado a los árboles. La gente comía, bebía, cantaba y reía. El sol picaba fuerte y los aguadores hacían buen negocio.

Cuando una apretada comitiva, compuesta por miembros de la nobleza, se aproximó a la tribuna y el emir apareció sobre el estrado, estalló una explosión de júbilo entre la multitud. Yo formaba parte del séquito del visir Venegas y su hermano Ridwan, a quien escoltamos hasta el lugar de honor.

Los rayos del sol se filtraban a través del pabellón real esparciendo en el interior de la tienda una luz dorada que envolvía al sultán y a los nobles. Echados sobre almohadones de seda, el emir y sus invitados se dispusieron a contemplar el desfile, entre bandejas de plata repujada colmadas de pasteles confitados y copas de cristal conteniendo zumo de naranja y jarabe de fresas enfriados con nieve traída, a lomos de acémilas, desde las Montañas del Sol.

La guardia palatina, con las enseñas rojas de los al-Ahmar flameando sobre un mar de lanzas, rodeó el pabellón real entre los vítores de la multitud. Las mujeres alentaban a los guerreros africanos con canciones y gritos beréberes.

En los cobertizos, a la entrada de la explanada, encontré a mi amigo Alí ocupado en mantener tranquilos y limpios a los corceles, bellamente enjaezados, hasta que llegara el momento de su participación en la gran Parada. Mas los caballos se mostraban extrañamente excitados y Alí parecía contagiado del nerviosismo de los animales. Su rostro, por lo común alegre, mostraba un gesto severo. Cuando me acerqué a él, me comentó preocupado:

—Si Dios no lo remedia, esto no acabará bien.

—¿Qué quieres decir? —repuse intrigado.

Con el dedo índice me señaló la montaña.

—Mira allí —sobre las cumbres de la sierra asomaba una nube blanca, que semejaba la cabeza de un gigante—. Si Allah no hace girar el viento, esa nube desatará la furia del infierno sobre nosotros.

Aunque sabedor del conocimiento que Alí poseía sobre los fenómenos de la naturaleza, su predicción me pareció exagerada. Nada hacía presagiar que ocurriría algo semejante. El sol brillaba radiante y un cielo sereno se extendía hasta el infinito, como un inmenso tapiz azul.

La Gran Parada dio comienzo. La muchedumbre rugió de entusiasmo, cuando irrumpieron en la explanada los atabaleros, a cuyo ritmo de tambor desfilaba el primer contingente de infantes. Los resistentes hombres de a pie portaban largas lanzas e iban provistos de pesadas rodelas reforzadas de hierro; se protegían la cabeza con un capuchón de mallas cubierto por un turbante rojo. Les seguían los ballesteros, los hacheros y azadoneros. La infantería andalusí, con su paso bizarro, fue aclamada con frenesí. Ante los ojos asombrados de los granadinos, fueron pasando aquellos valientes guerreros, armados de afilados dardos, ballestas, azagayas y alfanjes, dispuestos a luchar por el Islam y Granada. Después que pasaron los cincuenta mil

infantes se hizo un receso para almorzar.

A primera hora de la tarde, se reanudó el desfile. Y entró en escena la caballería: siete mil caballeros armados a la «jineta», con corazas cortas, cascos dorados, sillas árabes, adargas arqueadas de cuero de buey, lanza corta y estribo alto.

Primero desfilaron los representantes de las tribus árabes: qaysíes, ansaris, yemeníes y gassaníes, altivos y orgullosos de pertenecer a las antiguas familias descendientes de los compañeros del Profeta. A continuación, los africanos provenientes de las tribus: tinganiyya, ziyaníes y ajisiyya. Un contingente de arqueros sinhayíes, a lomos de camellos, despertó la curiosidad y el entusiasmo de los granadinos.

Montados sobre briosos caballos blancos, con paso majestuoso, pasaron los arrogantes zanatas, de elevada estatura y porte bizarro, metidos en sus corazas plateadas y sus picudos cascos de acero, semejantes a gigantes de hierro. Después, los gomeres, menos corpulentos, aunque más ágiles, protegidos de petos de cuero, cubiertos con almófares y cascos cónicos, de mirada ardiente y fiera, blandiendo sus lanzas de roble delgadas y mortíferas. Y los temibles gusat o voluntarios de la fe, con sus ropajes negros, ceñidos por anchos cinturones tachonados de clavos de plata de los que pendían afilados cuchillos, y empuñando resistentes adargas de piel de antílope sahariano.

Al aparecer en la explanada los jinetes andalusíes, los granadinos vitorearon a sus paisanos con ardor. Fue en ese momento cuando el sol se apagó. Todas las miradas se dirigieron al cielo. Con horror contemplamos una gran nube negra que cubría el firmamento, sumiendo en la oscuridad el campo de la Sabiqa. Todo sucedió con una rapidez inusitada. Los pájaros huyeron exhalando gritos lastimeros. Los caballos, puestos de manos, lanzaban relinchos salvajes. Los jinetes se veían impotentes para dominar a sus monturas, y eran arrojados de sus sillas por las bestias desbocadas.

En las entrañas de un denso nubarrón reventó la tempestad, y un viento huracanado, con la fuerza de un titán, destrozó la tienda real. Un estruendo sobrecogedor retumbó en el valle, y una culebra de fuego se desprendió de las negruzcas nubes y se enroscó en las torres de la Alhambra. Entre ensordecedores truenos y rayos que desgarraban el cielo, una tromba de agua y granizo se precipitó sobre nosotros.

La guardia palatina ayudó al emir y a los nobles a huir de aquel infierno por la puerta de los Aljibes.

En la al-Musara reinaba el caos. Los soldados poseídos por un terror supersticioso que no podían contener, corrían despavoridos y temblorosos de un lugar a otro, buscando un sitio donde guarecerse. En medio de un ruido espantoso y gritos desgarradores, los más débiles, eran arrollados por una muchedumbre enloquecida, donde algunos, para abrirse camino, no dudaron en utilizar el cuchillo.

Gracias a Allah Misericordioso, entre el tumulto, encontré a Rashid que haciendo valer su enorme fuerza y su poderosa envergadura se abría paso, quitándose de en

medio cuanto se le ponía en el camino, hasta llegar a los establos donde habíamos dejado nuestras cabalgaduras. Bajo la tenue techumbre del cobertizo, contemplamos sobrecogidos cómo la terrible tempestad descargaba incesantes torrentes de agua que desbordaban la explanada y se precipitaban por el barranco de la Sabiqa.

Comenzaba a anochecer y la tormenta parecía perder fuerza, cuando escoltamos al visir y a su hermano hasta su palacio. Al cruzar *al-Qantara al-Qadí*, vimos con espanto que varios árboles, arrancados de cuajo, taponaban el puente formando una presa. En la parte baja de la medina, las gentes huían despavoridas de las mugientes aguas del río desbordado. Por las empinadas y tortuosas calles del *Rabad al-Bayyazín*, irrumpían aluviones de agua arrastrando piedras y barro. Las mujeres y los niños lloraban presos del miedo, y los hombres, con el rostro sombrío, observaban cómo cerezos, higueras y naranjos, abatidos por la furia de la avalancha, pasaban por delante de sus casas, arrastrados por la corriente.

Antes de que las tinieblas cayeran sobre el Albaycín, conseguí llegar a mi casa, empapado hasta los huesos. Encontré a mi madre llorando, mientras Maryam y Zubayda la consolaban con toda clase de atenciones y palabras de aliento. El motivo era que mi hermana Layla, en compañía de otras muchachas, había ido a la Sabiqa y no había regresado. Los pequeños Zahir y Ahmed, hijos de Zubayda, permanecían asustados en la cocina acurrucados junto al fuego. Maryam me comentó que alguien le había dicho a Layla que yo participaría en la Gran Parada, y ella no quería perderse, por nada del mundo, ver a su hermano desfilar ante el emir. Fue una noche cargada de incertidumbre y miedo, oyendo el silbido del viento y el quejido de la lluvia resbalando sobre las paredes. Quiso Allah que cesara la tempestad y las aguas retenidas que se habían salido de madre, inundando los barrios más próximos al río, rompieran varios puentes saliendo de la ciudad; lo que evitó que toda la medina quedara anegada.

Con las primeras luces del día, me llegué hasta la casa de mi hermano para comunicarle la noticia de la desaparición de Layla. Ahmed se hizo acompañar de varios sirvientes y todos juntos iniciamos la búsqueda de nuestra hermana. Las calles aparecían cubiertas de un lodo denso y viscoso. Sobre las aguas detenidas, yacían ramas desgajadas, ovejas y gallinas muertas, así como enseres domésticos destrozados. Bajo el fango, se agitaban animales irreconocibles. Cuando el sol comenzó a calentar, un olor sofocante convirtió los callejones en enormes letrinas. Una plaga de moscas azules revoloteaba sobre los cadáveres y su desagradable zumbido era interrumpido por los lamentos de quienes habían perdido su familia y sus casas en aquella tragedia. Con el corazón oprimido por la angustia, me acerqué a los cuerpos embarrados, que la corriente había arrastrado hasta el pie de las murallas de la Alcazaba Vieja; reconocí a algunos vecinos: al anciano Abu-lWalid el barbero, a Maliqa abrazada a sus dos hijos pequeños, a Abd-l-Aziz el alfarero. Mas ninguno de aquellos cadáveres era el de mi hermana.

Caminé poseído por la inquietud y la congoja por las calles de la medina. A la

puerta de la alhóndiga de Ibn al-Muwalí, encontré a una muchacha que lloraba desconsolada sobre el cadáver de una mujer. Con un trozo de tela, la joven lavaba el rostro de la desventurada, adornado de tatuajes beréberes. Las ropas embarradas y rotas de la muchacha dejaban ver parte de sus encantos. El rasgado *hiyab* apenas cubría su larga cabellera negra. Era una de las prostitutas que solía merodear por la taberna del Rumi, en el barrio Mozárabe. La *yariyya* no cesaba de gritar: «¡Safiyya! ¡Safiyya! ¿qué haré sin ti? ¡Tú eras cuanto tenía! ¡Allah me ha castigado!». Me introduje por las angostas calles de la Alcaicería, donde los mercaderes se lamentaban a gritos de su desgracia. Sus tiendas estaban anegadas y habían perdido todas las ricas telas de brocado y cendal e innumerables fardos de seda de la India, Persia y China. Inclinados sobre el barrizal, los comerciantes recogían apenados aderezos de perlas, corpiños de terciopelo y broches de filigrana cubiertos de fango.

Crucé el campo de la Sabiqa sembrado de cadáveres. Allí solo había devastación, muerte, y un silencio lúgubre roto por los graznidos de las aves necrófagas. Los árboles caídos interferían los caminos y la vegetación ocultaba cuerpos desfigurados que comenzaban a descomponerse.

Regresé a mi casa descorazonado. Mi hermana Layla, como otras muchas víctimas de aquel terrible diluvio, desapareció para siempre. La tormenta nos la arrebató y ni siquiera nos dejó el consuelo de lavar su cuerpo y darle sepultura según el precepto del Corán. ¡Que Allah se apiade de ella!

Durante muchos días, los habitantes de Granada clamaron doloridos por la pérdida de sus familiares. Y cuando el pueblo, abrumado por la desdicha, más necesitaba del amparo y consuelo de sus gobernantes, éstos hicieron oídos sordos y se abandonaron a las diversiones y placeres que su rango les permitía. El sultán se ocultó en su palacio, solazándose con las delicias del harén y las fiestas que los cortesanos le organizaban.

En las mezquitas, los alfaquíes comenzaron a señalar al sultán como culpable de la catástrofe: «El engreído Abu-l-Hasan —decían— ensoberbecido por los éxitos militares, se ha olvidado de Allah y de la divisa de sus antepasados, que cuando alcanzaban la victoria, humildemente exclamaban: *wa-lâ galiba illâ-Llah!* (sólo Dios es vencedor). ¡Allah es Grande y ha mostrado su inmenso poder, el día de la gran Parada!».

Por aquellos días, la voz que más se escuchaba en toda la ciudad, desde el barrio del Albaycín hasta la plaza de Bab al-Ramla, era la del imán Muhammad ibn Abd al-Barr, que con sus vehementes discursos enardecía a la muchedumbre, acusando al sultán de ocupar demasiado tiempo en satisfacer los deseos de la concubina cristiana y abandonar al pueblo en su desgracia. El imán, alentado por sus fervientes seguidores, en un acto de osadía, se presentó a las puertas de la Alhambra al frente de un buen número de incondicionales, un día en el que el emir se disponía a celebrar una partida de caza. Cuando apareció Abu-lHasan sobre un precioso alazán, portando en su mano izquierda, enfundada en un guante de cuero, un magnífico halcón, Ibn

Abd al-Barr le salió al paso y, con potente voz, comenzó a recriminarle el no prestar oídos a un pueblo que gemía y lloraba su desgracia.

—Los creyentes —proclamó el imán— se escandalizan de pagar altos tributos destinados a sufragar las fiestas de la Alhambra, mientras el pueblo está de luto.

El sultán, sorprendido, quedó mudo. La guardia aprehendió al provocador. En medio de un gran silencio, el capitán de la guardia con la espada desenvainada esperó órdenes. Abu-l-Hasan con voz profunda ordenó:

—Dejadle libre.

Entre exclamaciones de incredulidad por parte de cuantos presenciaron la escena, el imán y sus seguidores abandonaron el lugar con la mirada desafiante.

Aquel suceso envalentonó aún más a Ibn Abd al-Barr, que lo tomó como una prueba de debilidad del sultán, reanudando sus incendiarias proclamas por toda la ciudad.

—El emir ha hecho oídos sordos a mis palabras, que están inspiradas en el Libro Santo —clamaba Ibn Abd al-Barr con voz vibrante—. Abu-l-Hasan entregado a los placeres del harén, ha dejado el gobierno del país en manos de sus favoritos. Sus oídos solo oyen los consejos de los renegados y su voluntad está dominada por los caprichos de la concubina cristiana. En la Alhambra, la música de las zambras no deja oír la voz del almuédano. En las fiestas de la Corte el vino corre a raudales y los nobles se entregan al desenfreno, emulando a las rameras y compitiendo con las concubinas por atraerse los favores de un sultán envilecido. Fue tal la agitación que las palabras del imán producían entre el pueblo, y de tal manera se acrecentaba el tumulto popular, que el emir, advertido por sus consejeros de que Ibn Abd al-Barr era un agitador al servicio de Fâtîma la Horra, decidió cortar de raíz lo que amenazaba con convertirse en una rebelión.

Abu-l-Hasan mandó un emisario al imán y le invitó a subir a la Alhambra con sus principales seguidores, a fin de oír sus sabios consejos y convenir la manera de dar satisfacción a sus deseos, puesto que les consideraba hombres piadosos, versados en leyes y mensajeros del pueblo.

Apenas el imán y sus acompañantes pisaron el umbral del Palacio, fueron apresados y decapitados. Sus cuerpos fueron arrojados a la fosa del muladar y sus cráneos, clavados en picas, izados sobre las almenas de la torre de las Cabezas, a la vista del pueblo, para escarmiento de los rebeldes.

A la muerte de don Enrique, rey de Castilla, surgió un grave litigio por los derechos hereditarios de la Corona entre los partidarios de doña Juana, supuesta hija del rey, y doña Isabel, hermana de don Enrique.

Después de los funerales del monarca, Isabel se hizo proclamar reina y la guerra estalló entre los dos bandos.

Castilla, inmersa en una guerra fratricida, se apresuró a firmar treguas con Granada.

Fue un largo periodo de paz de más de cinco años, durante el cual, los desocupados hombres de *al-Zegrí* causaron no pocos quebrantos y alborotos en las calles y zocos de la medina. Sus constantes reyertas y bravuconadas amedrentaban a la pacífica población; y su hábito ancestral del pillaje, les llevó a cometer numerosos actos de latrocinio. El pueblo clamaba contra los desmanes y la tiranía de aquella tropa que se comportaba como auténticos bandidos. Y se alzaron voces denunciando que el lugar de aquellos mercenarios debía estar en la frontera y no en el palacio del sultán. Cierto día, antes de que finalizase la tregua, llegó a Granada una embajada de Castilla compuesta por una pequeña comitiva de caballeros ataviados de capas blancas y luciendo sobre su pecho una cruz roja en forma de puñal. Al frente de ellos iba un joven arrogante cubierto de una bruñida armadura, que desde su montura miraba con desdén a los curiosos que se agolpaban a su paso. Se trataba del comendador de la Orden de Santiago, Juan de Vera. Los castellanos se encaminaron a la Alhambra a pedir audiencia al sultán. Mas Abu-l-Hasan se encontraba cazando en las Alpujarras, y no los recibió hasta pasados diez días.

Vera y sus compañeros fueron alojados en las magníficas salas de huéspedes del palacio, donde se les dispensó un trato exquisito. Mas ni el lujo fastuoso de la Alhambra ni la esmerada hospitalidad con que fueron tratados, atemperó el áspero carácter de los cristianos. Cuando, al fin, los embajadores fueron conducidos ante el emir, Juan de Vera le notificó de forma altiva, que Granada debía retornar al vasallaje de Castilla abonando las 12000 doblas de rigor, acudiendo a Cortes cuando fueran convocadas y retribuyendo los tributos atrasados en dinero y cautivos como sus antepasados hicieran puntualmente como vasallos del rey de Castilla. Y remató su discurso exigiendo el tributo en doblas de oro de ley, pues el dinar se consideraba en Castilla una moneda devaluada. Las insolentes palabras del cristiano, constituían para el emir un ultraje intolerable. Sin esperar a que el trujamán tradujese las últimas palabras del rumi, Abu-l-Hasan se puso en pie y con voz enérgica respondió al emisario: «Os he recibido en la creencia de que traíais una proposición de paz y, después de tantos años, venís a exigir un tributo inicuo, como un derecho adquirido. Con gran orgullo y presunción reclamáis una supuesta deuda contraida por nuestros antepasados y de la que ni yo ni mi pueblo somos responsables. Recordad que hubo

un tiempo, en el que vuestros reyes pagaron tributo a los nuestros.

Somos un pueblo pequeño, mas orgulloso y valiente. Decidle a vuestros soberanos que Granada no admite imposiciones ni paga tributos, y que nuestras espadas están afiladas y prestas para defender nuestro honor. Confiamos en Allah Todopoderoso. Él favoreció a las armas de nuestros antepasados y de Él esperamos nos conceda la victoria y nos libere de vuestras amenazas». Cuando los embajadores de Castilla abandonaron la Alhambra, todos fuimos conscientes de que Granada tendría que prepararse para la guerra, y presentíamos que la batalla que íbamos a librar sería definitiva.

El resultado final de la contienda civil en Castilla, se había decantado a favor de doña Isabel, y ésta había contraído matrimonio con el heredero al trono de Aragón. La unión de ambos reinos constituía una fuerza temible. Castilla se sentía fuerte y su reina, imbuida de un furioso fanatismo religioso, tenía como objetivo prioritario emprender una Cruzada contra Granada, hasta arrojar a todos los musulmanes al mar.

Nuestro emir, Abu-l-Hasan Alí ibn Saad ¡Allah se apiade de él! qué no poseía precisamente un carácter sosegado ni le faltaba valor, no quiso permanecer impasible hasta que los cristianos desencadenasen el ataque y decidió ser él, quien descargara el primer golpe.

La ocasión se le presentó cuando recibió en audiencia a una comisión de mercaderes de *Medina Runda* con su alcaide, Ibrahim ibn al-Haqím, a la cabeza, que venían a pedir amparo al sultán ante los desmanes y fechorías que las tropas cristianas cometían en sus tierras, robando y arrasando los campos, sin respetar la tregua. Las incursiones de las huestes cristianas eran continuas y no había caminos seguros. El robo de ganado llegó a tal punto, que en la comarca de Ronda el comercio de la lana se hacía imposible y escaseaba alarmantemente el abastecimiento de carne.

—Roban nuestros animales, incendian nuestros campos y se refugian en la fortaleza de Zahara —se lamentaban amargamente los mercaderes.

Abu-l-Hasan escuchó con mucha atención las quejas de los rondeños, y les prometió poner remedio a sus males.

El sultán concibió un plan, propio de su osado carácter: Apoderarse del castillo que servía de guarida a aquella tropa de ladrones.

La fortaleza de Zahara había sido tomada por los cristianos 74 años atrás, y era considerada un puesto estratégico, en un lugar agreste de difícil acceso, en la frontera de Ronda.

El emir consultó a los astrólogos y éstos le aseguraron que las estrellas le eran propicias.

Al alba de una fría mañana de invierno, con gran sigilo, salimos de Granada una columna de caballería, compuesta por los feroces mercenarios de Ahmed *al-Zegrí* y un escogido cuerpo de jinetes del ejército real, así como la mesnada de mi señor Ridwan, que acompañaba al sultán como lugarteniente.

Antes de partir, Rashid nos informó de que la operación se llevaría a cabo con la

mayor cautela posible, ya que los estrategas que la planearon consideraron que el asalto a una fortaleza como Zahara, enclavada sobre un risco, como un nido de águilas, solo sería posible con un ataque por sorpresa.

Nos desplazábamos a marcha rápida por caminos apartados. Acampábamos en el bosque, evitando villas y poblados. Sin apenas tomar respiro, llegamos al imponente macizo de Grazalema. Allí se nos unió una tropa de caballeros de Ronda, ávidos de tomarse cumplida venganza por las tropelías y saqueos que habían padecido. Ocultos por la espesa vegetación, avanzamos silenciosos a través de bosques de pinos, encinas, alcornoques y castaños. Los parajes de estas sierras poseen una belleza singular. En columna de a uno, pasamos cautelosos por sinuosos desfiladeros, que transcurrían entre paredes cortadas a pico y abismos que se abrían a nuestro paso en abruptas simas, en las que se precipitaban violentas torrenteras. Sobre nuestras cabezas, el cielo poderoso estaba rasgado por el vuelo errático de las aves de presa. Y en las profundidades de los sombríos barrancos, crecían las sabinas, los pinsapos y los algarrobos. En el horizonte, suspendidas en escarpados riscos, se recortaban las siluetas de las atalayas que vigilan los silenciosos valles del *guadi Laqqa* (Guadalete).

Lentamente, descendimos por una vereda hasta un bosque asentado sobre un campo de tréboles. Después de bordear una cresta rocosa, apareció a lo lejos, sobre la cima de un peñasco de apariencia inaccesible, la maciza torre de la fortaleza de Zahara. A los pies del castillo, yacía la villa sobre la empinada ladera de una montaña rocosa, protegida por una muralla provista de un matacán. Abu-l-Hasan ordenó acampar en el bosque y esperar a la noche para lanzar el asalto. A pesar del intenso frío, se prohibió encender fuego. Dos patrullas salieron, de forma discreta, a inspeccionar el recinto fortificado y localizar el lugar más idóneo para escalar. Al atardecer, un oficial se presentó en el campamento acompañado de un pastor, que decía conocer un acceso secreto a la villa. Según el cabrero, los ochenta hombres de armas que defendían la fortaleza, habían relajado la vigilancia para celebrar la fiesta cristiana de la Navidad, lo que favorecía llegar hasta la pendiente donde se encontraba un escondido pasadizo que daba acceso al recinto.

Las patrullas informaron de los impedimentos naturales, por los muchos desniveles del terreno y escabrosas pendientes, que impedían aplicar las escalas de asalto. La parte más fortificada se encontraba al mediodía, donde la muralla estaba provista de voladizos con vigías apostados tras las saeteras. El muro más inaccesible era el de la muralla de poniente, que se alzaba sobre un talud tajado.

El pastor proponía guiar a una patrulla hasta un portillo secreto, al que se accedía a través de un angosto tajo, por donde el alcaide, don Gonzalo Arias de Saavedra, solía abandonar la ciudadela de forma clandestina. Amparados por la oscuridad de la noche, varios hombres ágiles y fuertes, podrían introducirse en el recinto amurallado, sorprender a los centinelas y abrir la única puerta de la que disponía la villa.

El sultán dio por bueno el plan y se decidió ponerlo en práctica al oscurecer.

Umar ibn Sadûm y Walid ibn Muza, dos capitanes de probado valor y destreza,

acompañados cada uno por tres escaladores de su plena confianza, fueron los elegidos.

La noche era negra y desapacible. Abu-l-Hasan ordenó levantar el campamento y acercarse sigilosamente, hasta las faldas del peñasco. Nada se oía, sino el mugir del viento y el azote de la lluvia. Los habitantes de la villa parecían dormir, agotados por los festejos de la Navidad. En el castillo reinaba la tranquilidad, los centinelas y los escuchas estaban más preocupados por protegerse de las inclemencias del tiempo que por vigilar un campo, donde la oscuridad y la furia del viento les impedía ver u oír algo. Guiados por el pastor, los dos capitanes y los escaladores se arrastraron sobre el suelo hasta llegar al pie de las murallas. Poco después, desaparecieron por una pendiente.

Con la vista puesta en la fortaleza, la caballería del emir esperaba expectante la señal de los escaladores. De pronto, entre las sombras de la noche, emergió el pastor. Ante nuestra alarma, él nos tranquilizó. Todo iba bien y habían llegado sin contratiempo al lugar indicado, mas los hombres elegidos eran demasiado corpulentos para introducirse por un tragaluz, que servía de respiradero al pasadizo, desde el cual se podía descorrer el cerrojo del portillo. De inmediato se presentó voluntario mi amigo Alí; que con su diminuto cuerpo y su agilidad felina parecía el hombre indicado para aquella misión. Todos le deseamos suerte y Ahmed *al-Zegrí* le despidió con un abrazo. Después, partió con el guía y yo les seguí con la vista hasta que se los tragó la negrura de la noche.

Larga y tensa fue la espera, la lluvia nos resbalaba por el rostro y el frío nos atenazaba los músculos. Mientras, unas sombras se deslizaban en el interior de la ciudadela y cuando el primer centinela sorprendido intentó dar la alarma, un cuchillo le rebanó el cuello ahogando su grito. Uno a uno fueron degollados los vigías. Los escaladores tomaron posiciones en la torre de la puerta de la ciudadela, pasando a cuchillo a los confiados y somnolientos centinelas. Las puertas crujieron entre el ruidoso chirriar de los goznes, y el portón del recinto amurallado se abrió de par en par. Un silbido estridente cruzó la noche y Ahmed *al-Zegrí* al frente de sus hombres inició el ataque. Los mercenarios, estimulados con la perspectiva de un cuantioso botín, penetraron en la villa a sangre y fuego. Cuando los soldados que dormían oyeron el estruendo de la caballería granadina, acudieron prestos a sus armas, mas los gomeres, mezclados en las sombras de la noche, subieron al castillo y sin darles tiempo a organizar su defensa, se precipitaron sobre los aturdidos cristianos, causando una gran carnicería. Detrás de la carga de los jinetes beréberes, Abu-l-Hasan y su lugarteniente Ridwan Venegas entraron en Zahara con sus escoltas. Una oscuridad densa se extendía por toda la villa. La silueta de un soldado, espada en mano, apareció sobre un adarve seguida de una figura tocada de un turbante, que le atacó por detrás asiéndole el cuello con una mano y clavándole un puñal en el corazón con la otra. El cuerpo se retorció entre los brazos del atacante, que lo dejó caer desde la muralla.

De repente, comenzaron a arder algunas casas. Las maderas crepitaban bajo la pertinaz lluvia. En la lúgubre penumbra, las llamas lanzaban resplandores siniestros sobre el cielo plomizo. La tropa se entregó al pillaje. Los africanos, de sangre caliente, buscaban ansiosamente a las mujeres. A mi alrededor sonaban los gritos de los soldados y los alaridos de las víctimas. Observé cómo los vecinos de la villa, con las ropas de dormir, abandonaban sus casas despavoridos y subían enloquecidos por las empinadas callejuelas en busca de refugio en la fortaleza, mas los mercenarios de *al-Zegrí* les cortaban el paso y los pasaban a cuchillo. El débil resplandor en los ventanales de la iglesia atrajo mi atención. Las pesadas puertas del templo se encontraban sobre el pavimento con las bisagras arrancadas. Crucé el umbral del santuario, y tras una nube de polvo vislumbré el fulgor oscilante de las velas que alumbraban el retablo de tonalidades doradas. Bajo las bóvedas resonaban las voces de los soldados. Sobre el suelo, aparecían esparcidas las imágenes caídas y astilladas. Oí a los hombres de *al-Zegrí* gritando en su lengua beréber, reían y bromeaban mientras despojaban al templo de sus tesoros. Algunos se vestían con las ricas capas, bordadas de oro, que los sacerdotes cristianos utilizan en sus ceremonias.

Las primeras luces del alba, dejaron ver la magnitud de la masacre. Abu-l-Hasan se mostró horrorizado y ordenó parar la matanza. Las estrechas escalinatas de las calles de Zahara aparecían sembradas de cadáveres de hombres, mujeres y niños. Los mercenarios de *al-Zegrí* se habían excedido y el sultán lamentó con aflicción la mortandad de la población civil.

En la plazuela, delante de la iglesia, rodeada de las humeantes ruinas de las casas circundantes, fueron agrupados los supervivientes. Transidos de frío se apiñaban ancianos, mujeres y niños medio desnudos, salpicados de sangre y ceniza. En sus rostros se reflejaba el terror de aquella noche trágica y muchos de nosotros nos sentimos conmovidos. Abu-l-Hasan ordenó que proporcionaran ropas y alifafes a los más desprotegidos, y se tratase con el máximo respeto a todos los cautivos.

Dejando 150 hombres para su defensa, el sultán abandonó Zahara camino de *Medina Runda*.

La noticia de la conquista de Zahara se extendió con rapidez, y los habitantes de Ronda se engalanaron para aclamar al victorioso emir, que les libró del enemigo que tanta ruina les había causado. A las puertas de *Medina Runda*, una multitud nos recibió entusiasmada, lanzándonos flores y vitoreando al emir:

—¡Que la bendición de Altísimo caiga sobre nuestro señor Abul-Hasan Alí, el Victorioso! —gritaba el pueblo alborozado. El alcaide Ibrahim ibn al-Haqím nos agasajó en su palacio y ordenó enviar palomas mensajeras a Granada con la noticia de la victoria.

Cuando desde lo alto de un torreón, dirigí mi vista a las colosales rocas calizas que sustentaban las murallas sobre un profundo abismo, pensé que no había otra ciudad semejante en el mundo. El alcaide declaró tres días de fiesta y desde la mañana a la noche, panderos, laudes, tamboriles y dulzainas amenizaban los juegos y

danzas de la población. En las plazas, en torno a las mezquitas, mercaderes, alfaquíes y mendigos, gentes de toda condición se mezclaban alegremente disfrutando de los manjares y diversiones de los festejos. Cantos, risas y gritos de júbilo llenaron la medina de una alegría contagiosa. Aunque, entre el tumulto, no faltaron las disputas y las peleas. Lo que vino a demostrar cuán verdad era lo que se decía de los rondeños: son ingeniosos, alegres, amantes de la música y la danza, mas también orgullosos, valientes y no exentos de cierta bravuconería y genio violento; de tal manera que hay un dicho popular que reza: «en Ronda no hay fiesta sin reyerta».

Antes de partir, el sultán nombró a Ahmed *al-Zegrí* walí de Ronda con plenos poderes sobre la comarca de la frontera occidental y el encargo de que ante la posible represalia que los cristianos pudieran tomar contra Zahara, acudir en su defensa. Este nombramiento contrarió enormemente al alcaide, que veía cómo un gobernador nombrado personalmente por el sultán, le hacía perder poder e influencia en una ciudad en la que los Banu al-Haqím habían gobernado desde hacía muchos años con poder absoluto.

El emir consideró que los aguerridos hombres de *al-Zegrí* eran la fuerza adecuada para defender la agreste frontera de Ronda. Los esforzados beréberes eran hábiles en tender trampas y emboscadas, jinetes sagaces que gustaban de hostilizar al enemigo con cabalgadas e incursiones audaces.

El regreso triunfal a Granada estuvo jalonado por cientos de campesinos que, a ambos lados del camino, vitoreaban el paso de la comitiva y nos ofrecían toda clase de regalos: cestos de frutas y almendras, gallinas, leche y miel.

En la Vega, salió a nuestro encuentro un mensajero de la Alhambra, que traía una grata noticia para el sultán. Zoraya le había dado un nuevo hijo varón, al que se le impondría el nombre de Nasr.

Una multitud vociferante se apiñaba delante de Bab Ilbira. Tras cruzar el arco de la puerta de la ciudad, observamos las calles atestadas de gente entusiasmada aclamando al emir. Mezclados en una muchedumbre ruidosa destacaban los alfareros y tejeros levantando sus manos cubiertas de barro, también los tintoreros con sus rostros manchados de tintes, los curtidores, los silleros, los caldereros, los rudos leñadores. Todos se apiñaban a ambos lados de la calle dejando paso a la comitiva y gritando loas al Emir de los Creyentes. En el barrio de los Zanatas, retumbaban los tambores de fiesta. La población del Albaycín bajó en tropel, hasta el puente al-Tay, para aclamar a su soberano. Unos pasos delante de mí, observé las anchas espaldas del sultán cubiertas por su amplia capa grana, que marchaba a la cabeza de la tropa. Abu-l-Hasan levantaba su mano derecha saludando al pueblo y su figura esbelta y bizarra evocaba la de los míticos guerreros, que conquistaron medio mundo para el Islam.

El viernes se celebró una ceremonia oficial en la mezquita real de la Alhambra, a la que asistió el sultán y toda la nobleza. Causó cierta curiosidad, la presencia del príncipe heredero Abu Abd Allah, que ya contaba 19 años, alto, delgado, de carácter

reservado. Se dice de él que no ha heredado el temperamento enérgico de su madre ni el genio guerrero de su padre, y sí el carácter bondadoso y pacífico de su abuelo Saad.

Antes del rezo de la plegaria, Abu-l-Hasan escuchó complacido el vibrante sermón del Qadí al-Yama'a que terminó con estas palabras: «¡Gloria a Allah, el Único y Grande que ha concedido al Islam esta victoria! ¡Honor a los soldados que, en su nombre, han reconquistado Zahara! y ¡Largos años de vida a nuestro Señor, el Emir de los Creyentes Abu-l-Hasan Alí ibn Saad al-Muyahid que ha devuelto la dignidad a este pueblo tantas veces humillado!». Mas los días de gloria pasaron y una calma tensa invadió Granada. Los granadinos miraban al cielo y solo veían el nubarrón amenazante de la guerra. Todos temíamos la reacción de los cristianos por lo de Zahara. Los santones hacían predicciones terribles, augurando que la sangre y las ruinas de Zahara caerían sobre nuestras cabezas; y que la fanática reina de Castilla llamaría a la Guerra Santa contra los musulmanes y su venganza sería terrible. El desasosiego del pueblo se contagió a los altos funcionarios de la Corte, y éstos aconsejaron al sultán despachara emisarios pidiendo ayuda a los emires de Fez y Tremecén.

El bullicioso pueblo de Granada, se tornó taciturno ante la incertidumbre de un futuro que se adivinaba pleno de fatídicos presagios. Nadie se aventuraba a salir de la ciudad. En aquel crudo invierno apareció el temible fantasma del hambre. Durante días sopló un viento gélido que heló los campos. Las bajas temperaturas mantenían la nieve endurecida sobre los caminos, y de las ramas de los árboles frutales colgaban afilados carámbanos. La caza, siempre abundante en esta tierra, comenzó a escasear; tanto los animales de montería como los de madriguera perecían de inanición o debilitados por la falta de alimento eran presa fácil de los lobos. Las calles aparecían semidesérticas, y en los zocos solo los más afortunados podían adquirir productos a unos precios desorbitados.

Al extinguirse la luz del día, las familias se recluían en torno al fuego del hogar para conjurar el miedo y los malos augurios. Las noches se poblaban de sombras misteriosas y desde los adarves de las murallas nos llegaban las voces de alerta de los centinelas vigilando a un enemigo, que se presentía ávido de sangre acechando en la oscuridad.

En aquel invierno maldito, la desgracia se abatió sobre mi familia. Mi anciana madre no consiguió superar el dolor que le causó la pérdida de Layla. Y su vida, debilitada por los años, se apagó suavemente, como la llama de una lámpara sin aceite. Casi al mismo tiempo, mi esposa Maryam enfermó de un mal terrible, que le producía fiebre y un dolor intenso en el pecho que le impedía respirar. Zubayda, solícita, no se apartaba de su lado, preparando compresas frías para mitigar la calentura, y leche de cabra caliente mezclada con aceite de almendras para aliviar la expectoración. El tiempo había cerrado la brecha, que la rivalidad por ser madres había abierto entre ambas y poco a poco el recelo dio paso a la complicidad y a una

relación solidaria entre ellas. Los hijos de Zubayda gozaban del cariño de Maryam, quién volcó en los pequeños Zahir y Ahmed todos sus anhelos maternales. Cuando la felicidad parecía completa, los genios envidiosos y malignos, ¡que Allah confunda!, llenaron mi casa con las hieles de la amargura y el dolor.

Los accesos de tos que sufría Maryam, se producían cada vez con más frecuencia. Sus ojos enrojecidos y llorosos, sus labios resecos y su frente febril perlada de sudor, nos conmovían. Una noche, con la voz entre cortada y el pecho tembloroso, Maryam pidió una jofaina sobre la que arrojó un esputo sanguinolento. Asustado, pedí ayuda Samuel ibn Yehudah.

El médico judío vino a mi casa a visitarla y prescribió inhalaciones de tomillo silvestre para limpiar las vías respiratorias y calmar la tos. Y para combatir las flemas, compuso un bebedizo de resina arábiga mezclada con miel.

Los remedios de Ibn Yehudah ayudaron durante un tiempo, y Maryam experimentó cierta mejoría, mas de pronto el mal se agravó y asistimos impotentes al final de sus días. Mi alma estaba herida y mi cuerpo cansado por las continuas noches de insomnio. Una tarde, cuando el sol comenzó a hundirse tras la muralla de la Vieja Alcazaba, supe que su fin había llegado, su rostro macilento pareció recobrar vida y de su boca entreabierta salió un profundo suspiro. Temblando me incliné sobre su rostro y sus mejillas me devolvieron el frío glacial de la muerte. Zubayda y otras mujeres me obligaron a salir del aposento, mientras ellas lavaban el cadáver. Cuando regresé a la sala donde habían colocado el cuerpo de Maryam, envuelto en un lienzo blanco, contemplé por última vez su rostro sereno que parecía sonreír y sus negrísimos cabellos esparcidos sobre los hombros impregnados de *atr*, el perfume de los muertos.

Como se temía, el ataque de los cristianos no se hizo esperar. Apenas dos meses después de la conquista de Zahara, atacaron donde nadie lo esperaba. No lo hicieron en la frontera de Ronda ni intentaron reconquistar Zahara. Los infieles, en un golpe de audacia, se apoderaron de una de las ciudades más hermosas del reino: Alhama, a tan solo cinco leguas de Granada.

Alhama es un vergel protegido de los vientos, donde Allah, ¡loado sea!, ha hecho brotar caudales de cálidos manantiales de aguas curativas, junto a un río de cristal que transcurre por una campiña de frondosas alamedas, donde la belleza serena del paisaje sosiega el espíritu y el cuerpo se solaza seducido por los deleites de una tierra que invita a la indolencia.

El noveno día del mes de Muharram del año 887 de la Hégira (28 de febrero de 1482), un día antes de la fiesta de la Ashura, un jinete, con el caballo a punto de reventar, llegó a la Alhambra pidiendo ayuda para Alhama. Un ejército de dos mil jinetes y cinco mil peones, amparados en la oscuridad de la noche, habían asaltado la ciudad que dormía confiada en la fortaleza de sus murallas y en los abruptos tajos que la rodean. La situación era desesperada, se luchaba de forma cruenta por las calles de la medina. Las mujeres y los niños defendían sus casas, lanzando aceite hirviendo por las ventanas a los invasores. Si no llegaban pronto refuerzos, la caída de aquella importante plaza en manos del infiel era irremediable.

La noticia causó estupor. El emir reprochaba indignado a sus generales, cómo era posible que un ejército de siete mil hombres cruzase la frontera, llegando hasta el mismo corazón del emirato, sin ser descubierto. Abu-l-Hasan lanzaba venablos contra el alcaide de Alhama, que había dejado desguarnecida la ciudad para asistir a una boda en Vélez.

Urgía formar un ejército para socorrer Alhama. En las mezquitas, abarrotadas de fieles, los alfaquíes animaron a reclutar miles de voluntarios, con vibrantes sermones: «No olvidéis las palabras del Profeta. En el Corán está escrito, Allah, ¡loado y ensalzado sea!, prefiere a los que luchan por defender las tierras del Islam, exponiendo sus vidas y sus bienes, a los que permanecen en sus casas aferrados a sus posesiones. Allah el Justo colocará a los primeros muchos grados por encima de los segundos y a los que pierdan su vida y sus bienes en la *yihâd*, se verán recompensados con creces en el Paraíso. No flaqueéis en combatir al enemigo infiel, la guerra es dura y está llena de sufrimientos, mas nuestros enemigos sufrirán mucho más, pues carecen de la fe y la esperanza de Allah, en verdad Grande y Poderoso».

Cuando los alfaquíes llamaban a la Guerra Santa, un impulso de fervor místico prendía en todas las capas sociales de las que salían voluntarios dispuestos a dar sus vidas por Allah.

En poco tiempo, el sultán dispuso de un gran ejército de hombres deseosos de

combatir al infiel.

La desesperada situación en que se encontraba Alhama, no permitía perder un instante. Dejando el gobierno de la nación a su visir Abu-l-Qasim Venegas, el emir decidió ponerse al frente de sus tropas, de la que también formaba parte el hermano del visir, mi señor Ridwan Venegas. Una vez más, los hermanos Venegas ejercían la tarea que el destino les había deparado: Abu-l-Qasim el político y Ridwan el guerrero.

Aquella mañana desapacible, con rachas de viento helado del norte, la explanada de la al-Musara se quedó pequeña para alojar al numeroso ejército allí congregado. Largas filas de soldados de infantería, pertrechados de hachas, picos, palas y azagayas, con ballestas y aljabas repletas de dardos, esperaban impacientes la orden de marchar. Los jinetes, sobre briosos caballos, ocupaban el centro de la explanada. Los que no podían sostener un arma: lisiados, ancianos y niños se acercaban a los soldados a darles ánimos. Desde lo alto de mi cabalgadura, podía contemplar la corriente humana que pululaba a mi alrededor.

Los músicos reales anunciaron con atronadores redobles de tambor, la salida de los estandartes de la mezquita y la llegada del sultán.

Flanqueado de sus generales, el emir hizo su entrada solemne en la explanada sobre un espléndido caballo blanco, ceñido de una coraza forrada en terciopelo carmesí y cubierto por un casco de acero cincelado. Los soldados rugieron enardecidos al ver a su señor.

Antes de dar la orden de partir, Abu-l-Hasan, desenvainando su espada damasquinada, dirigió unas palabras a la tropa: «¡Fieles del Profeta! recordad que el paraíso pende de la hoja de vuestra espada. ¡Adelante contra los infieles! ¡Liberemos Alhama! *¡La ilaha il-la Allah!*».

Un grito ensordecedor salió de miles de gargantas: *¡Allahu aqbar!* Entre los vítores del pueblo, tomamos el camino de Alhama. Los hombres de a pie apretaron el paso para combatir el intenso frío. Los de a caballo cabalgábamos con el cuerpo encorvado a fin de protegernos de un viento cruel. La noche anterior había nevado y fuertes ráfagas de aire gélido del norte soplaban a nuestras espaldas. Los copos caídos sobre el camino, moteaban la tierra de endurecidas manchas de hielo.

Cuando desde lo alto de una loma, avistamos las murallas de Alhama, una banda de aves negras sobrevolaba los torreones bajo unas nubes violáceas que se condensaban sobre el castillo. Al aproximarnos a la ciudad, quedamos llenos de espanto ante lo que se ofrecía a nuestra vista. Los cristianos se habían hecho dueños de la villa y habían arrojado, desde las almenas, los cuerpos de los defensores. Un gran número de cadáveres yacía al pie de los muros, siendo devorados por una manada de perros asilvestrados y aves carroñeras. El emir consternado ordenó recoger los cuerpos a fin de darles sepultura. Para ello, fue necesario alancear a los perros y dispersar a saetazos a las aves que se resistían a soltar sus presas.

Indignados ante semejante ultraje a los muertos, los soldados, poseídos de una

furia salvaje, se lanzaron al asalto por diferentes puntos de manera desordenada, sin paveses protectores, haciendo oídos sordos a las voces de mando de sus capitanes, que se esforzaban inútilmente por moderar el ardor de una tropa enloquecida.

Presos de un frenesí descontrolado, los hombres de a pie colocaron las escalas, trepando por ellas con el cuchillo entre los dientes, dispuestos a vengar la afrenta.

Los cristianos, bien pertrechados para la defensa, rechazaban a los desordenados atacantes, que caían despeñados a los profundos barrancos que rodean parte de la ciudad.

Tras el primer asalto fracasado, Abu-l-Hasan intentó ordenar su hueste y mandó atacar a sus mejores hombres, logrando coronar algunas torres, mas los esfuerzos de estos guerreros valientes y disciplinados fueron estériles. Apercibidos los cristianos de los movimientos de la tropa granadina, los esperaban con sus espadas prestas matando a hierro a cuantos alcanzaban los adarves. Se hizo de noche, y el sultán tuvo que reconocer el fracaso del asalto. Reunido en su tienda con los generales, el emir decidió asediar la ciudad y rendirla por hambre y sed. Conocedor de que la villa se surtía de agua en las márgenes del río, ordenó destruir el acueducto que conducía el líquido elemento hasta la ciudad. Al percatarse los cristianos de que podían verse privados de aquel recurso vital, salieron armados de espadas y lanzas a impedir la maniobra de los granadinos. En el cauce del río, se trabó un feroz combate cuerpo a cuerpo. Los hombres, metidos en el agua hasta el pecho, descargaban temibles cuchilladas y furiosas lanzadas contra sus adversarios. La corriente arrastraba los cadáveres y el río se tornó rojo. Los cristianos se vieron superados y los que escaparon con vida huyeron a refugiarse tras las murallas.

Pocos días después, los aljibes que poseía la ciudad se agotaron y los sitiados, durante la noche, salían con odres a surtirse del elemento que tanto necesitaban. Mas nuestros centinelas, apostados cerca del río, abatían con certeros disparos de ballesta a los sedientos rumis.

A medida que pasaban los días, afloraron algunos problemas imprevistos entre los nuestros. Pensando en una conquista rápida, el ejército de Abu-l-Hasan había partido de Granada con escaso abastecimiento de alimentos. En poco tiempo el pan se agotó y los soldados, a falta de hornos, comían harina cocida en las brasas de las hogueras. Hasta que llegasen los abastecimientos desde Granada, fue necesario restringir la comida y las frías noches en el campamento, con el estómago vacío, eran una tortura. Justo el día en que se cumplía un mes de asedio, llegó un correo que sembró la zozobra entre la tropa, cuarenta mil peones y ocho mil jinetes cristianos, que se habían congregado en Antequera, habían cruzado la frontera y se dirigían a Alhama. Los vigías alertaron de que, si bien el rey no iba al mando de la tropa, ésta la formaban las mesnadas de los señores más importantes de las comarcas de Jaén, Córdoba y Antequera; así como los cruzados de la Orden de Calatrava y una numerosa hueste del poderoso señor de Sevilla, el duque de Medina Sidonia.

La alarma y la preocupación cundió entre los nuestros. La llamada de la reina de

Castilla a la Guerra Santa, aplacó los resentimientos y las discordias entre los nobles castellanos, y éstos habían formado un gran ejército para romper el cerco de Alhama. Los cristianos nos superaban en número y sus hombres estaban frescos y con moral de victoria. Abu-l-Hasan temiendo verse entre dos fuegos o que le cortasen el camino que le comunicaba con Granada, tomó la decisión de levantar el campo y retirarse. Con el rostro contraído, el emir regresó a la Alhambra y en los brazos de Zoraya intentó endulzar la amarga retirada. Mas su espíritu altivo estaba demasiado herido y no encontraba reposo ni sosiego. Se dice que perdió el apetito y el sueño.

Los generales atribuyeron el fracaso a la falta de preparación de muchos soldados reclutados apresuradamente, y a la premura con la que se había planeado el asalto.

La decepción de la población fue inmensa. Era la primera vez, que una campaña dirigida personalmente por el sultán fracasaba. Granada entera lloró la pérdida de Alhama.

El quebranto que supuso perder esta importante plaza fue colosal. El emir empeñó su honor y llamó a levas. Había que recuperar Alhama a toda costa y en ello se invirtieron esfuerzos y energías sin límite. Se efectuaron requisas muy cuantiosas. Hubo que recaudar más y más impuestos y gran cantidad de víveres con qué aprovisionar a una tropa de cinco mil jinetes y diez mil peones.

La campaña de Alhama estaba resultando muy costosa y aunque un cierto malestar crecía entre el pueblo, la mayoría comprendió que se trataba de una causa justa.

Con la firme convicción de que esta vez conseguiría el triunfo, Abu-l-Hasan, al frente de su poderoso ejército, puso por segunda vez cerco a Alhama.

Llegados ante los muros de la ciudad sitiada, la hueste granadina comenzó a batir la plaza con empeño. Los capitanes, mostrando gran diligencia y bravura, se pusieron a la cabeza del ataque, alentando con su ejemplo a los soldados que se lanzaron al asalto con enorme empuje.

La guarnición de Alhama, reforzada con hombres y víveres, se mantuvo firme y las continuas oleadas de asaltantes fueron rechazadas una tras otra. Así transcurría el día y Abu-l-Hasan asistía impotente a un nuevo fracaso. Cuando empezó a oscurecer, el emir llamó a su tienda a los generales para planear el asalto durante la noche. Los capitanes escaladores que habían triunfado en Zahara, Umar ibn Sadúm y Walid Ibn Muza estudiaron el terreno y eligieron un paraje escabroso e inhiesto, que los cristianos tenían más desguarnecido, por tratarse de un precipicio que ellos creían inaccesible. Cuarenta esforzados escaladores mandados por los dos avezados capitanes se mostraron dispuestos a acometer la arriesgada empresa.

Envueltos en las espesas tinieblas de la noche, los pundonorosos asaltantes se apercibieron de escalas y cuerdas, y se aventuraron por los peligrosos y profundos tajos. Apoyando las escalas y maromas en los riscos y peñas salientes, los bravos escaladores lograron, de forma sigilosa, trepar hasta lo alto de los baluartes donde sorprendieron a los desprevenidos centinelas, que antes de que dieran la alarma

pasaron al otro mundo. Los asaltantes corrieron hacia las puertas de la medina, mas se toparon con un cuerpo de guardia que, al verlos, corrió despavorido dando gritos de alarma. Al percatarse nuestros generales, que los cuarenta escaladores habían conseguido su objetivo, ordenaron el asalto de las murallas por diferentes sitios a la vez. En los adarves se luchaba cuerpo a cuerpo. La carnicería fue atroz. El eco de los gritos de los heridos resonaba entre los riscos, y el golpe seco de los cuerpos despeñados salía desde las profundidades de los barrancos.

Los sitiados lograron romper las escalas y ochenta de los nuestros quedaron aislados dentro de la ciudadela. Resueltos a pelear con heroica perseverancia, los granadinos se agruparon en la plaza mayor trabando un encarnizado combate contra los cristianos que, con fiero vocerío, les rodearon en un estrecho círculo. En la refriega hubo pérdidas por ambas partes y la contienda se prolongó hasta que el último musulmán cayó cosido a puñaladas. Cuando con las primeras luces del alba, Abu-l-Hasan observó cómo los cristianos arrojaban por las murallas los cuerpos de los valerosos escaladores, y comprobó que había perdido los mejores hombres de su ejército, lanzó un grito de dolor que provocó la estampida de una banda de cuervos que acechaban los cadáveres desde la copa de los árboles. Una y otra vez, maldecía a los infaustos hados que le habían acarreado tanta desgracia. Arrebatado de furia convocó a sus generales y ordenó emprender contra Alhama un asedio implacable.

Pero el cerco se prolongaba y los asediados no daban muestras de rendirse, lo que descorazonaba a muchos soldados. Un día, a través de un vigía de frontera, nos llegó una noticia alarmante: un enorme ejército, portando cruces y estandartes, había cruzado el río Genil por *Istiya* (Écija) y se dirigía a socorrer Alhama. A la cabeza de la tropa marchaba el mismísimo rey Fernando. El emir convocó a consejo a sus hombres de confianza para escuchar sus opiniones ante esta nueva situación. Unos eran partidarios de enfrentarse al enemigo, por superior que fuese, ya que nos encontrábamos en territorio musulmán, lo que nos permitía pedir refuerzos y eso nos favorecía. Otros eran del parecer, que era demasiado tarde para recibir ayuda. Y enfrentar la cansada y diezmada tropa granadina al poderoso ejército del rey cristiano sería catastrófico. Ambos bandos defendían con ardor sus posiciones y cuando más encendido estaba el debate, llegó un correo procedente de Granada que puso fin a la discusión.

El mensajero era portador de una carta del visir Abu-l-Qasim Venegas en la que comunicaba al emir que, aprovechando su ausencia, el partido Abencerraje había encabezado una revuelta para destronarlo.

Una vez más, Abu-l-Hasan se vio obligado a levantar el asedio de Alhama, para salvar el trono.

El rey Fernando entró en Alhama entre el entusiasmo y júbilo de los sitiados. Después de reforzar los muros y torreones, llenar los almacenes de víveres y consagrar las mezquitas al culto cristiano; relevó la guarnición con tropas de refresco y salió con sus huestes hacia la Vega, talando campos, destruyendo alquerías,

almunias y almazaras; devastando cuanto halló a su paso, sembrando el terror y la ruina en todas partes.

Los cristianos querían asegurar el abastecimiento de Alhama, y para ello era imprescindible conquistar Loja, la llave de acceso a la Vega.

Dejando tras sí un reguero de sangre y fuego, el rey Fernando puso sitio a Loja. El ejército cristiano, compuesto por seis mil jinetes y quince mil peones, se asentó en el valle del *guadi Xanili* (Genil) entre viñedos y olivares.

Desde las almenas de su castillo, el astuto alcaide de Medina Louxa, Alí al-Attar, observó cómo los cristianos acampaban entre colinas, acequias y barrancos de forma qué entre ellos no podían observarse ni socorrerse. La caballería de Fernando se había situado a lo largo de un angosto valle que les impediría desplegarse con rapidez. Antes de que los cristianos tuviesen tiempo de organizar el cerco, Alí al-Attar, que contaba 78 años, mas conservaba el vigor de sus años mozos, salió al frente de tres mil hombres y atacó al escuadrón donde ondeaban los estandartes de la Orden de Calatrava. Antes, el alcaide había ordenado a parte de su caballería y los hombres de a pie, emboscarse en las huertas y colinas que dominan el valle. Los cristianos, sorprendidos, blandieron sus armas y se aprestaron para el combate. A la cabeza de los rumis, destacaba un joven que cubría su brillante armadura con una sobreveste donde lucía la llamativa cruz colorada de Calatrava. Suponiendo, acertadamente, que se trataba de Rodrigo Girón, maestre de la Orden, los lanceros se arrojaron sobre él y aunque la coraza protegía su pecho, una lanza le penetró por la escotadura del brazo y le atravesó el corazón. Acudieron en su auxilio varios jinetes y el veterano al-Attar dio orden de retirada. El retroceso era un ardid, y cuando los cristianos perseguían a los que creían fugitivos, la caballería emboscada les atacó por la retaguardia. Los soldados cristianos, hundidos en las charcas y enredados en la espesura de los huertos, sucumbieron ante los aguerridos lojeños, que armados de hachas y puñales salían entre los árboles y al grito de *¡Allahu Aqbar!* atacaban por todas partes, en un terreno que ellos conocían como la palma de su mano. Los cristianos huían despavoridos en total desorden. Los hombres de Alí al-Attar, conducidos magistralmente por el viejo guerrero, consiguieron una gran victoria, tomando un buen número de prisioneros y armas. Y a punto estuvieron de capturar al rey Fernando, que pudo huir gracias a que varios caballeros ofrecieron generosamente sus vidas por salvar a su rey. La victoria de Alí al-Attar sobre el temible ejército cristiano, elevó la fama del astuto y valiente alcaide que había librado a su ciudad de los sanguinarios rumis, demostrando que el ejército de Castilla no era invencible.

En Granada, la noticia se recibió con alborozo. Al fin llegaba una buena nueva. El anciano alcaide de Loja había humillado al poderoso rey cristiano. Algunos se resistían a creerlo, mas los correos que llegaban procedentes de *Medina Lauxa* lo confirmaban y los vigías, desde las atalayas, contemplaron cómo las huestes de Fernando se batían en retirada hacia la frontera.

Granada respiró aliviada y las gentes recobraron parte de la alegría y la confianza

en sí mismos, que habían perdido. Mas no todos participaban de aquél júbilo, los Abencerrajes utilizaron el éxito de al-Attar, como arma arrojadiza contra el sultán. El valor de un anciano alcaide enfrentándose y venciendo a los cristianos, ponía en evidencia la humillante retirada de Abu-l-Hasan en Alhama. Los *Banu al-Sarraj* y sus partidarios sembraron el descontento entre los granadinos por los elevados impuestos que soportaban para mantener una campaña de desastrosos resultados, poniendo de manifiesto la incapacidad del sultán para reconquistar Alhama.

Hasta la Alhambra llegó el rumor de que en el barrio del Albaycín circulaban grupos de gente armada, y que en el palacio de Dar alHorra se estaba fraguando una conspiración.

Cerciorado el sultán de la complicidad de la *Sayyida* y el príncipe heredero en la conjura, tuvo que tomar una decisión muy dolorosa para él: arrestar a su hijo y confinarlo en la torre del Qadí. La rebelión brotó en el barrio de los Halconeros y una muchedumbre vociferante rodeó el palacio de Dar al-Horra aclamando al príncipe heredero y pidiendo su liberación. Alentados por la sultana, los revoltosos se dirigieron, armados de cuchillos, a la torre del Qadí, con la intención de liberar al príncipe. Antes de que cruzaran el río, la guardia africana se enfrentó a la turba. El choque fue muy violento y la batalla se convirtió en una matanza a discreción. Ciegos de furia, los soldados del sultán sembraron el terror entre la población y en poco tiempo restablecieron el orden en el levantisco barrio del Albycín.

Los fracasos de Alhama, las discordias de los nobles, el descontento del pueblo y las intrigas familiares hicieron mella en el ánimo del sultán, que cayó presa de una profunda melancolía. Zoraya, aconsejada por los médicos, convenció a su esposo para que juntos se trasladaran, unos días, a disfrutar de la hermosa campiña de los Alijares, uno de los palacios más bellos que poseía el sultán. Apartado de las preocupaciones del gobierno, en aquel lugar cargado de los sanos efluvios de las flores silvestres, gozando de la caza y de la compañía de sus seres más queridos, se vería aliviado de la tristeza e inquietudes que tanto le afligían. Era verano y Granada padecía un calor infernal bajo un sol inclemente. Los granadinos mirábamos esperanzados las cumbres nevadas de la sierra, esperando que la montaña nos aliviase con un soplo de brisa fresca, mas no se movía ni una hoja y un bochorno plomizo aplastaba la ciudad.

La comitiva real se dispuso a abandonar la Alhambra, camino de los Alijares, cuando el sol emergía por el horizonte amenazando con sus rayos de fuego. Una corte de lacayos, secretarios, caballerizos, halconeros y eunucos precedían a la familia del emir, que era escoltada por la guardia palatina. Rodeada de sirvientas y esclavas, Zoraya y sus hijos Saad y Nasr ocupaban el centro de la comitiva a lomos de dóciles acémilas. El sultán y su primo el príncipe Yahya al-Nayyar, montando sendos corceles, les seguían a poca distancia. Abu-l-Hasan pasó por delante de cuantos acudimos a las puertas del palacio, con la mirada perdida en la lejanía, rodeado de los fornidos escoltas ataviados de plateadas corazas y cubiertos con cotas de malla. He de

confesar que me causó una honda impresión el cambio que se había producido en el emir. Su espléndida figura había perdido vigor, cabalgaba ligeramente encorvado, sus ojos de fuego aparecían apagados, hundidos en las cuencas, y en la masa negra de su barba se mezclaban numerosas hebras blancas. Un país dividido en bandos irreconciliables, una poderosa casta de nobles que no olvidaba los agravios a que se habían visto sometidos por su desmedida ambición, el príncipe heredero encarcelado por orden de su padre, la sultana repudiada con el honor herido, rumiando su venganza en su prisión dorada de Dar al-Horra, el erario público empobrecido a causa de la guerra y la amenaza latente de un ataque de los cristianos. Tal era el estado en que se encontraba Granada, cuando el visir Abu-l-Qasim Venegas se hizo cargo del gobierno del reino.

Los Abencerrajes no podían soportar que el sultán hubiera depositado toda su confianza en el renegado, dejando los asuntos de estado en manos de su enemigo más encarnizado, que de este modo se convertía en el hombre más poderoso de Granada. El visir se sabía blanco de las iras del poderoso clan, mas contaba con suficientes apoyos para hacer frente a las insidias de los *Banu al-Sarraj*. Sólo había una cosa que le preocupaba y le hacía vulnerable: la seguridad de su familia. Si alguno de sus hijos caía en manos de los partidarios de la sultana, éstos lo utilizarían como moneda de cambio para liberar al príncipe.

Tomando como pretexto el intenso calor que sufría la capital, los hermanos Venegas decidieron alejar de la corte a sus mujeres e hijos. La familia Venegas, fuertemente custodiada, se dirigió a Vélez, ciudad de la que era alcaide y señor, el visir.

Algún tiempo después de la ausencia del sultán, algunos alfaquíes del partido Abencerraje hicieron correr el bulo de que el emir había contraído una grave enfermedad, de cuyo origen no era ajeno el visir. Cada vez se oían más voces pidiendo qué, si el sultán estaba enfermo, el príncipe heredero debía asumir el poder. Una noche, contando con la complicidad del alcaide Yusuf ibn Qumasa, sobornaron a los carceleros y el príncipe Abu Abd Allah se evadió de la prisión. Los Abencerrajes, que habían urdido el plan, huyeron con el príncipe a la ciudad de Guadix. El visir y su hermano Ridwan partieron raudos hacia los Alijares a informar al emir de la evasión del príncipe.

Nuestro señor Abu-l-Hasan no dio excesiva importancia a la huida del heredero, y hasta cierto punto lo consideró conveniente, presumiendo que, con el alejamiento de su hijo de Granada, se evitaba un foco de intrigas en la Corte. Mas el visir se mostraba visiblemente inquieto y manifestó al sultán su preocupación por la delicada situación en que se encontraba el país. Abu-l-Qasim Venegas creía conveniente el regreso inmediato del emir a Granada, a fin de acallar los rumores de su enfermedad, que algunos utilizaban en beneficio propio.

El sultán que, en la apacible armonía de la maravillosa naturaleza de los Alijares, había recuperado el ánimo y serenado su espíritu, aceptó volver a Granada, aunque

como gran aficionado a la cetrería, invitó a su visir y amigo a permanecer unos días compartiendo unas jornadas de caza.

Cada día, el emir nos conducía por parajes maravillosos donde azores y gerifaltes, en vuelo bajo, atrapaban conejos y faisanes. Por la tarde en campo abierto, nos situábamos sobre una colina rodeada de extensas llanuras plagadas de charcas, donde acudían a beber cientos de torcaces y patos, que los veloces peregrinos capturaban. Al final de cada jornada, se celebraba un banquete en el que se servían las piezas abatidas.

El sultán se encontraba feliz y no mostraba ninguna premura por volver a Granada. Por el contrario, durante el tiempo que el visir permaneció en los Alijares, accediendo a los deseos del sultán, se mostraba inquieto y preocupado. Al fin, durante uno de aquellos banquetes, Abu-l-Qasim Venegas acordó con el emir partir al día siguiente a la capital.

El sol ya estaba alto haciendo sentir su implacable furia, cuando abandonamos los Alijares. Ridwan Venegas y sus escoltas, que habíamos tomado la delantera, al divisar las torres de la Alhambra, vimos extraños movimientos de gente sobre las almenas. Mi amo picó su montura y todos le seguimos al galope. Bordeando la muralla del campo de los Aljibes, escuchamos un enorme vocerío. Seriamente intrigados, nos dirigimos a la puerta de la Loma. En ese momento, vimos aparecer un contingente de jinetes que abandonaba la ciudad. Se trataba del escuadrón de africanos, encargados de la guardia y custodia del palacio durante la ausencia del sultán. El capitán, con hondo pesar, nos relató cómo la noche anterior, los Abencerrajes habían entrado en el barrio del Albaycín y en el palacio de Dar al-Horra proclamaron como emir de Granada al príncipe Abu Abd Allah.

La población del Albaycín aclamó al nuevo emir y una turba de hombres armados capitaneados por Ibrahim ibn al-Barr y Yusuf ibn Qumasa se enfrentaron a los guardias leales a Abu-l-Hasan en una lucha feroz. Se combatió con ardor durante toda la noche, mas los conjurados que contaban con refuerzos de Guadix y Loja, terminaron por apoderarse del Alcázar y al amanecer los partidarios del príncipe hacían tremolar sus banderas sobre las torres de la Alhambra.

Mi señor, incrédulo, quiso cerciorarse de cuanto acababa de oír y nos ordenó avanzar hasta el barranco de al-Qabía. Al aproximarnos a las murallas, observamos las almenas repletas de una tropa que nos insultaba y agitaban unas lanzas donde habían clavado las cabezas de los partidarios del sultán; entre ellas se distinguía claramente el cráneo rapado de Rayham. Esta vez el astuto jefe de los eunucos no pudo escapar a la terrible venganza de Fâtîma la Horra.

Abu-l-Hasan se mostró dispuesto a entrar en Granada, convencido de que su sola presencia bastaría para reducir a los insurrectos, mas los hermanos Venegas, con buen criterio, le hicieron ver la necesidad de alejarse del alcance de las tropas rebeldes. Al atardecer, un pequeño ejército formado por la guardia palatina, el escuadrón de africanos y la hueste de los nobles Venegas, dimos escolta al sultán y a su familia

hasta el castillo de Mondújar, en el valle de Lecrín.

La noticia de la sedición se propagó como el fuego. Sidi Yahya al-Nayyar, alcaide de Almería, y el príncipe Abu Abd Allah *al Zagal*, gobernador de Málaga, se presentaron en Mondújar a rendir pleitesía al sultán, poniendo sus espadas al servicio de su causa.

El emir se encontraba abatido. Cuantos tenían acceso a su presencia comentaban el profundo cambio que había sufrido. Su rostro avejentado mostraba la tristeza y la apatía de su ánimo. *Al-Zagal* propuso a su hermano trasladarse a Málaga donde recibiría lealtad y vasallaje de los grandes señores y alcaides de la comarca sur, desde la Axarquía al cabo de Gata.

Al día siguiente, al amanecer, partimos de Mondújar con la comitiva real. Después de un descanso en el castillo de Frigiliana, donde pernoctamos, llegamos a *Medina Malaqa* en medio de la oscuridad de una noche sin luna. Los malagueños, portando cientos de antorchas, nos flanquearon el camino hasta la Alcazaba. Parte de la tropa fuimos alojados en la fortaleza de *Jebel Faruh* (Gibralfaro). Aquella noche, el bramido bronco del viento chocando contra el oleaje del mar, me mantuvo insomne. Antes del amanecer, encaramado en la torre más alta del castillo contemplé la inmensa alfombra del mar que se perdía en el horizonte y de la que surgía una ligera bruma. Había en el aire algo suave y fresco que invitaba a inspirar profundo. Cuando el sol iluminó el firmamento, la masa de agua se transformó en un campo gris con destellos metálicos y unos objetos casi irreales se balanceaban ingrávidos entre las brumas. A medida que la claridad se intensificó, quedé extasiado ante el prodigio que se producía ante mis ojos: la inmensa masa blanquecina se tornó de un azul intenso, cruzado por trazos de verde turquesa.

La luz de Málaga posee un magnetismo que te atrapa como la mirada de una hurí. Recordé que en esta ciudad vive mi tío Abd Allah y un nombre de mujer, que había permanecido callado en mi corazón, afloró de pronto a mis labios: ¡Jawhara! Con nostalgia evoqué momentos inolvidables de mi adolescencia, y una punzada de dolor atravesó mi pecho. ¿Por qué la mente se empeña en hurgar en las heridas del corazón? ¡Jawhara! ¡Jawhara! tu nombre está impregnado del recuerdo dulce del deseo y la amargura del desengaño.

Una vez que se instaló en Málaga la nueva corte, el reino quedó partido en dos regiones. En la Alhambra, el príncipe Abu Abd Allah Muhammad gobernaba la zona norte, desde Loja hasta Guadix. Y en Málaga, su padre Abu-l-Hasan Alí era dueño de la zona sur desde Ronda hasta Almería.

Se tenían noticias de que los cristianos advertidos de la división de los granadinos, se aprestaban a emprender una Cruzada contra los musulmanes. A requerimientos de la reina Isabel de Castilla, el Gran Alfaquí de Roma declaró la guerra santa, ordenando a todos los reyes y grandes señores de la Cristiandad,

contribuir con el subsidio necesario para formar un gran ejército. La alerta era máxima, sabíamos que los alcaides cristianos de Jerez, Morón y Archidona, con gente armada de a pie y a caballo, se estaban congregando en la frontera cerca de Antequera. Un día, llegaron a Málaga varios jinetes procedentes de las montañas, que decían haber escapado milagrosamente a la muerte, y contando cosas espeluznantes de un ejército de cruzados que habían entrado a sangre y fuego en la Axarquía.

El príncipe *al-Zagal* pidió licencia a su hermano el emir, para ponerse al frente de sus hombres y expulsar a los cristianos de las tierras de Málaga. *Al-Zagal* disponía de una tropa de jinetes aguerridos y disciplinados, que mantenía en constante actividad al mando de su hombre de confianza, el general Ibrahim *al-Zanatí*. A él se unió mi señor Ridwan Venegas con su hueste y un contingente de Gomeres huidos de Granada, así como las mesnadas del jeque Abu Abd-l-Maliq señor de Lijar, las tribus de los Banu al-Hasan de Berja, el alcaide del castillo de *al-Munaqqab* (Almuñecar) y los señores de Nariyat (Nerja), *Qumaris* (Comares) e *Istabbuna* (Estepona).

Abu-l-Hasan nombró a su hermano capitán general de sus ejércitos.

Guiados por los expertos montañeses de la *al-Xarqiyya*, nos internamos por los tortuosos caminos de los montes de Málaga. Desde lo alto de un áspero cerro, divisamos las pardas nubes de humo que marcaban el rastro de los cristianos. En las cumbres de la sierra, encontramos a varias familias de campesinos que, huyendo de los fieros cristianos, se refugiaron con sus rebaños y utensilios domésticos en las cuevas de una escarpada montaña. Se trataba de gente humilde, en su mayoría, pastores y criadores de gusanos de seda. Con el rostro desfigurado por el miedo, aquellas gentes nos contaron cómo una noche, unos hombres vestidos de blanco, luciendo en su pecho una cruz en forma de espada, presos de una furia demoniaca, asaltaron los caseríos prendiendo fuego a las casas y torturando a sus moradores. A las mujeres embarazadas les abrían el vientre y les sacaban los fetos. A los hombres les cortaban las orejas y para divertirse, les hacían correr por el bosque y, siguiendo el reguero de sangre de sus víctimas, los cruzados les perseguían para matarlos y exhibirlos como trofeos de caza. Nos mostraron a un muchacho, de unos dieciséis años, a quién los bárbaros rumis habían desorejado y que, gracias a la fortaleza de sus piernas, logró burlar a sus perseguidores, librándose así de una muerte cruel.

—¿Decís que llevaban sobre el pecho una cruz en forma de espada? —inquirió *al-Zagal*.

—Así es, mi señor —contestó el muchacho.

Con el rostro descompuesto, el príncipe comentó con los dientes apretados:

—Son los malditos caballeros de la Orden de Santiago. Una secta de fanáticos ebrios de odio y crueldad.

Al-Zagal los conocía bien. Durante su exilio en Alcalá la Real, el Conde de Cabra le dio protección, dispensándole la consideración y el respeto propios de su rango, mas en alguna ocasión tuvo que soportar la mirada hostil de los cruzados de Santiago que visitaban al Conde y que, incluso en su presencia, no ocultaban la aversión que

sentían hacia los musulmanes realizando gestos despectivos y profiriendo palabras que destilaban un odio mortal a los «moros», que es como los cristianos llaman a los seguidores del Profeta. Al caer la noche, *al-Zagal*, Ibrahim *al Zanatí* y Ridwan Venegas trazaron el plan de ataque. Con las primeras luces del día, el príncipe y su aguerrida tropa, junto con los alcaides de los castillos de la costa se dirigirían a la entrada de la Axarquía para cortar la retirada y atacar al enemigo por la espalda. Mi señor Venegas y las huestes de los jeques de las sierras de Lijar y Gador, así como un escuadrón de Gomeres emboscados en las cumbres con un contingente de ballesteros y lanceros, sorprenderían a los cristianos en el valle del río Jabonero.

Guiados por los pastores, buenos conocedores de aquellos parajes, nos internamos en lo más fragoso de la sierra. Desde un altozano cubierto de pinos, observamos un camino que culebreaba hasta un caserío donde los rescoldos de un fuego quemaba los restos de unas cabañas. Mi señor ordenó a una patrulla inspeccionar el lugar. No encontraron supervivientes, tan solo los cadáveres mutilados de unos ancianos a quienes sus achaques o el peso de sus años no les habían permitido ponerse a salvo. En su ciego afán destructivo, los cristianos seguían quemando y devastando cuanto encontraban a su paso, sin reparar en que el humo de las hogueras delataba su posición.

Ocultos tras unas enormes rocas, en la cima de un cerro que dominaba el valle, no tuvimos que esperar mucho tiempo para ver aparecer a unos jinetes que formaban la avanzadilla del ejército cristiano. Les seguían un contingente mayor de hombres a caballo y una numerosa tropa de infantes. Detrás venían las bestias de carga con vituallas y el ganado robado. Los rumis avanzaban en gran desorden, parte de la tropa se dispersaba en busca de aldeas para saquearlas, otros se internaban en el valle para bañarse en el río. Nuestros arqueros tras los peñascos, con los arcos tensados, esperaban la orden de disparo. Transcurrieron unos momentos de enorme tensión hasta que Ridwan Venegas gritó: «¡Disparad! ¡Abatid a esos malditos!».

Entre gritos y lamentos, los cristianos sorprendidos intentaban huir trepando por las laderas del valle, mas alcanzados por las saetas, caían resbalando por los barrancos. Mi señor Ridwan ordenó el despliegue de la caballería, atacando a la hueste enemiga por diferentes puntos. A la vista de nuestros jinetes, el tumulto y la confusión se apoderó de los cristianos. La mesnada de Sidi Ridwan, capitaneada por Rashid descendimos del cerro y atravesamos las filas enemigas sembrando el terror y la muerte a nuestro paso. Los hombres de a pie pretendían salvarse arrojándose al río. Ocultos tras los cañaverales, algunos soldados, muy jóvenes, desorientados y paralizados por el miedo lloraban como niños. De pronto, nos vimos rodeados por un ejército de capas blancas. El maestre de la Orden de Santiago y sus caballeros, resoplando dentro de sus pesadas armaduras, con los ojos desorbitados nos atacaban con furia. En nuestra ayuda acudió un contingente de Gomeres que en una maniobra envolvente destrozó a la caballería de los cruzados de Santiago. Viéndose atrapados entre dos fuegos, el maestre y otros caballeros buscaron la salida de aquel laberinto

mortal huyendo hacia el pueblo de Cútar, sin saber que allí caerían en la celada del príncipe *al-Zagal*.

Comenzaba a oscurecer, cuando los gritos de victoria de nuestra tropa resonó en el valle, sembrado de cadáveres. Durante la noche, el campo se cubrió de hogueras y a su alrededor los soldados, exultantes, reían y cantaban por la victoria obtenida. Al rayar el nuevo día, los vigías descubrieron un grupo de jinetes cristianos que, extraviados, vagaban por un sendero próximo a nuestro campamento. Los Gomeres salieron a su encuentro. Apostados en la ladera de una colina, contemplamos cómo los africanos rodeaban a los rumis y éstos, atemorizados y perdidos, no ofrecían resistencia. Tan solo el que iba al mando de ellos, afirmado en los estribos de su montura con la espada desenvainada, parecía dispuesto a vender cara su vida. Ante aquel gesto de valentía del cristiano, mi amo montó en su caballo y al galope se dirigió al lugar de la contienda. Todos le seguimos. Con grandes voces ordenó a los Gomeres envainar sus espadas, al tiempo que les recriminaba el querer cebarse con una tropa tan inferior en número. Ridwan Venegas cruzó el cerco y dirigiéndose al valeroso capitán en su lengua, le propuso batirse en duelo y si vencía, él y sus hombres quedarían en libertad. El cristiano sin dudar un momento aceptó el reto. La bruñida armadura y la celada dorada del hombre que mandaba a los cristianos, delataban que se trataba de un noble. Musulmanes y cristianos formamos un círculo y en medio quedaron los dos jinetes mirándose fijamente a los ojos, con las espadas desnudas. Los caballos, nerviosos, caracoleaban sin perder la cara de su oponente. Ridwan Venegas hizo girar a su montura y se colocó de espaldas al sol. Entonces su espada centelleó y la punta del arma rayó el peto acorazado del cristiano. Éste contraatacó con varios mandobles, mas sus movimientos eran lentos y Venegas desviaba con facilidad las acometidas de su adversario. Cuando mi amo pasó a la ofensiva, su enemigo dio muestras de cansancio y su defensa era cada vez más precaria. Un golpe seco en el hombro del cristiano le hizo tambalearse, el caballo levantó las manos lanzando un estridente relincho y el rumí cayó de espaldas sobre el suelo. Ridwan Venegas desmontó de su corcel y se dirigió al caído que permanecía inmóvil, conmocionado.

—Reconoce tu derrota o eres hombre muerto —le espetó mi señor, poniéndole la punta de su espada en el cuello.

—Me declaro vencido en buena lid —balbució el cristiano.

—Desde este momento eres mi prisionero y como tal te ordeno que te identifiques. Necesito saber a quién he vencido.

—Mi nombre es Juan de Silva, Conde de Cifuentes.

—Bien, puedes levantarte.

Mientras varios escuderos ayudaban a ponerse en pie al maltrecho conde, Ridwan Venegas, dirigiéndose a su tropa, amenazó con la pena de muerte a todo aquel que injuriase o vejase a los vencidos. Después, se dirigió a los cristianos en castellano y les hizo saber su condición de cautivos, conminando a todos aquellos cuyas familias

dispusieran de recursos necesarios para pagar el rescate se dieran a conocer, ya que el resto de los prisioneros serían vendidos en subasta pública.

De entre la tropa cristiana, siete caballeros dieron un paso al frente. Se trataba de don Pedro de Silva, hermano del Conde de Cifuentes; don Bernardino Manrique; don Juan de Robles; don Juan de Pineda y don Juan de Monsalve así como los alcaides de Morón y Antequera. Todos ellos caballeros nobles y ricohombres de Castilla.

Hacia el mediodía, sobre las lomas grises de la Axarquía apareció *al-Zagal* al frente de sus hombres que, ebrios de alegría hacían tremolar las banderas apresadas al enemigo y conduciendo, atados, a un gran número de prisioneros.

Entre abrazos y gritos de júbilo celebramos el reencuentro con nuestros compañeros y nos felicitamos por aquella gran victoria sobre los cristianos. Al realizar el recuento de víctimas, nosotros contamos algunos heridos mas no habíamos perdido ni un solo hombre, mientras que las pérdidas del enemigo ascendían a cientos de muertos y a mil trescientos prisioneros, de ellos más de cien eran caballeros de linaje. Aunque lamentamos que entre éstos no se encontrara el odiado maestre de Santiago, Alonso de Cárdenas, quién al parecer había logrado escapar.

Exhibiendo las banderas y los caballos enjaezados con los ricos arneses de los vencidos, entramos en Málaga. El pueblo prorrumpió en gritos y vítores al ver pasar por sus calles al príncipe *al Zagal*, al frente de un ejército victorioso, cargado con el botín de guerra.

Abu-l-Hasan recibió a su triunfante hermano a las puertas de la Alcazaba. *Al-Zagal* besó las manos del emir y éste le estrechó entre sus brazos en medio del contento de los soldados que alzamos nuestras armas en señal de triunfo. Los ojos del sultán estaban húmedos y su mirada turbia parecía perdida. Pensé que sería producto de la emoción, mas a mi lado un halconero real me comentó que desde hacía algún tiempo, nuestro señor el emir estaba aquejado de un mal que le producía un lagrimeo continuo y, cuando salía a cazar, le impedía ver con claridad el vuelo de Basir, su halcón favorito.

A los nobles cristianos, que esperaban el pago por su rescate, se les encerró en el castillo de Gibralfaro, a excepción del Conde de Cifuentes, que como cautivo de los Venegas fue trasladado a la residencia de éstos, donde se le trató con la hospitalidad digna de un huésped ilustre. Los soldados de baja condición fueron conducidos a las mazmorras de la Alcazaba.

Por los prisioneros de familias nobles se pidieron cantidades exorbitantes. El rescate de alguno de ellos se llegó a fijar en un millón de maravedíes. En las negociaciones intervino como alfaqueque un personaje siniestro, que años más tarde, con solo mencionar su nombre haría temblar a los granadinos: Francisco Ximénez de Cisneros. ¡Que Dios se apiade de él!

Mientras Málaga celebraba los festejos por la victoria de la Axarquía, Abu-l-Qasim y Ridwan Venegas decidieron visitar a sus mujeres e hijos en Vélez. Al ponernos en camino, yo me ilusioné con la idea de que alguien me daría allí alguna noticia de mi familia. Hacía ya casi un año que había salido de Granada y, en mi ausencia, Zubayda y sus hijos carecían de medios para subsistir. Me preguntaba ¿qué habría sido de ellos?

Mas a Vélez no llegaban muchas noticias de Granada, y las pocas que llegaban no eran buenas. A todos nos llenó de zozobra cuando un correo nos informó de que los Abencerrajes habían confiscado los bienes de nuestros amos y saqueado su palacio. Embargado por un sentimiento de añoranza, siempre que disponía de tiempo libre, cruzaba la puerta de la medina que daba acceso al camino de Granada y allí dejaba volar mi pensamiento, soñando con el regreso a mi casa. Desde que el reino estaba dividido, la vía que comunicaba con la capital, se había convertido en un paraje apenas transitado por algunos mercaderes, que se aventuraban a hacer negocios en los dominios del príncipe rebelde. Una tarde, vi a lo lejos que se aproximaba por el solitario camino una recua de acémilas. Se trataba de una caravana de mercaderes que se dirigían a Málaga. Uno de ellos, bajó de su mula y se apartó del grupo para orinar. Esperé a que se aliviara y, cuando me acerqué a él, le pregunté si venían de Granada.

—No, venimos de Loja —respondió.

—Y, ¿cómo están las cosas por allí?

—Toda la ciudad está de luto y sus habitantes lloran amargamente la muerte de su alcaide.

—Alí al-Attar era ya muy anciano y Allah ¡loado sea! habrá querido llevárselo a su lado —comenté resignado.

—Por tus palabras deduzco que aquí aún no ha llegado la noticia del infausto suceso, que ha llenado de luto y estupor a todo el reino.

—Ignoro de qué infausto suceso hablas.

El mercader con gesto sombrío me informó:

—El príncipe Abu Abd Allah y su suegro, el noble alcaide de Loja, han perecido a manos de los cristianos en la frontera de Córdoba.

Las palabras del mercader me dejaron atónito. A grandes zancadas subí la cuesta del camino que lleva a la ciudad y me encaminé a la casa de mi señor, mientras en mi cabeza se mezclaban la turbación y la incredulidad.

En la residencia de mis amos, coincidí con la llegada de un emisario del sultán, convocando a los Venegas a una reunión urgente en la Alcazaba. Raudos partimos hacia Málaga.

Por el camino nos preguntábamos qué consecuencias podía traer la muerte del príncipe. Tal vez había llegado el momento de que el sultán recuperara el trono de

Granada; aunque los Abencerrajes intentarían impedirlo proclamando emir al joven Yusuf. Al llegar a Málaga, toda la ciudad se hacía eco de la noticia: Al parecer los Abencerrajes, recelosos del triunfo de *al-Zagal* en la Axarquía, consideraron necesario realizar alguna hazaña que diera gloria y fama al príncipe Abu Abd Allah, y así desvanecer el prestigio y las simpatías que Abu-l-Hasan y su hermano *al-Zagal* habían despertado entre los granadinos por su brillante victoria sobre los cristianos. Con este propósito, el príncipe al frente de siete mil infantes y mil caballeros, a los que se unió su suegro Alí al-Attar con quinientos jinetes, se dirigieron a la frontera de Córdoba. Mas al otro lado del río Genil, los cristianos les estaban esperando emboscados en las sierras de Lucena. El desastre fue tremendo, los granadinos se vieron sorprendidos por un ejército que se lanzó sobre ellos como una jauría de lobos rabiosos. Las tropas del príncipe emprendieron la huida dejando cinco mil muertos en el campo de batalla, entre los que se encontraban los mejores y más nobles guerreros de Granada.

En Málaga todos permanecíamos en alerta, esperando el resultado del consejo de nobles convocado por el sultán. Al llegar la noche, se mantenían reunidos en la Alcazaba sin que trascendiera nada al exterior.

El impetuoso Rashid se lamentaba de perder un tiempo precioso. En su opinión había que aprovechar el vacío de poder y la confusión que reinaba en Granada, para dar un golpe de mano y apoderarse de la Alhambra.

A media noche, los centinelas subieron a la Alcazaba pidiendo licencia para abrir las puertas de la ciudad a una embajada procedente de Granada. Los embajadores solicitaban una audiencia urgente al sultán. Conducidos a su presencia, los emisarios entregaron al emir un documento firmado por el zalmedina y el qadí al-Yama'a, en el que en el nombre del pueblo de Granada, proclamaban y acataban como «Emir de los Creyentes» a nuestro amo y señor Abu-l-Hasan Alí ibn Saad, rogándole que regresara cuanto antes a la capital y tomara posesión del trono que legítimamente le pertenecía.

El que iba al mando de la delegación tomó la palabra y después de narrar la trágica derrota del príncipe Abu Abd Allah en *al-Yussana* (Lucena) y el dolor y llanto que produjo en Granada, confirmó la muerte del valeroso alcaide de Loja, Alí al-Attar, mas reveló que el príncipe, al que se creía muerto, había sobrevivido, aunque fue hecho prisionero.

Esta noticia sorprendió a todos y levantó un fuerte murmullo en la sala. El emisario pidió calma y rogó al sultán que le permitiese continuar. Abu-l-Hasan alzó el brazo y se hizo el silencio. A continuación invitó al embajador a seguir la narración.

«...Cuando se supo que el príncipe se encontraba en poder de los cristianos, la *Sayyida* Fâtîma despachó una embajada a Castilla ofreciendo una enorme cantidad de oro por la libertad del príncipe. Mas las calles de Granada estaban desbordadas de gente pidiendo remedio para tantos males y haciendo pública manifestación de restituir el trono a su auténtico dueño y señor: Abu-lHasan Alí ¡qué Dios guarde! ¡Mi

Señor! —dijo el emisario dirigiéndose al sultán—. Granada entera os aguarda impaciente». Esa misma noche se empezó a preparar todo lo necesario y al día siguiente la comitiva se puso en marcha hacia Granada, encabezada por los embajadores.

El sultán, acompañado de su visir Venegas, aparecía sonriente halagado en su orgullo.

Por donde quiera que pasábamos, éramos recibidos con vítores y manifestaciones de entusiasmo. Todos nos sentíamos dichosos de volver a casa.

La primavera estaba en todo su esplendor y la Vega, rebosante de verdor y flores, parecía engalanada para dar la bienvenida al emir. Olía a romero y azahar. Y desde el río llegaba un aire denso saturado de aromas primaverales. A los costados del camino, los granados en flor, mecidos por una tenue brisa, dejaban caer los pétalos a nuestro paso cubriendo el suelo de una alfombra carmesí. En Granada, el pueblo salió a la calle para aclamar a su Señor. Con gran pompa y honores, Abu-l-Hasan volvió a ocupar el palacio de la Alhambra.

Los Abencerrajes habían abandonado la ciudad y Fâtîma la Horra se retiró discretamente a su antiguo palacio del Albaycín. El visir y su hermano Ridwan se instalaron en las dependencias destinadas a ellos en la *al-Hamrâ*. Sus mujeres e hijos quedaron en Velez, hasta que su residencia fuera debidamente restaurada y acondicionada, pues todo el palacio había resultado gravemente dañado en el asalto y saqueo sufrido por los sicarios de Ibrahim ibn al-Barr y Yusuf ibn Qumasa.

Cuando Zubayda me vio aparecer, me miró como si fuera un fantasma. Después de unos instantes de desconcierto, se tapó el rostro con las manos y prorrumpió en un profundo llanto. Todas las privaciones, temores y penas contenidas durante mi ausencia, brotaron en un torrente incontenible de lágrimas. Dejé que se desahogara y me acerqué al pequeño Ahmed, que me miraba asombrado junto a su madre, le acaricié la cabeza y le ofrecí una bolsa de higos de Málaga, que comenzó a comer con fruición. Entre sollozos, Zubayda me contó su angustia por mi ausencia, su miedo y el desamparo de su soledad.

—Cuando los *Banu al-Sarraj* se apoderaron de la ciudad —dijo con voz temblorosa— sus soldados buscaron casa por casa a los partidarios de los Legitimistas. A los que encontraron, les arrojaron a las mazmorras y saquearon sus hogares. Muchas casas del barrio sufrieron el atropello de los esbirros del visir Ibn alBarr. Un día, unos hombres de mirada hosca me obligaron a abrir la puerta y de forma grosera revolvieron toda la casa en busca de dinero y joyas. ¡Se llevaron los pocos dinares que habíamos ahorrado! —exclamó sin poder contener las lágrimas—. Nos quedamos en la más completa miseria, de tal manera que nos vimos obligados a mendigar comida en el zoco. A la vista de nuestra penuria económica, nuestro vecino Abu Musa el alarif, que Allah lo bendiga, contrató a Zahir como aprendiz. La paga es exigua, mas con mucho esfuerzo e ingenio conseguimos comer todos los días. Hoy tenemos caldo de gallina —dijo mostrándome una olla de barro donde hervían unos

huesos en un líquido oscuro.

—Tranquilízate mujer, ya pasó todo, a partir de ahora no os faltará de nada. Hoy comeremos carne en abundancia —dije haciendo sonar las monedas de mi bolsa.

Acto seguido saqué dos *dirhams* y se los entregué a Ahmed para que fuese a la casa de Ibn Abbad, el criador de gallinas, a comprar un buen capón.

Apenas el muchacho hubo desaparecido, tomé a Zubayda por la cintura y la conduje al dormitorio.

El cautiverio del príncipe Abu Abd Allah torció el curso de la guerra. Las armas quedaron, por el momento, en reposo y comenzó a trabajar la diplomacia.

Entre la *Sayyida* y el sultán se entabló una pugna frenética por conseguir la liberación del príncipe, con intereses opuestos. Fâtîma y los Abencerrajes pretendían liberarlo para proclamarle emir, mientras que el sultán quería tenerlo bajo su custodia y así evitar una nueva división del reino.

Abu-l-Hasan llamó al banquero genovés Spínola y le pidió que se desplazara hasta Córdoba, a la cabeza de una embajada cargada de regalos, donde debía entrevistarse con el Conde de Cabra para que éste intercediera ante el rey Fernando y le hiciera llegar la petición de entrega del príncipe cautivo. A cambio, el sultán ofrecía la liberación de todos los nobles que fueron hechos prisioneros en la Axarquía. Y como prueba de buena voluntad se concedió la libertad a don Juan de Pineda que formaba parte de dicha embajada.

Mientras tanto, se supo que la sultana Fâtîma mantenía correos con Castilla, donde daba instrucciones precisas para conseguir la libertad de su hijo y pedía a los reyes cristianos ayuda militar para derrocar al sultán; lo que enfureció a Abu-l-Hasan, que decretó el destierro de la *Sayyida* a Almería.

El genovés, a pesar de sus dotes de perspicaz negociador, regresó a Granada con las manos vacías. Las proposiciones del sultán fueron rechazadas y se le indicó, que en los planes del rey Fernando no entraba la idea de poner en libertad al príncipe. Mas en Córdoba se encontraba también una embajada de la sultana, y al sagaz Spínola no le pasó inadvertido el trato de favor que se le dispensaba al jefe de esa expedición: el inefable Yusuf ibn Qumasa.

La enfermedad que el sultán había contraído en los ojos era incurable. Entre susurros se supo que el emir se estaba quedando ciego y esto le había agriado el carácter. El sultán no soportaba la idea de perder la vista. Los médicos aguantaban con paciencia sus insultos y reproches por su incapacidad para detener el mal. Yafar, el nuevo jefe de los eunucos, elegía a las esclavas más bellas y diligentes en el arte de la danza y la interpretación, para que actuaran en las fiestas que los cortesanos le organizaban. Mas nada de esto le complacía, atormentado por la idea de que pronto se vería privado de aquellos placeres.

Revelándose contra el infortunio, el sultán no estaba dispuesto a renunciar a la caza, su gran pasión. Y si ya no podía disfrutar observando el vuelo majestuoso de sus aves de cetrería, mientras le quedara algo de vista, no se privaría del placer de

internarse en el bosque y cabalgar acompañado de sus veloces galgos. Hasta que cierto día, en el que galopaba por un espeso encinar, una rama le golpeó en el rostro y le hizo caer del caballo fracturándose la espalda. Entre horribles dolores, fue llevado por los monteros a palacio, donde los médicos le hacían ingerir infusiones de cáñamo para mitigarle el sufrimiento.

A pesar de los esfuerzos del sabio *hakím* Ishaq Hamon, la salud del sultán se deterioraba. Las lesiones de la espalda eran graves y cada día el médico comprobaba cómo los estragos del mal socavaban las fuerzas del paciente. Le prescribía reconstituyentes mezclados con miel y sustancias opiáceas para adormecer los dolores, mas en su fuero interno sabía que aquello valdría de poco.

El declive del emir era patente e inexorable. El fornido guerrero, victorioso, amante de los placeres de la mesa y el harén, veía con desesperación cómo perdía sus portentosas facultades y se acercaba a su final.

Un día, Abu-l-Hasan con el rostro alterado por el dolor, apoyado en mullidos almohadones, recibió la noticia de que su hijo, el príncipe Abu Abd Allah, había sido liberado por los cristianos, y los Abencerrajes le habían proclamado emir en Almería. Mas fueron las humillantes y duras condiciones que el príncipe había aceptado por su libertad, lo que le hizo palidecer de ira: Abu Abd Allah se declaró vasallo de los reyes de Castilla y Aragón con la obligación de acudir a Cortes cada vez que fuese llamado; se comprometió a pagar un tributo anual de 12.000 doblas de oro y a liberar a 400 cautivos; y las ciudades y tierras donde él gobernara darían paso seguro y mantenimiento a los ejércitos del rey Fernando cuando éste hiciera la guerra a su padre el sultán de Granada. En garantía del cumplimiento de estas condiciones, Abu Abd Allah había dejado como rehén de los cristianos a su hijo, el infante Ahmed de cinco años.

Presa de un ataque de furia desatada, Abu-l-Hasan maldijo a su hijo por traidor y ordenó al Qadí al-Yama'a declarase proscrito al príncipe.

El emir mandó a su hermano *al-Zagal* ponerse al frente de su ejército y aplastar la rebelión de Almería, con el encargo de traer al príncipe vivo o muerto.

Fue aquella una época desgraciada, donde el reino, herido de muerte, se enzarzó, una vez más, en la guerra perversa de las intrigas y las conjuras. Una gran agitación dominaba a la nobleza organizada en facciones opuestas. Unos apoyando al padre, otros al hijo. La forma más rápida de debilitar al enemigo, es fomentar la división interna del adversario y esto fue lo que hizo el astuto rey Fernando al poner en libertad al príncipe Abu Abd Allah. Los musulmanes absortos en sus propias disputas se olvidaron de la yihâd y los cristianos se aprovecharon para apoderarse, sin apenas resistencia, de Álora, Alozaina y Setenil.

Al-Zagal entró a sangre y fuego en los territorios insurrectos y, pronto, todas las poblaciones de la comarca de Almería que prestaban obediencia al príncipe rebelde, se tornaron adictas a la causa del emir. Al llegar a las puertas de *Medina al-Mariyya*, una comisión de alfaquíes se presentó ante *al-Zagal* para pedir clemencia y evitar

más derramamiento de sangre entre hermanos. *Al-Zagal* les hizo ver cómo las condiciones y compromisos que el príncipe Abu Abd Allah había contraído con los infieles, le convertían en instrumento y juguete del rey de los cristianos y un traidor a su patria y a su religión, por lo que debía de ser castigado. Los alfaquíes impresionados por estas palabras, declararon que el joven príncipe no merecía sentarse en el trono, mostrándose dispuestos a colaborar en su derrocamiento. Para ello, se comprometieron, al llegar la noche, a abrir las puertas de la medina al ejército del emir de Granada. A media noche, los alfaquíes cumplieron su palabra y las huestes del sultán entraron en la plaza. Cuando los hombres del gobernador quisieron reaccionar ya era demasiado tarde. La guardia que se enfrentó a los atacantes fue aniquilada y la tropa granadina ocupó la ciudadela y la Alcazaba. *Al-Zagal* subió al Alcázar en busca del príncipe. Con la espada desnuda recorrió varios aposentos sin hallarle. De pronto, la *Sayyida* Fâtîma salió a su encuentro gritándole toda clase de improperios y asegurándole que si buscaba a su hijo, éste no se encontraba allí. *Al-Zagal* cruzó la estancia y se dirigió a una puerta que permanecía cerrada. La Horra se interpuso en su camino, impidiéndole el paso. En una explosión de ira, *al-Zagal* la apartó de un manotazo, abrió la puerta y se encontró con el joven príncipe Yusuf. Ciego de cólera, descargó su rabia sobre el infante y le hirió de muerte.

El príncipe Abu Abd Allah, prevenido de la presencia de su tío, había huido en compañía de su visir Ibn Qumasa y una escolta de sesenta caballeros hacia Córdoba, donde pidió asilo. Yusuf pagó injustamente por las culpas de su hermano y su muerte causó un profundo dolor al emir. Desde entonces, un corrosivo sentimiento de culpabilidad torturaba al sultán día y noche hasta hacerle perder la razón. Los demonios del remordimiento se introducían en su cerebro turbando su sueño, su respiración se alteraba, sus brazos se debatían contra fantasmas invisibles, sus cabellos se erizaban y en el silencio de la noche, los lamentos de Abu-l-Hasan se podían oír en las estancias íntimas de la Alhambra. En los corredores del harén, los eunucos cuchicheaban sin atreverse a entrar en la cámara del sultán y las concubinas atemorizadas escrutaban tras las celosías de las alcobas. Sólo Zoraya e Ishaq Hamon permanecían al lado del emir y su cuerpo sudoroso y fatigado no volvía a recuperar la calma hasta sentir la mano cálida de Zoraya sobre su frente.

Mientras tanto, los ejércitos de Castilla cercenaban sin parar las comarcas occidentales del reino. Al sultán, envuelto por las tinieblas de su ceguera y poseído de una profunda melancolía, se le ocultaban las tristes noticias que cada día traían los mensajeros: los cristianos se habían apoderado de Zahara, Casares, Cardela y Montecorto. Poco después llegaron noticias de la pérdida de Coín y todos los pueblos de la sierra de Gaucín y Villaluenga y días más tarde se conoció la caída de Cártama.

El emirato se desmoronaba y parecía haber entrado en un periodo de deterioro similar al que experimentaba su emir.

El avance del ejército cristiano parecía imparable. Al enterarse *al Zagal* que los rumis acechaban Málaga, acudió desde Almería a socorrerla.

La noticia de que *Medina Malaqa* estaba en peligro llegó también a Ronda, y el gobernador Ahmed *al-Zegri* no dudó un instante y se unió a *al-Zagal* para defenderla. Mas apenas el caudillo beréber abandona Ronda, el alcaide Ibn al-Haqím negocia en secreto con el Marqués de Cádiz la entrega de la ciudad. A pesar de las cautelas, la noticia cunde por la villa y los rondeños, que son gente bravía, se opusieron a la vergonzosa entrega de su ciudad, levantándose en armas contra el alcaide.

Cada día, por las puertas de Málaga, entraba una riada de familias cargadas con sus enseres procedentes de las villas y poblados del valle de Cártama. Todos buscaban refugio tras las murallas de la próspera y bien fortificada *Medina Malaqa*. Las gentes huían despavoridas ante el terror y la crueldad que el rey Fernando empleaba con las ciudades conquistadas, donde las casas eran arrasadas y sus habitantes, en condición de esclavos, eran repartidos como botín de guerra entre los vencedores.

Los vecinos de la pequeña población de Banu al-Maqix, defendieron con bravura su ciudad hasta que la superioridad del ejército cristiano les obligó a deponer las armas. Confiando en la magnanimidad del rey cristiano, al que expresaron su total sumisión e imploraron su generoso amparo, se rindieron. Mas una vez efectuada la entrega de la villa, el despiadado Fernando ordenó pasar a cuchillo a todos los varones. A las mujeres y niños se les permitió salir del pueblo con sus pertenencias. Después, todas las casas fueron incendiadas, y cuando los desdichados fugitivos, con los ojos anegados de lágrimas, tomaron el camino del destierro, una horda de soldados cristianos cayó sobre ellos y les degollaron y robaron cuanto llevaban consigo.

Los cristianos estimulados por las continuas conquistas e impacientes por lograr, lo que ellos creían, una fácil victoria; avanzaban a paso rápido hacia Málaga. Al-Zagal les sacó de su error, haciendo honor a su apodo, salió a su encuentro y trabando una sangrienta escaramuza, en la que murió un gran número de cristianos, desbarató el avance del ejército de Castilla. El rey Fernando, que iba al frente del grueso de la tropa, al ver el ardor y coraje con que los nuestros defendían su territorio, desistió de su propósito y se retiró hacia la frontera.

Terminada la contienda, Ahmed *al-Zegri* regresó a Ronda. Cuando tenía a la vista las torres de la medina, descubrió con desesperación cómo un inmenso ejército asediaba la ciudad y unas máquinas infernales lanzaban bolas de fuego contra las murallas. *Al-Zegri* ordenó a una patrulla de exploradores inspeccionar sobre el terreno, la manera de penetrar en la ciudad sitiada.

Los exploradores regresaron con el ánimo abatido. No encontraron ni un solo resquicio por donde burlar el cerco; y relataron con todo detalle cómo las tropas de los señores de Córdoba, Écija y Carmona habían acampado junto a la Torre del Mercadillo; la gente del Marqués de Cádiz ocupaba la margen oriental del Guadaleví y al otro lado se habían apostado las huestes del Maestre de Alcántara y el Conde de Benavente; en el olivar a Poniente, rodeada de una extensa guardia, se encontraba la

tienda del rey; completando el cerco los hombres del Condestable de Castilla y los caballeros de la Orden de Santiago; junto al puente habían instalado las máquinas de guerra y todos los desfiladeros y caminos estaban vigilados por numerosas patrullas de infantería. El incesante batir de las máquinas de guerra había destruido parte de la muralla y destrozado el aljibe, lo que dejaba sin agua a la población. Aquellos terribles ingenios, nunca vistos, arrojaban pellas de fuego. Llamas y centellas llegaban por los aires incendiando las casas en medio de estruendos que llenaban de espanto. Los valerosos defensores de Ronda viendo lo inútil de su resistencia ante un ejército tan poderoso, pidieron al alcaide Ibn alHaqím que tratase, como ya hiciera antes, las condiciones de la rendición.

Con profunda tristeza, Ahmed *al-Zegri* contempló impotente, izar las banderas de la capitulación.

El cobarde alcaide de Ronda fue recompensado con casas y tierras confiscadas por los vencedores. Y el bravo caudillo africano tuvo que volver grupas y regresó a Málaga, donde *al-Zagal* le nombró gobernador de la fortaleza de *Yebel Faruh*.

La Gran Mezquita estaba abarrotada de fieles. Desde hacía varios días, se había corrido la voz por toda Granada de que el viernes, en el sermón de la oración del medio día, el imán anunciaría algo importante. Y allí estaban, en la primera fila, los grandes del reino: el príncipe y primo del emir Sidi Yahya al-Nayyar, el visir Abu-l-Qasim Venegas, a su lado su hermano Ridwan, a continuación el jefe de los Legitimistas Abu Said ibn al-Amín, el Qadí alYama'a. Detrás todos los altos dignatarios de la corte y el consejo de ancianos, el zalmedina y los mandos del ejército.

La expectación era enorme, cuando el imán Abu-l-Walid Muhammad ibn al-Muradí con paso lento y gesto meditabundo subió al *minbar* (púlpito). Como ortodoxo cumplidor de la tradición, se colocó en el penúltimo peldaño, ya que solo el Profeta predicó desde el peldaño más alto. Todas las miradas se clavaron en el imán cuando comenzó a hablar:

«En el nombre de Allah, el Clemente, el Misericordioso. ¡La alabanza a Allah, Señor de los Mundos! Vosotros, oh creyentes, sois el orgullo de vuestra raza. Ahora formáis una nación, sois un pueblo de Dios. Vosotros, oh creyentes, sois la alegría de mi vida, porque os veo sumisos a Allah y dignos de entrar en el Paraíso. Como todos sabéis, estas palabras las dijo el Profeta ¡con él sea la paz! cuando en el desierto, encontró tristes y desolados a sus musulmanes. En estos momentos de desaliento, congoja y turbación no debemos olvidar las palabras alentadoras del «Enviado». ¡Creyentes de Allah! Nuestra patria está en peligro. La bestia infiel ha irrumpido en las tierras del Islam a sangre y fuego, sembrando el terror entre nuestros hermanos, asolando los campos, dejando tras sí un reguero de desolación y muerte. Alhama, Álora, Alozaina, Setenil, Cártama, Coín, Guacín, Alaurín, Alahí y Ronda han caído víctimas de la fiera sanguinaria y el aliento pestífero que sale de sus fauces, ya se hace sentir en Granada.

El infortunio ha querido que en estas circunstancias adversas en que se encuentra el reino, el Emir de los Creyentes, nuestro señor Abu-l-Hasan Alí ibn Saad esté enfermo e incapacitado para salvaguardar los territorios del Islam de un enemigo que, ávido de sangre, aprovecha nuestra debilidad para lanzarse sobre nosotros, como un león sobre la indefensa gacela. Es por tanto, absolutamente necesario el valor y la energía de un caudillo ilustre, que se ponga al frente de nuestras banderas, que combata con fiereza al enemigo y reprime a las hordas cristianas con espíritu de héroe. Os hablo de un varón noble, nieto e hijo de reyes: os hablo del príncipe Abu Abd Allah Muhamad ibn Saad, llamado *al-Zagal*, el vencedor de la Axarquía, terror de la Cristiandad».

Todos los fieles asintieron y se mostraron conformes con las palabras del imán. Las muestras de adhesión al príncipe fueron unánimes.

Desde la mezquita, el visir, el cadí y los nobles se trasladaron a la Alhambra y se reunieron con el emir, en consejo extraordinario, para hacerle ver la conveniencia de abdicar en favor de su hermano. El resultado de aquella reunión no se hizo público, mas el pueblo supo de la resolución a que se había llegado, cuando una comisión de notables partió hacia Málaga para comunicar a *al-Zagal* que debía trasladarse con urgencia a la capital.

La entrada del Príncipe Valiente en Granada fue triunfal. El destino quiso que cuando cruzaba la Vega sorprendiera, a un contingente de 120 caballeros de la Orden de Calatrava, que se dirigían con suministros a Alhama, y habían acampado para comer. El príncipe y su hueste arremetieron contra los sorprendidos cristianos que nada pudieron hacer ante el ataque de los aguerridos hombres de *al-Zagal*.

Con las cabezas de los cruzados colgando de sus arzones y un buen número de vacas, ovejas y bestias de carga arrebatadas al enemigo, Abu Abd Allah *al-Zagal* fue aclamado por una multitud que se apiñaba en las calles de Granada.

«¡Allah nos envía al valiente Abu Abd Allah, y su buena estrella nos librará de los rumis!». Gritaban esperanzados los granadinos. Al anochecer, recibí la orden de presentarme en la Plaza de Armas de la Alhambra y ponerme a las órdenes de Rashid, para llevar a cabo una misión secreta.

Un grupo de veinte soldados con cota de malla y con las cabalgaduras ensilladas, esperábamos expectantes en el patio. La luz oblicua de la luna alargaba nuestras sombras sobre el empedrado de la plaza. En silencio, nos cruzábamos las miradas llenas de interrogantes. Todos cuántos formábamos el pelotón éramos soldados muy veteranos, pasábamos los cuarenta años, demasiado viejos para llevar a cabo una escaramuza, que tropas más jóvenes y selectas desempeñarían mejor.

De pronto, del hueco oscuro de una puerta surgió la robusta figura de Rashid. Después de una rápida revista, en la que comprobó el estado de nuestras armas, se dirigió a nosotros con estas palabras: «Habéis sido elegidos por nuestro señor el visir para desempeñar una misión importante y que tanto para mí, como para todos vosotros supondrá un motivo de orgullo—. Hizo una pausa consciente del interés que

sus palabras habían despertado en nosotros—. Se nos ha elegido para hacernos cargo de la guardia y custodia del emir y su familia. Nuestro señor el emir está enfermo y los médicos han recomendado que sea trasladado al castillo de Mondújar, y nosotros le daremos escolta esta misma noche.

No nos habíamos repuesto de la sorpresa, cuando a la luz de unas antorchas apareció una comitiva de esclavos portando unas parihuelas donde yacía el sultán. Eunucos y sirvientes rodeaban al emir. Todos lloraban, y emocionados besaban sus manos con devoción.

Abu-l-Hasan era un hombre acabado. Había perdido la salud y el poder. Ni un solo dignatario acudió a despedirle. Sólo su fiel médico judío Ishaq Hamon permanecía a su lado.

Con voz débil, el sultán repetía una y otra vez: «Ruego al Altísimo que la tragedia que hoy se abate sobre mí, no caiga sobre Granada».

Un mayordomo apremiaba a unos esclavos a cargar sobre los mulos los cofres con las pertenencias de la familia real. Abu-lHasan había expresado el deseo de partir antes del amanecer, a fin de evitar que el pueblo contemplara su triste salida de Granada.

Zoraya, cubierta con un manto de seda púrpura, apareció llena de dignidad seguida de sus doncellas y flanqueada por sus hijos. Saad, el mayor, es el retrato de su padre, alto fuerte, moreno, de mirada profunda. Nas'r, el pequeño, posee el color de piel y los ojos claros de su madre, a quién se sujeta con fuerza de la mano. El infante, con los ojos hinchados por el sueño, pregunta ¿por qué y hacia dónde partimos? Su hermano mayor le mira serio y con un ademán enérgico le hace callar.

En el umbral de la puerta, el *fatâ* Yafar, vestido de extravagantes ropajes, permanecía inmóvil, con los ojos húmedos. En cierto momento cruzamos nuestras miradas, aunque creo que no reconoció en mí, al joven enamorado con el que negoció un encuentro con una cantatriz. Seguramente, su pensamiento estaba más preocupado por su destino. Con la llegada de un nuevo sultán, se renovaba el harén y se nombraban nuevos *fatâs*.

El viaje, a lomos de caballerías, fue arduo y tétrico por ásperos caminos que arrancaban lamentos de dolor al sultán que, aunque adormecido por los sedantes, sufría con los inevitables balanceos de las parihuelas. La noche era serena y el fulgor de la luna daba al camino un brillo fantasmal. Amanecía cuando cruzamos el valle de Lecrín y en el horizonte se recortaba la silueta del castillo situado sobre una escarpada montaña cuyo abrupto camino, empinado y desigual, constituyó un severo castigo para las caballerías y agotador para todos nosotros.

Seis semanas después de nuestra llegada al castillo de Mondújar, Abu-l-Hasan se sintió desfallecer y presintiendo que el ángel de la muerte llegaría presto, agitando sus negras alas, a reclamar su alma, reunió a su familia y a sus más fieles servidores para darles a conocer su último deseo.

El sultán alargó su mano buscando la de Zoraya. Con el rostro macilento y la voz

debilitada por la enfermedad le susurró: «Presiento que el camino de mi vida llega a su fin. Vivo en una noche eterna sin firmamento ni estrellas. El destino me ha privado de contemplar la hermosura de tu rostro, amada mía, bella entre las bellas, estrella luminosa del alba, y sólo me queda el consuelo del dulce sonido de tu voz y el aroma perfumado de tu aliento—. Hablar le costaba un gran esfuerzo, hizo una pausa para recuperarse de la fatiga y continuó dirigiéndose a los presentes—. Los presagios que los astrólogos marcaron en el infeliz horóscopo del nacimiento de mi primogénito, se están cumpliendo. Las estrellas señalaban la pérdida absoluta del reino y los hados decretaron que Granada caería en manos de los infieles; por lo que no deseo, cuando muera, que mi cuerpo sea enterrado en la Rauda de la Alhambra, pues mi tumba sería profanada—. Su respiración era cada vez más fatigosa, el pecho subía y bajaba acusando el esfuerzo—. Es mi deseo ser sepultado en lo más alto del *yebel Solayr*, a fin de que mi cuerpo repose en paz y mi espíritu vuele libre hasta el paraíso».

Nuestro Señor el Emir de los Creyentes, Abu-l-Hasan Alí ibn Saad murió en la noche del día 27 del mes de Rajab, en la que se conmemora la *Laylat al-Miraj* o noche de la Ascensión del Profeta junto al arcángel Gabriel a los siete cielos.

Tocaba a su fin el otoño y un viento invernal silbaba entre las almenas del castillo de Mondújar. A modo de despedida, los jóvenes príncipes se colocaron ante el cadáver de su padre, en dirección a la Qâaba, y un imán formuló la *Salât al-Yanâza* (Oración Funeraria). El emir yacía envuelto en un sudario de lino. Sus cabellos y barba blanca fueron ungidos con aceite de sándalo y su cuerpo sahumado con aroma de espliego. El imán, con voz serena, pronunció el *taqbir*, rogando a Allah por el Profeta y luego por el difunto, solicitando para él la misericordia y el perdón.

Un puñado de siervos y una veintena de viejos soldados componíamos la comitiva que, en aquella mañana ventosa, se puso en marcha hacia la montaña, con el fin de cumplir el último deseo de nuestro señor el emir.

Hombres y bestias avanzábamos penosamente, transportando el cuerpo del sultán por un sendero pedregoso, cuando al superar un altozano del camino apareció ante nosotros, velado por lechosas nubes transparentes, el imponente picacho cubierto de nieve. Los poetas árabes lo llamaron «Montaña del Sol» porque la blancura de sus nieves perpetuas deslumbra como el astro rey. Al iniciar el ascenso, las frías ráfagas de viento que bajaban aullando desde las cumbres, nos abofeteaban el rostro. Desde un enorme peñasco, nos observaba una manada de cabras salvajes, guiadas por un macho de esbelta cornamenta.

Tras una larga y agotadora marcha, alcanzamos una escarpada ladera donde los hombres de a pie resbalaban sobre la pendiente y los caballos, hundidos en la nieve, con los belfos humeantes y cubiertos de espuma se negaban a continuar. Viendo que la marcha se hacía excesivamente penosa, Rashid ordenó detenerse. En un lugar recóndito, al amparo de los vientos, allí donde mueren los últimos rayos del sol, cavamos la tumba. El cuerpo de Abu-l-Hasan Alí ibn Saad, vigésimo primer emir de la dinastía Nasrí, fue sepultado en una profunda fosa, lejos del alcance de las

alimañas y de los profanadores de tumbas, de costado y con el rostro en dirección a Oriente. Que Allah ¡loado sea! se apiade de él y lo tenga en el paraíso.

Después de rezar la oración de los muertos, todos juramos solemnemente, que ninguno de los allí presentes volvería a aquel lugar, ni revelaría a nadie donde había sido enterrado nuestro señor el sultán.

Algún tiempo después, los cristianos buscaron, presos de codicia, la tumba del emir, pues corría el rumor por Castilla de que el sultán de Granada había sido enterrado en un lugar de la montaña con todos sus tesoros. Jamás lo encontraron, mas desde entonces los rumis llaman a esta montaña «Mulhacén», que es cómo los cristianos denominaban al emir Abu-l-Hasan.

Con la muerte del sultán, se daba por finalizada nuestra misión en Mondújar. Alborozados ya nos disponíamos a regresar a Granada, cuando recibimos la orden de dirigirnos a Vélez. El nuevo emir, Abu Abd Allah Muhammad *al-Zagal*, aunque tenía el apoyo del Qadí al-Yama'a y del partido Legitimista, no conseguía afianzarse en el poder y su situación era un tanto inestable. Su sobrino, el príncipe Abu Abd Allah contaba con partidarios muy poderosos. El influyente clan de los Abencerrajes, al que pertenecían muchos alfaquíes, mantenía en pie de guerra al barrio del Albaycín en contra de *al-Zagal*, al que tachaban de usurpador y no reconocían como legítimo heredero al trono.

En estas circunstancias, los Venegas preferían mantener a su familia alejada de la turbulenta capital del reino. Y nosotros debíamos velar por su seguridad en Vélez.

Los correos que llegaban de Granada nos mantenían al corriente de lo que ocurría en la Corte. La situación política se fue agravando hasta el punto de llegar al conflicto bélico entre tío y sobrino. El ejército permanecía fiel a *al-Zagal*, mas el príncipe Abu Abd Allah, con la ayuda de tropas castellanas, se apoderó de toda la comarca Este del emirato.

Mi señor Abu-l-Qasim Venegas, al que *al-Zagal* había nombrado visir, inició negociaciones con su rival Ibn Qumasa para evitar una contienda civil. Después de convencer a ambos bandos de lo inútil y dañino para el reino de una guerra entre hermanos, se llegó a un acuerdo por el cual el príncipe Abu Abd Allah reconocía a su tío cómo emir de Granada, a cambio de que éste le cediera el dominio de la zona oriental y la ciudad de Loja. Enterado el rey cristiano del pacto entre tío y sobrino, montó en cólera y dio por roto el acuerdo con el príncipe.

Los reyes cristianos llamaron a la guerra santa y, desde todos los puntos de la Cristiandad, acudieron voluntarios a luchar contra los musulmanes. Los cruzados de Santiago, Calatrava y Alcántara fueron los primeros, después llegaron cientos de fanáticos religiosos y aventureros de todo el orbe. Castilla aportó el mayor contingente de hombres, mas también había de Aragón, Valencia, Cataluña, Vascongadas, Galicia y Asturias. A la llamada del gran alfaquí de Roma, acudieron caballeros francos, arqueros ingleses y lanceros teutones.

Congregados todos en la ciudad de Córdoba, el rey Fernando se puso al mando de la formidable hueste, y se dirigió a la ciudad que tantas veces quiso conquistar y siempre había fracasado: Loja. El monarca cristiano guardaba un profundo resentimiento contra esta noble villa, que le había hecho sentir el amargo sabor de la derrota. Esta vez, su determinación para conquistarla era firme. Para ello, además de reclutar un numeroso ejército de hombres que habían venido a ganar las indulgencias de la Cruzada, añadió un gran número de máquinas de guerra, principalmente lombardas y ribadoquines, cuyos efectos devastadores sobre las defensas enemigas,

así cómo el terror que infundían en la población, le habían dado la victoria en la conquista de ciudades que se tenían por inexpugnables como Setenil, Coín o Ronda. El príncipe Abu Abd Allah acudió a socorrer Medina Lauxa y junto a su alcaide Hizam, hijo del valeroso Alí al-Attar, se aprestaron a defender la ciudad, aunque los 1.500 caballos y los 5.000 infantes de que disponían, poco podían hacer contra un ejército de 40.000 hombres.

Fernando rodeó la ciudad y las temibles lombardas comenzaron a lanzar hierro y fuego. El estruendo de los cañones y las bolas incendiarias aterrorizaron a los habitantes de Loja. Los lamentos de las mujeres y los llantos de los niños minaban el ánimo de los defensores que con arrojo y coraje luchaban por su ciudad de forma heroica. Destruida parte de la muralla, los cruzados iniciaron el asalto y durante horas se luchó cuerpo a cuerpo por las calles, hasta que el poderoso ejército cristiano arrolló a los lojeños y éstos se refugiaron en el Alcázar. Sitiados y con un gran número de hombres heridos, entre ellos el príncipe, decidieron enarbolar la bandera de parlamento.

A cambio de que se respetara la vida y enseres de sus habitantes, Medina Lauxa se rindió. El implacable rey Fernando les perdonó la vida, mas ordenó abandonar de inmediato la ciudad a todos sus vecinos. Sin tiempo apenas de tomar algunas pertenencias, fueron obligados a salir de sus casas entre el amargo llanto de los ancianos, mujeres y niños por la pérdida de sus hogares.

El alcaide Hizan ibn al-Attar y el príncipe Abu Abd Allah fueron hechos prisioneros. El astuto rey de los cristianos prometió al príncipe la libertad y ayuda militar para recuperar el trono, si declaraba la guerra a su tío *al-Zagal*. Abu Abd Allah aceptó, una vez más, las humillantes condiciones del cristiano.

Desde Loja, el rey Fernando entró en la Vega donde efectuó una rigurosa tala de árboles y utilizando el terror como arma disuasiva, ahorcaron campesinos, quemaron almunias y hacían esclavos a las mujeres y los niños. Las villas de Íllora, Moclín y Montefrío se rindieron presas del pánico.

Al llegar el tiempo de lluvias, los cristianos se retiraron a sus cuarteles de invierno. Aquel año hubo recios temporales de aguas, muchos ríos y torrentes se desbordaron, y los caminos se hicieron intransitables.

En Granada seguían las discordias. Los partidarios del príncipe, siguiendo instrucciones de éste, fiel a su pacto con el rey cristiano, no cesaban de urdir conspiraciones contra *al-Zagal*, fomentando viejos rencores entre los dos bandos en una guerra sin cuartel. En tierras cristianas, atraídos por la leyenda de los fabulosos tesoros que se decía poseía al-Andalus, miles de mercenarios llegaron a Córdoba para alistarse en la Cruzada. Y al comienzo de la primavera, el ejército más poderoso que hasta entonces se había reclutado en la guerra de Granada, bajo el mando del rey Fernando, se puso en marcha hacia Vélez.

La noticia nos llenó de pavor a cuántos morábamos en dicha ciudad. Abu-l-Qasim Venegas y su hermano Ridwan, con trescientos jinetes y cuatro mil peones, llegaron

desde Granada para defenderla.

Desde el castillo de *Qumares*, nos alertaron de que al menos veinte mil caballos y cincuenta mil infantes avanzaban por los extensos prados de la Fuente de la Lana, como una plaga de langostas, arrasando huertos, olivares, viñedos y cultivos de grano. Apenas amanecía, apostados en las almenas de Vélez, buscábamos en la lontananza la presencia del enemigo. El ardoroso trino de los pájaros en pleno celo, ajenos al drama que se avecinaba, daba normalidad a aquellos luminosos días de primavera. De pronto una mañana, el canto de los pájaros cesó. Dos águilas sobrevolaron las torres del castillo, buscando una presa. Al hacerse el silencio, se oyó un zumbido, semejante al de un enjambre de abejas. Al dirigir nuestras miradas hacia donde procedía tal sonido, avistamos una marea humana en la lejanía.

Al día siguiente, los teníamos a la vista. Un inmenso ejército de hombres a pie y a caballo se extendía en un horizonte infinito. Atardecía, cuando llegó un correo de Granada informando de un plan de *al-Zagal* para atacar a los cristianos por la retaguardia. Confiados en su ventaja numérica, los rumis atacaron en completo desorden los arrabales, como paso previo para conquistar la ciudad. Mas los bravos defensores del lugar, en su mayoría campesinos, construyeron albarradas y fosos resistiendo intrépidamente la acometida. En el asalto fueron infinidad de cristianos, entre ellos algunos nobles, los que perdieron la vida. La lucha fue sangrienta y cruel; los nuestros resistieron más de medio día, y antes de replegarse hasta Vélez, dejaron muchos compañeros muertos en el camino.

A pesar de la descomunal superioridad de fuerzas, al enemigo le costó demasiada sangre vencer aquel primer obstáculo. El rey cristiano ordenó atrincherar la tropa, expulsó del campamento a las prostitutas e impuso orden y disciplina a sus hombres. Con el ejército a las puertas de Vélez, El rey Fernando exigió la rendición, amenazando con entrar a degüello si la ciudad se empeñaba en resistir. Abu-l-Qasim Venegas, confiando en la ayuda de *al-Zagal*, rechazó la capitulación.

Dentro de la ciudad asediada había una calma tensa. Eran muchos a los que la crueldad del rey cristiano infundía un pavor paralizante. Desde las almenas, los centinelas vigilaban atentamente todos los movimientos del enemigo. Una tarde, cuando el sol comenzaba a ocultarse, algo les llamó la atención en las cimas de la sierra de Bentomiz. Con el crepúsculo, las cumbres de la sierra, a espaldas del ejército cristiano, se cubrieron de sombras que se movían con sigilo. Los vigías aguzaron la vista y con los últimos resplandores del ocaso, reconocieron las banderas del emir de Granada. En Vélez, un grito de júbilo salió de miles de gargantas: *¡al-Zagal! ¡al-Zagal! ¡Allahu aqbar!*

Era noche cerrada, cuando las tinieblas se disiparon con el resplandor de un incendio feroz. La sierra ardía por los cuatro costados y el galope de los caballos y un enorme griterío acompañado del sonido metálico de las armas denunciaba el fragor de una lucha encarnizada. A medida que transcurría la noche, se hacía más difuso el ruido del combate.

La luz del alba alumbró el desastre. Sobre los cerros, los fuegos mortecinos dibujaban las siluetas de las cruces y estandartes de los cruzados. El ejército de *al-Zagal* había desaparecido y partidas de soldados cristianos recorrían las laderas de la sierra en busca de despojos.

El día transcurrió con la población abrumada por el peso amargo de la desesperanza. En las mezquitas orábamos y nos reconfortábamos los unos a los otros. Los imanes pedían fortaleza; las mujeres, con los ojos llenos de lágrimas, imploraban piedad y misericordia.

Nada se sabía sobre la suerte que había corrido *al-Zagal*, algunos aventuraban que podía estar muerto, ya que el príncipe Valiente prefería morir antes que caer en manos de los cristianos. Al día siguiente, nos despertó el rugido de la soldadesca cristiana y pronto supimos el motivo de su júbilo. Levantando una enorme polvareda, se acercaban las máquinas de guerra seguidas de más de mil carros con municiones.

Abu-l-Qasim Venegas perdió todo atisbo de esperanza; reunido con el zalmedina, los cadíes y alfaquíes resolvieron evitar un baño de sangre. Entregarían la ciudad, ajustando las condiciones más favorables para la población en escritura pública.

Enterado Abu-l-Qasim Venegas de que en el séquito del rey cristiano se encontraba el Conde de Cifuentes, pidió parlamentar con éste.

El Conde, que no había olvidado el trato humano y cortés recibido por parte de los Venegas durante su cautiverio, se mostró dispuesto a entrevistarse con el visir, al que prometió interceder ante el rey para conseguir los mayores beneficios posibles.

En el transcurso de las negociaciones, el Conde de Cifuentes reveló que *Boabdíl*, así llamaban los cristianos al príncipe Abu Abd Allah, alertó al rey Fernando de la marcha de *al-Zagal* en socorro de Vélez. Las tropas del rey, emboscadas en la sierra, esperaron hasta la noche para atacar por sorpresa a los hombres de *al-Zagal* en los montes de Bentomiz.

Abu-l-Qasim Venegas se interesó por la suerte que había corrido *al-Zagal* y el Conde le aseguró que estaba vivo, aunque ignoraba su paradero, ya que le vieron huir con parte de su tropa hacia Granada, mas no pudo entrar en la ciudad porque en su ausencia, su sobrino *Boabdíl* se había proclamado emir.

La capitulación se firmó en las siguientes condiciones: «Los vecinos de Vélez dispondrían de seis días para abandonar la villa, entregando las armas y municiones, si bien podían llevar consigo sus bienes muebles. Los que decidiesen partir a África, se les proporcionaría pasaje. Aquellos que quisieren quedar en tierra de cristianos, como vasallos de Castilla, serían protegidos respetando sus creencias. A los que acomodase dirigirse a tierras de Granada, podían hacerlo sin armas ni víveres».

La familia Venegas decidió partir a las Alpujarras, pues estando Granada en poder del príncipe Abu Abd Allah y de sus enemigos mortales los Abencerrajes, la capital del reino era para ellos una ciudad prohibida.

Antes de abandonar Vélez, Abu-l-Qasim y Ridwan Venegas licenciaron a su hueste, ya que no se les permitía llevar escolta, tan sólo les acompañarían algunos

viejos eunucos, las sirvientas y el médico judío. A punto de partir, el anciano Samuel ibn Yehudah vino hasta mí y nos fundimos en un abrazo intenso. No hubo palabras en nuestra despedida, solamente una mirada impregnada de tristeza y la intuición cierta de que no volveríamos a vernos.

Sin armas ni amo a quién servir, sentíamos una cierta sensación de orfandad. Reunidos en la explanada del castillo, todos suspirábamos por volver a nuestros hogares, mas el regreso, por el momento, se había tornado imposible. Con Loja y Alhama en manos de los infieles, los caminos estaban infestados de patrullas de cristianos que se comportaban como forajidos, y aunque lográsemos burlarlos y llegar a Granada, apenas pisáramos sus calles seríamos arrestados, arrojados a las mazmorras o asesinados. Entre nosotros reinaba el desconcierto y la indecisión. Cada uno tenía una opinión diferente de a dónde ir y qué hacer. En medio de la algarabía, Rashid alzó la voz pidiendo orden. Con el rostro firme y la voz serena, se dirigió a nosotros:

—¡Escuchad! Solamente tenemos dos opciones, convertirnos en vasallos del verdugo de nuestro pueblo o, lo que es lo mismo, en hombres sin honor. O luchar como valientes al lado de nuestros hermanos. Yo vine desde el Magreb a combatir al infiel. Y no me iré mientras haya un trozo de tierra del Islam que defender. La ambición del rey cristiano no tiene límites, y después de Vélez, ha puesto sus ojos sobre *Medina Malaqa* —con gesto enérgico, montó en su caballo, extendió el brazo señalando el camino de Málaga y gritó—: ¡Es allí donde nos necesitan! Aquellos que no quieran vivir bajo el yugo de la ignominia, que me sigan.

Tan sólo un pequeño grupo de veinte hombres decidimos seguir al rifeño. La mayoría daba por perdida la ciudad y consideraban que dirigirse a Málaga era ir al matadero.

Al salir de Vélez, nos encontramos con el horror de la guerra: campos arrasados, bosques de frutales talados, campesinos degollados. Las alquerías que habían tenido la desdicha de encontrarse en el camino por donde habían pasado las tropas cristianas, mostraban las terribles secuelas de los desmanes de los rumis. Los pocos que habían escapado a la matanza, nos miraban con los ojos vacíos de lágrimas delante de los restos humeantes de sus casas y sus huertos. En los rostros se reflejaba el miedo y su ánimo se había abandonado a la desesperanza; mujeres con niños en los brazos lloraban sin consuelo alrededor de las fogatas. El aire estaba cargado de un intenso olor a madera y tierra quemada. El rastro del ejército del rey Fernando siempre quedaba marcado por enormes humaredas negras cubriendo el cielo.

Buscamos la costa cruzando un extenso pinar del que nos llegaba el aliento del mar. Desembocamos en una playa de arena oscura, moteada de cientos de gaviotas blancas. Al galope, enfilamos la costa de poniente sintiendo en nuestros rostros las gotas de agua salada que salpicaban los cascos de los caballos. A nuestro paso, bandadas de aves marinas levantaban el vuelo emitiendo estridentes graznidos.

Durante un buen trecho, galopamos por la orilla de un mar de lapislàzuli. Al doblar un alto recodo, en el horizonte gris, descubrimos sobre un cerro la fortaleza de *Yebel Faruh*, circundada por una nube de gaviotas.

Entre el mar y las montañas, contemplamos con admiración los formidables torreones de Málaga que emergían de una ensenada de aguas tranquilas. El sol caía lentamente y una luz ambarina recubría las murallas de una pátina dorada. Ante nosotros aparecía, majestuosa, *Medina Malaqa* cantada por los poetas, favorecida por la fertilidad y la riqueza, emporio comercial por donde se exportan sus apreciadas mercancías hasta las remotas tierras del Norte y de Oriente. Se dice que sus productos son tan abundantes, que jamás perecerá nadie por necesidad. Los frutos de sus extensos viñedos y fecundas higueras se exportan a Egipto, Siria y Yemen. Su porcelana dorada se paga a precio de oro en Persia y sus sedas y brocados se venden en los mejores mercados de Alepo y Sanaa. En cuanto a sus moradores, tienen fama de ser gente alegre y de buen carácter, generosos y solícitos a la hora de ofrecer limosnas para el rescate de cautivos.

A sabiendas del terrible peligro que la acecha, el magnetismo de esta ciudad me sigue atrayendo profundamente.

Los gomeres que vigilaban todas las puertas de la ciudad, nos acogieron con sonrisas amables. Al pasar junto a ellos, levantaban los brazos saludándonos con alborozo. Aunque no portábamos armas, las cotas de malla y los petos de cuero, con qué íbamos ataviados, les indicaban que éramos soldados y como tales, nos recibían con cálidas sonrisas y gritos de ánimo.

Recorrimos la muralla sur y cruzamos la puerta de los Esparteros. Al otro lado del

río, en el arrabal de *al-Tayyamín*, verdeaban las higueras. En la medina reinaba la tranquilidad y nada hacía presagiar el peligro inminente del ataque cristiano. Los artesanos trabajaban en sus talleres, los zocos bullían de gente y los niños jugaban a la guerra en los angostos callejones del barrio de los Alfareros. De los muros de los patios sobresalían esbeltas palmeras. La brisa que soplaba del mar, se infiltraba por las callejuelas moviendo las túnicas de las mujeres que venían del puerto portando sobre sus cabezas cestos repletos de peces. La belleza de las malagueñas es legendaria, sus ojos poseen un embrujo que encandila; al pasar junto a dos muchachas que llenaban sus cántaros en un pozo, una de ellas alzó tímidamente su mirada y el brillo de sus pupilas llenó de gozo mi corazón.

Entramos a las atarazanas a través de una puerta de mármol y jaspe adornada con el escudo de la dinastía de los al-Ahmar. En el muelle, gentes de diferentes razas se afanaban en la carga y descarga de mercancías. Ingentes montones de fardos de lana y seda de la Axarquía, junto a sacas de frutos secos de la Vega se apilaban en los embarcaderos al pie de naves venecianas, genovesas, normandas y africanas. Marinos de tez blanca y pelo rojizo cargaban higos, uvas y almendras en barcos de poderoso velamen. Alrededor, pululaba un ejército de mendigos, buhoneros, truhanes y ricos comerciantes. El fondeadero estaba repleto de barcas llenas de redes y peces que brillaban como lingotes de plata. El aire olía a sal y brea.

Detrás de la dársena, contrastaban las espléndidas alhóndigas de los genoveses con los lóbregos tugurios donde se oían toda clase de lenguas. Marineros árabes, andalusíes, italianos o normandos se mezclaban con cambistas, traficantes, rufianes, echadoras de la buenaventura, viajeros honorables y prostitutas. Una fauna variopinta y ruidosa que animaba las umbrías calles del puerto. Por las inmediaciones de la Alcazaba patrullaban los hombres del gobernador, Ahmed al-Zegrí. Al descubrir nuestra presencia, bajaron del castillo gran número de soldados que nos rodearon agitando sus manos y dándonos la bienvenida. Nos preguntaban de dónde veníamos y al reparar que íbamos desarmados, nos señalaron una enorme torre albarrana. Al levantar la vista vimos cómo, sobre el cielo anaranjado del ocaso, se recortaba la figura de un guerrero apostado en lo más alto de la atalaya. Desde su nido de águila, *al-Zegrí* observaba como una rapaz cuanto se movía. Los soldados nos gritaban: ¡Ahmed *al-Zegrí* os dará armas para que luchéis a nuestro lado! Sobre la pared del torreón donde se encontraba el gobernador, colgaba una cabeza humana clavada en un gancho.

Los soldados nos guiaron hasta las puertas de la Alcazaba, de pronto sentí que alguien agarraba el estribo de mi montura y tiraba de mi pierna, al mirar hacia abajo me encontré con los vivarachos ojos del diminuto Alí. Eché pie a tierra y abracé a mi amigo embargado por una inmensa alegría.

El día siguiente a nuestra llegada, nos deparó una grata noticia. Al abrir las puertas de la medina, entraron mil guerreros zanatas al mando de un general de gran prestigio: Ibrahim al-Zanatí. Se trataba de un contingente de hombres que *al-Zagal*

enviaba en socorro de Málaga. El emir Abu Abd Allah Muhammad *al-Zagal* había sentado sus reales en Almería y sus dominios abarcaban toda la parte oriental del reino, las Alpujarras y las ciudades de Guadix y Baza.

Al-Zagal, ¡que Allah recompense con creces su generosidad!, a pesar de no andar sobrado de hombres, y estar en guerra, no solo contra los cristianos, sino contra su sobrino, el ahora emir de Granada, nos enviaba a su mejor arraez y hombre de confianza, Ibrahim *al-Zanatí*.

Salím el Cojo era un muchacho listo y vivaracho que moraba en una cueva del cerro donde se alza el castillo de Gibralfaro. Se ganaba la vida como recadero y alcahuete de los soldados de la guarnición. Para caminar, se servía de un cayado con el que suplía la deficiencia de su pierna izquierda, que le colgaba flácida como un guiñapo por debajo de la raída *yalabiyya*.

Como de costumbre, apenas abandoné la fortaleza, Salím se acercó a mí y con una sonrisa pícara me preguntó:

—¡Sidi! ¿Necesitas una *yariya* (muchacha)?

—No, mas tal vez me puedas ayudar a encontrar la casa de mi tío Abd Allah ibn Said, el mercader de seda —dije mostrándole un cuarto de *dirham*.

—Sidi, tienes ante ti al mejor guía de la ciudad —respondió el muchacho, haciendo desaparecer la moneda.

Con asombrosa agilidad, Salím comenzó a bajar por el empinado sendero del cerro, mientras yo le seguía, no sin cierta dificultad, por la tortuosa pendiente. Bordeando la Corocha, llegamos a la Alcazaba y al pasar junto a la torre albarrana observé que permanecía en el gancho la macabra colgadura.

Salím, señalando el cráneo putrefacto, me advirtió:

—El gobernador ha jurado clavar la cabeza en la torre, de todo aquél que se muestre tibio en la defensa de la ciudad o ceda a la tentación de venderse al enemigo.

—Y ¿de quién es esa cabeza? —pregunté al muchacho.

—Es la del zalmedina Faray ibn Qumasa, a quien *al-Zegrí* mandó decapitar al descubrir que, en connivencia con su hermano el visir de Granada, andaba en tratos con el rey de los cristianos para entregarle la ciudad.

Continuamos nuestro camino y mi experto guía me introdujo por los vericuetos de la medina, hasta llegar a la Alcaicería. La gente que circulaba en torno a los tenderetes iba elegantemente vestida y se hacía acompañar por sirvientes, que les seguían por el zoco cargados con las compras de sus amos. Pronto me percaté de que nuestra presencia no les agradaba. A nuestro paso bajaban la voz o interrumpían la conversación. Más esquivos aún, se mostraban los comerciantes. Salím se acercó a un mercader que sostenía sobre el brazo una preciosa túnica de seda con bordados de oro y le preguntó si conocía a mi tío. Como respuesta nos lanzó una mirada hosca al tiempo que movía negativamente la cabeza. Al otro lado de la calle, nos detuvimos ante un vendedor de brocados, que mostraba a su cliente un precioso tejido de abigarrados colores, sobre el que pasaba las yemas de sus dedos, invitando al

comprador a acariciar la magnífica pieza confeccionada en los telares de Baza. Apenas reparó en nuestra presencia, nos dio la espalda de forma despectiva.

Recorrimos la Alcaicería, soportando el menosprecio, el encogimiento de hombros y los malos modos de los mercaderes como respuesta a nuestras preguntas. Nadie parecía conocer a mi tío, ni mostraba el más mínimo interés por nuestras pesquisas.

—No entiendo por qué esta gente nos trata de forma tan poco amistosa y simulan no conocer a mi tío; cuándo él debe estar entre los hombres más ricos y conocidos de esta ciudad —le comenté a Salím, incrédulo ante lo que nos estaba pasando.

—A los mercaderes sólo les interesa vender sus mercancías y no les gusta perder el tiempo en otras cosas que no sea su negocio —me dijo Salím, al que no parecía sorprender la actitud hostil de los mercaderes.

—Entonces, tal vez es el recelo o la rivalidad entre ellos por lo que se muestran tan poco afables —dije buscando una explicación a todo aquello.

—No creo que ésas sean las verdaderas razones —dijo Salím recorriendo con su mirada mi cota de malla y la daga que portaba sujeta a mi cinturón—. Más bien creo, que el motivo sea tu condición de soldado.

—¿Cómo? ¡No lo entiendo! Si yo estoy aquí, es para defender la ciudad.

Salím me tomó del brazo y me señaló la tienda más grande y lujosa de la Alcaicería.

—Mira, esa tienda pertenece a Alí Dordux, el hombre más rico de Medina Malaqa, heredero de una opulenta familia local que goza de gran prestigio y predicamento entre los comerciantes —bajó la voz y continuó—. Dordux era amigo de Ibn Qumasa, cuya cabeza cuelga en la muralla, y como éste partidario de entregar la ciudad y pedir el amán al rey cristiano, con tal de salvar sus negocios. Todos los mercaderes y hombres ricos suspiran por la paz, mas sus deseos chocan con las intenciones del gobernador, que ha prometido defender la ciudad hasta morir. Estoy seguro de que en la tienda de Dordux conocen a tu tío, pues son del mismo gremio. Voy a ir a preguntar, mas será mejor que no me acompañes, ya que por tu indumentaria militar te consideran un hombre de *al-Zegrí* y por tanto su enemigo.

Mientras Salím se dirigía a la tienda, me quedé disimulando junto a unos fardos de lana, a una cierta distancia, aunque sin perderle de vista. Mi avispado guía entró en la tienda y comenzó a hablar con uno de los vendedores. Esta vez el tendero no mostraba el desdén de los otros y contestaba cortésmente a las preguntas de Salím.

El muchacho salió de la tienda con una sonrisa triunfal y con su paso renqueante corrió hacia mí.

—Ya he averiguado dónde vive tu tío. Aquí todos le conocen como *al-Bahrí* (el marino). Su casa se encuentra en el barrio de los Genoveses, junto a la puerta de los Siete Arcos, la reconoceremos porque sobre el dintel tiene esculpido un barco.

El barrio de los Genoveses estaba cercado por una muralla de ladrillos y argamasa que protegía las fabulosas mansiones y los almacenes de miradas indiscretas y

ladrones. Algunas de estas casas podían considerarse verdaderos palacios. Salím me fue señalando los nombres de sus propietarios: las de Franco Vivaldi y Paulo Centurión eran solariegas y confortables, mas comparativamente modestas al lado de las mansiones de la poderosa familia de los Spínola, compuesta por los hermanos Ambrosio, Tadeo, Avelino y Carolo. Todo el textil de lujo estaba en sus manos y aunque los italianos no descuidaban el comercio de la seda y las especias de Oriente, también tenían intereses en la importación de manufacturas del norte de Europa.

Una vez que nos introdujimos en el barrio de los Genoveses, no tuvimos dificultad en localizar la morada de mi tío. Al final de la calle principal, dimos con un caserón que tenía grabado sobre el arco de piedra de la puerta, una fusta de dos palos con las velas desplegadas. Como la mayoría de las casas de aquel barrio, era de noble planta con patio interior y otro trasero que albergaba las caballerizas.

Nadie contestó a los golpes de la aldaba. Rodeamos la casa y no encontramos signos de que estuviera habitada. Insistimos una vez más golpeando la puerta; esta vez, tras la celosía de un ventanuco del piso superior, sonó la voz de un anciano:

—¿Qué se os ofrece? Mi amo no está.

—Busco a mi tío Abd Allah ibn Said.

—Ya te he dicho que mi amo no está.

—Abre. Necesito hacerte unas preguntas —ordené en tono conminatorio.

Un instante después, la puerta se abría y el viejo criado nos hacía pasar.

—La paz sea contigo, soldado.

Respondí al saludo del anciano con el acostumbrado:

—Contigo sea la paz —y a continuación le pregunté dónde se encontraba mi tío.

Con cierto recelo, el viejo respondió:

—Mi amo Sidi Abd Allah ibn Said, ¡que Dios guarde!, partió rumbo a África con toda su familia y criados. Tan sólo dejó aquí a su siervo Nasím para que cuide de su casa, por si es voluntad de Allah, ¡loado sea!, que algún día regrese.

El viejo Nasím nos contó que desde la caída de Vélez en manos del cristiano, eran muchos los malagueños que huían de la ciudad, ante la certeza de que Málaga sería la próxima en caer.

—La mayoría huye por mar, pues los caminos se han vuelto inseguros para quienes abandonan la ciudad cargados con sus riquezas. Mas cada día, las aguas arrojan a las playas los cuerpos de muchos desdichados que pretenden alcanzar la costa africana en frágiles naves sobrecargadas, que el fuerte viento de levante hace zozobrar —relató el viejo con voz triste.

Al mostrarle mi preocupación por la suerte que pudo correr mi tío, Nasím me tranquilizó:

—Mi señor es un gran marino y conoce bien este mar embravecido y traicionero. Su nave es sólida y a la vez rápida con una proa firme y afilada, bien dotada para sortear las corrientes del estrecho. Aún así, antes de partir hizo reforzar el casco con planchas de roble y cambió las velas por otras negras, a fin de burlar en la noche los

barcos cristianos que vigilan el litoral.

Mi notable parecido físico con mi tío, hizo que pronto desapareciera la desconfianza que, en un principio, había mostrado el criado y, a requerimiento mío, se dispuso a mostrarnos toda la mansión. El interior de la casa presentaba un aspecto desolador, sin embargo los pocos muebles de nogal que quedaban desperdigados por algunas habitaciones, así como los arcones de madera noble con incrustaciones de marfil que reposaban sobre el precioso pavimento de ladrillos vidriados, daban una idea de la opulencia y el lujo del que se había rodeado mi tío.

Recorrí la casa en busca de las huellas de una mujer que no me había podido quitar de la cabeza desde que llegué a Málaga. Husmeé cada rincón con la ilusión de encontrar el sutil olor de su presencia.

En la penumbra de una habitación destinada a los sirvientes, distinguí una figura con la cabeza cubierta por un manto negro que, iluminada por el fuego del hogar, se recortaba sobre la pared de yeso. Se trataba de una mujer que permaneció inmóvil, dándonos la espalda, sin inmutarse por nuestra presencia. Mi corazón comenzó a latir alocadamente. Nasím se acercó a ella y le tocó un hombro. La figura giró la cabeza y mostró el rostro ajado de una anciana de mirada mortecina.

—Es Warda, mi esposa. La pobre es sorda —dijo Nasím. La mujer inclinó la cabeza en una leve reverencia y continuó removiendo las brasas.

Cuando pregunté al viejo por una sirvienta negra llamada Yawhara, me explicó que aquella joven negra que el amo trajo de Granada, se había convertido en la cuarta esposa del señor. Y dando a sus palabras un tono admirativo exclamó:

—¡A pesar del tiempo transcurrido, esa mujer conserva los atributos de su poderoso hechizo juvenil! Desde el primer día, nuestro amo se encaprichó de aquella muchacha y sigue prendado de ella.

El sagaz rey de los cristianos hacía la guerra, alternando las artes de la política con la fuerza de las armas. Utilizando la acción tortuosa de aquella, había sembrado la discordia entre los musulmanes. El emir de Granada, ¡qué Allah confunda!, le rendía vasallaje y luchaba a su lado, como fiel aliado, contra su tío *al-Zagal*.

Era tal el sometimiento del emir al rey Fernando, que su visir, Yusuf ibn Qumasa, en un gesto servil para agradar al todopoderoso monarca cristiano, convenció a su hermano Faray, zalmedina de Málaga, para que entregara esta ciudad al cristiano. La maniobra de los Qumasa fracasó y al zalmedina le costó la cabeza. Desde Vélez, Fernando despachó una embajada a *Medina Malaqa* con la misión de sobornar al gobernador. Esto ponía de manifiesto, cuán poco conocía el rey cristiano al caudillo beréber. Los emisarios de Fernando subieron a la Alcazaba y fueron recibidos cortésmente por Ahmed *al-Zegrí* y sus hombres de confianza. El que iba al frente de la embajada pidió hablar a solas con él, ya que era portador de una carta secreta del rey para el gobernador. A lo que éste alegó que no había secreto que no pudiese compartir con sus hombres.

Al-Zegrí rompió el sello lacrado de la misiva y, al ver que estaba escrita en castellano, se la entregó a Hisham de Santa Cruz. El capitán de los renegados tradujo el contenido de la carta, en la que había proposiciones muy ventajosas para *al-Zegrí*. El rey Fernando le ofrecía, a cambio de la entrega de Málaga, el señorío de Coín para él y sus herederos y cuatro mil doblas de oro. Y para su segundo, el general Ibrahim *al-Zanatí*, una alquería y dos mil doblas de oro.

Al escuchar tales ofrecimientos, Ahmed *al-Zegrí* dio por terminada la audiencia y despidió a los emisarios de Fernando con estas palabras: «Esta ciudad me ha sido encomendada no para entregarla, como vuestro rey solicita, sino para defenderla». Hacía varios días que llovía sin cesar. Al anochecer, bajo un temporal de agua, llegó un jinete cubierto de barro anunciando que el ejército cristiano había acampado en Bezmiliana, a dos leguas de Málaga.

Al-Zegrí puso en alerta a todos sus hombres y cubrió de vigías los cerros y atalayas. Ordenó abrir las puertas de la ciudad para que entraran los habitantes de los arrabales y, a continuación, mandó incendiar todas las almunias a fin de que el enemigo, en su avance, sólo encontrase tierra quemada. Los campesinos entraban en Málaga con lágrimas en los ojos, al contemplar cómo se destruían los huertos que, con tanto esmero y trabajo, habían cuidado. Tres días más tarde cesó la lluvia y lució el sol. Al medio día, los centinelas descubrieron a los exploradores que precedían al ejército enemigo. El camino elegido por los cristianos, nos favorecía, ya que para acercarse a la ciudad, la tropa castellana tenía que pasar por un valle que transcurría entre un cerro y la fortaleza de Gibralfaro.

Ahmed *al-Zegrí* distribuyó un batallón de guerreros africanos en la cima del

cerro, y un contingente de mercenarios renegados en los parapetos, al pie del castillo para que hostigaran al enemigo cuando cruzase por la angosta garganta.

Apostados en los torreones de la fortaleza, no tardamos en divisar a los feroces cruzados de la Orden de Santiago que, como siempre, marchaban a la vanguardia de las tropas del rey Fernando. Un inmenso ejército avanzaba hacia nosotros al paso del estruendo de los tambores y el estridente sonido de las trompetas. Un escalofrío nos recorrió a todos la espalda. El maestre de Santiago descubrió a los Gomeres sobre el cerro y ordenó a su infantería el asalto al monte. Los africanos cargaron sobre los atacantes y los arrollaron. Poseídos de un ciego afán de victoria, abandonaron la cima y persiguieron a los cristianos por las laderas. Nuestros hombres, equipados con ligeras cotas de malla y petos cortos, se movían con más agilidad que los cristianos, embutidos en sus pesadas armaduras. Sobre las faldas de la montaña, se trabaron en una sangrienta lucha cuerpo a cuerpo. Empeñados en la pelea, no se percataron de que un batallón de cruzados coronaba el cerro y plantaba el pendón de la Orden Santiago en la cima. Comenzaba a anochecer, cuando en medio de un fragor de trompetas, relinchos de caballos, choque de armas y alaridos de combatientes, los Gomeres iniciaron la huida, matando e hiriendo en su retirada.

Al día siguiente, los cristianos habían acampado en torno a la ciudad y desde las almenas descubrimos con horror que varias naves se aproximaban a las playas y desembarcaban las temibles máquinas de guerra.

El miedo y la angustia se adueñaron de la ciudad. Los habitantes de Málaga, alegres y bullangueros, se tornaron taciturnos. Los ricos se apresuraron a enterrar sus tesoros o esconderlos en cuevas y pozos. En el puerto, los botes, bajeles y carracas se balanceaban amarrados y los marinos miraban el horizonte entristecidos. Nadie salía a pescar, los rumis habían cerrado el cerco, también por mar, y sus naves vigilaban la bocana del puerto como aves de presa. En los zocos, santones de ojos llameantes llamaban a la oración y a la penitencia para aplacar la ira de Allah, augurando terribles castigos: el cielo se teñiría de negro y hordas de jinetes salvajes, enarbolando espadas chorreando sangre, galoparían sobre las cenizas de *Medina Malaqa*. Al oírlos, las mujeres lloraban desconsoladas. En el sermón del viernes, el imán de la mezquita Mayor abogó por la resistencia y la defensa de la ciudad:

—¡No pongáis vuestras esperanzas en la benevolencia de los cristianos! —clamó con voz vibrante—. Si entregamos la ciudad, destruirán nuestras mezquitas y nuestra religión. ¿Acaso estáis dispuestos, por salvar vuestro cuerpo, a condenar vuestra alma? Si pretendéis renegar de la fe de vuestros antepasados para abrazar una religión falsa, yo no seré cómplice ni tomaré parte de ese sacrilegio. Pues el más terrible infortunio caerá sobre aquellos que cometan tan enorme pecado.

Ahmed *al-Zegrí* reunió a la tropa en la plaza de armas. Subido sobre los peldaños de la escalinata, para que todos pudiéramos verle, nos dio a conocer el plan de defensa que pondría en práctica de forma inmediata. Estaba sereno y no traslucía temor alguno ante la amenaza de aquel imponente ejército asentado a las puertas de la

medina. Con voz firme y segura se dirigió a todos nosotros:

—¡Soldados de Allah! ¡Mis guerreros valientes! El enemigo dispone de un arma mortífera con la que intentará sembrar el terror. La única manera de evitar el efecto destructivo de las máquinas de guerra, es mantenerlas lo más alejadas posible de las murallas. Cuanto más lejos, la eficacia de sus disparos será menor. Para ello, un escogido contingente de ballesteros y arqueros con arcos de largo alcance ocupará los adarves y hostigará sin cesar a los soldados que manejan las infernales máquinas. El resto de la tropa, se dividirá en escuadrones y harán turnos para efectuar salidas inesperadas, tanto de día como de noche, con el fin de sembrar el pánico y el desorden entre el enemigo. Cada vez se atacará un punto distinto del campamento, no les daremos tregua ni respiro. Los cristianos deben saber, que nunca podrán dormir ni descansar tranquilos, pues en cualquier momento del día o de la noche una daga puede rebanarles el cuello. Quiero que los rumis estén tan preocupados en vigilarnos, que no tengan tiempo de organizar un asalto. El primer éxito se lo apuntaron los arqueros; desde sus altos puestos de observación, advirtieron que tenían a tiro la tienda del rey. Adornada de ricas telas, descollaba con sus gallardetes en un campo de olivos. Una certera descarga de saetas desgarró la tienda y sembró la alarma entre los nobles, que ordenaron mudarla lejos del alcance de las ballestas y la plantaron detrás de una colina. Mientras, en la fortaleza de Gibralfaro se festejaba con gritos de júbilo el incidente.

Ese mismo día, llegó la respuesta del rey Fernando. Con gran estruendo, las baterías comenzaron a lanzar hierro y fuego sobre nosotros. Cayeron algunas cúpulas y destruyeron un par de esquinazos de los torreones, mas los efectos no fueron los esperados por los atacantes. Nuestros arqueros, lejos de arredrarse, contestaban con certeros disparos sembrando el desconcierto entre los rumis. Desde las murallas, los ballesteros hacían puntería con los cristianos que se ponían a tiro, intercambiando apuestas entre ellos. La primera vez que participé en una salida de hostigamiento, era un día extremadamente caluroso. En las primeras horas de la tarde, los vigías observaron que, agobiados por el calor, los rumis habían descuidado la vigilancia en el campamento del Marqués de Cádiz. El letargo causado por el vino, la comida y el fuerte calor, hacía que los hombres buscaran la sombra para dormir la siesta en las tiendas y bajo los olivos. Salimos sigilosos y efectuamos un ataque rápido. Sin ser descubiertos, llegamos hasta el campamento degollando a los que dormían, quemamos algunas tiendas y el mismo Marqués resultó herido en la refriega. El cristiano salvó la vida, porque varios soldados cubrieron con sus cuerpos a su señor. Antes de que cundiese la alarma y llegasen fuerzas de socorro, nos pusimos en fuga y regresamos a la fortaleza sanos y salvos. Aquella noche, excitado por el éxito de la escaramuza, no logré conciliar el sueño. Me levanté antes del alba y encontré a Rashid en el adarve escudriñando en la oscuridad el campamento cristiano. A buen seguro, él tampoco había dormido a pierna suelta. Cuando el resplandor de la aurora borró las estrellas, el almuédano llamó a la primera oración. Poco después, el tañido

de una campana congregó a cientos de soldados cristianos en torno a una cruz. Ellos también oraban a su Dios. Entonces vino a mi memoria la pregunta que, en la Madrasa, un alumno le dirigió al maestro Abd-l-Qarím al-Maliqí: Si todos creemos en que Dios es Uno y sólo nos diferencia la forma de dirigirnos a Él, ¿por qué los creyentes del Dios Único no podemos convivir en paz? Después de la oración, el sol despuntó radiante. De los montes llegaban destellos escarlata y del mar soplaba una brisa suave y limpia.

Las primeras horas de la mañana fueron transcurriendo sin incidentes, hasta que observamos entre los cristianos un cierto revuelo. El rey montando sobre un corcel blanco, rodeado de un séquito de nobles, cruzó el campamento. Fernando se dirigió a inspeccionar las máquinas de guerra. Se detuvo delante de una enorme lombarda, echó pie a tierra y observó con detenimiento el negro cañón. Varios soldados pululaban alrededor de la pieza. Un oficial vociferó unas órdenes y todo el grupo se apartó de la lombarda. De pronto, de la monstruosa boca salió un resplandor y un bramido atronador. La muralla tembló y, como sacudido por un terremoto, caí al suelo. Al ponerme en pie, vi a Rashid correr a lo largo de la muralla entre nubes de polvo. Tan pronto como se disipó el humo, los arqueros, un tanto aturdidos, desde una garita se aprestaron a disparar sus armas. En el momento en que me disponía a abandonar aquel lugar me llegó, del lado de los cristianos, el batir de unos tambores y el sonido de enormes estampidos producidos por los disparos de centenares de piezas de artillería. Los rumis abrieron fuego graneado de lombardas, ribadoquines y culebrinas. De nuevo tembló el suelo bajo mis pies. Aterrorizado, me acurruqué en un rincón del adarve implorando a Allah se apiadase de mí. Aquel ruido infernal me dejó sordo y el sol quedó ensombrecido por una nube negra que despedía un olor extraño y desagradable. Algunas bolas de fuego volaban por encima de las murallas yendo a caer en la medina, otras pasaban sobre mi cabeza rozando los torreones sin causar desperfectos y muchas otras se estrellaban sobre el campo baldío partiéndose en mil fragmentos. Poco a poco fui venciendo el miedo y me levanté. Vi a los zanatas con el rostro cubierto de polvo vociferando y corriendo de un lado para otro. Rashid, se mantenía erguido en lo alto de una torre gritando a voz en cuello palabras de ánimo a los arqueros: «¡Esos perros no podrán con nosotros, las murallas resisten! ¡Afinad la puntería y enviad al infierno a los malditos cristianos!

Intenté bajar por la Corocha, mas una lluvia de cascotes me cortó el paso y una cortina de polvo me tapó la vista. A través de la polvareda distinguí a un joven soldado con las piernas destrozadas. En medio de aquel fragor infernal, oía los gritos de dolor de los heridos. Sin saber donde dirigirme, corrí a lo largo de la muralla hasta el torreón Blanco, desde donde distinguí a un grupo de hombres, envueltos en un torbellino de humo sobre la torre de la puerta de Granada. Allí el ruido era ensordecedor, sin duda aquel lugar era el más castigado por la artillería. Identifiqué a Ahmed *al-Zegrí* gesticulando en medio de sus hombres. Los cascotes volaban por los aires y las bolas incandescentes pasaban rozando los torreones, mas el caudillo

africano, con el peto de su coraza cubierto de polvo y el rostro ennegrecido por el humo, permanecía desafiante despreciando el peligro. Los gomeres lanzaban aceite hirviendo sobre una columna de cristianos que, provistos de un enorme ariete, pretendían derribar la puerta. Al sentir el líquido ardiente introducirse entre sus ropas, los cristianos lanzaban gritos de dolor y se despojaban de sus armaduras; entonces eran abatidos por nuestros ballesteros. Aunque los atacantes se iban reemplazando, la puerta no cedía y se vieron obligados a retroceder a su campamento. Un grito de triunfo estalló en el adarve. Los cañones siguieron disparando durante todo el día. Al atardecer, el bombardeo fue remitiendo y poco antes de ponerse el sol cesó por completo.

Cuando bajamos a inspeccionar los daños en la parte baja de la ciudad, comprobamos con satisfacción que no eran tan graves como habíamos sospechado. En la medina habían derribado parte del alminar de la mezquita de los Peregrinos. El barrio más afectado era el de los Caldereros, donde varias casas habían ardido, mas sus habitantes, actuando con diligencia, ya habían sofocado el fuego. El formidable recinto amurallado inferior resistió la dura prueba a que fue sometido. Tan solo habían conseguido abrir un boquete en el torreón de la puerta de Antequera, junto al río. Mas el resto de las fortificaciones permanecían incólumes.

Ahmed *al-Zegrí* se mostraba eufórico: «¡Allah es Grande! —decía dirigiéndose a sus hombres—. Hoy es un día glorioso para nosotros y la frustración y la impotencia se habrán apoderado de nuestros enemigos. Ahora sabemos que somos capaces de resistir el ataque feroz de los cristianos y hemos aprendido a superar el miedo de sus máquinas de guerra. Ya veis que los daños que nos han infligido son mínimos, tenemos algunos heridos mas nadie ha perecido y los desperfectos que nos han ocasionado vamos a repararlos esta misma noche».

Acto seguido, ordenó traer sacos y llenarlos de arena y cascotes. Dando ejemplo, el gobernador se puso manos a la obra, y durante toda la noche trabajó con sus hombres en la reparación de las casas dañadas y taponando con sacos las brechas de la muralla. Todos los días, Málaga se despertaba con el bramido salvaje de las lombardas. Mas no hay nada que no se termine por aceptar y el ser humano llega a adaptarse a las circunstancias más adversas. Málaga y sus habitantes se acostumbraron a la guerra y el ensordecedor estruendo de los cañones, el temblor de la tierra y el humo de las explosiones terminaron por convertirse en algo cotidiano. Aprendimos a moderar el pánico, a dominar los nervios y a relajar la presión que nos oprimía el estómago. Las mujeres, superando el terror que les ocasionaba las bolas incendiarias, se enfrentaban con valor y coraje al fuego que producían las pellas en sus hogares. Los que se quedaban sin casa, eran acogidos por sus vecinos.

Con cada bombardeo crecía el odio a los cristianos y antes de enterrar a los muertos, los soldados manchaban sus manos con la sangre de las víctimas y juraban venganza.

Era cierto que poco a poco las brechas en las murallas se ensanchaban y que

algunos torreones aparecían desmochados, aunque el foso que circundaba gran parte del recinto amurallado y la línea de arqueros disparando desde las almenas, así como los calderos de aceite y pez hirviendo hábilmente manejados por los gomeres, impedían el asalto de los atacantes. A pesar de la superioridad numérica del enemigo, el resultado de la contienda era prácticamente de igualdad.

El calor estival se hacía sentir cada vez más intenso y el sol abrasador castigaba con más dureza al ejército cristiano, acampado a la intemperie fuera de la ciudad. Después de cuarenta y cinco días de asedio infructuoso, la moral de los soldados cristianos comenzaba a flaquear. Los bombardeos fueron disminuyendo en intensidad, era evidente que la munición les empezaba a escasear. El rumor de que el rey Fernando podía, en cualquier momento, levantar el sitio se extendió por la ciudad. Un día, una docena de cristianos, persuadidos del fracaso de la empresa y alarmados por una epidemia que se había declarado en el campamento, se pasaron a nuestras filas con armas y bagajes. Ahmed *al-Zegrí* les hizo desfilar por las calles de la medina, con el propósito de dar moral a sus sufridos habitantes. Los cristianos contaban que, a pesar del cerco a que estaba sometida la ciudad, las penalidades y el desaliento en el campamento cristiano eran infinitamente superiores. Había escasez de víveres y de pólvora. El calor, la sed y enjambres de insectos atormentaban a los sitiadores. Muchos soldados aquejados de enfermedades y desmoralizados por el fracaso de aquella empresa inútil, se habían abandonado a la desidia y desertaban al haber perdido toda esperanza de victoria.

Ahmed *al-Zegrí* no se fiaba demasiado de los informes de los desertores. Temiendo un ataque desesperado de los cristianos, dobló las rondas de vigilancia y aumentó el número de salidas de castigo con las que sembrar la inquietud y el temor entre los cristianos. Mas si el caudillo africano era un audaz estratega, el hombre que tenía enfrente no le iba a la zaga. Fernando decidió dar un golpe de efecto que terminara con el desaliento de su tropa y, sobre todo, que acabara de raíz con el rumor de que se iba a levantar el cerco. Una mañana deslumbrante, bajo un sol implacable, apareció en la lontananza una columna de gente portando cruces y banderas. Perplejos, observamos que la comitiva estaba compuesta, en su mayoría, por mujeres. Protegidas con parasoles, las damas cabalgaban sobre palafrenes ricamente enjaezados y rodeadas de caballeros y sirvientes. El pendón de Castilla sobresalía entre un bosque de refulgentes cruces de plata. Los cruzados de Santiago y Calatrava salieron a su encuentro. Con la gala y el fausto de un cortejo real, fueron recibidas en el campamento. En medio del regocijo y las aclamaciones de los soldados, el rey Fernando dio la bienvenida a su esposa, la reina Isabel de Castilla. Juntos recorrieron, a caballo, el campamento entre el clamor enfervorizado de la tropa.

La tienda de la reina se asentó al norte del arrabal de las Huertas, al otro lado del *guadi al-Medina*. La presencia de la reina de Castilla en el campo de batalla, levantó la moral de los soldados y el rey mostraba su propósito irrevocable de mantener el cerco. Lejos de intimidarse, esa misma noche, mientras en el campamento cristiano se

festejaba la llegada de la reina y sus damas, el gobernador ordenó que mil zanatas efectuaran una salida. Amparados por la oscuridad, con las cabezas y los rostros cubiertos con turbantes negros, los guerreros africanos, bajo el mando de su general Ibrahim *al-Zanatí*, asaltaron por sorpresa el campamento enemigo. En pocos instantes sembraron el terror entre los cristianos, que corrían semidesnudos y despavoridos para salvar su vida. Moviéndose como sombras, los zanatas entraban en las tiendas y pasaban a cuchillo a los sorprendidos ocupantes. Cuando corrió la alarma y el tumulto se extendió por el campamento, los africanos regresaron a la Alcazaba con sus afiladas espadas curvas teñidas de sangre y exhibiendo las armas y banderas arrebatadas al enemigo.

A partir de entonces, la guerra se tornó más cruel y encarnizada. Los rumis deseosos de brindar a su reina una victoria rápida, redoblaron con fiereza los ataques. Buscando la gloria personal, algunos soldados cristianos protagonizaron actos de valor heroico en los que se dejaron la vida. Por su parte, los hombres de *al-Zegrí* se enfrentaban con arrojo a los asaltos suicidas de los rumis en una pelea áspera y feroz.

El carácter y dureza de aquella guerra alcanzó momentos memorables que llegaron a ser épicos por ambos bandos. Hubo partes de muralla y torreones que cambiaron de dueño en pocos instantes. Las banderas de unos y otros ondeaban alternativamente sobre los baluartes. No había cuartel ni piedad. No se hacían prisioneros. Los gomeres degollaban a los cautivos en el campo de batalla y los cristianos utilizaban como munición de los cañones los cuerpos de los musulmanes apresados, arrojando sus cadáveres descuartizados sobre la ciudad.

Al caer la noche, los combatientes se tomaban un respiro para socorrer a los heridos y enterrar a sus muertos. Mas Ahmed *al-Zegrí* no descansaba, infatigable revisaba los depósitos de armas. Vigilaba atentamente el estado de los fardos de estopa, las tinajas de sebo y pez, los calderos de aceite hirviendo, los maderos que atrancaban las puertas, las antorchas y flechas incendiarias. Animaba a los centinelas a mantenerse despiertos y agudizar la vista y el oído. Conocía a todos los soldados por su nombre y tenía palabras de aliento para los habitantes de la medina, que soportaban de forma admirable aquel terrible asedio. Incansable, subía y bajaba las escalinatas de la fortaleza dando órdenes y ánimos a los soldados.

Desde lo alto de las murallas, contemplábamos con desesperación la realidad de nuestra situación: el campo abierto al Norte, Este y Oeste de la ciudad completamente ocupado por el ejército cristiano, y al Sur, un inmenso mar azul, sobre el cuál, las naves enemigas surcaban las aguas, cruzándose unas con otras, bloqueando la entrada de la bahía. El férreo cerco por tierra y mar impedía el abastecimiento de la ciudad desde fuera, y los depósitos de víveres comenzaron a menguar de forma alarmante. Pronto, sobre la población de *Medina Malaqa*, apareció el sombrío fantasma del hambre. La falta de alimentos, empujaba a los más necesitados a errar por las calles en ruinas en busca de comida, robando animales de los establos o asaltando los palomares. El gobernador recorría cada día las plazas y callejuelas de la medina,

introduciéndose por los pasadizos de los barrios más pobres, donde más se hacían sentir los rigores del hambre. La gente al verle parecía revivir, contagiada de su vigorosa euforia. Por unos momentos se olvidaban de las peleas por un mendrugo de pan, y la llama de la esperanza renacía en el corazón desesperado de aquellos miserables hambrientos.

Ante la escasez de alimentos, el gobernador promulgó un bando requisando las provisiones que almacenaban los más opulentos, a fin de racionar y distribuir la comida. El rancho de los soldados quedó restringido a cuatro onzas de tasajo por la mañana y un caldo de verduras por la noche.

Una mañana, el acaudalado Alí Dordux y el jefe del gremio de los mercaderes Utmán ibn Amar junto al venerable alfaquí Ibrahim al-Harid subieron a la Alcazaba a pedir audiencia al gobernador. Éste los recibió en el acto y les animó a hablar con toda libertad. El alfaquí tomó la palabra y le relató las penalidades y sacrificios de la población. Había familias que solo comían cogollos de palmera cocidos, cortezas de árboles y hojas de parra picadas. Con cada día que pasaba, los sufrimientos iban en aumento. Alí Dordux añadió que la ciudad no soportaría por mucho tiempo más, tanto estrago y ruina. Y a su entender, era llegada la hora de acabar aquella resistencia temeraria y negociar la rendición, porque toda tardanza agravaría la desgracia ya que el rey de los cristianos se había mostrado clemente y generoso con las plazas que optaban por someterse y acatar su autoridad; mientras que aquellas que se obstinaron en resistir fueron atrozmente castigadas.

Alí *al-Zegrí* les replicó: «Hasta mí también han llegado esas habladurías a cerca de la generosidad del rey de los cristianos. Pues bien, no quiero oír hablar más de eso, pues se trata de una trampa que utiliza el taimado rey de los rumis. Sabed que los cristianos no conocen la clemencia. Acordaos de lo que ocurrió en Banu alMaqix. No tengo la menor duda, de que todas esas promesas de generosidad a cerca de la entrega de la ciudad, el rey de los cristianos no abriga la menor intención de cumplirlas. Su intención, una vez que caiga en su poder, es hacer de *Medina Malaqa* una ciudad totalmente cristiana, transformará las mezquitas en templos cristianos y no permitirá que en ella habiten musulmanes, excepto en condición de esclavos. Sé de las penalidades que sufre la población y, desde hace días, comparto mi comida con los más necesitados. Mas quiero que sepáis que aún nos quedan medios para vencer. Tenemos noticias de que nuestro señor el emir Abu Abd Allah *al-Zagal* se apresta, desde *al-Mariyya*, a socorrernos y dos batallones de voluntarios de *Bastha* (Baza) y *Guad al-Axat* (Guadix) ya están de camino. Los astrólogos auguran una brillante victoria de nuestros ejércitos. Y ahora, regresad a vuestras casas y confiad en la protección de Allah, ¡loado sea!». Desde hace varios días, los malagueños acechan tras las murallas el momento de la llegada de las tropas salvadoras. Los adivinos dicen tener sueños contradictorios. Priman los que vaticinan la victoria, pues los que pronostican catástrofes son apedreados por un pueblo que no quiere perder lo único que le queda: la esperanza. Cada día circulan rumores que confunden los deseos con

la realidad, y las tropas de socorro no aparecen. Mientras tanto, un hambre atroz seguía torturando a la población. Hacía ya tiempo, que los afortunados que poseían animales domésticos se los habían comido. Después de sacrificar a las bestias de carga, devorando hasta el cuero de los arneses, comenzaron a comer gatos, ratas y toda clase de animales inmundos.

El primer viernes del mes de Xaabân, poco después de la oración del medio día, se oyó un grito en la torre vigía. Un soldado señalaba algo en el horizonte. Todos corrimos llenos de curiosidad y esperanza a los adarves. Siguiendo la orilla izquierda del río, una larga columna de caballos galopaba levantando una inmensa nube de polvo. Los vigías se esforzaban en identificar las insignias de los estandartes. Los colores de las banderas no pertenecían a Castilla ni Aragón, mas tampoco coincidían con el pendón de los Nasríes. En algunas banderas figuraba pintado un animal, parecía un león según algunos, otros afirmaban que se trataba de un oso. Con enorme decepción, observamos que aquellos jinetes confraternizaban con el ejército cristiano. Se trataba de un batallón de suizos que, alentados por la Bula del alfaquí de Roma, se unían a los ejércitos de Isabel y Fernando para ganar la Indulgencia Plenaria.

El pueblo cayó en una profunda melancolía. Los fuertes calores del verano y la descomposición de los cadáveres hacían temer una epidemia de peste, mas el obstinado *al-Zegrí* no perdía el ánimo y seguía arengando a los soldados y al pueblo prometiendo la victoria final. Los más próximos a él, entre ellos Rashid, sabían que la seguridad y fortaleza de la que hacía alarde, ante la tropa, era solo fachada. Hacía ya días que el caudillo beréber había perdido la esperanza de recibir ayuda y comentó a sus hombres de confianza una idea que le bullía en la cabeza: «Una salida desesperada a morir matando».

Coincidiendo con una fuerte tormenta, que nos alivió del insoportable calor, llegó un hombre herido, procedente de *Bastha*, que había logrado escapar a la matanza a manos de los sicarios de Ibn Qumasa. Según nos relató, el pérfido emir de Granada ordenó a su visir impedir el paso por sus territorios a las tropas que habían salido de Guadix y Baza con la intención de auxiliar a Málaga. En un desfiladero de las estribaciones del *yebel Soleyr*, los arrojados voluntarios que marchaban ilusionados en socorro de la ciudad cercada, fueron emboscados y ferozmente pasados a cuchillo por los hombres de Ibn Qumasa.

Con tamaña vileza, el príncipe Abu Abd Allah, el traidor, ¡qué Allah confunda!, frustró el plan de *al-Zagal* para socorrer a los defensores de *Medina Malaqa*.

Las noticias que nos trajo el *basthí*, confirmaban lo que todos nos temíamos. Ya no cabía esperar auxilio alguno, y *Medina Malaqa* quedaba abandonada a su suerte.

Se había pasado la noche observando al campamento cristiano desde la torre del Homenaje. Antes del amanecer, Ahmed *al-Zegrí* bajó a la plaza de armas con expresión trastornada y con voz firme ordenó a los oficiales:

—Reunid a los hombres. Vamos a atacar a esos perros sarnosos. Ibrahim *al-Zanatí* y los capitanes le miraron incrédulos, mas la orden del gobernador no admitía réplica y todos en silencio se apresuraron a obedecer.

Aún no había comenzado a clarear, cuando todos los hombres que integrábamos la guarnición de *Medina Malaqa*, salimos al campo en cuatro secciones. Como punta de lanza, al frente de sus gomeres y capitán general de toda la tropa iba Ahmed *al-Zergrí*. A su derecha, el batallón de zanatas bajo el mando de Ibrahim *al-Zanatí*. A ambos flancos, nos encontrábamos una sección constituida por gente de Málaga y cuantos voluntarios habíamos acudido desde diferentes lugares a defender la ciudad, en su mayoría, campesinos que habían perdido sus casas y sus tierras y abrigaban un odio mortal hacia los cristianos; no tenían nada que perder y salían dispuestos a morir matando. Nuestro capitán era el *qaíd* de *Nâriyat* (Nerja) Abd-l-Aziz ibn Yusuf y como lugarteniente, mi maestro Rashid ibn Talib. La otra sección estaba formada por cristianos renegados a las órdenes de Hisham de Santa Cruz. Total entre caballería e infantería no sumábamos más de ocho mil hombres. El ejército cristiano superaba los sesenta mil. En verdad aquello era un suicidio. Ninguno de nosotros creíamos en la posibilidad de una victoria, mas contagiados por la temeraria locura del osado caudillo, salimos dispuestos a consumar nuestras vidas en un acto de heroísmo sublime, que nos abriría las puertas del paraíso.

La luz del alba dispersaba las brumas que cubrían el río, y una violenta franja roja hería el horizonte. Un santón, enarbolando un Corán, se colocó delante de la tropa y con voz potente gritó: « ¡No pidáis a Allah que se muestre justo con los cobardes! Si el león no abandonase su guarida, nunca cazaría. Si la flecha no partiese del arco, jamás haría blanco. ¡Soldados de Allah! Empuñad con vigor la espada contra el infiel y entrad por la gloriosa puerta del martirio al Paraíso».

Al grito de: *¡Allahu aqbar!* Ahmed *al-Zegrí*, a la cabeza de sus hombres, arremetió como un toro rabioso contra el campamento cristiano. Los gomeres atacaron en vanguardia con tal ímpetu y ferocidad, que los rumis quedaron paralizados por el terror al ver a una horda de africanos aullando como lobos y poseídos de una fiebre suicida.

Se produjo una carnicería terrible. Hombres enloquecidos peleaban y morían ensangrentados entre alaridos. Con aquel ataque por sorpresa, conseguimos rebasar las primeras líneas del enemigo y llegar a las tiendas, donde muchos soldados aún estaban entregados al sueño. En medio de la refriega, vi a *al-Zegrí*, seguido de un numeroso grupo de jinetes, galopar en dirección al pabellón real. En una maniobra

audaz, pretendía matar o capturar al rey cristiano. La formidable línea de defensa que rodeaba al monarca y la superioridad numérica de la hueste cristiana hicieron imposible la hazaña.

Después de la primera acometida, el número de enemigos crecía. Había cristianos por todas partes. Nuestros hombres de a pie comenzaron a retroceder, y cada vez se abrían más brechas entre nuestra tropa. Unos pasos delante de mí, el corpachón de Rashid se agitaba como una fiera sobre su montura, trazando golpes mortíferos. Los cristianos nos iban rodeando. Sus voces discordantes se enardecían al percatarse de su segura victoria. Nuestro esfuerzo y coraje resultaban inútiles ante el avasallador número de adversarios. La tierra comenzó a cubrirse de cuerpos ensangrentados. Aquella batalla imposible estaba perdida. Los gomeres y zanatas eran guerreros experimentados y tenaces, mas la situación les sobrepasaba y no dejaba lugar a dudas.

En el fragor horrible de la lucha, oí a Rashid lanzar un grito agónico. Su caballo huía sin jinete. Lanzando cuchilladas, logré abrirme paso hasta el lugar donde yacía mi maestro y amigo. Lo encontré tendido sobre el suelo boca arriba. Su mano derecha aún se aferraba a la espada teñida de sangre. Sus ojos abiertos miraban al cielo, donde sin duda se encontraba su espíritu. Mantenía los dientes apretados en una mueca de rabia. Bajé de mi montura y me abracé a su cuerpo inerte; al levantar su torso, mis manos se impregnaron de sangre. El bravo rifeño había recibido una estocada mortal en el costado. Decidí que debía cargar sobre mi caballo el cadáver de Rashid para darle una sepultura digna. Aturdido, miré a mi alrededor y solo encontré desolación y muerte, mi caballo había desaparecido. Alguien pasó a mi lado corriendo y me gritó: ¡Retirada! ¡Retirada! Impulsado por la desbandada, me uní a mis compañeros que, en total desorden, corrían con desesperación tratando de ganar las puertas de la medina. En la desenfrenada huida, nos desprendíamos de espadas, rodelas y de cuanto nos impidiese correr más veloces. Los cristianos nos perseguían y muchos de los nuestros fueron alcanzados y exterminados casi al pie de las murallas. Cuando ya tenía a mi alcance un portillo por el que escapar de los rumis, mis pies se enredaron en una espada que habían arrojado al suelo. Noté un leve escozor en una de mis piernas y caí trastabillado. Raudo me puse en pie y reanudé mi carrera. Comencé a sentir un fuerte dolor en la pantorrilla y un líquido caliente bajar por mi pierna derecha. Con horror descubrí que, tras de mí, dejaba un espeluznante reguero de sangre. Las puertas de la muralla comenzaron a cerrarse. Exhausto logré ponerme a salvo, antes de que las hojas del portillo se juntaran. Sin saber a donde dirigirme, caminé sin rumbo y el dolor se hizo insoportable. Tenía ganas de vomitar; arrastrando la pierna me recosté sobre un muro derruido y arrojé lo poco que tenía en el estómago, entonces el vértigo me nubló la vista y me desplomé.

Al abrir los ojos, vi a un hombre que me vendaba la pierna.

—¡Agua por Allah! —imploré.

El hombre me miró. Se trataba de un anciano cuyo rostro me resultaba familiar.

—El corte es profundo, aunque bastante limpio, cicatrizará pronto. Si puedes

caminar, te llevaré a casa de tu tío.

—¡Nasím! ¡Que Allah te bendiga! —exclamé agradecido. Una mujer se acercó con un odre y me dio de beber. Con ayuda del viejo sirviente me levanté, y apoyado sobre su hombro comencé a caminar. Al cruzar por Bab al-Shaykh, nos llegaron los lamentos de una multitud que, desde lo alto del torreón Árabe, miraba con espanto lo que, hasta hacía poco, fue campo de batalla. A través de las aspilleras podíamos oír los gritos de victoria de los cristianos. Nos asomamos por una de las troneras y contemplamos con horror cómo los rumis bailaban alrededor de los cadáveres y escupían, insultaban y orinaban sobre los cuerpos de sus víctimas. Mas al extender la mirada sobre el campo, comprobamos que los vencedores habían pagado un precio terrible. Cientos de cristianos yacían muertos y gran cantidad de heridos lloraban de dolor y agitaban sus manos con expresión de angustia en demanda de socorro.

Los desdichados musulmanes, que no habían conseguido ponerse a salvo, eran torturados y masacrados entre las risotadas de sus verdugos. Con el corazón encogido, nos alejamos de allí. Angustiado y dolorido llegué a la casa de mi tío. Nasím, ayudado por su mujer, me acomodó en el lecho. La garganta me ardía. Mientras el anciano me colocaba un emplasto sobre la herida, éste mandó a Warda buscar algo para saciar mi sed. Al poco tiempo, apareció la anciana con una alcarraza en la mano que entregó a su esposo.

—Esto calmará tu sed y te repondrá las fuerzas —dijo el viejo acercándome la vasija a los labios.

Bebí con avidez y después de ingerir un buen trago exclamé:

—¡Es leche! ¿De dónde has sacado esto, si en la ciudad ya no hay ni ratas para comer?

—Allah Justo y Misericordioso nos somete a duras pruebas, mas nunca abandona a sus criaturas —murmuró Nasím alzando los ojos al cielo.

Me quedé sin palabras y ante mi interrogante mirada, el viejo me desveló el enigma:

—Es leche de burra. Mi amo Sidi Abad Allah, antes de partir rumbo a África, vendió las caballerías, excepto a Zaqiyya, su burra preferida; un animal dócil e inteligente que tu tío tenía en gran estima. Él sabía que nadie la cuidaría mejor que yo. Cuando el hambre asoló la ciudad, oculté a la burra en el pasadizo del aljibe, pues las turbas hambrientas asaltaban los establos en busca de animales para comer. Por entonces, Zaqiyya parió un precioso burrito y con su abundante leche nos alimenta en estos tiempos de hambruna. A la hora de cenar, el viejo me volvió a sorprender ofreciéndome una papilla de harina de mijo.

—¡Por Allah! ¡Esto es un manjar! —exclamé entusiasmado.

—¡Allah es Grande! Y aunque las orzas de aceite y los sacos de harina que tu tío almacenaba en el granero, fueron requisados por el gobernador. Allah me ayudó para no dejar la casa desabastecida —dijo el astuto Nasím guiñándome un ojo.

Rendido por el cansancio, pronto me abandoné al sueño. Cuando desperté, el sol

se filtraba por las celosías dibujando arabescos sobre la pared. La cama era amplia y confortable. Había dormido profundamente y me sentí con fuerzas para levantarme. Al ponerme en pie, comprobé con alivio que la herida no me impedía caminar. Sobre un baúl, a los pies del lecho, reposaban el arnés, la daga, el yelmo y la cota de malla. Aquellos objetos me volvieron a la realidad y me recordaron el amargo sabor del infortunio. La triste evidencia de que aquella guerra no era un mal sueño sino una certeza cruel.

—Será mejor que te vistas con esta ropa de tu tío —La voz de Nasím sonó a mis espaldas. El viejo criado me observaba desde el quicio de la puerta, portando sobre el brazo una túnica marrón—. Si te dejas ver con los atuendos de guerra, podrías provocar la ira del pueblo. En la medina no queda ni un solo soldado. El gobernador y sus hombres se han recluido en la fortaleza de *Jebel Faruh* y entre la población cunde el resentimiento hacia la tropa de *al-Zegrí*, al que culpan de esta situación. Ahora, toda la ciudad tiene puestas sus esperanzas en Alí Dordux. Consideran que es el único que puede obtener clemencia del rey cristiano.

—Así pues, la medina está a merced de los cristianos —comenté abrumado por las palabras de Nasim.

—En efecto, los rumis pueden entrar en cualquier momento. Lo mejor es que te hagas pasar por un mercader —me aconsejó el viejo—. Y como ya veo que tu pierna ha mejorado, deberías acudir a la reunión de principales, que Dordux ha convocado en su casa para esta tarde. Tu tío era muy respetado entre el gremio y, en su ausencia, tú, como sobrino, puedes representar sus intereses. De esta forma nos mantendríamos informados de cuanto allí se trate.

Vestido con una elegante *yubba* de algodón y un turbante de lino, me dispuse a visitar al rico mercader. El bastón de madera de ébano, sobre el que me apoyaba, me confería un aire venerable y, como todo gran señor que dispone de criados, me hice acompañar de Nasím. La población temerosa y expectante se mantenía encerrada en sus casas. Las calles estaban desiertas. Las tiendas de la Alcaicería permanecían cerradas y en la plaza del zoco, tan solo unos niños harapientos se peleaban buscando desperdicios entre la basura. Nasim se detuvo ante una suntuosa mansión y golpeó la aldaba de la robusta puerta. Al instante apareció un mayordomo. El viejo sirviente de mi tío me presentó con estas palabras:

—Éste es el jeque Said ibn Ibrahim, sobrino de mi amo Sidi Abad Allah *al-Bahrí* que, representando a éste, acude a la reunión convocada por Sidi Alí Dordux, ¡qué Allah ennoblezca!

El mayordomo me lanzó una mirada inquisitiva y tras unos instantes de duda, me franqueó el paso.

—Tú aguarda aquí —ordenó el mayordomo a Nasím, cerrando bruscamente la puerta ante las narices del viejo.

El sirviente de Dordux me guió hasta una sala de la que provenía un enorme murmullo. La puerta estaba abierta y la espaciosa estancia se encontraba repleta de, al

menos, cuarenta hombres que cuchicheaban entre sí. Inmersos en la conversación, ninguno de los presentes me prestó la más mínima atención. Discretamente, me senté sobre un cojín que había quedado libre en la última fila. Los primeros puestos estaban ocupados por un consejo de ancianos y varios jeques y alfaquíes. Presidiendo la asamblea, sobre un estrado, había cuatro hombres sentados tras una mesa baja. A tres de ellos les conocía. Eran los mismos que días atrás subieron a la Alcazaba a pedir audiencia al gobernador. El de más edad, era el alfaquí Ibrahim al-Harid, los otros dos eran el jefe del gremio de los sederos Utmán ibn Ammar y el anfitrión Alí Dordux. El cuarto, era un joven de aire altivo que más tarde supe se trataba del hijo de Dordux.

—¡Amigos! —la voz de Ibn Ammar resonó en la bóveda de la sala y todos los asistentes guardaron silencio, disponiéndose a escuchar—. Como convinimos en la noche de ayer, una comisión encabezada por nuestro ilustre anfitrión Alí Dordux, partió esta mañana temprano hacia el campamento cristiano a fin de negociar con el rey Fernando el fin del asedio —hizo una pausa que parecía interminable, mientras cruzaba una mirada con Alí Dordux—. Tengo que deciros, que no ha sido posible llevar a cabo tal negociación. El rey de los cristianos no se ha dignado recibir a nuestros embajadores y a través de un secretario, nos ha dado a conocer su respuesta: «*La ciudad debe darse sin condiciones y los que a la muerte, a la muerte; y los que al cautiverio al cautiverio*».

La cruel respuesta levantó una ola de protestas y gritos de indignación. Un corpulento shayj, de espesa y blanca barba, se levantó airado y propuso sacar de las mazmorras a los cristianos cautivos y colgarlos en las almenas. Un alfaquí, con el rostro encendido por la furia, planteó contestar al cristiano que, puesto no se nos otorgaba esperanza alguna, *Medina Malaqa* continuaría resistiendo heroicamente hasta agotar sus fuerzas, y después sus habitantes incendiarían la ciudad y se arrojarían a las llamas.

Alí Dordux se puso en pie y pidió calma. Era un hombre de elevada estatura, de ademanes elegantes y un rostro alargado por una barba de un blanco prematuro. Una gruesa cadena de plata le colgaba del cuello hasta el pecho. Sus ojos grandes y muy negros albergaban una mirada inteligente. Con voz pausada se dirigió a la asamblea:

—Allí arriba, en la fortaleza, tienen agua y disponen de los alimentos que el gobernador nos requisó. La guarnición de *yebel Faruh* podrá resistir por un tiempo, aunque tarde o temprano caerá. Nuestra situación es desesperada y nuestros intereses difieren de los del gobernador. Nosotros tenemos nuestras familias, nuestras casas, nuestras propiedades y negocios. Él sólo tiene sus armas y la obligación de resistir y luchar, pues su vida ya no es negociable —El eco de sus últimas palabras quedó en el aire, en medio de un largo silencio. Aunque consciente de la influencia que ejercía sobre sus paisanos, medía las palabras ante una audiencia alterada y nerviosa. Un ligero murmullo brotó entre el consejo de ancianos y un buen número de cabezas se movieron en un signo de aprobación. Al comprobar que el inicio de su discurso surtía el efecto deseado, Alí Dordux continuó—: Ese ladrón de *al-Zegrí* nos ha robado todo

y ahora sin alimentos, nos deja inermes ante el enemigo. La única posibilidad que nos queda es ir, una vez más, a pedir el amán al rey cristiano. Confiad en mí, intentaré aplacar la cólera del rey, provocada por la obstinada y sangrienta resistencia empleada por el loco *al-Zegrí*. Os aseguro que no está todo perdido. Durante mi corta estancia, esta mañana, en el campamento cristiano, trabé amistad con un noble caballero, don Gutierre de Cárdenas, que se ha mostrado sensible a nuestros requerimientos y me ha prometido interceder ante el monarca cristiano a favor de nuestra causa. El rey Fernando siempre ha acogido con benevolencia a quienes han acatado sus leyes. Tenemos que enviar una embajada con regalos y ganarnos la voluntad de don Fernando y sus nobles, que son gente de orden. Ellos nos protegerán de los desmanes de la soldadesca, cuando las tropas entren en la ciudad. En ningún caso debéis abandonar vuestras tiendas. Ofreced a los soldados algunos presentes que puedan saciar su codicia; de esta manera evitaréis los saqueos. Mostraos sumisos y respetuosos con los nuevos amos de la ciudad y os ganaréis su confianza para seguir al frente de vuestros negocios.

En medio de un silencio tenso, Alí Dordux tomó asiento y todas las miradas se volvieron hacia el anciano alfaquí. Ibrahim al-Harid se dirigió al anfitrión y le recordó qué más importante que los negocios era el Islam y que en las negociaciones, el máximo empeño debía ser, conseguir de los cristianos el respeto a las creencias de los musulmanes y la salvaguardia de las mezquitas. Durdux le aseguró que no se había olvidado de su fe y que en el primer punto de las condiciones de la entrega de la ciudad, figuraba la concesión de que a la población se le permitiese conservar y practicar la religión islámica.

Al anciano alfaquí le parecieron meras palabras para salir del paso y con gesto de disgusto comentó:

—Esto significa que, a partir de ahora, este pueblo se verá relegado a la humillante condición de *mudayyân* (mudéjar).

Ibn Ammar intervino para decir que el tiempo apremiaba y los cristianos podían, en cualquier momento, irrumpir por la fuerza en la ciudad. Y si esto ocurría, ya no habría ningún acuerdo posible. Se acordó que esa misma tarde, una nueva comisión partiese hacia el campamento cristiano y se presentase ante don Gutierre de Cárdenas, en quién Alí Dordux confiaba para que intercediese ante el rey. Caía la tarde de aquel desdichado día, cuando salió de la ciudad una embajada compuesta por los catorce hombres más ricos de Málaga, encabezados por Alí Dordux, cargados de regalos para el rey, la reina y los nobles cristianos.

La noche se echó encima sumiendo a la ciudad en la incertidumbre y las tinieblas. Tras las murallas, el pueblo aguardaba en silencio, con los sentidos exacerbados esperando alguna noticia. Nadie dormía. ¿Quién pude dormir, cuando una manada de lobos merodea a las puertas de tu casa?

Al alba, desde el alminar de la Mezquita Mayor, la llamada a la primera oración sonó como un prolongado lamento. Y aquélla, fue la última vez que en *Medina*

Malaqa se oyó la voz del *mu'adhdim*. Desde las mezquitas, la gente corrió hacia las murallas. Aunque había muchos rumores, nadie sabía a ciencia cierta el resultado de las negociaciones. Mas se tenía la certeza de que el día que comenzaba, iba a ser decisivo.

Una ligera neblina cubría el campamento enemigo sembrado de fogatas. Las brisas que soplaban del mar formaban remolinos negros sobre las hogueras. Desde los adarves, distinguimos una columna de soldados surgir entre las brumas matinales que flotaban sobre el campo. Hombres a caballo y a pie marchaban tras un jinete de brillante armadura. Se dirigieron a Bab Antoqira, en esta puerta habían bajado el puente y los cristianos cruzaron el foso. Alí Dordux, su hijo Muhammad y algunos mercaderes salieron a su encuentro. Después de los saludos y reverencias, Dordux ordenó abrir las puertas y los cristianos penetraron en la medina. Gutierre de Cárdenas, que iba al mando de la tropa, se dirigió a la plaza de la Mezquita Mayor. Algunos mercaderes se acercaron, no sin cierto temor, a besar la mano del cristiano y a rendirle pleitesía. Los soldados, armados hasta los dientes, se exhibían altivos en la plaza casi desierta. Don Gutierre, a través de Muhammad hijo de Dordux, hizo público un bando ordenando a los habitantes de Málaga, que saliesen de sus casas y acudiesen sin tardanza a la plaza, a entregar cuantas armas poseyesen.

Amenazados con la pena de muerte, si no lo hacían. Todos aquéllos que poseíamos algún arma, nos dirigimos sumisos a entregarla. Una vez que se cumplió la orden, Cárdenas, ante una población amedrentada y famélica, hizo leer en árabe el documento por el que tomaba posesión de la ciudad, en nombre de sus soberanos Isabel y Fernando. Después de ciento un días de resistencia heroica, *Medina Malaqa* se rendía el vigésimo séptimo día del mes de Xaabân del año 892 de la Hégira (18 de Agosto de 1487 del calendario cristiano).

Los cristianos ocuparon todas las torres y baluartes haciendo tremolar sobre ellos sus banderas. Los cruzados, que esperaban la señal al pie de las murallas, entraron en la ciudad posesionándose de las calles y plazas. Con ellos llegaron la rapiña, los atropellos y las humillaciones.

Los caballeros de la Orden de Santiago subieron a la Alcazaba y enarbolaron su pendón en la torre del Homenaje. La tropa vivaqueaba por toda la ciudad entre un enjambre de niños implorando comida.

Sólo la fortaleza de Gibralfaro, se mantenía en poder de Ahmed *al-Zegrí* y sus gomeres.

Durante dos días, el ruido de las pesadas armaduras de los rumis retumbó en las callejas de la medina. Patrullaban, buscando renegados y judaizantes; a los que sacaban de sus casas atraillados como reses de ganado.

Los clérigos, protegidos por soldados fuertemente armados, violaron los sagrados recintos de las mezquitas. Las airadas protestas de los fieles fueron brutalmente aplastadas por una tropa que golpeaba sin piedad a quién osaba oponerse a la profanación. Desde el campamento, los cristianos trajeron cuarenta campanas que colgaron en los alminares, haciéndolas repicar a todas horas, para escarnio y burla de los musulmanes.

Aún así, eran muchos los que abrigaban cierta esperanza, fundada en las palabras de Alí Dordux. Mas al comprobar que sólo las posesiones del rico mercader y las de su familia eran respetadas por la soldadesca, y su hijo Muhammad confraternizaba con los conquistadores, gozando de la confianza y estima de los nuevos dueños de la ciudad, comenzaron a sentirse traicionados por el hombre en quién habían puesto toda su fe.

Al tercer día, Ahmed *al-Zegrí* viendo las banderas cristianas ondear sobre la ciudad y persuadido, tal vez, de que su valor en la defensa de la plaza, le granjearía la consideración y el respeto de un enemigo noble, envió un parlamentario para capitular en términos honrosos. Mas los cristianos se burlaron de él y enviaron al hijo de Dordux, como correo, para exigirle la rendición sin condiciones. *Al-Zegrí* aceptó entregarse, a cambio de que respetaran la vida de sus hombres.

Sin la menor intención de cumplir su palabra, los cristianos aceptaron la entrega del mítico caudillo beréber y entraron como una jauría de lobos en la fortaleza de *yebel Faruh*.

La noticia corrió como un relámpago: «Ahmed *al-Zegrí*, cargado de cadenas, había sido conducido hasta la Alcazaba y los gomeres arrojados a las mazmorras».

Algunos nos resistíamos a creer que el indómito beréber se hubiese entregado sin resistencia, y salimos a la calle en busca de noticias. En el zoco de al-Tayyanim, se comentaba que los defensores de Gibralfaro habían sido declarados cautivos sin

derecho a rescate y, en condición de esclavos, los dividieron en lotes de veinte que se repartieron, como botín de guerra, los nobles cristianos. Temí por la suerte que podía correr mi amigo Alí. Un numeroso grupo de soldados, cruzó el zoco, conduciendo a empellones a una docena de prisioneros. Les sacaron fuera de la medina. Se trataba de los doce cristianos que se habían pasado a nuestras filas, durante el asedio. Al pie de las murallas, les hicieron cavar doce agujeros. Atados y enterrados hasta la cintura, los reos fueron acañavereados. Aquel suplicio consistía en dispararles cañas afiladas, a modo de saetas endurecidas al fuego, a fin de prolongar más la agonía de los condenados.

Incapaz de soportar los gritos de los ajusticiados y la visión de aquella larga y sangrienta tortura, me alejé de aquel lugar horrible. De los baños de Abu Bakr al-Hafiz, vi salir a varios hombres que se dirigían corriendo a la plaza de la Mezquita Mayor. Intuí que algo estaba pasando allí y decidí seguirlos.

La escena que presencié ante la puerta de la mezquita, me llenó de indignación: Un numeroso grupo de soldados cristianos gritaba toda clase de insultos en torno a una carreta, tirada por dos bueyes, en la que había una jaula donde introdujeron al desdichado *al-Zegrí*. Los soldados, en un comportamiento indigno con un valeroso guerrero, le arrojaban escupitajos, boñigas y piedras. Aunque abrumado por los grilletes y las cadenas, el aguerrido caudillo se mantenía digno. Aquella situación humillante no le había quebrantado su carácter altivo. Con el mentón erguido y la mirada desafiante, contemplaba con desprecio a aquella chusma que gritaba desaforada.

Un anciano, con voz apesadumbrada y el rostro entristecido, murmuró a mi lado:

—Esto es una vileza. No se puede tratar con tanta indignidad a un soldado tan valiente.

—A esta gente les falta grandeza y les sobra villanía —borbotó con rabia un hombre con un brazo vendado.

En los rostros de los que presenciábamos aquel triste espectáculo, había gestos de impotencia y en algunos ojos lágrimas contenidas. Comenzaba a anochecer, cuando los bueyes tirando de la carreta donde permanecía enjaulado *al-Zegrí*, salió de la plaza. Los vencedores querían exhibir su trofeo de guerra por toda la ciudad. A la carreta le seguía un grupo de unos cien gomeres, entre los que había algunos negros, y a continuación el contingente de renegados con su capitán Hisham de Santa Cruz. Todos ellos encadenados por el cuello.

Después de recorrer las principales calles de la medina, aquella triste caravana llegó a la Atarazanas donde se dividió en tres grupos: La carreta con Ahmed *al-Zegrí* salió de la ciudad y tomó el camino del campamento cristiano, para ser mostrado al rey y a la reina. Los renegados volvieron a la plaza de la Mezquita Mayor. Y los gomeres fueron conducidos al muelle del puerto y embarcados en una galera. Con gran sorpresa, descubrí que en este grupo se encontraba mi amigo Alí. Debido a su corta estatura, le vi fugazmente cuando subía sobre la pasarela. Con todas mis fuerzas

grité: «¡Alí! ¡Alí!». Se volvió hacia mí, sus ojos me buscaron entre la multitud, movió los labios, mas sus palabras se perdieron entre la algarabía que nos rodeaba. Después, desapareció de mi vista.

—¿A dónde los llevan? —pregunté a un soldado que montaba guardia junto a la nave.

—A Roma —me contestó lacónico.

Un clérigo, que esperaba turno para subir a la embarcación y había oído mi pregunta, añadió:

—Son los esclavos que sus Majestades Isabel y Fernando envían a su Santidad el Papa Inocencio VIII, en agradecimiento a la Bula que promulgó con carácter de Cruzada. El Santo Padre ha contribuido de forma decisiva a esta gran victoria que Dios Nuestro Señor nos ha concedido.

¿Por qué Dios había concedido una gran victoria a los cristianos y a los musulmanes nos castigaba de forma tan cruel? Me preguntaba una y otra vez. Mi mente no fue capaz de encontrar una respuesta y hoy, muchos años después, sigo sin hallarla. Cayó la noche sobre el puerto y el mar se tornó negro. Las incesantes olas chocaban contra el casco de la nave haciéndola balancearse sobre aquel mar tenebroso.

Entre la densa oscuridad, un resplandor siniestro se elevó sobre los tejados. Hasta el puerto llegó un olor extraño. Alguien gritó: «¡Están quemando la mezquita!».

Embargados por la zozobra, corrimos hacia el lugar donde el fulgor de las llamas era más intenso. A medida que nos acercábamos, un viento denso y pegajoso nos iba impregnando el rostro. Oíamos gritos desgarradores y mi nariz se llenó de un olor nauseabundo. Al llegar a la plaza de la Mezquita Mayor, lo que vi me dejó sin respiración. Los renegados, atados a postes y rociados de pez, ardían cual antorchas humanas entre horribles gritos que erizaban el vello. En torno a aquellos pobres desgraciados, los sacerdotes realizaban extraños exorcismos, mientras los soldados, empuñando teas encendidas, atizaban el fuego. El olor a carne quemada era insoportable.

Con los ojos agrandados por el horror, huí de allí. Envuelto en las sombras de la noche, me dirigí a la casa de mi tío. Cerca de la Alcaicería escuché gritos y galopar de caballos. Los rumis recorrían la ciudad en busca de pillaje. A la luz mortecina de las estrellas, contemplé escenas terribles. Las puertas de las casas eran derribadas y sus habitantes sacados a rastras para ser torturados hasta hacerlos confesar donde escondían sus alhajas. Entre gemidos de dolor y gritos de victoria, las doncellas eran mancilladas por una horda de soldados borrachos, que no dudaban en degollar a los ancianos que presentaban su cuerpo como escudo, en un acto desesperado por impedir la deshonra de sus hijas. El dolor y la muerte se adueñaron de la ciudad. Todo esto lo vi entre el resplandor tétrico de los incendios y los lamentos que desgarraban aquella noche tenebrosa.

El viejo Nasím me esperaba inquieto. Al verme llegar sin resuello me hizo pasar

enseguida.

—¿Dónde te has metido? —me increpó, mientras atrancaba la puerta—. Los rumis están asaltando las casas, han empezado por las más señoriales, menos la de Alí Dordux, claro. Ese traidor nos ha vendido. Pronto llegarán aquí. Tenemos que ocultarnos en la cueva del aljibe.

Sin poder hablar por la fatiga, seguí al viejo hasta las caballerizas. Detrás de la puerta del establo, Nasím se inclinó sobre el suelo cubierto de paja, tiró de una anilla oculta bajo un montón de forraje, y abrió una trampilla. La lámpara, que sostenía, iluminó una escalera de piedra cuyos peldaños se perdían en una negra garganta de la que emanaba una humedad densa. Bajamos despacio por los resbaladizos escalones, sintiendo el agradable frescor de la cueva, hasta una estancia irregular ocupada por la burra y su pollino. El viejo levantó la lámpara y el haz de luz penetró en un nicho circundado de un zócalo de roca donde, acurrucada sobre unos sacos de paja, permanecía la vieja Warda. En silencio, nos acomodamos a su lado.

Con voz temblorosa, relaté al anciano cuanto había presenciado en aquella noche terrible.

Nasím me reveló que la tropa había recibido la orden de limpiar la ciudad de renegados, ya que al día siguiente, el rey y la reina entrarían en Málaga y ésta debía estar libre de herejes. Y la soldadesca lo aprovechó para entregarse al pillaje y cometer toda clase de tropelías. Nuestra conversación se quebró al oír fuertes golpes en la puerta y voces de hombres. El viejo sirviente apagó la lámpara. Los golpes se intensificaron hasta que la puerta cedió. Ocultos en el nicho, temblando de miedo, escuchamos las risotadas de los cristianos saqueando la casa.

Al cabo de un buen rato, todo quedó en silencio, sólo se oían las gotas que rezumaban de la bóveda y caían al aljibe.

Aunque todo indicaba que los cristianos habían abandonado la casa, seguíamos temiendo por nuestras vidas y no nos atrevíamos a salir del escondrijo. Durante aquella noche negra e interminable, Nasím me aconsejó huir de Málaga.

—Mañana, el despiadado rey de los cristianos tomará posesión de la ciudad y toda la población será considerada botín de guerra. Esto significa que sus habitantes pasarán a la condición de esclavos —aseveró Nasím.

—¿Y qué podemos hacer? —pregunté resignado.

—Nosotros somos demasiado viejos, mas tú eres joven y debes escapar a un destino tan cruel.

—No abandonaré la ciudad sin vosotros.

—Nosotros seríamos una carga que haría fracasar la huida. Y ahora escucha bien lo que te voy a decir: mañana, cuando todas las miradas estén pendientes de la comitiva real, será el momento oportuno para escabullirte de los vigías.

—Precisamente mañana la ciudad estará atestada de soldados y las puertas vigiladas. ¿Cómo pretendes que salga de la medina?

—Yo no he hablado de salir por la puerta. Hay un lugar maloliente y sucio en el

barrio de los Curtidores, por donde la guardia evita pasar debido al desagradable olor de los pellejos. Allí, una parte de la muralla está derruida. Existe un boquete, lo suficientemente ancho para dejar pasar a un hombre e incluso a una caballería. Una vez fuera debes dirigirte a Oriente, hacia los montes de la Almijara. Detrás de esta sierra, se encuentran los dominios del príncipe *al-Zagal*, donde estarás a salvo. Será un camino largo y fatigoso, así que lo mejor es que lo hagas a lomos de Zaqiyya.

—¡Que Allah premie tu generosidad! Sé cuánto aprecias a ese animal y el sacrificio que significa para ti desprenderte de él.

—Tu tío habría actuado de la misma forma. Prefiero que te la lleves tú a que caiga en manos de los rudos cristianos. Cuando la claridad de un nuevo día se filtró por la trampilla, Nasím salió del refugio con cautela. Una vez que se hubo cerciorado de que no había peligro, abandonamos el aljibe. Las estancias de la casa aparecían devastadas: muebles destrozados, ropas esparcidas por el suelo, los postigos de las puertas arrancados de los goznes. Nada había quedado a salvo de la rapiña y la barbarie de los soldados.

De pronto, las campanas de los alminares comenzaron a repicar. Nasím interpretó que aquella era la señal que anunciaba la llegada del rey y la reina. Sin perder un instante me pidió que le siguiera al establo. Al vernos llegar, Zaqiyya levantó la cabeza y estiró las orejas; Nasím me sugirió que le diera un puñado de forraje y le susurrase palabras tiernas para que se acostumbrase a mi voz, mientras él colocaba el aparejo y las alforjas sobre el dócil animal. Abandonamos la casa por la puerta trasera de las caballerizas. Primero salió el viejo, yo le seguí tirando de ronzal de la burra. Las calles mostraban las cicatrices de los desmanes sufridos la noche anterior: casas derruidas, residuos de fogatas, puertas rotas. Debajo de un cobertizo, yacían los cadáveres de dos hombres que habían sido objeto de rapiña; les habían despojado de sus ropas y les habían cortado los dedos para robarles los anillos. Tratando de evitar encontrarnos con alguna patrulla, nos dirigimos por los estrechos callejones, entoldados de cañizo, del barrio de los Saladeros hasta la puerta de los Curtidores. Antes de doblar el muro de un viejo almacén de lana, Nasím se detuvo; miró a derecha e izquierda y, al comprobar que el callejón estaba desierto, me señaló un oscuro pasadizo al otro lado de la calle.

—Al final de ese pasadizo —me indicó el anciano—, encontrarás un camino empedrado que llega hasta la muralla y siguiendo a ésta hallarás un boquete por donde salir. Camina con paso firme, mas sin correr, y confía en Allah Todopoderoso.

—¡Que Allah te guarde! —exclamé abrazando al abnegado Nasím.

—Vamos, no pierdas más tiempo. ¡Que Allah te proteja! —me apremió el viejo.

Todo transcurrió como Nasím había previsto. Sin contratiempos, me encontré fuera del recinto amurallado. Sin mirar a tras bordeé el río. A mis espaldas oía el tañido de las campanas y los gritos de los cristianos aclamando a sus monarcas. Me guarecí entre la espesura de un huerto de frondosas higueras. Decidí permanecer oculto en el huerto hasta el anochecer.

Desde mi escondite, observaba a los cristianos merodeando cerca del río y la noche se hizo esperar. La marcha del sol en el estío, transcurre desesperadamente lenta. Recé la oración del mediodía, cuando el astro llegó a lo más alto del firmamento. Una pareja de mirlos aliviaron mi soledad hasta que la sombra del tronco de la higuera se alargó al doble de su tamaño, marcándome la hora de la oración de Assr. Al fin, el sol se ocultó y cuando el horizonte se tornó rojo, me dispuse a orar por cuarta vez.

Cuando las tinieblas comenzaron a cernirse sobre el valle del guadi al-Medina, con todos los sentidos alerta, inicié la huida hacia Oriente. La noche era cerrada y vagué sin rumbo por un campo plagado de sombras. La ausencia de luna me desorientaba y en el horizonte incierto escuchaba aullidos que me helaban la sangre. El vuelo fantasmagórico de las aves nocturnas me sobresaltaba y las zarzas espinosas se enredaban en mis piernas hasta hacerme sangrar. Perdido en la oscuridad, decidí esperar al amanecer para continuar la marcha.

Me detuve bajo la negra silueta de un acebuche, a cuyo tronco até la burra. Extendí la manta que Nasim había puesto en las alforjas, y me tendí sobre ella a los pies del árbol. Intenté dormir, mas al cerrar los ojos, volvieron a mi memoria los horrores de la noche trágica. Los gritos desesperados de los renegados retorciéndose en la hoguera. Los cuerpos decapitados de los hombres y los lamentos de las mujeres ultrajadas. En aquella inmensa soledad, volví a revivir el espanto de las gentes de Málaga y las atrocidades de los rumis.

Con cierto alivio, atisbé entre los olivos la claridad del alba. La tierra estaba empapada de rocío y sentí los miembros entumecidos. Al incorporarme me encontré con la mansa mirada de Zaqiyya; aunque se tratara de un pobre animal, su compañía me reconfortó. Antes de ponerme en camino, realicé mi plegaria en medio de un silencio sobrecogedor. Le supliqué al Todopoderoso protección y ayuda para no caer en manos de los sanguinarios rumis. Con el corazón encogido, atravesé los campos donde perduraban las huellas que habían dejado a su paso las hordas cristianas: olivares arrasados, higueras centenarias desgajadas, cadáveres de animales pudriéndose y devorados por los buitres, hierros retorcidos, armas abandonadas y toda clase de despojos de un ejército depravado. En mi huida, me alejé de los caminos y utilicé senderos solitarios y abruptos. La noble Zaqiyya soporta dócil el áspero camino y cuando el inclemente sol nos castiga con su fuego infernal, el intuitivo animal buscaba la sombra del valle donde la brisa que llega del mar mecía la jugosa hierba.

Elegí el fondo de un barranco para pasar la segunda noche. Después de trabar a Zaqiyya, me tendí agotado. En la oscuridad ululaban las lechuzas.

Al amanecer, el sol iluminó un paisaje de escarpadas montañas que rascaban el tenue velo que cubría el cielo. Por fin, había dormido profundamente y al encaramarme al lomo de Zaqiyya sentí la fuerza de Allah, el Clemente y Misericordioso.

Arrimado a la falda de los montes, inicié de nuevo el camino por veredas que zigzagueaban entre apretadas sierras que exhalaban aromas de romero y miel. Tras vadear un riachuelo en el fondo de un profundo desfiladero, apareció ante mí una extensa vega poblada de árboles frutales y viñedos. Di gracias a Allah que me guiaba por esta tierra generosa. Vencía el verano haciendo madurar a los granados, las higueras y las vides; con lo que pude llenar mis alforjas.

Luego de varios días soportando un calor sofocante, una tarde, desde la lejanía, me llegó el eco poderoso del trueno y enseguida estalló la tempestad. Dejé que el aguacero me calase hasta los huesos. Las ráfagas de lluvia movían con violencia las ramas de los árboles y las aves se escondían ofuscadas por el resplandor de los relámpagos.

Al cesar la tormenta, los rayos del sol atravesaron las nubes, ensangrentando un cielo vestido de púrpura. El viento amainó y el campo recuperó la calma. El agua y la ardiente greda amalgamadas cubrieron el bosque de un tenue vapor, y el aire se saturó de aromas.

La noche cayó lentamente, todo era sosiego y paz. Los grillos alegraron mi sueño y las estrellas velaron mi descanso. Mas desde hacía algún tiempo, la soledad pesaba en mi ánimo.

Al día siguiente, descubrí alborozado la altiva silueta de un alminar, que se alzaba en el horizonte. Sentí un deseo incontenible de orar en una mezquita. Echaba en falta el contacto humano, rezar en compañía de otros fieles, conversar con alguien que me informase de la marcha de la guerra y del lugar en que me encontraba. Con cautela me dirigí al conjunto de casas que se extendían en torno a la torre, mas al aproximarme a la aldea, observé la cruz en lo alto del alminar. Aquello me indicó que estaba en tierra infiel. A toda prisa, me alejé de allí y me interné en un bosque. Durante varios días transité por terrenos boscosos sin encontrar algo para comer. La reserva de alimentos que guardaba en las alforjas se había agotado y para saciar el hambre, comía raíces, manzanas silvestres, bayas, pájaros muertos y hasta cortezas de árbol.

Guiado por el rumor de un arroyo, llegué hasta una charca donde croaban cientos de ranas. Me disponía a darme un festín de batracios, cuando el fragor de unos cascos acallaron los ruidos del bosque. Recogí a Zaqiyya y nos ocultamos detrás de un enorme peñasco. Una horda de jinetes pasó galopando a pocos pasos de mi escondrijo. Para averiguar si eran musulmanes o cristianos, asomé la cabeza y alcancé a ver el pendón morado de Castilla, alejándose en la espesura. Una vez que el ruido y el peligro se alejaron y el bosque recobró la calma, regresé a la charca, donde Zaqiyya sació su sed y yo saboreé un exquisito asado de rana.

El hombre, de unos cincuenta años, estaba allí de pie observándome en silencio; esbelto y huesudo, recortándose sobre el gris pardo de las nubes. Al abrir los ojos, me encontré con su mirada. Su presencia silenciosa me sobresaltó. Yo permanecí tumbado sobre el suelo, esperando su reacción. Había pasado la noche torturado por insistentes retortijones de tripas producidos por los frutos silvestres, de los que hacía muchos días, me alimentaba. Me quedé dormido poco antes del amanecer y el sol, oculto tras densas nubes, no me despertó. El hombre portaba un cesto que dejó sobre el suelo y se inclinó sobre mi rostro. Me sentí escrutado por unos penetrantes ojos grises. Tenía la barba rizada entreverada de canas y la cabeza cubierta con un sombrero de paja.

—¿Estás enfermo? —me preguntó intrigado.

Al ponerme en pie, una brisa limpia me acarició el rostro.

—No, estoy de paso —contesté algo confuso.

—De paso, ¿a dónde?

—Me dirijo a *al-Mariyya*, a la corte del emir.

—¿El emir? ¿Qué emir? Ya no hay emir —en los ojos del hombre había una expresión de desprecio—. Lo que hay en la alHamrâ es un pobre diablo, un bufón que sólo sirve para divertir y complacer los deseos del rey cristiano. Y en *al-Mariyya* gobierna un reyezuelo cuyos dominios se extienden poco más allá del *guadi al-Mansur* (río Almanzora). Ambos sólo son dos pequeños jefes de una misma tribu, que combaten entre sí por un territorio que ya no les pertenece. Dominados por la corrupción y el egoísmo han traicionado a su pueblo permitiendo que el país caiga, como una fruta madura, en manos del rey cristiano.

—El príncipe *al-Zagal* no ha traicionado a su pueblo y se mantiene firme en la lucha contra el infiel —repliqué un tanto molesto.

—Es cierto que *al-Zagal* se ha hecho fuerte en *al-Mariyya*. Mas ¿por cuánto tiempo? Sólo cuenta con el apoyo de los alcaides de *Bastha* y *Guadi al-Axat*.

—Estoy seguro de que *al-Zagal* defenderá su territorio con uñas y dientes.

—Desengáñate, no podrá. Una vez que el formidable ejército del rey cristiano, que asedia *Medina Malaqa*, consiga su objetivo, se dirigirá a *al-Mariyya* y *al-Zagal* no resistirá el embate.

- *Medina Malaqa* ya ha caído —dije apenado.

—¿Estás seguro? —preguntó el hombre incrédulo.

—Yo vengo de allí y ha sido terrible. ¡Que Allah nos ampare!

—Entonces, todo va más rápido de lo que creía —dijo pensativo el hombre del sombrero—. Me temo que, por nuestros errores y pecados Allah ¡loado sea! nos ha vuelto la espalda y las leyes y tradiciones de nuestros antepasados van a ser barridas de esta tierra.

—Y ¿qué porvenir nos espera? —comenté angustiado. Aquel desconocido miró hacia el horizonte y, con la mirada perdida en la cadena de montañas cinceladas sobre el cielo, murmuró en tono fatalista:

—Los tiempos dichosos han pasado para siempre y, a partir de ahora, viviremos bajo el yugo de los cristianos.

Ambos quedamos sumidos en un profundo silencio. Al ver que me disponía a destrabar a Zaqiyya, con la intención de reanudar el viaje, el hombre me detuvo.

—Creo que no debes marcharte. Los caminos no son seguros y si caes en manos de los cristianos te harán esclavo o te matarán.

—Estoy hambriento y cansado de vagar huyendo de los rumis. Mas dime, ¿dónde me encuentro? ¿Es ésa la sierra de la Almijara? —dije mirando los montes que se alzaban severos y silenciosos ante nosotros.

—Esa cadena de cerros son las Alpujarras. Por estos valles todavía no se aventuran las patrullas cristianas, porque temen las emboscadas de los feroces guerreros que habitan estas montañas. En esta tierra abrupta, de momento, estamos seguros. Yo vivo allí —dijo señalando un monte cuyas laderas estaban escalonadas de bancales, donde crecían toda suerte de cultivos—. Me llamo Abul-Abbas y si lo deseas puedes permanecer en mi casa cuanto tiempo estimes conveniente.

Quedé un tanto pensativo preguntándome ¿dónde ir, si ya apenas quedaba territorio que no estuviera en manos de los cristianos? En verdad no disponía de muchas alternativas. Necesitaba tiempo para pensar con calma sobre mi futuro. Así pues, acepté de buen grado la hospitalidad que me brindaba Abu-l-Abbas. Nos pusimos en camino por una vereda terrosa que discurría entre brumosas lomas, donde castaños y alcornoques eran sacudidos por ráfagas de viento húmedo. En aquel paraje singular, el sol y las nubes convivían en armonía bajo un cielo portentoso. En la falda de un monte erizado de chumberas, nos topamos con una casa solitaria a cuya entrada se erguía una frondosa morera. Abu-l-Abbas me contó que vivía solo en aquel lugar recóndito, desde hacía más de diez años. Hasta allí llegó huyendo de la peste y de la guerra, después de que la primera le arrebatase a su esposa y la segunda a todos sus hijos varones.

La casa, construida de arcilla y reforzada con vigas de álamo, poseía un aljarafe sobre una techumbre de alfarjías, donde se secaban al sol varias ristras de higos.

Las tareas del campo mantenían a Abu-l-Abbas ágil y vigoroso, y su sonrisa cálida y afable invitaba a la confianza. Desde el primer momento se entabló entre nosotros una corriente de simpatía. Aquel hombre tenía el carácter sosegado de quien vive rodeado de la serena belleza de un paisaje de horizontes infinitos y la sabiduría de quien sabe disfrutar del silencio y la hermosura de una naturaleza agreste. Era un experto herbolario y un amante entusiasta de la agricultura.

Cada día, salíamos al alba y nos encaminábamos hacia el huerto que él cultivaba con esmero. En aquella hora temprana, el aire olía a tomillo y albahaca. Y el sol disipaba el rocío de las flores, llenando de vida y color la húmeda tierra.

Provistos de cestos de mimbre, deambulábamos por los senderos recogiendo hierbas curativas, plantas aromáticas o raíces de gran poder nutritivo. En la parte alta de una colina de tierra caliza, buscábamos el anís verde en estado silvestre para curar la bronquitis y el asma. En la reseca ladera de un cerro orientada al mediodía recogíamos tomillo, y en el valle encontrábamos el preciado râziyâny (hinojo) para combatir el estreñimiento y los dolores de vientre, facilitando la expulsión de aires fétidos. Junto al sendero que conducía al huerto, crecían unas florecillas lilas en forma de espiga, Abu-l-Abbas tomó una y con una sonrisa maliciosa me explicó que aquella flor, en apariencia insignificante, poseía el extraordinario poder de reconciliar a los amantes y reavivar los ardores amorosos. Aunque para esto último, él prefería un remedio más eficaz: la compañía de una bonita *yariya*.

Con paciencia infinita, Abu-l-Abbas me instruía en la clasificación de las hierbas medicinales y las hortalizas, desechando las nocivas y podando las hojas enfermas o dañadas por los insectos, mas respetando los órganos reproductores para que la especie perdurase. Me alertó sobre una planta, de flores blancas y hojas oscuras extremadamente dañina por su veneno, se trataba de la mortífera cicuta, casi idéntica al perejil silvestre, del que se distingue por el desagradable olor de sus hojas.

En invierno injertábamos los manzanos. Cuando los días comenzaban a alargarse, llevábamos a cabo el laborioso injerto de las higueras, implorando a Allah para que no soplaran los fríos vientos del norte. Entrada la primavera, sembrábamos la albahaca y el jazmín; cosechábamos la camomila y nacía la adormidera. Con el buen tiempo crecían los espárragos y las habas. Y en otoño maduraban los granados, los nogales y los bancales se teñían de púrpura con la flor del azafrán; el campo olía a romero silvestre mezclándose con el aroma de los membrillos y la fragancia del mirto.

Este hombre humilde y sabio me sorprendía cada día con sus enseñanzas. Cuando le pregunté dónde había adquirido sus conocimientos, me respondió: «Todo cuanto sé me lo ha enseñado la propia naturaleza. Ella es el mejor herbolario. Las especies más aromáticas y las plantas de mayores propiedades curativas son sin duda las silvestres, aquellas que crecen allí donde la naturaleza lo cree más conveniente ya sea en la umbría de los valles, sobre las soleadas laderas, en terrenos pantanosos o suelos calizos». Un día me levanté con un intenso dolor de muelas, durante la noche, el insufrible malestar no me dejó descansar. Abu-l-Abbas me examinó los dientes. Enseguida preparó un remedio machacando raíces de celidonia y vinagre que mezcló con un líquido que sacó de un tarro que desprendía un aroma fresco y agradable. Impregnó un trozo de tela con el ungüento y lo aplicó al diente dolorido. Inmediatamente sentí una profunda sensación de frescor y poco a poco se calmó el dolor.

Después de expresarle mi agradecimiento, le pregunté qué planta era aquélla de olor y sabor tan agradable.

Abu-l-Abbas se dirigió a una alacena donde conservaba hacecillos de espliego y

otras plantas, cortezas de saúco y semillas de cominos; extrajo una rama con hojas ovaladas de un intenso color verde oscuro. Me lo acercó a la nariz y al aspirar el aromático olor, comprobé que era el mismo que había sentido en la boca. Él lo llamaba menta silvestre.

En la montaña, la naturaleza es caprichosa y cruel. Hay tormentas de nieve que azotan los huertos sin piedad y vientos helados que cortan como cuchillos. A veces, el sol abrasa la tierra y el deshielo y las lluvias torrenciales arrasan las cosechas y anegan los valles. Solo un pueblo sabio y laborioso es capaz de fertilizar esta tierra difícil. Aquí la luz es blanca y cegadora. Al extender mi vista fatigada sobre los austeros promontorios, echo de menos los feraces marjales de la Vega, donde la luz del sol, tamizada por los frondosos bosques, arranca destellos de colores en el agua cristalina de las acequias.

Con la llegada del invierno caen las primeras nieves y un viento gélido cubre las cumbres de la sierra de negras brumas. Al oscurecer, los lobos hambrientos merodean alrededor de nuestra casa, atraídos por el olor a comida que sale de la chimenea. Sus gruñidos y el terrorífico sonido de sus garras arañando la puerta, nos eriza la piel. Habían transcurrido casi cinco años desde que abandoné mi hogar. Soñaba con mi casa y mi familia. La ausencia de Granada me dolía, añoraba sus cálidos atardeceres pintados de rojo, la algarabía y los aromas del zoco, el hechizo de sus noches perfumadas de jazmín. Se dice que el hombre ante la adversidad, lo último que pierde es la esperanza, y yo confiaba en que las circunstancias adversas que vedaban mi regreso, algún día Allah Misericordioso las tornaría favorables.

En el mercado de Qudbaa, una alquería perdida en la sierra, donde cada semana acudíamos a vender hierbas curativas, se comentaba la marcha de la guerra. Las noticias que llegaban no eran fiables, ya que los mercaderes las relataban a su manera y a veces de forma contradictoria. Un día corrió el rumor de que el príncipe Yahya al-Nayyar, partidario de *al-Zagal*, se había rendido en Baza y el ejército cristiano acampaba a las puertas de Almería. Si esto se confirmaba, podía ser el final. Algunos no dieron crédito a la noticia, otros hicieron acopio de víveres y abandonaron sus pueblos para refugiarse en las cuevas de las montañas. De regreso del mercado, le pregunté a Abu-l-Abbas qué pensaba hacer si Almería caía en manos de los cristianos.

Con gesto sereno me dijo: «Si es voluntad de Allah que los cristianos se apoderen de este territorio, de nada servirá esconderse. Acatemos la voluntad de Allah».

Desde aquel día, los acontecimientos se precipitaron. Una fría mañana, descubrimos a un jinete, junto a un arroyo, donde abrevaba su montura. El caballero se cubría la cabeza y parte del rostro con un turbante negro y se protegía del frío invernal envuelto en una capa azul de lana, rematada en un cuello de pelo de cabra. Calzaba botas de cuero y espuelas plateadas. Su porte noble y su elegante vestimenta disiparon nuestro recelo y fuimos a su encuentro.

El noble caballero dijo llamarse Abd Allah ibn Suleimán y ser secretario del emir

de Almería y que, por encargo de éste, se dirigía a Guadix para dar a conocer al *walid* de dicha ciudad, el tratado de paz firmado con el rey cristiano; por el cuál cesaban en este territorio las hostilidades entre musulmanes y cristianos. En dicho tratado, el rey cristiano reconocía a *al-Zagal* como señor de la taha de Andarax con todas sus aldeas y alquerías, el valle de Lecrín, una parte de las salinas de la Malaha, así como del valle del Guadix. Comenzó a nevar. El secretario del emir montó sobre su corcel y antes de picar espuelas, dijo a modo de despedida: «A cambio, los cristianos han exigido la entrega de *al-Mariyya*».

Mientras observábamos alejarse al emisario bajo una intensa nevada, Abu-l-Abbas con tono de sorna me comentó:

—Al parecer, el príncipe «Valiente» ha envainado la espada y ha doblado la rodilla ante el rey cristiano.

Con los ojos cegados por los copos de nieve que nos resbalaban por el rostro, cubriendo de blanco nuestras barbas, sólo acerté a susurrar:

—Ante lo irremediable, sólo cabe resignarse. En una lucha tan desigual, *al-Zagal* ha optado por evitar un baño de sangre. La soberanía de *al-Zagal* sobre el pequeño territorio de Andarax fue efímera. Abatido por el oprobio de haber firmado unas capitulaciones humillantes, que le condenaban a vivir en aquellas montañas, y con el orgullo de guerrero herido por haber sido incapaz de defender Alamería, el triste emir Abu Abd Allah Muhammad, llamado «*al-Zagal*», bajo el peso insoportable de la vergüenza, abandonó aquellos solitarios montes y embarcó rumbo a África. Las Alpujarras quedaron como territorio de nadie. En el trono de la Alhambra se sentaba el sobrino de *al-Zagal*, el desdichado Abu Abd Allah (Boabdil). Mas nadie sabía por cuanto tiempo, pues era sabido que gracias al rey cristiano se mantenía en el trono. Transcurrieron semanas y meses de incertidumbre con noticias alarmantes. Se decía que Granada estaba sitiada y su caída era inminente. Cierto día en el zoco de Qudbaa, un alfaquí, recién llegado de la capital, confirmó nuestros temores. El rey Fernando, al frente de su ejército, esperaba impaciente a las puertas de Granada a que el emir firmara la capitulación. Mientras su visir Ibn Qumasa y el zalmedina Abd-l-Maliq sólo se preocupaban de enriquecerse antes de liquidar el estado. El enojo del pueblo crecía por momentos y el emir, temiendo un estallido de furia de la población, apremió al visir para que concluyera las negociaciones de la entrega de la ciudad.

Una mañana, cuando trabajábamos en el huerto, oímos voces y cabalgar de jinetes. Y en días sucesivos, observamos cómo cientos de cortesanos, sirvientes y lacayos levantaban tiendas donde celebraban fiestas campestres. Los montes se vieron invadidos de bestias de carga, aves de cetrería y jinetes participando en partidas de caza que Ibn Qumasa organizaba para distraer al emir destronado. Así nos enteramos de la caída de Granada. Antes del amanecer del segundo día del mes de Rabi al-Awwal del año 897 de la Hégira (2 de enero de 1492), mientras el pueblo dormía, el emir de Granada, Abu Abd-Allah Muhammad ibn Alí «al-Zuguybi» (el Desdichado), amparado en las sombras de una fría noche invernal, acompañado de su

familia, el visir y un séquito de nobles, se dirigió al campamento enemigo y entregó las llaves de la ciudad al rey de los cristianos.

Aquella cobardía le fue recompensada con treinta mil castellanos de oro y el señorío de las Alpujarras. Como sede de su diminuto reino, el emir eligió la villa de Laujar. A esto quedó reducido el, en otro tiempo, inmenso territorio de al-Andalus. ¡Que Allah se apiade de él!

A partir de aquel día, el camino de Granada era un incesante ir y venir de jinetes. Cada mañana, Ibn Qumasa, rodeado de traductores y escribanos, partía hacia la capital para tratar con los nuevos dueños de la ciudad, los pormenores de la capitulación. Desde Granada, la reina Isabel enviaba emisarios a las Alpujarras con la misión de vigilar al emir y su familia, teniéndola informada de todos sus movimientos y actividades. Lo que irritaba profundamente al sultán y sobre todo a su madre, la brava Fâtîma la Horra. De esta manera la reina de Castilla presionaba a Abu Abd Allah para que siguiera los pasos de su tío *al-Zagal* y embarcase a África. Mas como pasaba el tiempo y la reina no lograba su propósito, decidió sobornar al corrupto visir, Ibn Qumasa, para qué, sin el conocimiento de su señor, firmara un contrato cuyas cláusulas incluían la venta del patrimonio del emir y de la *Sayyida*.

Espléndidamente recompensado, Ibn Qumasa firmó el documento y vendió: fincas de recreo, almazaras, palacios y tierras de cultivo por 21000 castellanos de oro. Además, el taimado visir se aprovechó en beneficio propio del rico mobiliario y objetos valiosos que se hallaban en las residencias reales.

Se dice que al recibir el emir el documento de venta de todas sus posesiones, montó en cólera y ordenó que le trajeran la cabeza del visir. Mas el felón huyó a la corte de Castilla, donde vivía a cuerpo de rey.

Despojado de todos sus bienes, traicionado por su hombre de confianza y consciente del rechazo que su presencia en aquellas tierras suscitaba en los reyes Isabel y Fernando, el emir de Granada, Abu Abd Allah Muhammad «el Desdichado», pidió asilo al sultán de Fez y partió rumbo a África.

Se cumplieron los negros presagios. El último emir de la dinastía Nasrí ponía fin a su desgraciado reinado y dejaba a su pueblo abandonado a su suerte, luchando por una supervivencia imposible. Una densa niebla bajaba de la montaña cubriendo todo el valle. Era un día desapacible, ni siquiera la sopa caliente de cebollas y puerros que habíamos ingerido, logró calmar el frío intenso que nos atenazaba, pues no era el estómago sino el corazón el que temblaba, ante el futuro tan incierto al que nos enfrentábamos. Después de compartir con Abu-l-Abbas el desayuno, ambos salimos al exterior. Atada a la morera, Zaqiyya aguardaba cargada con las alforjas repletas de alimentos para el camino. Fundidos en un abrazo, intenté, una vez más, convencer a Abu-l-Abbas para que viniera a mi casa. Teníamos noticias de que en Granada, los cristianos trataban con respeto y se comportaban de forma amistosa con los granadinos. En la puerta de la mezquita de Qudbaa, habían clavado una copia con las condiciones de la rendición, en las cuales los reyes Fernando e Isabel juraban por

Dios acoger bajo su real protección, como vasallos, a todos los musulmanes; defendiéndoles de cualquier abuso, pudiendo éstos conservar sus tierras y propiedades sin ser molestados por causa de sus hábitos y costumbres, ni privados de su religión y sus mezquitas. Los litigios entre musulmanes se juzgarían conforme a la *zunna* por un cadí. Y las disputas con cristianos se verían ante un tribunal mixto, formado por un juez cristiano y un cadí musulmán.

Mas Abu-l-Abbas no se fiaba de las promesas de los rumis. Me dijo que en aquellas montañas había encontrado la paz y el sosiego que le habían robado, y allí seguiría hasta que Allah lo quisiera.

Al preguntarle si no temía a la soledad, él me replicó: «No, el Todopoderoso está conmigo, su fuerza me acompaña día y noche. No abandonaré este lugar en el que he encontrado el sentido de mi existencia. Necesito respirar el aire diáfano de estas cumbres, escuchar los silencios sonoros de la montaña, ver florecer a los cerezos del valle, recoger los frutos del huerto».

Fue una despedida muy emotiva. Aquel hombre me había cobijado en su casa, y se comportó conmigo como el hermano mayor que nunca tuve.

Acordamos que ambos acudiríamos en ayuda del otro si lo necesitábamos.

Montado sobre Zaqiyya, inicié el camino del ansiado regreso a casa. El día era gris, idéntico al de mi llegada hacía seis años. Antes de doblar un recodo del sendero, volví la vista atrás y contemplé por última vez la figura esbelta y huesuda de Abu-l-Abbas recortada sobre el gris pardo de las nubes.

Con las imponentes cumbres del *yebel Solayr*, alzándose a mis espaldas, llegué a lo alto de un promontorio casi pelado. Aunque la nieve cubría las cimas de la sierra, el aire no era demasiado frío y junto a mí sentí un silencio denso que se abatía sobre un campo duro y áspero. Consideré que debía dar un descanso a Zaqiyya y me tomé un tiempo contemplando, a lo lejos, el espléndido tapiz esmeralda que se extendía a ambos lados del río serpenteando entre brumas.

Subido sobre una gran piedra porosa, observé una mancha ocre que se escondía en la lejanía tras unas nubes transparentes. Un sol tímido iluminó el horizonte y entonces, la descubrí, envuelta en un velo de muselina: ¡Mi añorada Granada! Las torres rojas de la Alhambra, como lenguas de fuego, lamían el cielo y un camino solitario llevaba hasta la visión de ensueño.

A medida que me acercaba a la ciudad, se iban haciendo perceptibles las huellas de los conquistadores. En lo alto de los alminares de los caseríos, que jalonaban el camino, se izaban los siniestros símbolos de los rumis. Y en la colina de la Sabiqa, las banderas de Castilla flameaban sobre los baluartes de la «Medina Roja». El flujo de gente que salía era mayor que el que entraba. Filas de asnos cargados de enseres abandonaban Granada. De algunas alforjas, asomaban pequeños rostros de niños asustados. Con hatillos a la espalda o conduciendo pequeños rebaños de ovejas y cabras, me cruzaba con hombres cabizbajos, mujeres con lágrimas en los ojos y ancianos de gesto amargo. Algunos de ellos aferraban en su mano la llave de su casa, tal vez incapaces de soportar la idea de que aquél era un viaje sin retorno.

Siguiendo la margen del río, tomé un sendero para entrar por Bad al-Qadí, mas los cristianos habían cerrado ésta y otras muchas puertas del recinto amurallado; también Bab al-Nayd junto a la huerta Zafania, en la loma donde se alza el arrabal más bello de Granada. En este paraje apacible, acunado por el murmullo del Genîl, residían las familias de algunos nobles. Hábiles alarifes habían labrado magníficos palacios que rivalizaban en lujo y belleza. Aquellas mansiones se asentaban sobre un campo de rosaledas, veladas por las sombras de gigantescas acacias, higueras y castaños. Del Rabad al-Nayd dijeron los poetas que exhalaba aromas de canela y clavo.

Mi corazón se estremeció al contemplar el desolador estado en que se encontraba el aristocrático arrabal. Todos los palacios habían sido asaltados y despojados de sus riquezas. Muchos de ellos, no eran más que esqueletos sostenidos por maderas ennegrecidas. Los jardines aparecían cubiertos de escombros y troncos de árboles derribados. A través de las puertas destrozadas, se podían ver las delicadas yeserías y atauriques ocultos por la ceniza.

La puerta al-Ramla estaba vigilada por cuatro lanceros que observaban con indiferencia a los transeúntes. Cuando llegué cerca de ellos, me miraron un instante y

tomándome por un campesino se despreocuparon de mí. Mas al pasar bajo el arco de herradura tirando de las bridas de Zaqiyya, uno de los guardias gritó: «¡Eh, tú! a ver que llevas en las alforjas». Al comprobar que sólo portaba unas cebollas, varias naranjas y algunos higos, me dejaron pasar.

Cuando aquel día traspasé la puerta de la medina, ya no era el soldado resuelto y vigoroso que partió de Granada hacía ocho años. Ahora, un hombre envejecido, inseguro y temeroso se reencontraba con su ciudad, apenas reconocible.

Apenado observé el estado de suciedad y dejación que mostraba la medina. Las calles estaban cubiertas de inmundicias, en algunos callejones yacían animales muertos, produciendo un fuerte hedor. La tristeza en los rostros de los granadinos, contrastaba con la alegría de los castellanos que, exultantes, se pavoneaban ante los vencidos. Grupos de siete u ocho soldados callejeaban ociosos y arrogantes exhibiendo sus armas, orgullosos de pisar tierra conquistada. Sin ningún pudor, orinaban sobre los muros de los palacios y los borrachos vomitaban ante las puertas de las casas. La visión de los altivos andalusíes vagando con la mirada humillada, me producía una desagradable sensación de vergüenza y rabia. El joven que abrió la puerta, me miró con asombro. Detrás de él, había una mujer algo gruesa de edad madura, su mirada se cruzó con la mía por encima del hombro del muchacho. Su rostro estaba cuarteado por algunas arrugas y en su cabello se entretejían hebras grises; mas sus ojos eran los de siempre, grandes y brillantes, con esa luz intensa que sólo poseen las mujeres de esta tierra. Sobre la mesa quedaban restos de comida, y junto al fuego humeaba una olla que desprendía aromas de tomillo y cilantro.

—La paz sea contigo, Said. Sé bienvenido a tu casa —me saludó Zubayda, esbozando una sonrisa.

—Con vosotros sea la paz —contesté embargado por la emoción. El joven se inclinó respetuosamente y me besó la mano.

—Tú debes ser Zahir —dije dirigiéndome al muchacho.

—Soy Ahmed —me corrigió el joven.

—¡El pequeño Ahmed, ya es un hombre! ¡Por Dios como pasa el tiempo! —exclamé.

—Ocho años —precisó Zubayda.

Al ver a Zaqiyya, Ahmed se prendó del animal y me pidió que se la dejase a su cuidado. Él se encargaría de encontrarla acomodo, y tomándola de las riendas se dispuso a buscar un buen establo.

—Por Dios Todopoderoso, siéntate a la mesa. Debes estar hambriento. Estás muy delgado. He cocinado un estofado de liebre —me exhortó Zubayda.

Mientras mi mujer me preparaba el aguamanil, le pregunté:

—¿Tienes noticias de mi hermano Ahmed?

—Sí, nos envió un criado anunciándonos su decisión de partir a África, y ofreciéndonos un lugar junto a su familia si decidíamos acompañarle. Mas como puedes ver, aunque no sabíamos si algún día volverías, decidimos quedarnos y

esperar tu regreso.

—Agradezco enormemente vuestra decisión. No puedo expresar con palabras lo que siente mi corazón al estar de nuevo en casa. No hay nada más agradable que volver al hogar. Pues en todo este tiempo, me ha atormentado la herida abierta de la nostalgia y he vivido obsesionado por el sueño del deseado retorno. Con la voracidad de un lobo, di buena cuenta del estofado, rebañando la escudilla hasta dejarla limpia; bajo la mirada satisfecha de Zubayda.

—La liebre estaba exquisita —comenté mientras me lavaba las manos.

—La cazó Ahmed en el barranco de la al-Qabía.

—Ahmed está muy cambiado. Espero que disculpe mi torpeza por no haberle reconocido.

—Es natural, le viste por última vez cuando tenía ocho años y ahora es un joven de dieciséis. Es muy inteligente; ha aprendido a leer y a escribir. Lee con pasión tus libros, y quiere aprender la lengua de los rumis.

—¿Cómo es eso? —pregunté intrigado por la últimas palabras de Zubayda.

—Será mejor que te lo cuente él —respondió mi esposa retirando la escudilla de la mesa.

—¿Y Zahir? Háblame de Zahir.

—Zahir —dijo Zubayda sentándose junto al fuego— se casó con la hija de Jalid al-Harrazid. Trabaja como alarife y es muy apreciado en su oficio. Los cristianos ricos prefieren albañiles musulmanes para rehabilitar sus casas, y esto provoca envidia y odio en los cristianos de baja condición. A Zahir no le falta trabajo y además es un buen hijo. Cada semana me entrega parte de su salario. La llegada de Ahmed interrumpió a Zubayda.

—He dejado la burra en el establo de nuestro vecino Ibn Ziyad, a cambio de que todos los días le traiga una carga de hierba —dijo Ahmed sentándose al lado de su madre.

—¿De dónde has sacado esa burra? —me preguntó Zubayda.

—Es una larga historia. Zaqiyya es un animal inteligente y noble. Os relataré todo con calma. Mas ahora quiero que me contéis vosotros lo que ocurrió aquí.

Zubayda emitió un hondo suspiro y dirigiéndose a Ahmed le dijo:

—Cuéntaselo tú hijo mío, pues como bien sabes desde que en Granada entraron los rumis, yo he permanecido recluida en casa. Con rostro sombrío, Ahmed me clavó su mirada limpia y con voz serena comenzó a desgranar el relato de la toma de Granada por los cristianos:

—Recuerdo que anochecía cuando me dirigí a Bab Ilbira. Desde el amanecer, el flujo de gente que entraba en la medina fue constante. Durante el resto de mi vida no podré olvidar el rostro de aquellos niños, ni los ojos de sus madres, en los que se reflejaba el gesto amargo del llanto. Todos temblaban de frío y sus miradas destilaban una honda pena. En los días más crudos de aquel invierno, familias enteras, sin apenas tiempo de aprovisionarse con la ropa adecuada para protegerse del frío,

tuvieron que abandonar sus hogares, a toda prisa, para no caer en manos de las salvajes hordas cristianas que asolaban los campos, forzaban a las mujeres y mataban a los campesinos. Gentes de toda condición, pastores, artesanos, labradores que, habiendo perdido cuanto poseían, buscaban cobijo tras las murallas de Granada para salvar lo único que les quedaba: la vida. Venían de la sierra de Alfacar, del valle de Lecrín y de los caseríos de la Vega. Estos últimos afirmaban haber visto, a menos de dos leguas de Granada, a miles de soldados cristianos y animales de carga arrastrando un gran número de máquinas de guerra hacia la capital.

Al día siguiente, los vigías anunciaron que el rey cristiano con un inmenso ejército había acampado en el Gosco, cortando todos los caminos a la ciudad.

Desde entonces, fuimos conscientes de que había llegado el momento supremo. Lo que más pavor infundía a las gentes, eran las máquinas de guerra. Angustiados nos preguntábamos cuando comenzaría el ataque. Estaban tan cerca, que desde el barrio del Albaycín oíamos los golpes de hacha de los rumis depredando la Vega.

—Se decía que había más de sesenta mil hombres —intervino Zubayda.

—Sí, estaban a las puertas de Granada —confirmó Ahmed—. Hasta entonces, las incursiones de los cristianos habían llegado hasta la parte más alejada de la Vega, destruyendo viñedos, olivares y frutales, dejando yermas unas tierras que habían sido cultivadas con tanto esmero. Mas esta vez, penetraron hasta los arrabales de Granada, quemando y saqueando pabellones de caza, almunias y fincas de recreo.

—He visto con mis propios ojos, lo que esos bárbaros han hecho en el Rabad al-Nayd —dije entristecido.

Zubayda trajo una alcarraza con agua de limón. Y Ahamed bebió un trago antes de continuar.

—Los días pasaban y el cerco nos asfixiaba. La sobre población, el hambre y el miedo causaban no poco quebranto a las mujeres y los niños. Los ancianos volvían sus ojos hacia la Alhambra buscando un remedio a todo aquello. Y a los jóvenes nos hervía la sangre y nos preguntábamos por qué las tropas del sultán permanecían acuarteladas. Cierto día, corrió el rumor de que el emir estaba en tratos con el rey cristiano para entregarle la ciudad, a cambio de ciertas garantías y prebendas. La población cayó en el desánimo y la resignación. Hubo alfaquíes que se revelaron contra el fatalismo a que tan dado es el carácter de nuestro pueblo; y en la mezquita Mayor del Albaycín se alzó la voz del imán Muhammad ibn Faray con unas palabras que removieron las conciencias de cuantos le oían: «¡Hermanos! ¡Haremos mal sometiendo mansamente nuestro cuello al yugo vil de los rumis, confiando en las promesas de unas condiciones engañosas! ¿Acaso creéis que los cristianos cumplirán lo que prometen y que su rey, que tantas pruebas ha dado de perfidia, va a ser esta vez magnánimo? Yo os digo, y no os engañéis al respecto, que si no lo remediamos nuestras mujeres e hijas serán mancilladas, nuestros hijos vendidos como esclavos, nuestras mezquitas incendiadas. ¡Hermanos! se avecinan tiempos de opresión, rapiña, afrentas, torturas y muerte en la hoguera. Porque tenéis que saber, que los rumis

tienen la bárbara costumbre de quemar vivos a quienes ellos consideran herejes».

El sermón del imán inflamó nuestros corazones y salimos de la mezquita gritando: ¡Allah es Grande! ¡Muerte a los cristianos! Pedíamos a voz en grito que el sultán no entregara la ciudad. Recorríamos las calles exhortando a los buenos musulmanes a tomar las armas contra los rumis. Por donde quiera que pasábamos, se nos unían más y más hombres que salía de sus casas armados de cuchillos, hoces y guadañas. Al llegar a la plaza alBonud éramos una multitud. Formando un tropel, bajamos hasta la medina. Desde la Madrasa, un gran número de jóvenes estudiantes se dirigió al palacio de Ibn Qumasa lanzando piedras contra la casa del visir, y en la plaza de la Gran Mezquita, los alfaquíes señalaban la Alhambra profiriendo gritos contra el sultán. Un contingente de jinetes, armados de afilados sables, bajó desde la colina de la Sabiqa, cruzó el puente del Qadí y atacaron sin compasión a la vociferante muchedumbre. La caballería nos reprimió con saña dejando la plaza sembrada de muertos y heridos. El emir, temiendo que el pueblo se levantase en armas, se apresuró a firmar, en secreto, la capitulación. Cuando los granadinos nos enteramos, ya era demasiado tarde.

Aquella noche de invierno, serena y fría, ha quedado grabada en mi memoria. Las nubes que, durante el día, habían encapotado el cielo, se retiraron con el crepúsculo y dejaron al descubierto un firmamento rutilante de estrellas.

De regreso de las letrinas, me encontré con nuestro vecino Ibn Musa, que me expresó su temor a que se produjese una helada que echase a perder las hortalizas de su huerto. Ambos miramos al cielo. Como siempre en esta época, y desde los tiempos primigenios, el gran cazador Orión cruzaba el firmamento siguiendo a la dorada Aldebarán. El brillo gélido de los luceros parecía confirmar los temores de Ibn Musa.

Cuando me metí en el lecho, nada hacía presagiar con lo que nos íbamos a encontrar al día siguiente.

Alboreaba aquel Lunes, segundo día del mes de Rabí al-Awwal, ni siquiera el almuédano había llamado a la primera oración, cuando nos despertaron los estruendos de los cañonazos.

La gente salió despavorida de sus casas, muchos con la ropa de dormir, temiendo que las máquinas de guerra destruyeran sus hogares y los escombros los sepultaran.

Zahir y yo nos echamos una manta sobre los hombros, y salimos a averiguar lo que pasaba. Aturdidos, corrimos hacia la plaza alBonud donde se había congregado un grupo de hombres. Allí no se observaba fuego ni destrozo alguno, al parecer los cañonazos eran sólo salvas del ejército cristiano. De pronto, desde el alminar de la mezquita de los Penitentes, el almuédano, señalando la Alhambra gritó: «¡Mirad allí!». Al girar la vista hacia el palacio del sultán, vimos los destellos de una cruz refulgente junto a los estandartes cristianos ondeando sobre la torre de la Vela. Nos preguntábamos dónde estaría el emir. En las murallas se observaban movimientos de tropas, mas no se percibía que hubiese lucha. El desconcierto y la confusión nos embargaban. Por el camino de la Beqaa, descendía un grupo de hombres, procedente

del palacio.

Todos corrimos a su encuentro, ávidos de noticias. Cuando cruzaron el puente de los Ladrilleros, descubrimos que se trataba del secretario del zalmedina, Yunus al-Saffar, y otros escribanos y amanuenses. Con el rostro descompuesto, los funcionarios balbuceaban y gesticulaban todos a la vez. Al-Saffar pidió calma y nos contó que el emir y su familia habían huido, y que el visir Ibn Qumasa abrió las puertas de la ciudad y ordenó a la guardia palatina rendir sus armas a los cristianos. Al oír aquello, algunos hombres gritaron enfurecidos: ¡Traición, traición! ¡El emir nos ha traicionado y el visir se ha vendido! ¡Que Allah los confunda!

Así se rindió Granada, sin ofrecer resistencia, sin lucha. Como una esclava sumisa se entrega a su nuevo dueño.

Zubayda, con rabia contenida, añadió:

—Se dice que el emir fue recompensado por el rey cristiano con 50.000 dinares de oro, y el visir con 20.000. Mas yo le pido, cada día, a Allah que ese dinero, fruto de una gran felonía, se vuelva en su contra y sea causa de su perdición.

—La gente, sintiéndose abandonada a su suerte y amedrentada por los gritos de victoria de los cristianos, se recluyó en sus casas —comentó Ahmed con amargura.

—¿Y los alfaquíes, no alzaron su voz para levantar al pueblo contra el invasor? —pregunté extrañado.

Ahmed negó con la cabeza.

—Los cristianos actuaron con diligencia. El ejército enemigo ocupó las puertas de la medina, las principales calles y plazas, así como el *Rabad al-Bayyazín* (Albaycín) y el *Rabad al-Fajjarín* (Alfareros). Pusieron vigías por todas partes, y soldados armados hasta los dientes al mando de capitanes de aspecto siniestro patrullaban por la ciudad. A fin de asegurarse de que no habría un levantamiento popular, el capitán general de los rumis exigió al visir la entrega de 500 rehenes, por lo que nadie osó encabezar una rebelión, para no poner en peligro la vida de los prisioneros. Impotente, el imán Ibn Faray, con el corazón desgarrado, tomó a toda su familia y partió hacia el exilio. Después le seguirían muchos más, sobre todo judíos. El *Rabad al-Yahud* (Judería) se destinó al alojamiento de la tropa y los hebreos se vieron obligados a desalojar sus viviendas o a compartirlas con los soldados cristianos.

—Algunos pobres judíos vinieron al Albaycín a pedir cobijo. Y te aseguro, que ninguno durmió en la calle —apostilló Zubayda con firmeza—. Aunque sirvió de poco. Tres meses después, expulsaron a todos los judíos de Granada. Al oír sus lamentos me asomé a la ventana y se me partió el corazón al verlos partir, cargados con sus enseres, abandonando sus casas llorando. Soldados con el corazón de hielo golpeaban con sus lanzas a los más rezagados, que volvían el rostro y veían con desesperación, cómo los cristianos se adueñaban de los que, hacía tan sólo unos instantes, eran sus hogares. Busqué la mirada de Ahmed y le hice la pregunta que no había dejado de darme vueltas en la cabeza:

—¿Por qué quieres aprender la lengua de los rumis? La llama de la lámpara que

lucía en la hornacina se reflejó en sus negras pupilas. Con voz serena y el aplomo de un shayj, el muchacho contestó:

—Porque ellos han ganado la guerra —después de un largo silencio continuó—. Allah así lo ha querido y a partir de ahora, tendremos que tratar con ellos, convivir con ellos, entendernos con ellos. Y nosotros necesitaremos intérpretes que traduzcan a nuestra lengua las nuevas leyes.

Aquellas palabras llenas de sentido común me confirmaron que Ahmed era un muchacho sumamente inteligente. A pesar de que aparenté lamentar su decisión, en el fondo sentí una profunda admiración por él. Aquel joven desenvuelto y audaz con una mente analítica y práctica impropia de sus años, conquistó mi corazón y pensé que Allah misericordioso, que no me había otorgado la dicha de la descendencia, ahora me compensaba con el hijo que siempre soñé tener.

—Si no te he entendido mal, pretendes ser trujamán de los cristianos. ¿No temes que la gente te tache de traidor, por colaborar con el enemigo?

—No, porque mi tarea consistirá en ayudar a mis hermanos musulmanes.

—Pero dime, ¿cómo vas a aprender esa lengua?

—Entre los consejeros que trajo la reina de Castilla en su séquito, hay un alfaquí cristiano que, por su valía y por gozar de la plena confianza de la reina, fue nombrado por ésta Alfaquí Mayor de Granada. Este hombre, de gran bondad, lo primero que hizo, para ganarse la confianza de todos nosotros, fue ocuparse de los más necesitados repartiendo limosnas, dando cobijo a los niños huérfanos y visitando a los enfermos. Se llama Hernando de Talavera y a pesar de su alto rango, es de carácter sencillo y afable, respetuoso con todas las creencias y con los hábitos y costumbres de los musulmanes. Zubayda intervino para decir con aire misterioso:

—Se oye que por sus venas corre sangre judía, pues procede de una familia de conversos.

—Lo cierto es —continuó Ahmed—, que no busca tan solo cristianizar a los musulmanes, también se preocupa de que seamos bien tratados, erigiéndose en valedor de nuestros derechos. Por respeto a la comunidad islámica, no predica en las mezquitas, lo hace en casas particulares, conocidas como «Casas de la Doctrina». Su carácter bondadoso atrae a los granadinos que acuden en masa a oír sus palabras, y no son pocos los que, ganados por su mansedumbre, deciden seguir sus enseñanzas y abrazan el cristianismo. Zubayda comentó con desdén:

—Hay muchos que lo hacen por conveniencia. Ya se sabe que el perro que lame los pies del amo recibe el mendrugo más grande. Por cierto Said, que uno de los primeros en hacerse cristiano ha sido tu amigo Qasim.

—¿Qasim el herrador? —pregunté sorprendido.

—Sí, y al parecer desde que es cristiano ha prosperado mucho su negocio —dijo mi mujer con ironía.

Yo no salía de mi asombro y pedí a Ahmed que continuara con su relato.

—Algunos alfaquíes cristianos no aprueban los métodos de Fray Hernando y han

pedido al gobernador que, puesto que Dios les había concedido la victoria sobre los musulmanes, éstos tendrían que ser obligados por la fuerza de las armas a renegar del Islam y abrazar el cristianismo, pues ésta había sido la voluntad de Dios. Pero el gobernador apoya a Fray Hernando y ha ordenado no tratar con severidad a los vencidos cuando aún lloran la desdicha de la derrota.

—Al menos en medio de la barbarie hay dos hombres civilizados y cabales —dije tras escuchar aquellas palabras.

—Fray Hernando —continuó Ahmed con vehemencia— está aprendiendo árabe y ha expresado sus deseos a los clérigos cristianos de que utilicen esta lengua en los sermones, para ello, ha ordenado traducir los fragmentos bíblicos y ha encargado a su amigo Fray Pedro de Alcalá, que domina el árabe por ser descendiente de musulmanes conversos, confeccionar un diccionario y una gramática que sirva de ayuda a los sacerdotes. A la vez, ha abierto escuelas donde se enseña castellano a los granadinos que muestren interés por aprender este idioma.

—Hablar con fluidez una lengua extranjera requiere esfuerzo y constancia —le advertí.

Ahmed sonrió ligeramente y sus ojos adquirieron una expresión de curiosidad.

—Tal vez me puedas ayudar, he oído contar a mi madre que hablas castellano.

—Sí, mi padre me lo enseñó cuando era un niño y aunque lo hablo no lo escribo.

—La escritura es lo que más me cuesta —dijo el muchacho—. Tanto la caligrafía como el orden de las palabras son muy diferentes a nuestro idioma. Los rumis escriben de izquierda a derecha. Pero como necesito aprenderlo lo antes posible, todos los días acudo a la Casa de la Doctrina, donde Fray Pedro imparte clases de castellano.

—Por hoy ya basta —intervino Zubayda, acercándose con una jofaina llena de agua tibia para realizar las abluciones. Tendido sobre el lecho, aquella noche de mi regreso, el sueño se negaba a venir. Ni la fatiga del viaje, ni siquiera el dulce cansancio tras el placentero reencuentro con el ardiente cuerpo de Zubayda conseguían serenar mi espíritu. En mi pecho se agitaban un sinnúmero de sensaciones y en mi cabeza bullía un mar revuelto de emociones encontradas. Fuera, los rugidos del viento profanaban el sagrado silencio nocturno.

Granada, la ciudad donde nací, tan añorada, había cambiado en mi ausencia, era una ciudad distinta, habitada por gentes extrañas que profesaban otra religión, hablaban otra lengua, practicaban otras costumbres.

En el trono del sultán se sentaba un gobernador cristiano, que ostentaba el mando de la plaza. Desde el Albaycín, podíamos observar cómo la cruz se exhibía orgullosa sobre la Alhambra y en la mezquita del palacio, el almuédano ya no llamaba a la oración. No podía quitarme de la cabeza a Qasim. Me propuse ir al día siguiente a visitarle, para que me contase lo de su conversión al cristianismo. ¿Cómo era posible que, en tan poco tiempo, hubiese cambiado tanto una ciudad y sus gentes?

Mientras me dirigía a la casa de Qasim, iba pensando cuán afortunado era mi

amigo. Había tenido ocho hijos, cinco de los cuales eran varones. Su oficio le permitía vivir decentemente y si bien la coz de una caballería le dejó renco, esto le libró de ser reclutado para la guerra.

En verdad, Qasim nunca fue muy piadoso, mas ¿qué le pudo llevar a renegar de su fe?

El portón del herradero estaba abierto. Bajo un cobertizo, varios caballos atraillados relinchaban nerviosos. En el centro del patio, un adolescente sujetaba del ronzal a un precioso garañón negro y dos jóvenes se disponían a herrar al animal. Cinco soldados cristianos observaban la faena y hablaban con un hombre calvo y algo encorvado, al que llamaban Juan.

Mi presencia llamó la atención de los soldados y el hombre calvo se volvió hacia mí. Me costó reconocerle, Qasim había envejecido mucho. Después de unos instantes en los que permanecimos inmóviles, manteniendo nuestras miradas, Qasim vino hacia mí con los brazos abiertos. Su cojera y la boca desdentada acentuaban aún más su deterioro físico. Sentí la fuerza cálida de sus brazos.

- *¡Salám alikúm!*

- *¡Alay kúm as-salám!*

—Vamos ahí dentro Said —dijo mi amigo, señalando el interior de la fragua.

Nos sentamos sobre dos escabeles frente a frente y luego de escrutarme durante un tiempo, Qasim exclamó:

—¡Que viejos nos hemos hecho! Parece que fue ayer, cuando jugábamos en el zoco al-Masyid y competíamos por ver quién conseguía quitarle más pasteles de miel al gordo Abu Umar.

—Amigo mío, la juventud es efímera como el brillo de una estrella fugaz, y el paso del tiempo deja marcada su devastadora huella.

—¿Cuánto tiempo hace que no nos vemos? —preguntó Qasim.

—Ocho años.

—¡Válgame Dios! —suspiró mi amigo—. En todo este tiempo aquí ¡han ocurrido tantas cosas! Todo es tan distinto que, a nuestra edad, tendremos que aprender a vivir de nuevo.

—A veces, tengo la sensación de que estoy viviendo en un mundo extraño al que yo ya no pertenezco.

—Quiso Allah, en sus designios, que así ocurriera y tenemos que aceptarlo, incluso cambiando nuestra forma de vida.

—Tú ya te has cambiado el nombre. He oído que te llaman Juan. El rostro de Qasim adquirió un tono sombrío.

—Sí, ahora soy un renegado. Mas quiero que sepas que aunque he cambiado de nombre, mis sentimientos y mi corazón son los mismos de antes. Yo amo a esta tierra por encima de todo, aquí nacieron mis padres, mis hijos y mis nietos, y aquí quiero morir. Aunque para ello, tenga que bautizarme. Estoy seguro que, más pronto que tarde, todos tendremos que elegir entre la conversión o el destierro. Como les ha

ocurrido a los judíos. Ya sé que mi decisión me acarreará muchos quebrantos, incomprensiones y amarguras; mas por ventura ¿no es más amargo el destierro? —Los ojos de Qasim brillaron y con la voz quebrada continuó—. Para un granadino no hay sufrimiento mayor que tener que abandonar esta tierra, ni desdicha más grande que morir lejos de ella.

—Pero tal vez, tu decisión ha sido precipitada —le reproché a mi amigo—. Según creo, los cristianos están cumpliendo lo pactado en la capitulación y no obligan a nadie a convertirse al cristianismo.

—Eso fue al principio —dijo Qasim con voz cansada—, mas ahora la realidad es otra. Cuando el rey cristiano entró triunfante en Granada, ordenó proveer a la ciudad de víveres. Los musulmanes frecuentaban el campamento cristiano de Santa Fe para vender y comprar mercancías. Por aquel entonces, el monarca prodigaba toda clase de consideraciones y respeto a los granadinos, garantizando sus vidas y haciendas. Otorgó permiso para que los musulmanes, que así lo desearan, pasaran al otro lado del mar; para ello fletó naves sin cobrar derecho de pasaje a todo aquél que quisiera emigrar. Fueron muchos los que vendieron sus casas, huertos y tierras de labor apresuradamente para emprender la travesía gratuita, pues el decreto del rey advertía que, los que no lo hicieran, posteriormente tendrían que pagar un doblón por persona. Mas no emigraron tantos como los cristianos deseaban y las cosas empezaron a cambiar. Los soldados, que habían servido en la guerra, exigían recompensas y el rey tuvo que conceder mercedes a la tropa, repartiendo tierras conquistadas. Cristianos de todas partes acudieron al reparto del botín, y Granada se llenó de aventureros y mercenarios sin escrúpulos. Una chusma poseída por los vicios y el desenfreno propios de unos soldados que, aun después de ser licenciados, no pueden reprimir sus hábitos de rapiña y violencia.

Como puedes imaginar, amigo Said, el temor y la desesperanza cunden entre la población que ve cómo, cada día, se incumple lo acordado en las Capitulaciones. Los cristianos que llegan a Granada, lo hacen con un afán desmedido de enriquecerse a toda costa, abusando de su condición de vencedores, atropellando los derechos y propiedades de los vencidos, sin que las autoridades hagan nada para impedir los desmanes y humillaciones que padecemos. He visto con mis ojos, cómo los rumis se apoderan de las casas vacías y adquieren huertos, almazaras y otras propiedades, sin que nadie ose reclamarlas. Los castellanos que se asientan en la ciudad, no sólo se apropian de nuestras casas y tierras, sino que están exentos del fisco en virtud de las franquicias fiscales otorgadas por sus soberanos; por lo que a los musulmanes nos hacen pechar con el doble de impuestos para compensar los que aquellos no pagan. Ante tamaña arbitrariedad, los granadinos ricos han huido y aquí quedamos solamente los artesanos y los campesinos. Los aristócratas, los altos funcionarios de la Corte y las familias más acaudaladas y poderosas se han marchado, llevándose consigo sus caballerías. Desde entonces, mi clientela quedó reducida a los soldados que venían a herrar sus caballos, y se largaban sin pagarme; incluso tenía que

soportar sus burlas si acudía en demanda de justicia que, al tratarse de un litigio entre un musulmán y un cristiano, el pleito lo resolvía un juez castellano y un cadí granadino, mas el juez nunca disponía de tiempo para estas demandas y el juicio jamás llegaba a celebrarse —Qasim hizo una pausa y con aptitud resignada manifestó con amargura—: He tenido que hacerme cristiano para salvarme de la ruina y no tener que emigrar. Ahora, al menos, estoy protegido por las leyes de Castilla. Soy viejo y amo demasiado a esta tierra para abandonarla. ¡Que Allah el Misericordioso se apiade de mí! Hay miedo Said, mucho miedo entre nuestros hermanos. Los alfaquíes cristianos exigen, cada vez con más vehemencia, la expulsión de los que no acepten el bautismo.

—Sin embargo, creo que el Alfaquí Mayor no es partidario de imponer la conversión por la fuerza —dije recordando las palabras de Ahmed.

—Sin duda te refieres a fray Hernando. Un hombre bueno que se ha ganado la gratitud y el afecto de los granadinos y que, aunque cuenta con el favor del gobernador, don Íñigo López de Mendoza, tiene muchos enemigos entre los clérigos más intransigentes. Éstos le acusan de ser demasiado condescendiente con los seguidores del Profeta, ¡con él sea la paz!, y han llegado a denunciarle a las altas autoridades eclesiásticas de escandalizar y profanar los actos religiosos al permitir que los musulmanes participen en las procesiones con instrumentos y música propias de nuestras tradiciones. Regresé abatido a mi casa. Si bien reprobaba la forma de proceder de Qasim, no me sentía moralmente capacitado para reprocharle nada, tal vez porque no estaba seguro de lo que habría hecho yo en sus circunstancias. Me acordé de Abu-l-Abbas y aprecié cuán sabia fue su decisión de permanecer alejado en las montañas.

En el mes de Julio del año 1499, del calendario cristiano, el rey Fernando y la reina Isabel, a los que se les denomina con el nombre de «Reyes Católicos», visitaron Granada. Los monarcas cristianos no habían vuelto desde que conquistaran la ciudad hacía más de siete años.

En torno a Bab Ilbira, nos congregamos una multitud de granadinos, que habíamos bajado desde el Albaycín, para contemplar la llegada de la comitiva real. Los hombres del Corregidor, mandados por el violento alguacil, Velasco de Barrionuevo, formaron una férrea barrera a ambos lados del camino impidiendo que la muchedumbre se acercara a los reyes.

Al pie de las murallas, a las puertas de la ciudad, montaba guardia, para rendir honores a los monarcas, un contingente de infantes, ataviados con petos y cascos plateados, al frente de los cuales estaba el Conde de Tendilla, gobernador y capitán general de la ciudad, luciendo una preciosa coraza de acero pavonado con esmaltes dorados, sobre un magnífico alazán.

Además de don Íñigo López de Mendoza, esperaban a los reyes: Hernando de Zafra, secretario real; el Corregidor, Andres Calderón; el arzobispo de Granada, fray Hernando de Talavera y varios clérigos.

En representación de la comunidad musulmana: el imán, Muhammad ibn Abd-l-Aziz; el cadí Muhammad al-Peqenní; el almotacén Yusuf al-Mudayyán y el alamín, Qasim al-Guadixí. A mitad de la mañana, bajo un sol abrasador, apareció con paso solemne, por el camino de Ilbira, la comitiva regia. Abría la marcha, una banda de trompetas a caballo y detrás un escuadrón de lanceros seguidos de un grupo de caballeros de bruñidas armadura que daban escolta al rey y a la reina. Éstos iban precedidos de los estandartes de Castilla y Aragón desplegados al viento. El rey Fernando, montando un soberbio caballo negro enjaezado de terciopelo carmesí, fijaba su mirada en las torres de la Alhambra. Sobre una brillante coraza, lucía una sobreveste grana entretejida de hilos de oro.

La reina Isabel, desde su montura, un caballo tordo con silla guarnecida de plata, observaba sonriente a la muchedumbre que la aclamaba. Me llamó la atención su austero atuendo. Vestía un brial de terciopelo negro y se cubría con un sombrero sobre una toca oscura que le ocultaba el cabello. Alguien comentó a mi lado, que la reina llevaba luto por la muerte de su hijo, el príncipe Juan y el fallecimiento de su hija Isabel más reciente. En pos de la reina, sus dueñas y damas cabalgaban sobre mulas. Y los nobles que acompañaban al rey lo hacían montando briosos caballos taraceados de ricos arneses.

En la puerta de Ilbira, los monarcas dieron a besar sus manos a los notables de la ciudad. Y una vez que recibieron los saludos y bienvenidas de éstos, la comitiva traspasó Bab Ilbira y siguió por la zanaqa al-Qebir (calle Mayor), hasta la plaza al-

Hattabín (Leñadores) y, pasando sobre al-Qantara al-Qadí, subió por la cuesta de la Sabiqa, camino de la Alhambra, donde los monarcas se aposentaron. Los Reyes Católicos fueron recibidos con verdadero entusiasmo por los granadinos, y su presencia nos llenó de ilusión a los musulmanes que abrigábamos la esperanza de que Isabel y Fernando corregirían los abusos que sufría la comunidad mudéjar; confiábamos que harían cumplir los compromisos adquiridos en las Capitulaciones, quebrantados sistemáticamente por los funcionarios castellanos.

Los cristianos celebraron la visita de sus reyes, con torneos, danzas y música de tamboriles, sacabuches y bajones.

Una delegación formada por alfaquíes, ulemas y cadíes, encabezada por el juez supremo Muhammad al-Peqenní, pidió audiencia para poner en conocimiento de los reyes la relación de agravios y abusos de los que eran víctimas los musulmanes. La lista era larga, y algunas de las últimas disposiciones dictadas habían producido gran descontento y una profunda indignación, como era la que prohibía a los no bautizados comprar propiedades, éstos sólo podían vender y de esta forma favorecer la repoblación con gente venida de Castilla.

Los vencedores acosaban y privaban de sus derechos a los vencidos. Con el pretexto de evitar conflictos entre cristianos y musulmanes, las autoridades municipales decretaron que los cristianos ocuparan la parte baja de la ciudad, y aquellos musulmanes que moraban en la medina fueron forzados a desalojarla. Las familias, vilmente expulsadas de sus casas, tuvieron que buscar acomodo en los barrios extramuros o en el Albaycín. De este modo, los musulmanes granadinos quedaban recluidos en lo que los rumis denominaban «morerías». Por si esto no fuera suficiente, se nos cargó con pesados tributos. La tesorería real exigió recaudar en las llamadas «morerías» ocho millones de maravedíes. El pago de esta cantidad tan elevada, resultó un esfuerzo tan enorme, que redujo a límites de pobreza, difícilmente soportables, a no pocas familias.

Tanto cristianos como musulmanes expusieron a los Reyes Católicos las respectivas versiones de los incidentes y litigios acaecidos, solicitando ambos bandos el amparo y la comprensión de los monarcas.

La reina pidió ser informada sobre las conversiones habidas en la ciudad. Y al parecer, el número de conversos lo juzgó escaso. Esto inclinó la balanza a favor de los argumentos de los cristianos y se desdeñaron las quejas de los musulmanes.

Después de siete años de dominio, los Reyes Católicos no estaban satisfechos con la evolución del cristianismo en Granada. La reina Isabel mostró el deseo de impulsar con más energía las conversiones y, considerando que la tarea era excesiva para fray Hernando de Talavera, pidió refuerzos a fin de avivar el ritmo del proceso. Para ello, hizo llamar al enérgico arzobispo de Toledo, Francisco Ximénez de Cisneros.

Nuestros hermanos musulmanes de la aljama de *Qortuba* (Córdoba) nos dieron referencias de quién era este tal Cisneros. Según nos informaron, el Gran Alfaqí de *Tulaytula* (Toledo) se consideraba «el brazo justiciero de Dios». Se decía de él que

era de trato seco y propenso a la cólera. De carácter austero, intransigente, fanático e implacable. Su temperamento vehemente y autoritario le llevaba a ejercer la fuerza como método para conseguir la obediencia. Era aconsejable mantenerse alejado de él, pues su genio irascible podía llegar a ser muy peligroso cuando se dejaba llevar por la furia. Los mudéjares de *Balansiyya* (Valencia) y *Samura* (Zamora) habían padecido su odio y su desprecio irrefrenable y conocían su inquina hacia los cristianos renegados, a los que perseguía con saña. Algunos de éstos se refugiaron en el reino de Portugal, donde recibieron mejor trato.

La estancia de los reyes Isabel y Fernando en Granada se prolongó durante cuatro meses, mas las esperanzas, que los musulmanes habían puesto en la visita real quedaron frustradas. El cambio que se esperaba por parte de las autoridades nos defraudó, y los granadinos tuvimos la certeza de que las cosas irían a peor.

El temido Cisneros llegó hacia el mes de octubre. Al principio, durante cierto tiempo, aconsejado por el venerable fray Hernando, Cisneros intentó granjearse la confianza de los granadinos y atraerse el favor de los alfaquíes obsequiándoles con valiosos regalos.

Mientras los reyes permanecieron en Granada, Talavera y Cisneros trabajaron juntos promoviendo encuentros con los ulemas, discutiendo con ellos, de forma pacífica, las cuestiones tocantes a la religión. Instruyendo a las gentes sencillas con paciencia y mansedumbre.

Fray Hernando intentaba convencer al arzobispo toledano de que las conversiones impuestas por la fuerza, nunca serían sinceras. Él era partidario de utilizar la razón y el ejemplo con obras de caridad que conmovieran los corazones. Pero el carácter ardoroso de Cisneros, más propenso a la irreflexión que a la cordura, se impacientaba y una vez que Isabel y Fernando abandonaron la ciudad, prescindió de la compañía y buenos consejos de fray Hernando y se consagró con su acostumbrado ardor e imprudencia a la conquista de las almas de los seguidores del profeta Muhammad. Con el fin de forzar la conversión de los jóvenes, Cisneros hizo publicar una pragmática, firmada por los Reyes Católicos, por la cual los hijos de los musulmanes conversos no podrían heredar el patrimonio de sus padres si antes no habían tomado el bautismo, de lo contrario la herencia sería confiscada.

Esto causó gran indignación en nuestra comunidad, mas también provocó el efecto deseado y muchos jóvenes, por conveniencia, pidieron ser bautizados; entre ellos mi hijo adoptivo Ahmed. Según me explicó, lo hizo movido por la lealtad y la admiración que profesaba a fray Hernando, al que apreciaba profundamente y para el que trabajaba como escribano en la confección de una gramática y un diccionario bilingüe.

Ahmed, como la gran mayoría de los conversos, hacía uso de la taqiyya (disimulación), por lo que en privado continuaba practicando las oraciones y preceptos del Islam.

Cisneros, en su afán vehemente de conseguir cristianizar cuanto antes Granada,

seguía menospreciando y vulnerando las garantías y derechos de los granadinos. Escandalizado por la costumbre tolerada por fray Hernando, que con el fin de fomentar la integración de las comunidades musulmana y cristiana, permitía festejar con zambras las fiestas cristianas; decretó que, durante los días de celebraciones religiosas, las puertas de los barrios musulmanes se mantendrían cerradas, obligando a éstos a permanecer en sus casas. Un viernes, día santo para los musulmanes, Cisneros, acompañado del alguacil Velasco y cincuenta hombres armados, irrumpió en la mezquita Mayor del Albaycín. Ante la incrédula mirada de los fieles que llenaban el templo, el arzobispo consagró la mezquita al culto cristiano. Enarbolando un crucifijo en una mano y el hisopo en la otra esparcía agua por la nave central, profiriendo exorcismos. Los musulmanes no entendían nada, pues Cisneros daba grandes voces en una lengua extraña llamada *latiniyya*. Después, se dirigió al lado derecho del *mirab* y subió al *mimbar* o púlpito, donde empuñando el hisopo, como si de una espada se tratara, asperjó a los cuatro puntos cardinales, mientras murmuraba palabras ininteligibles.

Cuando los musulmanes se percataron de que habían sido bautizados de forma colectiva, montaron en cólera, mas Velasco y sus hombres golpearon de forma brutal e hirieron con sus armas a la enfurecida multitud.

El exceso de celo evangelizador le había llevado a Cisneros demasiado lejos. El sacrilegio cometido en la Mezquita Mayor no se podía tolerar. Aquel acto infame transgredía claramente la letra y el espíritu de las Capitulaciones.

Mas, ¿qué se podía hacer? El defensor de los derechos de los musulmanes, fray Hernando, se sentía desautorizado ante el apoyo que Cisneros había recibido de los Reyes Católicos. Una oleada de desasosiego y miedo se extendió entre los habitantes del Albaycín. La actitud despótica e intransigente de Cisneros era una amenaza continua para todos nosotros, pues la actividad fanática de aquel hombre parecía no tener límite.

Alfaquíes, ulemas, cadíes y alamines, estos últimos representantes de los gremios, se reunieron en asamblea secreta. Allí se empezó a fraguar una subversión. El barrio del Albaycín, con sus calles retorcidas y estrechas, sus callejones ciegos y sus pasadizos secretos, era un lugar propicio para las emboscadas, y constituía un complicado laberinto lleno de trampas para los soldados cristianos. Mas toda sublevación necesita un caudillo, un estratega que organice y guíe las operaciones. Todos los reunidos en la asamblea dirigieron sus ojos a Ayyub al-Tegrí.

Ayyub al-Tegrí era uno de los pocos generales que, tras la rendición, optó por permanecer en Granada. Se le consideraba un hombre de probado valor que gozaba del respeto y la admiración del pueblo.

El prestigioso *arraez* aceptó de inmediato ponerse al frente de la operación y encargó a los alfaquíes la misión de reclutar hombres y armas. La noticia corrió de boca en boca y la población del Albaycín estaba alerta, esperando la orden de al-Tegrí para levantarse en armas. Mas nadie reparó en la fidelidad ardorosa que algunos

conversos profesan a sus nuevos régulos; y al-Tegrí fue víctima de la abyecta delación.

Una noche, el alguacil Velasco al mando de un pelotón de hombres prendió a Ayyub al-Tegrí y, cargado de cadenas, le llevaron ante un sacerdote, Pedro de León, éste, en nombre de Cisneros, le ofreció la libertad si abjuraba de su fe y hacía pública su conversión al cristianismo.

Al-Tegrí altivo, no solo rechazó la proposición, sino que recriminó al clérigo el incumplimiento de la palabra empeñada por los cristianos en la capitulación de Granada y el trato vil e inicuo del que era objeto un pueblo noble, que había perdido la guerra pero no el orgullo.

El sacerdote, indignado ante aquella muestra de insumisión, ordenó que el arrogante *arraez* fuese arrojado a las mazmorras y privado de alimento.

El hambre, las torturas y las amenazas que se cernían sobre su familia terminaron por quebrantar la firmeza de su carácter y, con el cuerpo lacerado y el alma rota, Ayyub al-Tegrí pidió el bautismo. La noticia de la conversión del valeroso general, causó una profunda desazón en la comunidad musulmana. Si aquel hombre valiente e ilustre había sucumbido, ya no cabía esperanza alguna. Sin dejarse vencer por el abatimiento, alfaquíes y ulemas se esforzaban por mantener vivo el fuego de la rebeldía y los imanes, en las mezquitas, clamaban por la guerra santa.

Sin embargo, Cisneros siguió menospreciando los derechos adquiridos del pueblo andalusí y, exasperado por la lentitud de las conversiones, encarcelaba a cuantos se mostraban insumisos. La indignación crecía entre la comunidad mudéjar y en cualquier momento podía saltar la chispa que provocase el incendio. Y el fanático cardenal no dejó pasar mucho tiempo en encenderla. Cierto día, Ahmed me informó de que Cisneros planeaba iniciar una ofensiva feroz contra los renegados. La noticia nos llenó de zozobra y miedo, por mi condición de hijo de «elche» o converso. A Cisneros le enfurecía sobremanera que los renegados rechazasen el cristianismo. Le irritaba profundamente que, aquellos que un día fueron cristianos, se mantuvieran firmes en la fe islámica, y que sus hijos fueran instruidos en la religión musulmana. Incapaz de soportar, lo que él consideraba una afrenta a su Dios, tomó la decisión de iniciar una cruzada contra los renegados.

Fray Hernando de Talavera intentó frenarle, recordándole que en las Capitulaciones firmadas por los Reyes Católicos, había una cláusula que protegía de la persecución a los renegados. Pero Cisneros no estaba dispuesto a tolerar que aquellos, que un día habían estado sujetos a la autoridad de la Iglesia Católica, después de la conquista, escaparan a ella. Sin perder un instante, envió un emisario a Córdoba y puso en conocimiento de la Inquisición el gran número de renegados que, en Granada, se resistían a volver al seno de la Iglesia. El Inquisidor General le autorizó a tomar las medidas pertinentes.

Con las atribuciones recibidas del Santo Oficio, Cisneros emprendió, con mano dura, la tarea de recuperar para la cristiandad a todos aquellos que renegaron de ella.

Las mazmorras se llenaron de conversos que se negaban a abjurar del Islam, y de las cámaras de tortura salían gritos desgarradores. Cada vez que oíamos los pasos de una patrulla merodeando cerca de nuestra casa, cundía la alarma y el temor entre nosotros. El alguacil Velasco y sus secuaces recorrían a diario el barrio del Albaycín en busca de renegados. Les sacaban de sus casas y a los pobres desdichados no se les volvía a ver, si no renegaban del Profeta.

Una noche, oímos fuertes golpes en la puerta de nuestro vecino Muhammad el carpintero. Los esbirros de Cisneros se lo llevaron y durante varios días no supimos nada de él.

Muhammad del Castillo, el carpintero, era un hombre bueno y sencillo, muy querido en nuestro barrio, y todos los vecinos compartíamos la angustia con su esposa e hijos, temiendo por su vida. Al fin un día, demacrado y muy débil, volvió a su casa, aunque para recuperar la libertad, Muhammad había tenido que renegar del Islam.

Acompañado de Ahmed fui a visitarle para celebrar con su familia su liberación. Muhammad, que había recobrado el nombre cristiano de Martín, nos relató con voz trémula, cómo se había llevado a cabo su reconversión:

«Atado de pies y manos, me encerraron en una mazmorra, donde me tuvieron tres días sin comer. Con las fuerzas mermadas por el hambre, fui conducido a una sala en la que un sacerdote, empuñando una cruz, me preguntó si estaba dispuesto a renegar del Islam y a reconciliarme con la Iglesia Católica. Ante mi negativa, me llevaron a una celda abarrotada de prisioneros, donde sólo nos daban de comer, una vez al día, un pedazo de pan duro y agua. Allí permanecí cerca de un mes, hasta que un día me introdujeron en un sótano oscuro. Las llamas de un fogón, sobre cuyas ascuas posaban varias tenazas al rojo vivo, me permitieron ver que se trataba de una cámara cuadrada sin ventanas. En el centro de aquella estancia siniestra, observé a cuatro hombres alrededor de una extraña máquina compuesta de ruedas, pesas y poleas de las que colgaban unas correas con las que habían amarrado a un hombre, cuyo cuerpo desnudo yacía sobre un potro de tortura. Los sayones hicieron girar las ruedas, a las que estaban sujetas las manos y los pies de aquel desgraciado, y el crujido de los huesos y el grito desgarrador de aquel hombre me pusieron los pelos de punta. Uno de los verdugos tomó unas tenazas incandescentes y se acercó a la víctima, que con los ojos desorbitados por el terror, no cesaba de gritar. Un ayudante agarró por el cuello al condenado y le obligó a abrir la boca, lo que aprovechó el torturador para aprisionarle la lengua con las tenazas y de un tirón brutal se la arrancó.

Incapaz de soportar aquella escena terrible, me desmayé. Cuando recobré el conocimiento, descubrí que, de la penumbra, emergía una figura vestida de negro. Observé sus ojos brillantes hundidos en las cuencas, su nariz aguileña, su boca sin labios. Se trataba del clérigo que me había interrogado. Se acercó a mí y con voz cavernosa me susurró: «Es tu última oportunidad, después de que te cortemos la lengua, ya no podrás expresar tu arrepentimiento». Con sus palabras me llegó su

aliento fétido.

!Que Allah se apiade de mí! Estaba tan horrorizado por la espantosa escena que había presenciado, que pedí volver a ser cristiano».

Después de oír aquel relato estremecedor, fuimos conscientes de que, a partir de entonces, iba a ser muy duro no doblegarse a los deseos del intransigente Cisneros. Ya no había garantías que aseguraran la vida y los bienes de quienes permanecieran fieles al Islam. Todos los musulmanes nos sentíamos desamparados. Las cláusulas de las Capitulaciones que garantizaban nuestros derechos, no se respetaban. El descontento y la irritación se acrecentaban por mementos. Y la chispa que produjo el incendio, saltó una tarde en la plaza al-Bonud.

Los sicarios de Cisneros, capitaneados por el alguacil Velasco de Barrionuevo, prendieron a una muchacha, hija de un renegado, en el barrio del Albaycín. Cuando la conducían camino de la cárcel, al pasar frente a la mezquita de los Penitentes en la plaza alBonud, la joven comenzó a gritar y a lamentarse de que la llevaban, por la fuerza, a hacerla cristiana. Al oír los lamentos, un gran número de musulmanes salió de la mezquita increpando a los soldados. El alguacil Velasco se dirigió a ellos de forma despectiva y retadora, lo que desencadenó la reacción enfurecida de la multitud, que se abalanzó sobre los cristianos para liberar a la joven. Los soldados hicieron uso de sus armas; en el tumulto, alguien lanzó una losa desde una ventana, aplastando la cabeza de Velasco que murió en el acto. Al ver al alguacil muerto y a la multitud encolerizada, los cristianos huyeron en desbandada. Los más exaltados arrastraron por las calles del Albaycín el cadáver del odiado Velasco y, gritando que se había hecho justicia, lo arrojaron a las letrinas.

Una vez desatada la furia, estalló el motín. El conflicto se extendió como el fuego y todo el Albaycín se alzó en armas. Uno de los cabecillas arengó a los amotinados y, señalando a Cisneros como el gran responsable de las vejaciones y quebrantos que sufría la comunidad musulmana, ordenó atacar la casa del abominable arzobispo. Éste disponía de una guardia personal de doscientos soldados que hicieron frente a los atacantes. Al caer la tarde, los amotinados pusieron cerco a la casa que, defendida por la guardia de Cisneros, resistió toda la noche.

Algunos de los insurrectos, llevados por la ira, cometieron excesos y en plena noche, al grito de ¡Allah es grande!, asaltaron varias casas pertenecientes a cristianos viejos y las saquearon. Al amanecer, el conde de Tendilla bajó desde la Alhambra con un contingente de jinetes y un pelotón de alabarderos; rompió el cerco y rescató al arzobispo. Mas los sublevados, lejos de dispersarse, se hicieron fuertes en el Albaycín; cerraron las puertas de acceso al barrio, se atrincheraron en las calles, y aguardaron el ataque de los cristianos, armados de cuchillos, hoces, hachas y toda suerte de utensilios de labranza. El cuartel general se instaló en la plaza al-Bonud, y las reuniones de los cabecillas se celebraban en la mezquita de los Penitentes.

Tendilla pidió parlamentar con el imán Ibn Abd-l-Aziz y el cadí Muhammad al-Peqenní, exhortándoles a que convencieran a los amotinados de que depusieran su

actitud, ya que incurrían en grave delito al alzarse en armas contra los Reyes. Pero se le contestó que el Albaycín no se había sublevado contra los monarcas, sino en favor de sus derechos, que habían sido quebrantados por unos gobernantes que cometían perjurio.

Esta situación se prolongó a lo largo de diez días. Pasados los primeros momentos de exaltación, los habitantes del Albaycín comenzamos a sentir miedo, temíamos el castigo que podría caer sobre nosotros por urdir aquel acto de rebeldía contra unos reyes tan poderosos.

El viernes en la mezquita, uno de los cabecillas, Alí al-Fasar, tomó la palabra y, después de enumerar los robos de tierras y casas, las humillaciones, los tributos, las leyes arbitrarias, las imposiciones forzosas del bautismo y demás fechorías perpetradas por los ignominiosos cristianos, pidió con determinación y firmeza resistir hasta que los monarcas cristianos empeñaran su palabra real, comprometiéndose sin engaños, a respetar lo estipulado en las Capitulaciones.Al-Fasar aseguró que el Albaycín era un lugar inexpugnable para los rumis. Y que no debíamos temerlos, pues luchábamos por una causa justa y los superábamos en valor y número. Éramos treinta musulmanes por cada cristiano. Un anciano alfaquí le expresó su temor a que el gobernador pidiera ayuda a las tropas del rey.

Al-Fasar le respondió que luchar en un terreno que conocíamos mejor que ellos, nos daba ventaja sobre un ejército que no se podría desplegar en un lugar tan angosto y laberíntico. Si los soldados del rey osaban entrar en el Albaycín, encontrarían la muerte a manos de un enemigo invisible.

Al cabo de diez días, fray Hernando de Talavera, acompañado de un ayudante y Ahmed que hacía de intérprete, subió al Albaycín. Los centinelas, al reconocerle, le abrieron las puertas y una multitud acudió a su encuentro, dando grandes muestras de afecto; él saludaba a todos en árabe: «*¡Salám alikúm! ¡Salám alikúm!*». Rodeado de niños, mujeres y hombres, que le abrían las puertas de sus casas y le reverenciaban besando el manto pardo de su hábito, fray Hernando llegó hasta la plaza al-Bonud donde los jefes de la revuelta se inclinaron ante él y le besaron las manos. El venerable anciano conversó con los cabecillas y, mostrando su comprensión por las razones que habían desencadenado aquellos sucesos, les pidió que dejaran entrar en el barrio al gobernador, para llegar a un acuerdo que pusiera fin a aquella situación. La propuesta fue aceptada y Tendilla, que esperaba impaciente las noticias del arzobispo Talavera, avisado por el ayudante de éste, se presentó en el Albaycín desarmado y acompañado tan sólo de sus hijos.

El gobernador fue recibido con respeto y admiración, pues los insurrectos valoraron su gesto como un acto de valentía. Don Íñigo López de Mendoza prometió una amnistía a los sublevados si deponían las armas; solamente serían castigados los que habían dado muerte al alguacil y aquellos que cometieron desmanes, asaltos y saqueos en las casas de los cristianos en la noche de la sublevación. El conde de Tendilla se ofreció como portavoz de las revindicaciones de los musulmanes ante sus

Majestades, de los que alcanzaría perdón y gracia a favor de los pobladores del Albaycín y garantías para que se cumplieran las cláusulas de las Capitulaciones.

Don Íñigo, que era un hombre de honor, como prueba de su compromiso entregó sus hijos como rehenes.

El cadí Muhammad al-Peqenní se hizo cargo de los niños y prometió al conde entregarle a los culpables de los delitos cometidos. Todas las partes quedaron conformes y la insurrección se dio por finalizada.

Tres días más tarde, el cadí entregó a los delincuentes como había prometido. Y el corregidor Calderón, después de someterles a juicio, ordenó colgar a los culpables, confiscando sus propiedades para reparar las pérdidas y daños ocasionados. Algunos cabecillas lograron escapar y se refugiaron en las Alpujarras.

Los tumultos del Albaycín habían llegado a oídos de los Reyes Católicos, que se encontraban en Sevilla y éstos enviaron a don Enrique Enriquez, tío del rey, con el fin de recabar información sobre dichos sucesos. El conde de Tendilla y fray Hernando explicaron a don Enrique, que Cisneros, con su actitud intolerante, obstinada e imprudente, había provocado la insurrección de los mudéjares. De regreso a Sevilla, el representante real informó a los Monarcas, y éstos ordenaron a Cisneros presentarse en la Corte. La noticia corrió por el Albaycín llenándonos de alborozo al vernos libres del temible arzobispo. Muhammad al-Peqenní y Yufuf al-Mudayyán subieron a la Alhambra a mostrar su lealtad y sumisión al gobernador en nombre de la comunidad musulmana. Los hijos del conde, que habían permanecido en calidad de rehenes en casa del cadí, fueron devueltos a su padre.

Ante los Reyes, Cisneros justificó su comportamiento por el peligro que entrañaba para la Cristiandad, el que hubiera en Granada tan gran número de musulmanes. Afirmando que éstos no tenían otro objetivo que preparar y facilitar la invasión de sus hermanos de África. En cuanto a los renegados, el cardenal confesó que, al mantenerse éstos firmes en la fe islámica, el Santo Oficio le animó a emplear métodos más expeditivos contra ellos.

La reina Isabel se mostró convencida por los argumentos de su confesor; no así el rey Fernando que, al parecer, no compartía con su esposa el afecto que ésta profesaba por el cardenal Cisneros.

Mas por aquellos días, prendió la rebelión en las Alpujarras, promovida por los cabecillas que habían huido de Granada. El rey Católico se puso al frente de sus tropas para sofocar el alzamiento, y Cisneros regresó a Granada legitimado para someter por la fuerza a la población del Albaycín, dándonos a elegir entre la conversión o el castigo.

La sublevación desencadenada en las Alpujarras, y que más tarde se extendió a la sierra de Ronda, nos hizo perder todo derecho sobre nuestras vidas y haciendas. El compromiso del conde de Tendilla quedaba roto y las Capitulaciones fueron papel mojado. En adelante, se nos vedaba a los musulmanes desempeñar cargos públicos, se disolvían los tribunales mixtos, los cadíes fueron desposeídos de su facultad para

administrar justicia y todas las mezquitas serían transformadas en iglesias.

Cisneros, asistido por un juez real y un inquisidor, encarcelaba, sometía a autos de fe y ajusticiaba a cientos de hombres y mujeres, víctimas de los delatores.

Una ola de terror invadió el barrio del Albaycín y un pesado manto de silencio y miedo nos oprimía. El recelo se apoderó del vecindario, nadie se fiaba de nadie. Recluidos en nuestras casas, hablamos entre susurros; mientras fuera, en las calles, se oye el restallar de los látigos, el choque de los cascos de los caballos contra el empedrado, las voces agrias de los soldados cargadas de violencia.

Los rumis ya son los dueños absolutos de Granada, y por no haber sabido defender lo que era nuestro, sufrimos su yugo opresor, sus vejaciones, sus insultos, sus miradas impregnadas de odio. Encorvados por el miedo, con la mirada huidiza, vagamos como sombras por los torcidos callejones de nuestro barrio; evitando encontrarnos con las patrullas que recorren el Albaycín en busca de herejes.

Cisneros, con su eterna furia contenida, se dispuso a dar el golpe definitivo.

La voz del pregonero real resonó estridente en la plaza alBonud: *«En nombre de los reyes Isabel y Fernando, se hace saber a todos los habitantes de esta ciudad de Granada, como a todas las otras ciudades, villas y lugares de este dicho reino de Granada, que todos aquellos que profesen la secta de Mahoma, deberán repudiar dicha secta y convertirse a nuestra Santa Fe Católica o serán expulsados de nuestros reinos»*.

- *¡Conversión o Expulsión! ¡Conversión o Expulsión!* —coreaban los cristianos delante de nuestras casas. *¡Conversión o expulsión!* —nos gritaban por las calles, señalándonos con el dedo.

Por todos los rincones de la ciudad sonó el mandato terrible. Había que elegir entre el bautismo o emigrar a tierra extraña. Mas la elección no estaba al alcance de todos, ya que solamente los que poseían cierta fortuna, podían costearse el viaje. Así muchos musulmanes, con lágrimas en los ojos, sacaron de los cofres recuerdos familiares, anillos y alhajas heredadas de sus padres, mantos de brocado, túnicas de seda y almalafas de lino para vender en pública almoneda; a fin de reunir el dinero necesario y emprender el amargo camino del destierro.

A través de Ahmed, tengo conocimiento de los esfuerzos estériles de fray Hernando de Talavera para convencer a Cisneros de que había que conceder más tiempo a los musulmanes, instruyéndoles en su propia lengua, puesto que se disponía de intérpretes y de Evangelios escritos en árabe. Pero Cisneros se oponía de forma radical, argumentando que los moros eran gente ignorante que nunca llegarían a comprender todo aquello que les era ajeno y, por tanto, el tiempo apremiaba y no había lugar a tantos preliminares.

Por orden de Cisneros, se procedió a bautizar a toda una multitud sin instrucción ni catequesis.

Recuerdo con especial tristeza aquel día que, por primera vez, no sonó desde el alminar la voz del *mu'adhdín*. Aquel silencio no solo rompía una tradición ancestral, también acababa con una forma de vivir y hería el alma de un pueblo.

A la vista de lo irremediable, los alfaquíes redactaron un documento secreto que pronto corrió de casa en casa. Dicho documento animaba a los musulmanes, que eran bautizados a la fuerza, a hacer uso de la *taqiyya*, la simulación admitida por el Islam en caso de persecución.

Los alfaquíes se dirigían a la comunidad musulmana en estos términos: *«A nuestros hermanos en estos tiempos de tribulación y persecución. Si os obligan a renegar del profeta Muhammad, con él sea la paz, hacedlo de palabra, mas amadlo y honradlo con el corazón.*

Si os hacen comer carne de animales impuros, comedla, mas purificad vuestro

espíritu proclamando en vuestro interior el acto de fe del Islam. Si os fuerzan a beber vino, hacedlo, mas al ingerirlo pedid perdón con vuestro pensamiento.

Mantened las cinco oraciones preceptivas, aunque lo hagáis por señas. Cumplid con el deber de la purificación, si os lo prohíben, hacedlo de noche en vuestras casas o en el río.

Si os obligan a adorar a los ídolos cristianos, mirad a los ídolos, mas con vuestro corazón orad a Allah, el Grande y Misericordioso, aunque no estéis situados frente a la alquibla.

Ninguna acción perpetrada bajo la amenaza de la violencia, será considerada pecado por Allah».

No fue una ceremonia solemne. Delante de la mezquita Mayor del Albaycín, transformada en la iglesia de San Salvador, dos extensas filas de musulmanes, una de mujeres y otra de hombres, aguardaban su turno para ser bautizados.

Zubayda ocupó el último lugar de la hilera de las mujeres y yo hice lo propio en la de los hombres.

Ahmed, cuyo nombre cristiano es Hernando, en honor del arzobispo Talavera, nos acompañaba con el fin de ayudarnos en aquel duro trámite.

Antes de partir hacia la iglesia, tuvimos que elegir el nombre con el que seríamos inscritos en la religión católica. Yo opté por el nombre cristiano de mi padre: Miguel. Y mi esposa Zubayda se decidió por el de María, por ser más fácil de pronunciar. Aunque entre nosotros seguiríamos utilizando la lengua árabe y nos llamaríamos por el nombre que nos impusieron nuestros padres. Mientras esperábamos en el patio de las abluciones, Ahmed levantó la mirada hacia la cruz que se alza sobre el alminar y comentó con pena:

—Nunca más volveremos a oír la *adhan* (llamada pública). Yo le respondí, reprimiendo a duras penas mi tristeza:

—¡Quién sabe!, los designios de Allah son inescrutables. Un anciano, que ocupaba el lugar anterior en la fila, se volvió hacia nosotros y nos comentó con convicción:

—Yo no lo veré, pues Allah ¡loado sea! me llamará pronto a su lado, mas durante tres noches consecutivas he tenido un sueño en el que un ángel me revelaba que, algún día, la voz del *mu'adhdin* se volverá a oír en Granada.

Al penetrar en la mezquita, ahora convertida en iglesia, sentí una profunda amargura y quedé sobrecogido al ver, ocupando el *mihrab*, una enorme cruz donde estaba clavado el cuerpo ensangrentado de Isa. La visión de aquella imagen terrible, en torno a la cual se elevaba el murmullo de las letanías de aquellos clérigos autoritarios con sus extraños ropajes, me infundía pavor.

A un lado del altar, un sacerdote, de forma rutinaria, extraía agua de una pila con un platillo y la derramaba sobre la cabeza del converso, mientras recitaba una salmodia en *latiniyya*. Junto a él, un escribano añadía el nombre del recién bautizado a una larga lista de cristianos nuevos.

Ahmed se colocó junto a su madre, a fin de ayudarla a contestar al sacerdote en castellano.

Cuando llegó mi turno, el clérigo, con voz monótona, sin mirarme a los ojos, me preguntó: «¿Con qué nombre quieres ser bautizado?».

El bautismo no nos libró de la persecución y la tiranía. La animadversión hacia los conversos o cristianos nuevos es muy grande. Se nos acusa de practicar ritos de brujería y realizar hechizos con el propósito de causar maleficios a la población. Hay que andar con cautela y no levantar la más mínima sospecha, pues los cristianos viejos, con los ojos llenos de codicia puestos sobre nuestras propiedades, vigilan atentos a cualquier indicio para denunciarnos a la Inquisición y, de esta manera, apoderarse de nuestros bienes.

Las autoridades eclesiásticas sospechan que los antiguos musulmanes hacemos uso de la *taqiyya*, y alientan a sus fieles para que denuncien a los que en la intimidad practiquen los ritos del Islam. Para ello, han dictado penas contra los retajadores. Y los sacerdotes, cuando bautizan a los niños, tienen la obligación de examinar el prepucio de las criaturas, denunciando los casos de circuncisión. El viernes, nuestras casas tienen que permanecer abiertas a fin de comprobar que nadie rece mirando a la Meca o lea el Corán. Y el domingo, somos celosamente vigilados a la hora de asistir a misa y denunciados si alguien trabaja en el día sagrado.

No logro acostumbrarme al ambiente de las iglesias repletas de imágenes, ni a la adoración de las que son objeto esas estatuas sangrantes, expresando tanto dolor. Echo de menos el sosiego de las mezquitas, donde sólo los versículos del Corán adornan las paredes invitando a la oración, sin que nada perturbe la comunicación con Dios.

Para no levantar falsas sospechas, los conversos imitamos escrupulosamente a los cristianos viejos en las ceremonias religiosas. Al entrar al templo evitamos despojarnos del calzado. Nos santiguamos con agua bendita, mas lo hacemos de forma torpe por no tener esa costumbre y no haber sido instruidos en ella, por lo que a menudo somos recriminados e insultados, ya que piensan que lo hacemos para burlarnos de la religión católica; mas si no lo hacemos, nos acusan de no querer practicar los ritos cristianos, por lo que somos denunciados y sometidos a pruebas públicas, consistentes en beber vino y comer cerdo.

El domingo, Cisneros predica en la misa Mayor, y es conveniente no faltar a ella.

Con el templo abarrotado de fieles, el cardenal Francisco Ximénez de Cisneros se dirige con paso enérgico al púlpito. Tiene 64 años, pero representa menos. De cuerpo enjuto, se mueve ágil en sus ropas talares. La parte superior del cráneo rapada por la tonsura, la nariz afilada, el entrecejo fruncido en una mueca de enfado permanente, los pómulos altos, la mirada inquisitiva y los ojos penetrantes. Cuando la voz firme del cardenal resuena en la nave del templo, todas las miradas se dirigen al hombre cuya presencia concita odio y rencor en algunos y temor e inquietud en la mayoría. Como de costumbre, aquel día comenzó su sermón dirigiéndose a los conversos:

«Estas palabras —dijo modulando la voz—, van dirigidas a aquellos que, habiendo recibido las sagradas aguas del bautismo, siguen escandalizando con sus costumbres y obras a los buenos cristianos. Es menester que quiénes todavía mantienen la secta de Mahoma en el corazón, se olviden de sus ceremonias, oraciones, ayunos, ritos de nacimientos, bodas y mortuorios. Para ello, tenéis que tornar vuestro hablar, no utilizando la legua arábiga, ni usar esa lengua en vuestras casas. Debéis vestir, calzar y afeitar a la manera de los buenos cristianos y cristianas; comiendo y guisando las viandas que éstos tienen por costumbre. Es necesario que desterréis de vuestras tradiciones, la escandalosa e inmoral exhibición del cuerpo en los baños públicos, la Iglesia Católica no puede tolerar este hábito nefando.

El establecimiento del Tribunal de la Santa Inquisición en Granada, es un recurso indispensable para castigar la herética de los falsos cristianos. Y a éstos les digo, que la verdad y la felicidad eterna es patrimonio de la Santa Iglesia Católica, y nuestros Católicos Reyes, doña Isabel y don Fernando, tienen la firme disposición de arrancar de entre las gentes de Granada, a aquellos que, manteniéndose perseverantes en el error, corrompen a los que perseveran en la fe verdadera. Si los falsos conversos no se incorporan al camino de la salvación eterna y se mantienen pertinaces en la herejía, perecerán en la hoguera.

A los buenos cristianos y cristianas les advierto que hay que estar vigilantes con los falsos cristianos. Porque mediante el fraude de la conversión fingida, se introducen en la comunidad de fieles, y como la cizaña entre el trigo, dañan lo más valioso de nuestra religión: la Fe Católica».

Las palabras de Cisneros me roban el sueño, mas no por temor a lo que pudiera ocurrirme, pues mi vida ya se encuentra al final del camino y tiene menos valor que la palabra de un rumi, sino por el sufrimiento que veo a mi alrededor.

Aunque queméis el papel,
no podréis quemar lo que encierra,
porque lo llevo en mi pecho...
Abu Muhammad Alí ibn Hazm al-Andalusí

Después de varias noches sin dormir, mi viejo cuerpo se rindió al cansancio y, por fin, hoy he disfrutado de un sueño plácido y reparador.

Bien entrada la mañana, Zubayda me despierta. Con el rostro preocupado, me dice que Ahmed tiene que comunicarme algo. Un poco aturdido, abandono el lecho.

Ahmed sostiene en la mano una hoja de papel. Le interrogo con la mirada.

—Es el bando que se ha pregonado esta mañana en todas las plazas y zocos —me comenta, mientras me lo da a leer. El documento, escrito en castellano y árabe, está fechado el 12 de octubre del año del Señor de 1501.

Se trata de un decreto real por el que se ordena que todos los libros de la secta de Mahoma, deben ser entregados a las autoridades para ser quemados y que de ellos no quede memoria alguna. Se advierte que al término de treinta días después del pregón, todo aquel que tuviera algún ejemplar del Corán y no lo entregara o lo encubriera, sería condenado a muerte y sus bienes confiscados.

—¡Dios mío! —exclamé escandalizado—. Nos han desposeído del patrimonio de nuestros padres y ahora nos quieren robar el alma. Sin alfaquíes ni ulemas; sin oraciones ni fiestas; sin baños ni mezquitas y ahora sin libros. En poco tiempo, nadie sabrá leer ni escribir y la memoria del pueblo andalusí habrá desaparecido de la faz de la tierra.

—Esto es el fin —dijo Ahmed con forzada calma—. Los inquisidores saben que si destruyen las Fuentes Sagradas del Islam, las tradiciones y la forma de vida a la que estamos tan arraigados, nos quitan la identidad como pueblo.

Zubayda preguntó, con intención claramente maliciosa, a su hijo:

—¿Y qué es de tu amigo, el gran alfaquí cristiano? ¿Acaso no puede hacer nada contra tanto atropello?

Ahmed, apesadumbrado, contestó:

—Fray Hernando está amenazado por un proceso abierto contra él y su familia, promovido por el inquisidor Diego Rodríguez Lucero. Ni tan siquiera él está a salvo de los tentáculos de la Inquisición.

Nos encontrábamos sentados en torno a la mesa, donde Zubayda había colocado el desayuno. Mas la melancolía y la inquietud nos habían hurtado el apetito.

—El tarid se queda frío —comentó mi esposa señalando la escudilla de pan migado.

Ahmed me miró con rostro grave y me exhortó:

—Tenemos que entregar los libros.

—De ninguna de las maneras —contesté rotundo—. Esos libros contienen la sabiduría que nos legaron nuestros antepasados y no pienso deshacerme de ellos. No puedo permitir que los conocimientos que, durante tantos siglos, ha atesorado el pueblo andalusí, sean quemados por esos bárbaros, para que de ellos no quede memoria alguna.

—Pero la orden es clara y tajante —insistió Ahmed—. Quien no entregue los libros será llevado ante el tribunal de la Inquisición. Perderá todos sus bienes y morirá por ello.

—¡Al demonio con la Inquisición! —exclamé furioso.

—¡Por Dios!, bajad la voz —suplicó Zubayda.

—Esos salvajes no se conforman con quitarnos la tierra, nuestros derechos y nuestras tradiciones, también quieren borrar las huellas de nuestra cultura —comenté enojado—. Si queman nuestros libros, los niños no podrán leer en árabe y olvidarán la lengua de sus padres. Hay que buscar un sitio donde esconderlos.

—Pero, ¿dónde? La casa es muy pequeña —dijo Zubayda.

Todos quedamos en silencio. Al cabo de un rato, Ahmed sugirió:

—Se me ocurre un sitio donde podríamos ocultar los libros. Su madre y yo le miramos expectantes y Ahmed continuó:

—La alacena es lo suficientemente grande, y tapiándola nadie los encontraría.

—En tal caso, no podremos hacer uso de ellos —pretexté.

—Con el tiempo, dejarán de vigilarnos y, entonces, será posible recuperarlos —razonó Ahmed.

—No es mala idea —dije aliviado—. No perdamos más tiempo. Zubayda, saca todos los cacharros de esa alacena y tú Ahmed avisa a tu hermano Zahir para que levante la pared.

Aunque a regañadientes, Zubayda accedió a desalojar la alacena y Ahmed fue en busca de su hermano.

Además de los libros, heredados de mi abuelo Said, pensé que debía poner a salvo la memoria de la trágica historia que me tocó vivir. Y, para ello, comencé a escribir, de forma frenética, sobre los turbulentos acontecimientos que llevaron a al-Andalus a la perdición y que, quiso Allah ¡loado sea!, yo fuese testigo. Al anochecer, Ahmed interrumpe mi labor de escribir y me apremia a que le acompañe a la plaza de *«Bib al-Ramla»*. Desea mostrarme algo, mas no me desvela el qué. Quiere que yo lo descubra con mis propios ojos.

La noche caía rápida y un viento helado barría las callejuelas del Albaycín. Al llegar a Bab al-Ramla, quedé atónito al contemplar un enorme montón de libros, que yacían en completo desorden en mitad de la plaza.

Había libros de jurisprudencia, tratados de religión e historia con preciosas labores de aljófar; gruesos volúmenes encuadernados en terciopelo con broches dorados. Y sobre todo, esparcidos por el suelo, ejemplares del Corán en pergamino

antiguo. Los libros estaban custodiados por soldados, algunos de los cuales, sostenían antorchas en sus manos.

A medida que oscurecía, el frío era más intenso y el resplandor de los hachones se envolvía con halos de niebla. Cristianos viejos y nuevos formábamos un amplio círculo en torno a los libros amontonados en el centro de la plaza.

Un capitán gritó una orden, y los soldados acercaron las teas al cúmulo levantado con las valiosas joyas del saber y el conocimiento legado por hombres santos y sabios.

Una ráfaga de viento inflamó las llamas y feroces lenguas de fuego comenzaron a devorar códices, pergaminos y antiquísimos ejemplares coránicos.

Alrededor de la pira, varios hombres, armados de largas varas, atizaban el fuego entre el silencio de los que contemplábamos aquella ignominia.

A mi lado alguien susurró: «Ahora, los inquisidores exigen a los cristianos nuevos, como prueba de su sincera conversión, que denuncien a quien posea libros prohibidos».

Un escalofrío me recorrió la espalda, mas al contemplar la destrucción de aquellas obras maravillosas, sentí una profunda pena y me reafirmé en la decisión de arriesgar mi vida para salvar a mis libros de la hoguera.

El fuego fue ascendiendo en espiral. La pira, envuelta en una gran llamarada, iluminó toda la plaza. Una nube de chispas y humo negro se elevó más arriba de los tejados. Los soldados removían las ascuas, hasta que no quedó más que un montón de rescoldos rojos cubiertos por una capa de ceniza negruzca.

Conmovido ante semejante barbarie, abandoné aquel lugar con lágrimas en los ojos.

Durante la noche, Zahir se afana en concluir su obra. Me urge a que le entregue el manuscrito que, junto a los libros, será emparedado en la alacena. Le prometo que antes del amanecer, le entregaré mis escritos para que los oculte a la rapiña de los cristianos.

Hablamos entre susurros, pues los soldados que hacen la ronda, al menor ruido sospechoso, irrumpen en las casas en busca de libros árabes con que alimentar la hoguera de Bab al-Ramla. Comienza a amanecer y la tarea de escribir me ha dejado exhausto. Aquí tengo que poner el punto final a este relato, antes de que los esbirros de Cisneros inicien su tarea diaria: descubrir libros prohibidos y a los hombres que los oculten para llevarlos a la hoguera.

Con la ayuda de Allah, acabé de escribir el día vigésimo primero del mes de Yumada al-Awwal del año 907 de la Hégira. (1 de Diciembre de 1501).

Suerte que corrieron algunos personajes después de la conquista

ABU ABD ALLAH MUHAMMAD IBN SAAD «ALZAGAL». Cuando al-Zagal pisó la playa africana, besó el suelo hospitalario donde pensaba pasar el resto de sus días tranquilo. Sin sospechar que su destino estaba condenado al infortunio. Después de desembarcar en Oran, se estableció en Tremecén donde el sultán le dio protección y le prodigó el trato y las consideraciones propias de su linaje. Pero poco tiempo después, su enemigo mortal, su sobrino el emir de Granada, pese a su parentesco de sangre, envió un emisario a Tremecén informando al sultán de la vergonzosa entrega de Baza, Guadix y Almería a los cristianos por parte de su tío. El sultán de Tremecén, que ambicionaba apoderarse de los bienes del andalusí, hizo prender a alZagal y le sometió a juicio sumarísimo, acusándole de traición y de haber contribuido a la ruina de al-Andalus.

Hallado culpable, se le condenó a la ceguera, quemándole los ojos con un hierro candente, y todos sus bienes fueron confiscados. Murió en la noche de luna nueva, del mes de Xaabân del año 899 de la Hégira (1494).

Se dice que sus descendientes, reducidos a la miseria, se tenían que buscar el sustento como mendigos a las puertas de las mezquitas.

ABU ABD ALLAH MUHAMMAD IBN ALÍ (BOABDIL). En septiembre de 1493, el secretario de los Reyes Católicos, Hernando de Zafra, convence a Boabdil para que abandone las Alpujarras y embarque rumbo a África. La partida se retrasa debido a que las naves de Íñigo de Artieta, destinadas al transporte del emir y su familia, se encontraban dando escolta y reserva, hasta las islas Canarias, a la flota de Cristóbal Colón en su segundo viaje a las Indias, el 28 de agosto de 1493. Las naves de Artieta regresaron a finales de septiembre, anclando en el puerto de Adra. Entrado el mes de octubre, el último emir de Granada, el desdichado Boabdil, embarcó en una carraca de Íñigo de Artieta. En el mismo barco, junto al emir, partieron sus hijos Ahmed y Yusuf, así como su madre la enérgica sultana Fátima. (La esposa de Boabdil, Moraima, había muerto en las Alpujarras). El séquito, compuesto por 1.130 personas, se repartió entre una nave genovesa y dos galeotas.

Arribaron a la costa africana, desembarcando en la fortaleza de Cazaza, cerca de la ciudad de Melilla; desde allí, se trasladaron a Fez, donde fueron acogidos bajo la protección del sultán Ahmed el Meriní. En la corte de Fez, Boabdil fue considerado como un príncipe, recibiendo agasajos y consuelo por la pérdida de su reino. Se cuenta, que algunos años después de la llegada de Boabdil, Fez fue atacada por las hordas de los sanguinarios hermanos Xerifes. Boabdil acompañó al sultán al frente de su ejército, que se enfrentó a sus enemigos en el llamado río de los Esclavos, al pie de

las montañas del Atlas. Las tropas del sultán de Fez fueron derrotadas, y Boabdil pereció a manos de aquellos salvajes, quedando su cadáver abandonado en el campo de batalla. Aunque el historiador árabe, Ahmed ibn Muhammad al-Aqqari (Almaqqari), afirma que el emir andalusí Abu Abd Allah (Boabdil) murió en Fez y se le dio sepultura en la Rauda que hay a la salida de Bab al-Sharía (Puerta de la Ley).

Pero el periodista y profesor Álvaro Machordom Comins, en su libro «Granada: El último rey Andalusí», narra que, investigando en los Archivos y Bibliotecas de Fez, no encontró huella alguna de la presencia física del último rey de al-Andalus en esta ciudad, ni halló vestigios del emir de Granada en los diversos cementerios que visitó, dedicando especial atención a la Rauda que hay en Bab al-Sharía. Por lo que los interrogantes, sobre la muerte y enterramiento del último rey andalusí, siguen en pie.

ZORAYA Y SUS HIJOS. La bella cristiana que conquistó el corazón del sultán Abu-l-Hasan, después de la muerte de éste, recibió de Boabdil toda clase de respetos y consideraciones; tomando bajo su protección, tanto a ella como a sus hijos, siendo respetados sus personas y bienes. En las Capitulaciones de la entrega de Granada, hay una cláusula especial para ella y sus hijos, en la que se reconocen sus derechos y privilegios, así como sus propiedades, entre ellas las tahas de Orgiva y Jubiles que Boabdil cedió generosamente a sus hermanos, con los que nunca mostró resentimiento ni odio.

Tras la conquista, la reina Isabel consiguió que Zoraya retornara a la religión católica, recobrando el nombre cristiano de Isabel. El rey Fernando y el príncipe Juan fueron los padrinos del bautizo de los hijos del emir y Zoraya, Saad y Nasr, que tomaron los nombres de Fernando y Juan respectivamente y el apellido de Granada; y se les honró con el título de Infantes.

Doña Isabel de Solís y sus hijos permanecieron en Granada hasta el año 1499, en que los Reyes Católicos consideraron prudente alejarlos de la ciudad, al prender la rebelión en el Albycín; siendo trasladados a Castilla.

Don Fernando de Granada (Saad) casó con una de las damas más ilustres de España, doña Mencía de Sandoval y de la Vega, señora de Tordehumos y biznieta del primer duque del Infantado. Pero don Fernando fue muy desgraciado en su matrimonio por el carácter de doña Mencía, que era dama de costumbres licenciosas. Don Fernando murió sin descendencia en Burgos por el mes de marzo de 1512.

Sobre este asunto, un cronista de la época, el jurista e historiador Galíndez de Carvajal escribe: «En marzo de este año 1512, falleció en Burgos el Infante Fernando de Granada, hermano del rey Boabdil y del Infante Juan de Granada, hijos del rey Muley Hacén. Don Fernando era persona valerosa y ha muerto de pesadumbre por los disgustos y amarguras que le causó su esposa doña Mencía de Sandoval, hija de don Diego, que fue ahorcado en el Prado de Madrid en el año 1495 por sus maldades. La doña Mencía fue señora de costumbres livianas y se casó cuatro veces. La primera

con don Pedro de Mendoza, hijo del duque del Infantado. La segunda con don Bernardino Quiñones, conde de Luna, el cual tuvo grandes desafíos con el marqués de Astorga por fundados celos. La tercera con don Fernando de Mendoza, hijo del Gran Cardenal. Y la cuarta con el Infante don Fernando de Granada. Y se dice que el dicho Infante murió de los enojos que de ella recibió».

En cuanto a su hermano don Juan de Granada (Nasr) casó con doña Beatriz de Sandoval, hija del conde de Castro y prima hermana de la anterior. Don Juan fue más feliz en el matrimonio que su hermano, y tuvo descendientes que enlazaron con las familias más nobles de España. Los duques de Granada, establecidos en Valladolid, conservaron la estirpe y el linaje de Abu-l-Hasan y la hermosa Zoraya; y en su escudo de armas figuran dos granadas en campo azul con el emblema en árabe de la dinastía Nasrí: «wala galiba ill-llah» (sólo Dios es vencedor).

LOS HERMANOS VENEGAS. Abu-l-Qasim y Ridwan Venegas retornaron a la fe de sus antepasados. Siendo reconocidos sus derechos de nobleza, pues eran descendientes de Don Egas, tercer señor del estado de Luque, y de doña Mencía de Quesada, hija de don Pedro, señor de Garcíez, de la que nació Don Pedro Venegas, cautivo a la edad de ocho años y criado en la Corte de Granada.

YAHYA AL-NAYYAR. Hijo del príncipe Salim, alcaide de Almería. Adjuró de la fe musulmana y recibió el agua del bautismo en presencia de los reyes Isabel y Fernando, adoptando el nombre cristiano de Pedro de Granada.

Don Pedro obtuvo el título de Grande de España con facultad de llevar escolta y servidumbre de 20 hombres de armas. Fue amparado con privilegios especiales y posesión de señoríos en los términos de Almería y el valle del río Almanzora. Y recibió una merced de 550.000 maravedíes de renta en las tahas de Dalias y Marchena. El príncipe Yahya ibn Salim al-Nayyar se había casado con Maryam Venegas, de la que tuvo un hijo, Alí, que se bautizó con el nombre de Alonso de Granada y Venegas. Éste obtuvo la mano de doña María de Mendoza, dama favorita de la reina. Sus descendencia radica hoy en los marqueses de Campotejar.

Yahya al-Nayyar (Pedro de Granada) murió el 6 de febrero de 1506.

AHMED AL-ZEGRÍ. El famoso caudillo africano, al-Zegrí, cuyo significado es «Hombre de frontera». Aguerrido y fiel a su palabra y a sus compromisos. Valiente defensor de la ciudad de Málaga.

Cuando, cargado de cadenas, fue interrogado por algunos nobles cristianos del porqué de su obstinada resistencia a sabiendas de su imposible victoria, al-Zegrí contestó que sólo había cumplido con su deber de defender la ciudad, así como su honor por la palabra empeñada, el día que aceptó gobernarla. Y que su deseo habría sido haber muerto peleando.

Los vencedores no hicieron la debida justicia con un hombre tan honesto y un

guerrero tan valiente. Y el valeroso Ahmed al-Zegrí murió en una lúgubre cárcel de la ciudad de Carmona.

ALÍ DORDUX. Este personaje, que tan importante papel jugó en la rendición de Málaga, fue nombrado juez mayor y alcaide de los mudéjares de Málaga, y premiado por los Reyes Católicos con la propiedad de 20 casas, 1 horno, huertos, viñas y otros terrenos. Ya anciano se retiró a sus propiedades de Antequera, donde falleció; dejando su hacienda a su hijo Muhammad, que se hizo cristiano tomando el nombre de Fernando de Málaga.

FRAY HERNANDO DE TALAVERA. El humilde y tolerante fraile de la orden de San Jerónimo y primer arzobispo de Granada fue víctima de la ira y el odio del colérico inquisidor de Córdoba, Diego Rodríguez Lucero.

Durante un tiempo, Rodríguez Lucero, celoso vigía de la pureza de sangre, estuvo amenazando con encausar a fray Hernando, por su ascendencia judía y estar implicado en una supuesta conjura para entregar España al judaísmo mediante artes de brujería, pero tuvo que contener sus abominables deseos por temor a la reina. Una vez muerta Isabel la Católica (1504), el inquisidor lanzó su anatema, acusando de herejía al anciano arzobispo, a su hermana María y a sus sobrinos Francisco, Constanza y María. Para actuar contra el arzobispo pidió licencia al Papa. Y los familiares de fray Hernando fueron encarcelados y sometidos a tormentos. Cuando llegó la autorización de Roma, en Castilla gobernaba Felipe el Hermoso, enemigo declarado de los inquisidores. Por orden de Felipe, el Inquisidor General, Diego Deza, fue destituido y había orden de prender a Rodríguez Lucero. Bajo estas circunstancias se pudo salvar fray Hernando y lograr la absolución de su familia.

Consumido por la aflicción de tan injusta persecución, el ilustre prelado falleció el 14 de mayo de 1507, siendo enterrado en la antigua mezquita Mayor de Granada, actual Catedral.

YUSUF IBN QUMASA. Todos los mandos militares y las ricas familias nobles como los Banu al-Sarraj (Abencerrajes), Ibn Abdal-Barr, Ibn Fary, Mufarrij o las antiguas estirpes de los Banu al-Mawl o los Asqilula no quisieron permanecer en Granada bajo el yugo de los cristianos, y emigraron a tierras extrañas. La mayoría fijó su residencia en las ciudades africanas de Fez, Tremecén, Túnez y Alejandría, y allí viven sus nietos, conservando sus apellidos andalusíes, guardando las llaves de sus casas de Granada y con sus corazones embargados por la nostalgia de al-Andalus.

La suerte de Yusuf ibn Qumasa, visir de Boabdil, fue bien distinta. Las aventuras y vicisitudes en las que se desarrollaron los últimos años de la vida de este personaje, maestro de truhanes, conspirador e impostor, inspiraron relatos novelescos de la época.

Después de la traición y la perfidia con la que actuó, vendiendo la hacienda de su rey,

a espaldas de éste; Boabdil ordenó prenderle. El artero visir, temiendo por su vida, se refugió en la Corte de los Reyes Católicos alegando que quería hacerse cristiano. La reina Isabel, muy impresionada, le tomó bajo su protección. Aquel desalmado no sólo recibió las aguas del bautismo, sino que, para halagar a la reina, pidió tomar los hábitos de fraile en la Orden de san Francisco, lo que provocó gran entusiasmo en la reina Católica, que lo presentaba como ejemplo a seguir.

Ibn Qumasa, como buen truhán, utilizaba el arte de la seducción y poseía facilidad de palabra; dominaba la lengua castellana y hacía alarde de una gran simpatía personal con lo que tenía ganada la voluntad de la reina y de muchos nobles. Pero poco tiempo después, incapaz de soportar las estrictas reglas de la orden franciscana, el impostor colgó los hábitos y, en Almería, haciéndose pasar por un caballero español, se embarcó en una galera veneciana. Durante el viaje, encabezó un motín, se apoderó de la nave y se hizo pirata. Después de saquear varias ciudades en la costa mediterránea, apareció en Bujía (Argel). Se presentó ante el sultán Abd-l-Rhman y valiéndose de sus dotes de persuasión, se gana la voluntad del sultán de Argel que le hace su favorito y le concede un alto cargo en la Corte.

Pero el carácter de Ibn Qumasa, inclinado a la intriga y a la conspiración, le hizo confabularse con un aventurero español, Pedro Navarro, que al mando de cuatro naves había desembarcado en las costas de Argel. Ambos planean una revuelta para hacerse con el poder en la corte argelina y repartirse las ganancias. Finalmente, cuando todo estaba a punto, el sultán Abd-l-Rahman descubrió la conjura, mandó traer a su presencia al favorito, y allí mismo fue cosido a puñaladas.

Así terminó la azarosa vida de Yusuf ibn Qumasa. Era el 6 de diciembre de 1510.

Glosario

abu: padre.

al-Ahmar: el Rojo, apelativo que tomó el primer emir de la dinastía nazarí.

aleya: versículo del Corán.

alfaquí: doctor en la ley islámica.

al-Garnatí: el Granadino.

al-Hamrá: la Alhambra.

alim: ulema, hombre culto e instruido en los estudios religiosos.

Allahu aqbar: Dios es Grande.

almalafa: manto con el que se cubren las mujeres desde la cabeza a los pies.

alminar: torre de la mezquita.

al-Monaqqab: Almuñécar.

almotacén: funcionario encargado de la vigilancia del mercado.

al-Musara: terreno llano, donde se celebraban desfiles militares.

al-Qasr: Alcázar.

al-Qaysaryya: Alcaicería, barrio con tiendas en que se vende seda y otra mercancías.

alquibla: en la mezquita está indicada por un muro orientado a la Meca.

alquicel: especie de capa morisca, de lana blanca.

amán: decreto por el que el rey otorgaba la protección a cambio de la rendición.

arif: oficial militar subalterno.

arraez: general.

bab: puerta.

bastí: oriundo de la ciudad de Baza.

dirhem: moneda de plata en la España musulmana.

Bismil-lah: en el nombre de Dios.

Efrit: genio que toma diversas formas y se le reconoce por tener los pies de pezuña.

Fatâ al-Qebir: jefe de los eunucos.

Garnata: Granada.

gomeres: guerreros africanos procedentes de las montañas del Rif. Guad

al-Axat: Guadix.

hadits: hadices, conjunto de hechos y relatos del profeta Mahoma.

hammâm: baños públicos.

haqím: médico de formación académica.

hayq: prenda de abrigo.

Hégira: literalmente «emigración». Conmemora la huida de Mahoma a Medina en 622 d. C. fecha que señala el comienzo del calendario musulmán.

hiyab: pañuelo para cubrir la cabeza de las mujeres.

Iblis: demonio

Ibn: hijo de... (Plural Banu).

'immah: turbante.

insh' Allah: si Dios lo quiere.

Isa: nombre islámico de Jesús de Nazaret.

jarcha: estribillo.

Katib: escribano, amanuense.

kohol: colirio de sulfato de antimonio, utilizado para maquillar los ojos.

Madrasa: escuela o universidad.

Maristan: hospital.

Mexuar: Sala del Consejo en la Alhambra.

mihrab: nicho en la mezquita en dirección a La Meca.

mu'adhdin: almuédano, encargado de hacer las llamadas a la oración.

murabit: ermitaño, anacoreta.

muwashah: forma poética vinculada al canto y a la música en alAndalus.

Nasrí: Nazarita o Nazarí, dinastía musulmana fundada por Muhammad ibn Nasr.

nâzir: sargento.

qadí: juez.

qantara: puente.

qasida: estrofa básica de la poesía cortesana árabe.

qayna: cantatriz.

Rabad al-Bayyazín: Barrio del Albaycín.

Rabad al-Sabbagîn: Barrio de los Tintoreros.

Rabad al-Yahud: Barrio Judío.

rumi: cristiano.

rumiyya: cristiana.

sahib al-Surtâ: jefe de la guardia palatina.

Salam aleikúm: la paz sea contigo.

Sayyida: Señora.

Shari'a: ley islámica.

shayj: jeque, maestro, literalmente hombre anciano, jefe de tribu.

Sidi: Señor.

sunna: tradición.

sura: cada uno de los capítulos del Corán.

tabíb: médico de formación empírica.

takbir: alabanza a Dios.

targuí: tuareg.

tasbih: especie de rosario islámico.

taylasân: turbante amplio cuyos extremos se enrollaban en los hombros.

Umayya: Omeya.

walí: gobernador.

yalabiyya: túnica corta.

yebel: monte.

yihâd: guerra santa.

Yinn: genio. Según el Corán, criatura hecha de vapor, humo o fuego.

yubba: túnica amplia con mangas anchas.

zalmedina: regidor o prefecto de la ciudad.

zanata: tribu del norte de África.

zéjel: composición estrófica popular en al-Andalus.

Bibliografía

Nota del autor: Con el fin de evitar al lector las continuas referencias bibliográficas a terminologías o citas textuales de la narración, se han omitido a pie de página, al estar recogidas en la bibliografía que se detalla a continuación:

ABD ALLAH, *Último Rey Zirí de Granada, «Memorias», El Siglo XI en Primera Persona*, Traducción de E. Levi-Provencal y Emilio García Gómez, Alianza Tres, Madrid 1980.

ABU HAMID AL-GARNATI, *Tuhfat al-Albab* (El regalo de los Espíritus), Madrid 1990.

ABU ZACARÍA YAHYA, *Libro de la Agricultura*, Ed. bilingüe, Facsímil de la ed. de 1802, Madrid 1988.

ALBERT HOURANI, *Historia de los Pueblos Árabes*, Edit. Ariel, Círculo de Lectores, Barcelona 1991.

AL-IDRISI, *Los Caminos de al-Andalus en el Siglo XII*, Madrid 1983.

ALONSO DE PALENCIA, *Guerra de Granada*, Colección de Escritores Castellanos, Tomo V, Madrid 1909.

AL-SAYED HAROUN IBN HUSSSEIN AL-MAQHZOUMI, *Las Fuentes del Placer*, Ed. Temas de Hoy, Madrid 1989.

ÁLVARO MACHARDOM COMINS, *Granada: El Último Rey Andalusí*, Ed. George Massaad 1996.

ANDRES GARCÍA MALDONADO, *El Reino Nazarí y Málaga*, Excma. Diputación Provincial, Málaga 1985.

ANGUS MACNAB, *España bajo la Media Luna*. Edic. de la Tradición Unánime, Barcelona 1988.

ANTONIO ARJONA CASTRO, *La Sexualidad en la España Musulmana*, Ed. Universidad de Córdoba, 1990.

ANTONIO GALA, *Granada de los Nazaríes*, Planeta 1994.

BASILIO PAVÓN MALDONADO, *El Arte Hispano-Musulmán en su Decoración Geométrica*, Instituto Hispano Árabe de Cultura, Madrid 1975.

CARMEN RUIZ BRAVO-VILLASANTE, *Libro de las Utilidades de los Animales*, Fundación Universitaria Española, Madrid 1980.

CARMEN VILLANUEVA, *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos*, Universidad de Granada 1954.

CHARLES E. DUFOURCQ, *La Vida Cotidiana de los Árabes en la Europa Medieval*, Temas de Hoy, Madrid 1978.

CLAUDIO SÁNCHEZ ALBORNOZ, *La España Musulmana*, Espasa-Calpe, Madrid 1974.

DANIELLE JACQUART Y CLAUDE THOMASSET, *Sexualidad y Saber Médico en la Edad Media*, Ed. Labor S.A. Barcelona 1989.

EMILIO GARCÍA GÓMEZ, *Poemas Árabes en los Muros y Fuentes de la Alhambra*, Madrid 1985.

Cinco Poetas Musulmanes, Espasa Calpe 1944.

Foco de Antigua Luz sobre la Alhambra, Instituto Egipcio de Estudios Islámicos, Madrid 1988.

FIDEL FERNÁNDEZ, *Fray Hernando de Talavera*, Biblioteca Nueva, Madrid 1942.

FRANCIS ROBINSON, *Mundo Islámico*, Círculo de Lectores, Edic. Folio S.A. Barcelona 1988.

FRANCISCO JAVIER SIMONET, *Descripción del Reino de Granada*, sacada de los autores Árabes y del texto inédito de Muhammad ibn al-Jatib, Atlas, Madrid 1982. Facsímil de Ed. Madrid 1860. FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA, *El Abencerraje*, Edi. Cátedra S.A. Madrid 1985.

GAMAL ABD AL-KARIM, *Alejandría y al-Silafi, Nexo Cultural entre Oriente yal-Andalus*, en: C.H.I. 7, pp. 111-202, Granada 1975.

HENRY CHARLES LEA, *Los Moriscos Españoles, su Conversión y Expulsión*, Instituto de Cultura Juan Gil-Abert, Diputación de Alicante 1990.

IBN AL-JATIB, *Un viaje oficial de la Corte Granadina (Año 1347)*, en: A.A. II-III— pp. 33-69. Granada 1981.

IBN AL-QARDABUS, *Historia de al-Andalus*, Madrid 1986.

IBN HAZM DE CÓRDOBA, *El Collar de la Paloma*, Traducción de Emilio García Gómez, Círculo de Lectores S.A. Barcelona 1997.

J. BOSCH, J. M. FÓRNEAS, D. CABANELAS, S. GILBERT, *El Reino Nazarí de Granada*, Sociedad e Instituciones, Filosofía y Arte, Literatura, Cuadernos-Historia 16, Nº.4, Madrid 1985.

JESÚS GREUS, *Así vivían en al-Andalus*, Anaya, Madrid 1988.

JUAN VERNET, *Traductor de Las Mil y Una Noches*, Planeta, Barcelona 1990.

JULIO SAMSÓ (Catedrático de Estudios Árabes e Islámicos), *Ciencia Musulmana en España*, Cuadernos-Historia 16, Nº.144, Madrid 1985.

LEOPOLDO TORRES BALBÁS, *Ciudades Hispano-Musulmanas*, Instituto Hispano Árabe de Cultura, Madrid 1971.

LUIS DEL MARMOL CARVAJAL, *Rebelión y Castigo de los Moriscos del Reino de Granada*, Biblioteca de Autores Españoles, Tomo XXI, Madrid 1946.

LUIS PERICOT GARCÍA, *Historia de España-Gran Historia General de los Pueblos Hispanos*, Tomo III, Baja Edad Media por Julián M. Rubio, Luis Ulloa, Emilio Camps y Elías Serra; Instituto Gallach, Barcelona 1970.

LUIS SECO DE LUCENA PAREDES, *Cortesanos Nasríes del Siglo XV*, *Miscelánea Estudios Árabes Hebraicos Vol. VII*, 1958.

Los Abencerrajes, Leyenda e Historia, Granada 1960.

Alamines y Venegas, Cortesanos de los Nasríes, Miscelánea Estudios Árabes Hebraicos, 1961.

Libro de la Alambra. Historia de los Sultanes de Granada, Everest S.A. León 1982.

Muhammad IX, Sultán de Granada, Patronato de la Alhambra, Granada 1978.

Plano de Granada Árabe, Ed. Don Quijote, Granada 1982.

LUIS SUÁREZ, *Enrique IV de Castilla*, Ed. Ariel S.A. Barcelona, 2002.

M. ABDULLA ENAN, *Toponimia Arábigo-Española*, Madrid 1976.

MANUEL GRAU, CAMILO ALVAREZ, JUAN VERNET, *Los Abbasíes*, *El Imperio de Bagdad*, *Los Taifas Españoles*, *Esplendor de la Ciencia Árabe*, Avicena, Cuadernos Historia 16, Nº.29, Madrid 1985.

MANUEL TUÑÓN DE LARA, *Historia de España, Tomo XI, Textos y Documentos de Historia Antigua, Media y Moderna hasta el siglo XVII*, seleccionados por: Julio Mangas, Juan José Valdeón, José M. Salrach, María Cruz Mina, Alejandro Arizcun, Rachel Arié, Joseph Pérez, Tomo XI, Ed. Labor S.A. Barcelona 1986.

M. FERNÁNDEZ Y GONZALEZ, *Allah Aqbar, Leyenda de las Tradiciones del Sitio y Conquista de Granada*, Facsímil de la ed. de 1849, Barcelona 1982.

MIGUEL ÁNGEL LADERO QUESADA, *Granada Historia de un País Islámico (1232-1571)*, Gredos, Madrid 1979.

Castilla y la Conquista del Reino de Granada, Diputación de Granada 1987.

MIGUEL LAFUENTE ALCÁNTARA, *Historia de Granada*, Tomo III y IV, Universidad de Granda, Archivum V Centenario, 1992.

MUHAMMAD B. ABI BAQR AL-TITWANI, *Ibn al-Jatib min jilal qutubihi (Ibn al-Jatib según sus libros)*, Tetuán 1954.

PEDRO DE ALCÁNTARA, *Vida de Fray Hernando de Talavera, Confesor y*

Consejero de los Reyes Católicos, Madrid 1866.

PEDRO LONGÁS, *La Vida Religiosa de los Moriscos*, Universidad de Granada, 1990.

RACHEL ARIÉ, *España Musulmana*, (Siglos VIII-XV), Colección Historia de España, Tomo III, Manuel Tuñón de Lara, Ed. Labor S.A. Barcelona 1984.

RAFAEL DEL ROSAL Y FERNANDO DERQUI, *Noticias Históricas de la Ciudad de Loja*, Granada 1989.

REINHART P. DOTZY, *Historia de los Musulmanes de España*, Tomo II, Cristianos y Renegados, Ed. Turner, Madrid 1984.

RICARDO VILLA-REAL, *Historia de Granada*, *Acontecimientos y Personajes*, Granada 1987.

SALVADOR RAYA RETAMERO, *Historia de Alhama y sus Monumentos*, Granada 1992.

VÍCTOR BALAGUER, *Guerras de Granada*, Real Academia de la Historia, Instituto Hispano Árabe de Cultura.

W.T. WLSH, *Isabel la Cruzada*, Círculo de Lectores S.A., Barcelona, 1993.

YVES THORAVAL, *Diccionario de la Civilización Musulmana*, Larousse 1995.